



Cristophoro Gnophoso

El Crotalón

Índice

El Crotalón

De Christophoro Gnophoso natural de la ínsula Eutrapelia, una de las
Ínsulas Fortunadas. En el cual se contrahaze aguda y ingeniosamente el
sueño o gallo de Luciano famoso orador griego

Prólogo del auctor

Al lector curioso

Argumento del primer canto del gallo

Argumento del segundo canto del gallo

Argumento del terçero canto del gallo

Argumento del cuarto canto del gallo

Argumento del quinto canto del gallo

Argumento del sexto canto del gallo

Argumento del séptimo canto del gallo

Argumento del octavo canto del gallo

Argumento del nono canto del gallo

Argumento del décimo canto

Argumento del onzeno canto del gallo

Argumento del duodécimo canto del gallo

Argumento del deçimoterçio canto del gallo
Argumento del deçimocuarto canto del gallo
Argumento del déçimo quinto canto del gallo
Argumento del deçimosexto canto del gallo
Argumento del déçimo séptimo canto
Argumento del déçimo octavo canto
Argumento del déçimo nono canto del gallo
Argumento del vigéssimo y último canto

De Christophoro Gnophoso natural de la ínsula Eutrapelia, una de las Ínsulas Fortunadas. En el cual se contrahaze aguda y ingeniosamente el sueño o gallo de Luçiano famoso orador griego.

Posui ori meo custodiam: cum consisteret peccatum adversum me. P sal 18

Prólogo del auctor

Al lector curioso

Porque cualquiera persona en cuyas manos cayere este nuestro trabajo si por ventura fuere digno de ser de alguno leído tenga entendida la intención del auctor, sepa que por ser enemigo de la oçiosidad, por tener esperiençia ser el oçio causa de toda maliçia, queriéndose ocupar en algo que fuesse digno del tiempo que en ello se pudiesse consumir, pensó escrebir cosa que en apazible estilo pudiesse aprovechar. Y así imaginó cómo, debajo de una corteça apazible y de algún sabor, diesse a entender la maliçia en que los hombres emplean el día de hoy su vivir. Porque en ningún tiempo se pueden más a la verdad que en el presente verificar aquellas palabras que escribió Moysen en el Genessi : «Que toda carne mortal tiene corrompida y errada la carrera y regla de su vivir». Todos tuerçen la ley de su obligación. Y porque tengo entendido el común gusto de los hombres, que les aplaze más leer cosas del donaire: coplas, chançonetas y sonetos de placer, antes que oír cosas graves, prinçipalmente si son hechas en reprehensión, porque a ninguno aplaze que en sus flaquezas le digan la verdad, por tanto, procuré darles manera de doctrinal abscondida y solapada debajo de façias, fábulas, novelas y donaires, en los cuales, tomando sabor para leer, vengán a aprovecharse de aquello que quiere mi intinçión. Este estilo y orden tuvieron en sus obras muchos sabios antiguos endereçados en este mesmo fin. Como Ysopo y Catón, Aulo Gelio, Juan Bocacio, Juan Poggio florentín; y otros muchos que sería largo contar, hasta Aristóteles, Plutarco, Platón. Y Cristo enseñó con parábolas y exemplos al pueblo y a sus discípulos la doctrina celestial. El título de la obra es Crotalón: que es vocablo griego; que en castellano quiere decir: juego de sonajas, o terreñuelas, conforme a la intinçión del auctor.

Contrahaze el estilo y invención de Luçiano, famoso orador griego, en el su Gallo: donde hablando un gallo con un su amo çapatero llamado Miçilo reprehendió los viçios de su tiempo. Y en otros muchos libros y diálogos

que escribió. También finge el auctor ser sueño imitando al mismo Luciano que al mismo diálogo del Gallo llama Sueño. Y házelo el auctor porque en esta su obra pretende escribir de diversidad de cosas y sin orden, lo cual es propio de sueño, porque cada vez que despierta tornándose a dormir sueña cosas diversas de las que antes soñó. Y es de notar que por no ser traducción a la letra ni al sentido le llama contrahecho, porque solamente se imita el estilo.

Llama a los libros o diversidad de diálogos canto, porque es lenguaje de gallo cantar. O porque son todos hechos al canto del gallo en el postrero sueño a la mañana, donde el estómago hace la verdadera digestión, y entonces los vapores que suben al cerebro causan los sueños y aquéllos son los que quedan después. En las transformaciones de que en diversos estados de hombres y brutos se escriben en el proceso del libro, imita el auctor al heroico poeta Ovidio en su libro del Methamorphoseos, donde el poeta finge muchas transformaciones de bestias, piedras y árboles en que son convertidos los malos en pago de sus vicios y perverso vivir.

En el primero canto el auctor propone de lo que ha de tratar en la presente obra, narrando el primer nacimiento del gallo, y el suceso de su vida.

En el segundo canto el auctor imita a Plutarco en un diálogo que hizo entre Ulixes y un griego llamado Grilo, el cual había Cyrces convertido en puerco y no quiso ser vuelto a la naturaleza de hombre, teniendo por más felice el estado y naturaleza de puerco. En esto el auctor quiere dar a entender que cuando los hombres están ençenagados en los vicios, y principalmente en el de la carne, son muy peores que brutos. Y aún hay, le imita en el libro que hizo llamado Pseudomantis, en el cual describe maravillosamente grandes tacañerías, embaimientos y engaños de un falso religioso llamado Alexandro, el cual en Macedonia, hay muchas fieras que sin comparación los exceden en el uso de la virtud.

En el tercero y cuarto cantos el auctor trata una mesma materia, porque en ellos imita a Luciano en todos sus diálogos; en los cuales siempre muerde a los philosophos y nombres religiosos de su tiempo.

Y en el cuarto canto, expresamente, le imita en el libro que hizo llamado Pseudomantis, en el cual describe maravillosamente grandes tacañerías, embaimientos y engaños de un falso religioso llamado Alexandro, el cual en Macedonia, Tracia, Bitinia y parte de la Asia fingió ser propheta de Esculapio, fingiendo dar respuestas ambiguas y industriosas para adquirir con el vulgo crédito y moneda .

En el quinto, sexto y séptimo cantos el auctor, debajo de una graciosa historia, imita la parábola que Cristo dixo por San Lucas en el capítulo quinze del hijo pródigo. Allí se verá en agraciado estilo un vicioso mancebo en poder de malas mugeres, vueltas las espaldas a su honra, a los hombres y a Dios, disipar todos los doctes del alma que son los thesoros que de su padre Dios heredó. Y veráse también los hechizos, engaños y encantamientos de que las malas mugeres usan por gozar de sus laçivos deleites por satisfacer a sola su sensualidad.

En el octavo canto, por haber el auctor hablado en los cantos preçedentes de los religiosos, prosigue hablando de algunos intereses que en daño de sus conciencias tienen mugeres que en título de religión están en los monesterios dedicadas al culto divino, monjas. Y en la fábula de

las ranas imita a Homero en su Bratacomiomaquia.

En el nono y décimo cantos el auctor, imitando a Luçiano en el diálogo llamado Toxaris en el cual trata de la amistad, el auctor trata de dos amigos fidelísimos, que en casos muy arduos aprobaron bien su intinción; y en Roberto y Beatriz imita el auctor la fuerça que hizo la muger de Putifar a Joseph.

En el onceno canto el auctor, imitando a Luçiano en el libro que intituló De luctu, habla de la superfluidad y vanidad que entre los cristianos se acostumbra hazer en la muerte, entierro y sepultura, y describese el entierro del marqués del Gasto, capitán general del Emperador en la Italia, cosa muy de notar.

En el duodécimo canto el auctor, imitando a Luçiano en el diálogo que intituló Icaromenipo, finge subir al cielo y describe lo que allá vio açerca del asiento de Dios, y orden y bienaventurança de los ángeles y santos y de otras muchas cosas que agudamente se tratan del estado celestial.

En el deçimoterçio canto, prosiguiendo el auctor la subida del cielo, finge haber visto en los aires la pena que se da a los ingratos, y hablando maravillosamente de la ingratitud cuenta un admirable aconteçimiento digno de ser oído en la materia.

En el deçimocuarto canto el auctor concluye la subida del cielo, y propone tratar la bajada del infierno declarando lo que acerca dél tuvieron los gentiles, y escribieron sus historiadores y poetas.

En el deçimoquinto y deçimosexto cantos imitando el auctor a Luçiano, en el libro que intituló Necromancia, finge desçender al infierno, donde describe las estancias, lugares y penas de los condenados.

En el deçimosexto canto el auctor en Rosicler, hija del rey de Siria, describe la feroçidad con que una muger acomete cualquiera cosa que le venga al pensamiento si es lisiada de un lascivo interés, y concluye con el desçendimiento del infierno imitando a Luçiano en los libros que de Varios diálogos intituló.

En el deçimoséptimo canto el auctor sueña haberse hallado en una missa nueva, en la cual describe grandes acontecimientos que comúnmente en semejantes lugares suelen passar entre sacerdotes.

En el deçimo octavo canto el auctor sueña un acontecimiento graçioso, por el cual muestra los grandes daños que se siguen por faltar la verdad del mundo dentre los hombres.

En el deçimo nono canto el auctor trata del trabajo y miseria que hay en el palacio y reprehende a aquellos que pudiendo ser señores viviendo de algún oficio se privan de su libertad.

En el vigésimo y último canto el auctor describe la muerte del gallo.

Síguesse el Cróton de Christophoro Gnophoso, en el cual se contrahaze el sueño o gallo de Luçiano, famoso orador griego.

Argumento del primer canto del gallo

En el primer canto que se sigue el auctor propone lo que ha de tratar en la presente obra, narrando el primer nacimiento del gallo y el suceso de su vida.

DIÁLOGO - INTERLOCUTORES

MIÇILO çapatero pobre y un GALLO suyo

¡O líbreme Dios de gallo tan maldito y tan vozinglero! Dios te sea adverso en tu deseado mantenimiento, pues con tu ronco y importuno vozear me quitas y estorbas mi sabroso y bienaventurado sueño, holganza tan apazible de todas las cosas. Ayer en todo el día no levanté cabeça trabajando con el alesna y cerda, y aún sin dificultad es passada la media noche y ya me desasosiegas en mi dormir. Calla; si no en verdad que te dé con esta horma en la cabeça, que más provecho me harás en la olla cuando amanezca, que hazes ahí vozeando.

GALLO. Maravíllome de tu ingratitud, Miçilo, pues a mí que tanto provecho te hago en despertarte por ser ya hora conveniente al trabajo, con tanta cólera me maldizes y blasfemas. No era eso lo que ayer dezías renegando de la pobreza, sino que querías trabajar de noche y de día por haber alguna riqueza.

MIÇILO. ¡O Dios inmortal! ¿Qué es esto que oyo? ¿El gallo habla? ¿Qué mal agüero o monstruoso prodigio es éste?

GALLO. ¿Y deso te escandalizas, y con tanta turbación te maravillas, o Miçilo?

MIÇILO. Pues, cómo ¿y no me tengo de maravillar de un tan prodigioso aconteçimiento? ¿Qué tengo de pensar sino que algún demonio habla en ti? Por lo cual me conviene que te corte la cabeça, porque acaso en algún tiempo no me hagas otra más peligrosa ilusión. ¿Huyes? ¿Por qué no esperas?

GALLO. Ten paçiência, Miçilo, y oye lo que te diré, que te quiero mostrar cuán poca razón tienes de escandalizarte, y aun confío que después no te pessará oírme.

MIÇILO. Agora siendo gallo, dime: ¿tú quién eres?

GALLO. ¿Nunca oíste dezir de aquel gran philósopho Pithágoras, y de su famosa opinión que tenía?

MIÇILO. Pocos çapateros has visto te entender con filósofos. A mí a lo menos poco me vaga para entender con ellos.

GALLO. Pues mira que éste fue el hombre más sabio que hubo en su tiempo, y éste afirmó y tuvo por çierto que las almas después de criadas por Dios passaban de cuerpos en cuerpos. Probaba con gran efficaçia de argumentos que, en cualquiera tiempo que un animal muere, está aparejado otro cuerpo en el vientre de alguna hembra en dispusiçión, de reçibir alma, y que a éste se passa el alma del que agora murió. De manera que puede ser que una mesma alma, habiendo sido criada de largo tiempo, haya venido en infinitos cuerpos, y que agora quinientos años hubiese sido rey, y después un miserables aguadero; y así en un tiempo un hombre sabio, y en otro un neçio, y en otro rana, y en otro asno, caballo o puercos; ¿Nunca tú oíste dezir esto?

MIÇILO. Por çierto, yo nunca oí cuentos ni músicas más agraçiadas que aquellas que hazen entre sí cuando en mucha priesa se encuentran las hormas y charambiles con el tranchete.

GALLO. Así parece ser eso. Porque la poca esperiência que tienes de

las cosas te es ocasión que agora te escandalizes de ver cosa tan común a los que leen.

MIÇILO. Por çierto que me espantas de oír lo que dizes.

GALLO. Pues dime agora: ¿De dónde piensas que les viene a muchos brutos animales hazer cosas tan agudas y tan ingeniosas que aun muy enseñados hombres no bastaran hazerlas? ¿Qué has oído dezir del elefante, del tigre, lebre y raposa? ¿Qué has visto hazer a una mona? ¿Qué se podría decir de aquí a mañana? Ni habrá quien tanto te diga como yo si el tiempo nos diesse a ello lugar, y tú tuvieses de oírlo gana y algún agradeçimiento. Porque te hago saber que ha más de mil años que soy criado en el mundo, y después acá he vivido en infinitas diferençias de cuerpos, en cada uno de los cuales me han aconteçido tanta diversidad de cuentos, que antes nos faltaría tiempo que me faltasse a mí dezir, y a ti que holgasses de oír.

MIÇILO. ¡O mi buen gallo, qué bienaventurado me sería el señorío que tengo sobre ti, si me quissieses tanto agradar que con tu dulce y sabrosa lengua me comunicasses alguna parte de los tusfortunosos aconteçimientos! Yo te prometo que en pago y galardón de este inextimable servicio y plazer te dé en amaneciendo la raçión doblada, aunque sepa quitarlo de mi mantenimiento.

GALLO. Pues por ser tuyo te soy obligado agradar, y agora más por ver el premio reluzir.

MIÇILO. Pues, aguarda, ençenderé candela y ponerme he a trabajar. Agora comiença, que oyente tienes el más obediente y atento que nunca a maestro oyó.

GALLO. ¡O dioses y diosas, favoreced mi flaca y deleznable memoria!

MIÇILO. ¿Qué dizes? ¿Eres hereje o gentil? ¿Cómo llamas a los dioses y diosas?

GALLO. Pues ¡cómo!, ¿y agora sabes que todos los gallos somos françeses como el nombre nos lo dize, y que los françeses hazemos deso poco caudal? Principalmente después que hizo liga con los turcos nuestro rey, trúxolos allí, y medio proffesamos su ley por la conversaçión. Pero de aquí adelante yo te prometo de hablar contigo en toda religión.

MIÇILO. Agora pues comiença, yo te ruego, y has de contar desde el < > primero día de tu ser.

GALLO. Ansí lo haré; tenme atençión, yo te diré cosas tantas y tan admirables que con ningún tiempo se puedan medir, y si no fuese por tu mucha cordura no las podrías creer. Dezirte he muchos aconteçimientos de grande admiraçión. Verás los hombres convertidos en bestias, y las bestias convertidas en hombres y con gran façilidad. Oirás cautelas, astuçias, industrias, agudeças, engaños, mentiras y tráfgos en que a la contina emplean los hombres su natural. Verás, en conclusión, como en un espejo lo que los hombres son de su natural inclinación, por donde juzgarás la gran liberalidad y misericordia de Dios.

MIÇILO. Mira, gallo, bien que pues yo me confío de ti, no piensses agora con arroganças y soberbia de elocuentes palabras burlar de mí contándome tan grandes mentiras que no se puedan creer, porque puesto caso que todo me lo hagas con tu elocuença muy claro y aparente, aventuras ganar poco interés mintiendo a un hombre tan bajo como yo, y hazer injuria a ese filósofo Pithágoras que dizes que en otro tiempo fueste y al respeto

que todo hombre se debe a sí. Porque el virtuoso en el cometimiento de la poquedad no ha de tener tanto temor a los que la verán, como a la vergüenza que debe haber de sí.

GALLO. No me maravillo, Miçilo, que temas hoy de te confiar de mí, que te diré verdad por haber visto una tan gran cosa y tan no usada ni oída de ti como ver un gallo hablar. Pero mira bien que te obliga mucho, sobre todo lo que has dicho, a me creer, considerar que pues yo hablé, y para ti, que no es pequeña muestra de deidad, a la cual repugna el mentir. Y ya cuando no me quisieres considerar más de gallo confía de mí, que terné respecto al premio y galardón que me has prometido dar en mi comer, porque no quiero que me acontezca contigo hoy lo que aconteció a aquel ambicioso músico Evangelista en esta ciudad. Lo cual por te hazer perder el temor quiero que oyas aquí. Tú sabrás que aconteció en Castilla una gran pestilencia, que en un año entero y más fue perseguido todo el reino de gran mortandad. De manera que en ningún pueblo que fuesse de algunos vezinos se sufría vivir, porque no se entendía sino en enterrar muertos desde que amaneçía hasta en gran pieza de la noche que se recogían los hombres a descansar. Era la enfermedad un género de postema naçida en las ingles, sobacos o garganta, a la cual llamaban landre. De la cual, en siendo heridos, suçedía una terrible calentura, y dentro de veinte y cuatro horas hería la postema en el coraçón y era çierta la muerte. Convenía huir de conversación y compañía, porque era mal contagioso, que luego se pegaba si había ayuntamiento de gentes; y ansí huían los ricos que podían de los grandes pueblos a las pequeñas aldeas que menos gente y congregaçión hubiesse. Y después se defendía la entrada de los que viniessen de fuera con temor que trayendo consigo el mal corrompiesse y contaminasse el pueblo. Y ansí aconteçía que el que no salía temprano de la ciudad juntamente con sus alhajas y hazienda, si acaso saliese algo tarde cuando ya estaba ençendida la pestilencia, andaba vagando por los campos porque no le querían acoger en parte alguna, por lo cual suçedía morir por allí por mala provisión de hambre y miseria corridos y desconsolados. Y lo que más era de llorar, que puestos en la neçesidad los padres, huían dellos los hijos con la mayor crueldad del mundo, y por el semejante huían dellos los padres por escapar cada cual con la vida. Y suçedía que por huir los sacerdotes el peligro de la pestilencia, no había quien confesasse ni administrasse los sacramentos, de manera que todos morían sin ellos; y en el entierro, o quedaban sin sepultura, o se echaban veinte personas en una. Era, en suma, la más trabajada y miserable vida y infeliz que ninguna lengua ni pluma puede escrebir ni encarejer. Teníasse por conveniente medio, do quiera que los hombres estaban exerçitarse en cosas de alegría y plazer: en huertas, ríos, fuentes, florestas, xardines, prados, juegos, bailes y todo género de regoçijo, huyendo a la contina con todas sus fuerças de qualquiera ocasión que los pudiesse dar tristeza y pessar. Agora quiero te dezir una cossa notable que en esta nuestra çiudad passó, y es que se tomó por ocupaçión y exerçicio salutífero, y muy conveniente para evitar la tristeza y ocasión del mal, hazer en todas las calles passos, o lo que los antiguos llamaron palestras o estadios; y porque mejor me entiendas digo que se hazían en todas las calles unos palenques que las cerraban con un seto de madera entretejida arboleda de flores, rosas y yerbas muy graciosas, quedando sola una

pequeña puerta por la cual al principio de la calle pudiesen entrar, y otra puerta al fin por donde pudiesen salir; y allí dentro se hacía un entoldado tálamo o teatro para que se sentasen los juezes; y en cada calle había un juego particular dentro de aquellos palenques o palestras. En una calle había lucha, en otra esgrima, en otra danza y baile; en otra se jugaban birlos, saltar, correr, tirar barra; y a todos estos juegos y exerçios había ricas joyas que se daban al que mejor se exercitasse por premio; y así todos venían aquí a llevar el palio, o premio, ricamente vestidos o disfrazados que agraciaban mucho a los miradores y adornaban la fiesta y regocijo. En una calle estaba hecho un palenque de mucho más rico, hermoso y apazible aparato que en todas las otras. Estaba hecho un seto con muchos géneros y diferencias de árboles, flores y frutas, naranjas, camuessos, çiruelas, guindas, claveles, azuçenas, alelíes, rosas, violetas, maravillas y jazmines y todas las frutas colgaban de los ramos. Había a una parte del palenque un teatro ricamente entoldado, y en él había un estrado. Debajo de un dosel de brocado estaban sentados Apolo y Orfeo, príncipes de la música de bien contrahechos disfrazes. Tenía el uno dellos en la mano una vihuela, que dezían haber sido aquella que hubieron los insulanos de Lesbos que iba por el mar haziendo con las olas muy triste música por la muerte de su señor Orpheo, cuando le despedaçaron las mujeres griegas, y cortada la cabeça, juntamente con la vihuela, la echaron en el Negro Ponto, y las aguas del mar la llevaron hasta Lesbos, y los insulanos la pusieron en Delphos en el templo de Apolo, y de allí la truxieron los desta çiudad para esta fiesta y desafío. Así dezían estos juezes que la darían por premio y galardón al que mejor cantasse y tañiesse en una vihuela, por ser la más estimada joya que en el mundo entre los músicos se podía haber. En aquel tiempo estaba en esta nuestra ciudad un hombre muy ambiçioso que se llamaba Evangelista, el cual, aunque era mancebo de edad de treinta años, y de buena dispusiçión y rostro, pero era muy mayor la presunçión que de sí tenía de passar en todo a todos. Éste, después que hobo andado todos los palenques y palestras, y que en ninguno pudo haber vitoria, ni en lucha, ni esgrima, ni en otro alguno de aquellos exerçios, acordó de se vestir lo más rico que pudo, ayudándose de ropas y joyas muy preçiadas suyas y de sus amigos, y cargando de collares y cadenas su cuello y hombros, y de muchos y muy estimados anillos sus dedos; y procuró haber una vihuela con gran suma de dinero, la cual llevaba las clavijas de oro, y todo el mástil y tapa labrada de un tarçe de piedras finas de inestimable valor, y eran las maderas del çedro del monte Líbano, y del ébano fino de la ínsula Méroe, juntamente con las costillas y cercos. Tenía por la tapa, junto a la puente y lazo, pintados a Apolo y Orpheo con sus vihuelas en las manos de muy admirable official que la labró. Era la vihuela de tanto valor que no había preçio en que se pudiesse estimar. Éste, como entró en el teatro, fue de todos muy mirado por el rico aparato y atavío que traía. Estaba todo el teatro lleno de tapetes y estançias llenas de damas y caballeros que habían venido a ver diffinir aquella preçiosa joya en aquella fiesta posponiendo su salud y su vida. Y como le mandaron los juezes que començasse a tañer esperando dél que llevaría la ventaja al mesmo Apolo que resuçitasse. En fin, ¡él començó a tañer de tal manera que a juicio razonable que no fuese piedra, parecería no saber tocar las cuerdas más

que un asno! Y cuando vino a cantar todos se movieron a escarnio y risa visto que la canción era muy fría y cantada sin algún arte, gracia y donaire de la música. Pues como los juezes le oyeron cantar y tañer tan sin arte y orden esperando dél el extremo de la música, hiriéndole con un palo y con mucho baldón fue traído por el teatro diziéndole un pregonero en alta voz grandes vituperios, y fue mandado por los juezes estar vilíssimamente sentado en el suelo con mucha inominia a vista de todos hasta que fue sentençiado el juicio. Y luego entró un mançebo de razonable dispusiçión y edad, natural de una pequeña y baja aldea desta nuestra çuidad, pobre, mal vestido y peor ataviado en cabello y apuesto. Éste traía en la mano una vihuela grosera y mal dolada de pino y de otro palo común, sin polidez ni afeite alguno. Tan grosero en su representaçión que a todos los que estaban en el teatro movió a risa y escarnio juzgando que éste también pagaría con Evangelista su atrevimiento y temeridad. Y puesto ante los juezes les demandó en alta voz le oyessen, y después de haber oído a aquellos dos tan señalados músicos en la vihuela Torres, Naruáez y Macotera, tan nombrados en España que admirablemente habían hecho su deber y obligación, mandaron los juezes que tañese este pobre varón, que dixo haber por nombre Tespín. El cual como començó a tañer hazía hablar las cuerdas con tanta exçelencia y melodía que llevaba los hombres bobos, dormidos tras sí; y a una vuelta de consonancia los despertaba como con una vara. Tenía de voz un tenor admirable, el cual cuando començó a cantar no había hombre que no saliese de sí, porque era la voz de admirable fuerça, magestad y dulçor. Cantaba en una ingeniosa composiçión de metro castellano las batallas y vitoria del rey Católico Fernando sobre el reino y çuidad de Granada, y aquellos razonamientos y aviso que passó con aquel antiguo moro Abenámar, descripçión de alixares, alcázar y mezchita. Los juezes dieron por Tespín la sentencia y vitoria, y le dieron la joya del premio y triunfo, y luego volviéndose el pregonero a Evangelista, que estaba miserablemente sentado en tierra, le dixo en alta voz: «Ves aquí, o soberbio y ambiçioso Evangelista, qué te han aprovechado tus anillos, vihuela dorada y ricos atavíos, pues por causa dellos han advertido todos los miradores más a tu temeridad, locura, ambiçión y neçedad, cuando por sola la apariençia de tus riquezas pensaste ganar el premio, no sabiendo en la verdad cantar ni tañer. Pues mentiste a ti, y a todos pensaste engañar, serás infame para siempre jamás por exemplo del mentir, llevando el premio el pobre Tespín como músico de verdad sin apariençia ni fiçión». Esto te he contado, Miçilo, porque me dixiste que con aparato de palabras no pensasse dezirte grandes mentiras. Yo digo que te prometo de no ser como este músico Evangelista, que quiso ganar el premio y joya con sólo el aparato y apariençia de su hermosura y riqueza, con temor que después no solamente me quites el comer que me prometes por galardón, pero aún me des de palos. Y aún por más te asegurar te hago juramento solemne al gran poder de Dios, y...

MIÇILO. Calla, calla gallo, óyeme. Dime, ¿y no me prometiste al prinçipio que hablarías conmigo en toda reliçión?

GALLO. ¿Pues en qué falto de la promessa?

MIÇILO. En que con tanta fuerça y vehemencia juras a Dios.

GALLO. ¿Pues no puedo jurar?

MIÇILO. Unos clérigos santos que andan en esta villa nos dizen que

no.

GALLO. Déxate desos santones. Opinión fue de unos herejes llamados manicheos, condenada por conçilio, que dezían que en ninguna manera era lícito jurar. Pero a mí paréçeme que es lícito imitar a Dios, pues Él juró por sí mesmo quando quiso hazer çierta la promesa a Abraán, donde dize San Pablo que no había otro mayor por quien jurase Dios que lo jurara como juró por sí; y en la Sagrada Escripura, a cada passo, se hallan juramentos de profetas y santos que juran «vive Dios». Y el mesmo San Pablo le jura con toda su santidad, que dixo escribiendo a los gálatas: si por la gracia somos hijos de Dios, luego juro a Dios que somos herederos. Y hazía bien, porque ninguno jura sino por el que más ama, y por el que conoçe ser mayor. Ansí dize el refrán: «quien bien le jura, bien le cree». Pero dexado esto, yo le prometo contar cosas verdaderas y de admiración con que sobrellevando el trabajo te deleite y dé plazer. Pues venido al prinçipio de mi ser tú sabrás que como te he dicho yo fue aquel gran filósofo Phythágoras samio hijo de Menesarra, hombre rico y de gran negoçio en la mercadería.

MIÇILO. Espera, gallo, que ya me acuerdo, que yo he oído dezir dese sabio y santo filósofo que enseñó muchas buenas cosas a los de su tiempo. Agora, pues, dime gallo, ¿por qué vía dexando de ser aquel filósofo veniste a ser gallo, un ave de tan poca estima y valor?

GALLO. Primero que viniesse a ser gallo fue transformado en otras diversidades de animales y gentes, entre las cuales he sido rana, y hombre bajo popular y rey.

MIÇILO. ¿Y qué rey fueste?

GALLO. Yo fue Sardanapalo, rey de los medos, mucho antes que fuese Pithágoras.

MIÇILO. Agora me parece, gallo, que me comienças a encantar o, por mejor dezir, a engañar, porque comienças por una cosa tan repugnante y tan lejos de verisimilitud para poderla creer. Porque según yo he oído y me acuerdo, ese filósofo Pithágoras fue el más virtuoso hombre que hubo en su tiempo. El cual por aprender los secretos de la tierra y del çielo se fue a Egipto con aquellos sabios que allí había en el templo que entonces dezían sacerdotes de Júpiter Amón, que vivían en las Syrtes, y de allí se vino a visitar los magos a Babilonia, que era otro género de sabios, y al fin se volvió a la Italia, donde llegado a la çiudad de Crotón halló que reinaba mucho allí la luxuria, y el deleite, y el suntuoso comer y beber, de lo cual los apartó con su buena doctrina y exemplo. Éste hizo admirables leyes de templaça, modestia y castidad, en las cuales mandó que ninguno comiesse carne, por apartarlos de la luxuria; y desta manera bastó refrenarlos de los viçios. Y también mandaba a sus discípulos que por çinco años no hablassen, porque conoçía el buen sabio cuántos males vengán en el mundo por el hablar demassiado. ¡Cuán contrarias fueron estas dos cosas a las costumbres y vida de Sardanapalo rey de los medos, del cual he oído cosas tan contrarias, que me hazen creer que finges por burlar de mí! Porque he oído dezir que fue el mayor glotón y luxurioso que hubo en sus tiempos, tanto que señalaba premios a los inventores de guisados y comeres, y a los que de nuevo le enseñasen maneras de luxuriar, y ansí este infeliz suçio mandó poner en su sepultura estas palabras: «Aquí yaze Sardanapalo, rey de medos, hijo de Anazindaro. Come hombre,

bebe y juega, y conociendo que eres mortal, satisfaz tu ánimo de los deleites presentes, porque después no hay de qué puedas con alegría gozar. Que así hize yo, y sólo me queda que comí y harté este mi apetito de luxuria y deleite, y en fin todo se queda acá, y yo resulto convertido en polvo». Mira pues, o gallo, qué manifiesta contrariedad hay entre estos dos por donde veo yo que me estimes en poco, pues tan claramente propones cosa tan lexos de verosimilitud. O parece que descuidado en tu fingir manifiestes la vanidad de tu fición.

GALLO. ¡O cuán pertinaz estás, Miçilo, en tu incredulidad! Ya no sé con qué juramentos o palabras te asegure para que me quieras oír. Cuánto más te admirarías si te dixesse, que fue yo también en un tiempo aquel emperador romano Heliogábalo, un tan disoluto glotón y vicioso en su comer.

MIÇILO. ¡O válame Dios! Si es verdad lo que me contó este día pasado este nuestro vezino Demophón, que dixo que lo había leído en un libro que dixo llamarse Selva de varia lección. Por cierto si verdad es, y no lo finge aquel auctor, argumento me es muy claro de lo que presumo de ti, porque en el vicio de comer y beber y luxuriar excede aún a Sardanapalo sin comparación.

GALLO. De pocas cosas te comienças a admirar, o Miçilo, y de cosas fáciles de entender te comienças a alterar, y mueves dudas y objeciones que causan repunçia y perplegidad en tu entendimiento. Lo cual todo naçe de la poca esperiençia que tienes de las cosas; y principalmente proçede en ti esa tu confusión de no ser ocupado hasta aquí en la especulación de la filosofía, donde se aprende y sabe la naturaleza de las cosas. Donde si tú te hubieras exercitado supieras la raíz porque aborrecí el deleite y luxuria siendo Pithágoras, y le seguí y amé con tanto estudio siendo Heliogábalo, o Sardanapalo. No te fatigues agora por saber el principio de naturaleza por donde proçeda esta variedad de inclinación, porque ni haze a tu propósito, ni te haze menester, ni nos debemos agora en esto ocupar. Solamente por te dar manera de sabor y graçia en el trabajar pretendo que sepas cómo todo lo fue, y lo que en cada estado passé, y conocerás cómo de sabios y neçios, ricos, pobres, reyes y filósofos, el mejor estado y más seguro de los vaivenes de fortuna tienes tú, y que entre todos los hombres tú eres el más feliz.

MIÇILO. ¿Qué yo te parezco el más bienaventurado hombre de los que has visto, o gallo? Por çierto, yo pienso que burlas, pues no veo en mí por qué. Pero quiero dexar de estorbar el discurso de tu admirable narración con mis perplexos argumentos, y bástame gozar del deleite que espero reçeibir de tu graçioso cuento para el passo de mi miserable vida sola y trabajada, que si como tú dizes, otro más mísero y trabajado hay que yo en el mundo respecto del cual yo me puedo dezir bienaventurado, yo concluyo que en el mundo no hay que desear. Agora, pues, el tiempo se nos va, comiénçame a contar desde que fueste Pithágoras lo que passaste en cada estado y naturaleza, porque neçesariamente en tanta diversidad de formas y variedad de tiempos te debieron de acontecer, y visto cosas y cuentos dignos de oír. Agora dexadas otras cosas muchas aparte, yo te ruego que me digas cómo te suçedió la muerte siendo Heliogábalo, y en qué estado y forma suçediste después. Y de ahí me contarás tu vida hasta la que agora posees de gallo que lo deseo en particular oír.

GALLO. Tú sabrás, como ya dizes que oíste a Demophón, que como yo fuesse tan viçioso y de tan luxuriosa inclinación, siguió la muerte al mi muy más continuo uso de vivir. Porque de todos fue aborreçido por mi suçio comer y luxuriar, y ansí un día acabando en todo deleite de comer y beber espléndidamente, me retraí a una privada a purgar mi vientre que con grande instançia me aquexó la gran repleción de irla a vaçiar. En el cual lugar entraron dos mis más privados familiares, y por estar ya enhastados de mis viçios y vida suçia, con mano armada me començaron a herir hasta que me mataron, y después aún se me hubo de dar mi conveniente sepultura por cumplido galardón, que me echaron el cuerpo en aquella privada donde estuve abscondido mucho tiempo que no me hallaron, hasta que fue a salir al Tibre entre las inmundiçias y suçiedades que vienen por el común conducto de la ciudad. Y ansí sabrás que, dexando mi cuerpo caído allí, salida mi ánima se fue a lançar en el vientre de una fiera y muy valiente puerca que en los montes de Armenia estaba preñada de seis lechones, y yo vine a salir en el primero que parió.

MIÇILO. ¡O válame Dios! ¿Yo sueño lo que oyo? ¿Que de hombre veniste a ser puerco, tan suçio y tan bruto animal? No puedo disimular admiración cuando veo que tiene naturaleza formadas criaturas como tú que en esperiençia y conocimiento lleva ventaja a mi inhabilidad tan sin comparación. Ya me voy desengañando de mi ceguedad, y voy conociendo de tu mucho saber lo poco que soy. Y ansí de hoy más me quiero someter a tu disciplina, como veo que tiene tanta muestra de deidad.

GALLO. ¿Y éste tienes, Miçilo, por caso de admiración? Pues menos podrías creer que habrá alguno que juntamente sea hombre y puerco, y aun pluguiese a Dios no fuesse peor y más vil, que aún la naturaleza del puerco no es la peor.

MIÇILO. ¡Pues cómo! ¿y puede haber algún animal más torpe y suçio que él?

GALLO. Pregúntaselo a Grilo, noble varón griego, el cual volviendo de la guerra de Troya passando por la isla de Candia le convirtió la maga Cyrçes en puerco, y después por ruego de Ulixes le quisiera volver hombre, y tanta ventaja halló Grilo en la naturaleza de puerco, y tanta mejora y bondad que escogió quedarse ansí, y menospreçió volverse a su natural patria.

MIÇILO. Por cierto cosas me cuentas que aun a los hombres de mucha esperiençia causassen admiración, quanto más a un pobre çapatero como yo.

GALLO. Pues porque no me tengas por mentiroso, y que quiero ganar opinión contigo contándote fábulas, sabrás que esta historia auctorizó Plutarco, el historiador griego de más auctoridad.

MIÇILO. Pues, ¡válame Dios!, ¿qué bondad halló ese Grilo en la naturaleza de puerco, por la cual a nuestra naturaleza de hombre la prefirió?

GALLO. La que yo hallé.

MIÇILO. Eso deseo mucho saber de ti.

GALLO. A lo menos una cosa trabajaré mostrarte como aquel que de ambas naturalezas por esperiençia sabrá dezir: que comparada la vida y inclinación de muchos hombres al común vivir de un puerco, es más perfecto con gran ventaja en su natural, prinçipalmente cuando de viçios tiene el hombre ocupada la razón. Y agora, pues es venido el día, abre la tienda, y

yo me pasearé con mis gallinas por la casa y corral en el entretanto que nos aparejas el manjar que hemos de comer. Y en el canto que se sigue verás claramente la prueba de mi intención.

MIÇILO. Sea así.

Fin del primero canto del gallo

Argumento del segundo canto del gallo

En el segundo canto que se sigue el auctor imita a Plutarco en un diálogo que hizo entre Ulixes y un griego llamado Grilo, el cual había Cyrçes convertido en puerco. En esto el auctor quiere dar a entender que cuando los hombres están ençenagados en los vicios y principalmente de la carne son muy peores que brutos, y aún hay muchas fieras que sin comparación los exceden en el uso de la virtud.

GALLO. Ya parece, Miçilo, que es hora conveniente para comenzar a vivir, dando gracias a Dios que ha tenido por bien de passar la noche sin nuestro peligro, y traernos al día para que con nuestra buena industria nos podamos todos mantener.

MIÇILO. Bendito sea Dios que así lo ha permitido. Pero dime, gallo, ¿es ésta tu primera canción? Porque holgaría de dormir un poco más hasta que cantes segunda vez.

GALLO. No te engañes, Miçilo, que ya canté a la media noche como acostumbramos; y como estabas sepultado en la profundidad y dulçura del primer sueño, no te bastaron despertar mis voces, puesto caso que trabajé por cantar lo más templado y bien comedido que pude por no te desordenar en tu suave dormir. Por la fortaleza deste primer sueño creo yo que llamaron los antiguos al dormir imagen de la muerte, y por su dulçura le dixeron los poetas apazible holganza de los dioses. Agora ya será casi de día, que no hay dos horas de la noche por passar. Despierta, que yo quiero proseguir en mi obligación.

MIÇILO. Pues dizes ser essa hora yo me quiero levantar al trabajo, porque proveyendo a nuestro remedio y hambre, oírte me será solaz. Agora di tú.

GALLO. En el canto pasado quedé de te mostrar la bondad y sosiego de la vida de las fieras, y aun la ventaja que en su natural hazen a los hombres. Esto mostraré ser verdad en tanta manera que podría ser, que si alguna dellas diessen libertad de quedar en su ser, o venir a ser hombre como vos, escogería quedar fiera, puerco, lobo o león antes que venir a ser hombre, por ser entre todos los animales la especie más trabajada y infeliz. Mostrarte he el orden y concierto de su vivir, tanto que te convenças afirmar ser en ellas verdadero uso de razón; por lo cual las fieras sean dignas de ser en más tenidas, elegidas y estimadas que los hombres.

MIÇILO. Parece, gallo, que con tu elocuencia y manera de dezir me quieres encantar, pues te profieres a me mostrar una cosa tan lexos de verdadera y natural razón. Temo me que en eso te atreves a mí presumiendo que fácilmente, como a pobre çapatero, cualquiera cosa me podrás persuadir. Agora, pues, desengañaate de hoy más que confiado de mi naturaleza yo me profiero a te lo defender. Di, que me plazerá mucho oír

tus sophísticos argumentos.

GALLO. Por cierto, yo espero que no te parezcan sophísticos, sino muy en demostración. Principalmente que no me podrás negar que yo mejor que cuantos hay en el mundo lo sabré mostrar, pues de ambas naturalezas, de fiera y hombre, tengo hecha esperiencia. Pues agora paréceme a mí que el principio de mi prueba se debe tomar de las virtudes, justicia, fortaleza, prudencia, continencia y castidad, de las cuales vista la perfección con que las usan y tratan las fieras conocerás claramente no ser manera de dezir lo que he propuesto, mas que es muy averiguada verdad. Y cuanto a lo primero quiero que me digas: si hubiesse dos tierras, la una de las cuales sin ser arada, cavada ni sembrada, ni labrada, por sola su bondad y generosidad de buena naturaleza llevasse todas las frutas, flores y mieses muy en abundancia, dime, ¿no loarías más a esta tal tierra, y la estimarías y antepornías a otra, la cual por ser montuosa y para sólo pasto de cabras aun siendo arada, muy rompida, cavada y labrada con dificultad diesse fruto poco y miserable?

MICILO. Por cierto, aunque toda tierra que da fruto, aunque trabajadamente es de estimar, de mucho más valor es aquella que sin ser cultivada, o aquella que con menos trabajo, nos comunica su fruto.

GALLO. Pues de aquí se puede sacar y colegir como de sentencia de prudente y cuerdo, que hay cosas que se han de loar y aprobar por ser buenas, y otras por muy mejores se han de abraçar, amar y elegir. Pues así de esta manera verdaderamente y con necesidad me concederás que, aunque el ánima del hombre sea de gran valor, el ánima de la fiera sea de mucho más; pues sin ser rompida, labrada, arada ni cavada, quiero dezir sin ser enseñada en otras escuelas ni maestros que de su mesma naturaleza, es más hábil, presta y aparejada a producir en abundancia el fruto de la virtud.

MICILO. Pues dime agora tú, gallo, ¿de cuál virtud se pudo nunca adornar el alma del bruto, porque parece que contradize a la naturaleza de la mesma virtud?

GALLO. ¿Y eso me preguntas? Pues yo te probaré que la usan mejor que el más sabio varón. Y porque lo veas vengamos primero a la virtud de fortaleza de la cual vosotros, y principalmente los españoles entre todas las naciones, os gloriáis y honráis. ¡Cuán ufanos y por cuán gloriosos os tenéis cuando os oís nombrar atrevidos saqueadores de ciudades, violadores de templos, destruidores de hermosos y sumptuosos edificios, disipadores y abrasadores de fértiles campos y mieses! Con los cuales ejercicios de engaños y cautelas habéis adquirido falso título y renombre entre los de vuestro tiempo de animosos y esforçados, y con semejantes obras os habéis usurpado el nombre de virtud. Pero no son así las contiendas de las fieras, porque si han de pelear entre sí o con vosotros, muy sin engaños y cautelas lo hazen; abierta y claramente las verás pelear con sola confianza de su esfuerzo. Principalmente porque sus batallas no están sujetas a leyes que obliguen a pena al que desampare el campo en la pelea. Pero como por sola su naturaleza temen ser vencidos, trabajan cuanto pueden hasta venjer a su enemigo, aunque no obligan el cuerpo ni sus ánimos a subjección ni vasallaje siendo vencidas. Y así la vencida siendo herida, caída en el suelo es tan grande su esfuerzo que recoxe el ánimo en una pequeña parte de su cuerpo y hasta que es del todo muerta

resiste a su matador. No hay entre ellas los ruegos que le otorgue la vida, no suplicaciones, lágrimas ni peticiones de misericordia; ni el rendirse al vencedor confesándole la victoria, como vosotros hacéis cuando os tiene el enemigo a su pies amenazándoos degollar. Nunca tú viste que un león vencido sirva a otro león vencedor, ni un caballo a otro, ni entre ellos hay temor de quedar con renombre de cobardes. Cualesquiera fieras que por engaños o cautelas fueron alguna vez presas en lazos por los caçadores, si de edad razonable son, antes se dexarán de hambre y de sed morir que ser otra vez presas y captivas si en algún tiempo pudieran gozar de la libertad. Aunque algunas vezes acontece que siendo algunas presas siendo pequeñas se vienen a amansar con regalos y apazibles tratamientos, y ansí acontece dárseles por largos tiempos en servidumbre a los hombres. Pero si son presas en su vejez o edad razonable antes morirán que sujetárseles. De lo qual todo claramente se muestra ser las fieras naturalmente naçidas para ser fuertes y usar de fortaleza, y que los hombres usan contra verdad de título de fuertes que con ellos tienen usurpado diziendo que les venga de su naturaleza; y aun esto fácilmente se verá si consideramos un principio de philosophía que es universalmente verdadero, y es: que lo que conviene por naturaleza a una especie conviene a todos los individuos y particulares igual y indiferentemente, como acontece que conviene a los hombres por su naturaleza la risa, por la qual cualquiera hombre en particular conviene reírse. Dime agora, Miçilo, antes que passe adelante, si hay aquí alguna cosa que me puedas negar.

MIÇILO. No. Porque veo por esperiençia que no hay hombre en el mundo que no se ría y pueda reír, y solo el hombre propriamente se ríe. Pero yo no sé a qué propósito lo dizes.

GALLO. Dígolo porque pues esto es verdad y vemos que igualmente en las fieras en fortaleza y esfuerço no diffieren machos y hembras, pues igualmente son fuertes para se defender de sus enemigos, y para sufrir los trabajos neçesarios por defender sus hijos, o por buscar su mantenimiento, que claramente parece convenirles de su naturaleza. Porque ansí hallarás de la hembra tigre, que si acaso fue a buscar de comer para sus hijos que los tenía pequeños y en el entretanto que se ausentó de la cueva vinieron los cazadores y se los llevaron, diez y doze leguas sigue a su robador y hallado haze con él tan cruda guerra que veinte hombres no se le igualaran en esfuerço. Ni tampoco para esto aguardan favorecerse de sus maridos, ni con lágrimas se les quexan contándoles su cuita como hazen vuestras hembras. Ya creo que habrás oído de la puerca de Calidonia cuántos trabajos y fatigas dio al fuerte Theseo con sus fuertes peleas. ¿Qué diré de aquel sphinge de Phenicia y de la raposa telmesia?, ¿qué de aquella famosa serpiente que con tanto esfuerço peleó con Apolo? También creo que tú habrás visto muchas leonas y osas mucho más fuertes que los machos en su naturaleza. Y no se han como vuestras mujeres las cuales quando vosotros estáis en lo más peligroso de la guerra están ellas muy descuidadas de vuestro peligro sentadas al fuego, o en el regalo de sus camas y deleites. Como aquella reina Clithenestra, que mientras su marido Agamenón estaba en la guerra de Troya gozaba ella de los besos y abraços de su adúltero Egisto. De manera que de lo que tengo dicho parece ser verdad no ser natural la fortaleza a los hombres, porque si ansí fuesse igualmente convernía el esfuerço a las hembras de vuestra especie, y se

hallaría como en los machos como acontece en las fieras. Ansí que podemos dezir, que los hombres no de su voluntad, mas forçados de vuestras leyes y de vuestros príncipes y mayores venís a exercitaros en esfuerço, porque no osáis ir contra su mandado temiendo grandes penas. Y estando los hombres en el peligro más fragoso del mar, el que primero en la tempestad se mueve no es para tomar el más pesado remo y trabajar doblado, pero cada cual procura ir primero por escoger el más ligero y dexar para los de la postre la mayor carga, y aún del todo la rehusarían sino fuesse por miedo del castigo, o peligro en que se ven. Y ansí este tal no se puede dezir esforçado, ni éste se puede gloriarse de ser doctado desta virtud, porque aquel que se defiende de su enemigo con miedo de rezebir la muerte, éste tal no se debe dezir magnánimo ni esforçado pero cobarde y temeroso. Desta manera acontece en vosotros llamar fortaleza lo que bien mirado con prudencia es verdadera cobardía. Y sí vosotros os halláis ser más esforçados que las fieras, ¿por qué vuestros poetas y historiadores cuando escriben y decantan vuestras hazañas y hechos en la guerra os comparan con los leones, tigres y onzas, y por gran cosa dicen que igualastes en esfuerço con ellos? Y por el contrario, nunca en las batallas de las fieras fueron en su ánimo comparadas con algún hombre. Pero ansí como acontece que comparamos los ligeros con los vientos, y a los hermosos con los ángeles, queriendo hazer semejantes los nuestros con las cosas que exceden sin alguna medida ni tasa, ansí parece que desta manera comparáis los hombres en vuestras historias en fortaleza con las fieras como a cosas que os exceden sin comparación. Y la causa desto es: porque como la fortaleza sea una virtud que consiste en el buen gobierno de las passiones y ímpetus del ánimo, el cual más sincero y perfecto se halla en las peleas que entre sí tienen las fieras, porque los hombres turbada la razón con la ira y la soberbia los ciega y desbarata tanto la cólera que ninguna cosa hazen con libertad que merezca nombre de virtud. Aun con todo esto quiero dezir que no tenéis por qué os quejar de naturaleza porque no os diese uñas, colmillos, conchas y otras armas naturales que dio a las fieras para su defensa, pues que un entendimiento de que os armó para defenderos de vuestros enemigos le embotáis y entorpeceís por vuestra culpa y negligencia.

MIÇILO. O gallo, ¡cuán admirable maestro me has sido hoy de retórica!, pues con tanta abundancia de palabras has persuadido tu propósito aun en cosa tan seca y estéril. Forçado me has a creer que hayas sido en algún tiempo uno de los famosos philosophos que hobo en las escuelas de Athenas.

GALLO. Pues mira, Miçilo, que por pensar yo que querías redargüirme lo que tengo dicho con algunos argumentos, o con algún género de contradicción, no pasaba adelante en mi dezir. Y ya que veo que te vas convenciendo, quiero que pasemos a otra virtud, y luego quiero que tratemos de la castidad, en la cual te mostraré que las fieras exceden a los hombres sin alguna comparación. Mucho se preçian vuestras mugeres tener de su parte por exemplo de castidad una Penélope, una Lucreçia, Porçia, doña María de Toledo, y doña Isabel reina de Castilla, porque dezís que éstas menospreçian sus vidas por no violar la virtud de su castidad. Pues yo te mostraré muchas fieras castas mil vezes más que todas esas vuestras; y no quiero que comencemos por la castidad de la corneja,

ni crotón, admirables fieras en este caso, que después de sus maridos muertos guardan la viudez no cualquiera tiempo, pero nueve edades de hombres sin ofender su castidad, por lo cual necesariamente me debes conceder ser estas fieras nueve veces más castas que las vuestras mugeres que por exemplo tenéis; pero porque tienes entendido de mí, Miçilo, que soy retórico, quiero que procedamos en el discurso desta virtud según las leyes de retórica, porque por ellas espero vençerte con más façilidad. Y así, primero veamos la difiniçión desta virtud continençia, y después deçendiremos a sus inferiores espeçies. Suelen dezir los philósophos que la virtud de continençia en una buena y çierta dispusiçión y regla de los deleites, por la cual se desechan y huyen los malos, vedados y superfluos, y se favoreçen y allegan los neçesarios y naturales en sus convenientes tiempos. Quanto a lo primero vosotros los hombres todos los sentidos corporales corrompéis y depraváis con vuestros malos usos y costumbres y inclinaciones, endereçándolos siempre a vuestro viçioso deleite y luxuria. Con los ojos todas las cosas que veis endereçáis para vuestra laçivia y cobdioçia, lo cual nosotras las fieras no hacemos así, porque cuando yo era hombre me holgaba y regoçijaba con gran deleite viendo el oro, joyas y piedras preçiosas, a tanto que me andaba bobo y desvanençido un día tras un rey o príncipe si anduviesse vestido y adornado de jaezes y atavíos de seda, oro, púrpura y hermosos colores. Pero agora, como lo hacen las otras fieras, no estimo en más todo eso que al lodo y a otras comunes piedras que hay por las pedregosas y ásperas sierras y montañas. Y así cuando yo era puerco estimaba mucho más sin comparaçión hallar algún blando y húmido cieno, o piçina en que me refrescasse revolcándome. Pues si venimos al sentido del oler, si consideramos aquellos olores suaves de gomas, espeçias y pastillas de que andáis siempre oliendo, regalando y afeminando vuestras personas, en tanta manera que ningún varón de vosotros viene a gozar de su propia muger si primero no se unta con unçiones delicadas y adoríferas, con las cuales procuráis inçitar y despertar en vosotros a Venus. Y esto aún sería sufridero en vuestras hembras por daros deleite usar de aquellos olores, lavatorios, afeites y unturas, pero lo que peor es que usáis vosotros los varones para incitaros a luxuria. Pero nosotras las fieras no lo usamos así, sino el lobo con la loba, y el león con la leona, y así todos los machos con sus hembras en su género y espeçie, gozan de sus abraços y açessos solamente con los olores naturales y propios que a sus cuerpos dio su naturaleza sin admistiçión de otro alguno de fuera. Cuando más hay, y con que ellas más se deleitan es al olor que produçen de sí los olorosos prados cuando en el tiempo de su brama, que es cuando usan sus bodas, están verdes y floridos y hermosos. Y así ninguna hembra de las nuestras tiene necesidad para sus ayuntamientos de afeites ni unturas para engañar y traer al macho de su especie. Ni los machos tienen neçesidad de las persuadir con palabras, requiebros, cautelas ni ofreçimientos. Pero todos ellos en su propio tiempo sin engaños ni intereses hazen sus ayuntamientos atraídos por naturaleza, con las dispusiçiones y concurso del tiempo, con los cuales son inçitados y llamados a aquello. Y así este tiempo siendo passado, y hechas sus preñezes, todos se aseguran y mortiguan en su incentivo deleite, y hasta la vuelta de aquel mesmo tiempo ninguna hembra cobdioçia ni consiente al macho, ni el macho la acomete. Ningún otro

interés se pretende en las fieras sino el engendrar y todo lo guiamos y ordenamos como nuestra naturaleza lo dispone. Y añade a esto que entre las fieras en ningún tiempo se cobdiçia ni solliçita ni acomete hembra a hembra, ni macho con macho en açesso carnal. Pero vosotros los hombres no así, porque no os perdonáis unos a otros: pero muger con muger, y hombre con hombre, contra las leyes de vuestra naturaleza, os juntáis, y en vuestros carnales açessos os toman vuestros juezes cada día. Ni por esto teméis la pena, cuanto quiera que sea cruel, por satisfazer y cumplir vuestro deleite y luxuria. En tanta manera es esto aborreçido de las fieras, que si un gallo acometiesse açesso con otro gallo, aunque le faltasse gallina, con los picos y uñas le haríamos en breve pedaços. Pareçe, Miçilo, que te vas convenciendo y haciéndote de mi sentencia, pues tanto callas sin me contradezir.

MIÇILO. Es tan efficaz, gallo, tu persuasión, que como una cadena me llevas tras ti sin poder resistir.

GALLO. Dexemos de contar cuántos varones han tenido sus ayuntamientos con cabras, ovejas y perras; y las mugeres que han effectuado su luxuria con gimios, asnos, cabrones y perros, de los cuales açessos se han engendrado çentauros, sphinges, minotauros y otros admirables monstruos de prodigioso agüero. Pero las fieras nunca usaron así, como lo muestra por exemplo la continencia de aquel famoso Mendesio, cabrón egipcio, que siendo encerrado por muchas damas hermosas para que holgase con ellas, ofreçiéndosele desnudas delante, las menospreçió, y quando se pudo soltar se fue huyendo a la montaña a tener sus plazerres con las cabras sus semejantes. Pues quanto ves que son más inferiores en la castidad los hombres que las fieras, así lo mesmo se podrá dezir en todas las otras espeçies y diferencias desta virtud de continencia. Pues en lo que toca al apetito de comer es así, que los hombres todas las cosas que comen y beben es por deleite y complaçencia de la suavidad. Pero las fieras todo quanto gustan y comen es por neçesidad y fin de se mantener. Y así los hombres se engendran en sus comidas infinitos géneros y especies de enfermedades, porque llenos vuestros cuerpos de excesivos comeres, es neçesario que a la continua haya diversidad de humores y ventosidades y que, por el consiguiente, se sigan las indisposiçiones. A las fieras dio naturaleza a cada una su comida y manjar proprio conveniente para su apetito: a los unos la yerba, a los otros raíces y frutas; y algunos hay que comen carne, como son lobos y leones. Pero los unos no estorban ni usurpan el manjar ni comida de los otros, porque el león dexa la yerba a la oveja y el ciervo dexa su manjar al león. Pero el hombre no perdona nada constreñido de su apetito, gula, tragazón y deleite. Todo lo gusta, come, traga y engulle, pareçiéndole que sólo a él hizo naturaleza para tragar y disipar todos los otros animales y cosas criadas. Quanto a lo primero, come las carnes sin tener dellas neçesidad alguna que a ello le constriña, teniendo tantas buenas plantas, frutas, raíces y yerbas muy frescas, salutíferas y olorosas. Y así no hay animal en el mundo que a las manos pueda haber que los hombres no coman. Por lo qual les es neçesario que para haber de hartar su gula tengan pelea y contienda con todos los animales del mundo, y que todos se publiquen por sus enemigos. Y así, para satisfazer su vientre tragón, a la continua tienen guerra con las aves del cielo y con las fieras de la tierra y con todos los pescados

del mar, y a todos buscan cómo con industrias y artes los puedan cazar y prender; y han venido a tanto extremo, que por se preçiar no perdonar ninguna criatura de su gusto acostumbran ya a comer las venenosas serpientes, culebras, anguilas, lampreas, que son de una mesma especie; sapos, ranas, que son de un mesmo natural; y han hallado para tragarlo todo unas maneras de guisados con ajos, espeçias, clavo, pimienta y açeite en ollas y cazuelas, en las cuales hechos çiertos compuestos y mezclas se engañan los desventurados pensando que les han quitado con aquellos coçimientos sus naturales ponçoñas y veneno, quedándoles aún tan gran parte que los basta dar la muerte mucho antes que lo requiere su natural. ¿Pues qué si dezimos de los animales y cosas que de su vescosidad y podridumbre produce la tierra: hongos, turmas, setas, caracoles, galápagos, arañas, tortugas, ratones y topos? Y para guisar y aparejar esto, ¿cuántos maestros, libros, industrias y artes de cozina usan y tienen tan lexos del pensamiento de las fieras? Y después con todo esto quéxanse los desventurados de su naturaleza, diciendo que les dio cortas las vidas, y que los lleva temprano la muerte. Y dicen que los médicos no entienden la enfermedad, ni saben aplicar la mediçina, ¡bobos, neçios! ¿Qué culpa tiene su naturaleza si ellos mesmos se corrompen y matan con tanta multitud de venenosas comidas y manjares? Naturaleza todas las cosas desea y procura conservar hasta el periodo y tiempo que al común les tiene puesto la vida, y para esto les tiene enseñados çiertos remedios y medeçinas por si acaso por alguna ocasión, heridos de algún contrario, viniessen a enfermar. Pero es tanta la golosina, gula y desorden en su comer y mantenimiento de los hombres, que ya ni hay mediçina que los cure, ni médico que curarlos sepa ni pueda, porque ya las artes naturales todas faltan para este tiempo: porque bastan más corromper y quebrar de sus vidas con sus comidas que puede remediar y soldar la philosophía y arte de naturaleza. Pero las fieras no hazen ansí, porque si al perro dio naturaleza que viva doze años y treçientos a la corneja, y ansí de todas las otras fieras si los hombres no las matan, naturaleza las conserva, de manera que todas mueran por pura vejez, porque a cada una tiene enseñada su propia mediçina, y cada una se es a sí mesma médica. ¿Quién enseñó a los puercos cuando enferman irse luego a los charcos a comer los cangrexos con que luego son sanos?, ¿quién enseñó al galápago cuando le ha mordido la víbora paçer el orégano y sacudir luego de sí la ponzoña?, ¿quién enseñó a las cabras montesas siendo heridas del caçador comer de la yerba llamada dítamo, y saltarle luego del cuerpo la saeta?, ¿y al ciervo en siendo herido ir huyendo a buscar las fuentes de las aguas porque en bañándose son sanos del veneno?, y a los perros fatigados del dolor de la cabeça, ¿quién los enseñó a ir al prado y paçer yerba porque luego son sanos con ella? Naturaleza es la maestra de todo esto para conservarlos, en tanta manera que no pueden morir, sino por sola vejez, si la guerra que les da vuestra gula insaçiable çesasse. ¿Pues qué si hablássemos de las bebidas, los vinos de estrañas provinçias adobados con coçimientos de diversidades de espeçias, después de aquellas curiosas y artiçiales bebidas de aloxa y cerveça? Y sola la fiera mantenida en todo regalo y deleite sana y buena con el agua clara que naturaleza le da y le cría en las fuentes perenales de la concavidad de la tierra. Pues aquellas agudeças, industrias y vivezas que saben y usan las fieras, ¿qué dirás

dellas? El perro al mandado de su señor salta y baila, y entra çien vezes por un aro redondo que para ganar dineros le tiene empuesto y enseñado el pobre peregrino. Los papagayos hablan vuestra mesma lengua, tordos y cuervos. Los caballos se ponen y bailan en los teatros y plazas públicas. ¿Parécete que todo esto no es más argumento de uso de razón que de flaqueza que haya en su naturaleza? Por çierto, no se puede dezir otra cosa sino que todos estos dotes les venga del valor de su natural, en el qual con tanta ventaja os exçeden las fieras a los hombres. A lo qual todo, si no lo quisieres llamar uso de razón, buen juicio, virtud de buen ingenio y prudencia vista aquella façilidad con que son enseñadas en las mesmas artes y agudeças que vosotros, en tanta manera que en las fieras parezca verdaderamente que nos acordamos de lo que por nuestra naturaleza sabemos cuando nos lo enseñan, lo que vosotros no aprendéis sin grande y muy contino trabajo de vosotros mesmos, y de vuestros maestros, pues si a esta ventaja no la quisieres llamar uso de razón, con tal que la conozcas haberla en las fieras, llámala como más te plaziere. Yo a lo menos téngola tan conoçida después que en cuerpos de fieras entré, que me maravillo de la çeguedad en que muchos de vuestros philósophos están, los cuales con infinita diversidad de argumentos persuaden entre vosotros a que creáis y tengáis por averiguado que las fieras sean muy más inferiores en su naturaleza que los hombres, diziendo y afirmando que ellos solamente usan de razón, y que por el consiguiente a ellos solos convenga el exerçicio de la virtud. Y así por esta causa llaman a las fieras brutos. Añaden a esto afirmando que solos los hombres usen de la verdadera libertad, siendo por esperiençia tan claro el contrario, como vemos que las fieras a ningunas leyes tengan subjeçión ni miramiento más de a las de su naturaleza, porque por su buena inclinación no tuvieron de más leyes neçesidad. Pero vosotros los hombres, por causa de vuestra soberbia y ambición, os subjecto vuestra naturaleza a tanta diversidad de leyes, no solamente de Dios y de vuestros príncipes y mayores, pero habéis os subjectado al juicio y sentençia de vuestros vezinos, amigos y parientes, en tanta manera que sin su parecer no osáis comer, ni beber, vestir, calçar, hablar ni comunicar. Finalmente, en todas vuestras obras sois tan subjectos al parecer ajeno, tan atentos a aquella tirana palabra y manera de dezir «qué dirán», que no puedo sino juzgar los hombres por el más miserable animal y más infeliz y descontento de todos los que en el mundo son criados. Agora tú, Miçilo, si algo desto que yo tengo alegado te parece contrario a la verdad arguye y propón, que yo te responderé si acaso no me faltasse a mí el uso de la razón con que solía yo en otros tiempos con evidente efficaçia disputar.

MIÇILO. ¡O gallo! ¡Cuán admirado me tiene esa tu elocuençia, con la qual tan efficazmente te has esforçado a me persuadir esa tu opinión! ¿Qué puedo dezir?, que nunca gallo cantó como tú hoy. En tanta manera me tienes contento que no creo que hay hoy en el mundo hombre más rico que yo, pues tan gran joya como a ti poseo. Pero una dificultad y dubda tengo en el alma, que resulta de lo que has persuadido hasta aquí, lo qual deseo entender: ¿cómo ánima de fiera bruta pueda ver y gozar de Dios?

GALLO. ¿Y agora sabes que las bestias se puedan salvar? Así lo dize el rey David: «Homines et jumenta salvabis Domine.» Dime, ¿qué más bruta bestia puede ser que el hombre ençenogado en un viçio de la carne, o

avaricia, o soberbia, o ira, o en otro cualquiera pecado? Pues así teniendo David a los tales por viles brutos bestias ruega por ellos a Dios diziendo en su psalmo o cançión: Señor «yo, <> os suplico que salvéis hombres y bestias.» Y por tal bestia se tenía David con ser Rey cuando se hallaba pecador, que dezía: «Ut iumentum factus sum apud te.» Yo señor soy bestia en vuestro acatamiento. Y así quiero que entiendas que en todos mis cantos pretendo mostrarte cómo el vicio son los hombres convertidos en brutos y en peores que fieras.

MIÇILO. Díme agora, yo te ruego, gallo, ¿dónde aprendiste esta tu admirable manera de dezir?, porque solamente me acuerdo haber oído cuando yo era niño, que fuese un paje muy querido de Mars, y que te tenía para que cuando iba a dormir algunas noches con Venus, mujer de Vulcano, le velasses la puerta que ninguno le viesse, y le despertasses venida la mañana porque el sol no le viesse siendo salido, porque no avisasse a Vulcano. Y dezían que el sol te echó una mañana un gran sueño, de manera que los tomó juntos y truxo allí a Vulcano, el cual los tomó como estaban en una red y los presentó a Júpiter que los castigase de adulterio; y Mars enojado de tu descuido te convirtió en gallo y agora de puro miedo, pensando que aún estás velando el adulterio de tu amo, cantas ordinariamente antes que venga el día y salga el sol.

GALLO. Todo eso es fábula y fingimiento de poetas para ocupar sus versos, que también me han hecho asesor de Mercurio, y los antiguos me dedicaron a Esculapio. Pero la verdad es que yo fue aquel filósofo Pythágoras, que fue uno de los más facundos que la Greçia çecelebró, y principalmente es de tener por averiguado, que la mayor elocuçia se adquiere de la mucha esperiençia de las cosas, la cual he tenido yo entre todos los que en el mundo son de mi edad.

MIÇILO. Pues fuese Pythágoras ruégote me digas algo de philósofos, de su vida y costumbres, porque de aquí adelante teniendo tan buen preçceptor como a ti, me pueda preçiar de filósofo, y filosofe entre los de mi çiudad y pueblo. Y muéstrame cómo tengo de usar de aquella presunçión, arrogaçia, y obstentaçión, desdén y sobreçejo con que los filósofos tratan a los otros que tienen en la república estado de comunidad.

GALLO. De todo te diré, de sus vidas y costumbres. Pero porque se me ofreçen otras cosas que dezir más a la memoria, querría eso dexarlo para después. Pero por no te desgraçiar quiero te obedecer. Y así te quiero dezir de un poco de tiempo que fue clérigo, la cual es profesión de clérigo cristiano, donde conjeturarás lo que en una y otra filosofía son los hombres el día de hoy. Y pues es venida la mañana abre la tienda, y en el canto que se sigue te diré lo demás.

Fin del segundo canto del gallo de Luçiano

Argumento del terçero canto del gallo

En el terçero canto que se sigue el auctor imita a Luçiano en todos sus diálogos, en los cuales siempre reprehende a los filósofos y religiosos de su tiempo.

MIÇILO. Esme tan sabrosa tu música, o gallo, que durmiendo te sueño, y imagino que a oírte me llamas. Y así soñando tu cançión tan suave

muchas vezes despierto con deseo que mi sueño fuesse verdad o que siendo sueño nunca yo despertasse. Por lo qual agora aún no has tocado los primeros puntos de tu entonación quando ya me tienes sin pereza muy despierto con cobdiçia de oírte. Por tanto, prosigue en tu graçiosa cançión.

GALLO. Neçesitado me tienes, o Miçilo, a te complazer, pues tanto te aplaze mi dezir. Y ansí yo procuraré con todas mis fuerças a obedecer tu mandado. Y pues me pediste te dixesse algo del estado de los philósophos, dexemos los antiguos gentiles, que saber agora dellos no hará a tu propósito, ni a mi intinçión. Pero pues en los cristianos han professado y suçedido en su lugar los eclesiásticos, por ser la más incumbrada filosofía la evangélica, por tanto quiero hablar deste propósito, y dezirte de un poco de tiempo que yo fue un clérigo muy rico.

MIÇILO. ¿Y en qué manera era esa riqueza?

GALLO. Serví a un obispo desde mi niñez, y porque nunca me dio blanca en todo el tiempo que le serví, hízome clérigo harto sin pensarlo yo, porque yo nunca estudié, ni lo deseé ser.

MIÇILO. Tal clérigo serías tú después.

GALLO. La vida que después tuve te lo mostrará. En fin, procuróme pagar el obispo mi amo con media dozena de benefiçios curados que me dio.

MIÇILO. Por cierto, esa no era paga sino agravio y carga. Pues, dime ¿podíaslos tú todos tener y servir?

GALLO. No, que descargábame yo, porque luego hallaba quien me los tomaba frutos por pensión.

MIÇILO. Por Dios, que era ese buen disimular. Para mí yo creo que si tú ordeñas la leche y tresquilas la lana, quiero dezir que si tú gozas los esquilmos del ganado tú te quedas el mesmo pastor, o me has de confessar que los hurtas al que los ha de haber.

GALLO. ¡Por Dios, gran theólogo eres! No querría yo çapatero tan argutivo como tú, a la fe. Pues sábete que passa eso comúnmente el día de hoy. Y ansí yo me llevé de seis benefiçios curados los frutos por pensión cada año que montaban más de treçientas mil maravedises. Con esto siempre después que mi amo murió viví en Valladolid, un pueblo tan suntuoso en Castilla donde a la contina reside la corte real. Y también concurren allí de todas diferençias de gentes, tierras y naçiones por residir allí la Chançillería, audiència principal del reino. Traía a la contina muy bien tratada mi persona con gran aparato de mula y moços. Y con este fausto tenía cabida y conversaçión con todos los perlados y señores, y por me entretener con todos, con unos fingía negoçios, y con otros procuraba tenerlos verdaderos, propios o agenos. En fin, con todos procuraba tener que dar y tomar, y ansí en esta manera de vida passé más de treinta años, los mejores de mi edad sobre otros treinta que en serviçio del obispo passé.

MIÇILO. Por cierto no me parece esa vida, sino morir.

GALLO. En este tiempo yo gozé de muchas fiestas, de muchas galas y invençiones. Era de tanta dama querido, requerido y tenido quanto nunca galán cortesano lo fue. Porque demás de ser yo muy aventajado y plático en la cortesanía tenía más, que era muy liberal.

MIÇILO. Por cierto, bien gastabas los dineros de la iglesia, que dizen los predicadores que son hazienda de los pobres.

GALLO. Pues dicen la verdad, que porque la hazienda de la iglesia es de los clérigos se dice ser de los pobres, porque ellos no tienen ni han de tener otra heredad, porque ellos sucedieron al tribu de Leví, a los cuales no dio Dios otra posesión.

MIÇILO. Por cierto, gallo, mejor argumentas tú que yo, y aún ésa me parece grandíssima razón para que los señores seglares no debían llevar los diezmos de la iglesia, pues ellos tienen sus mayorazgos y rentas de qué se mantener.

GALLO. Y aún otra mayor razón hay para eso, y es: que los diezmos fueron dados a los sacerdotes porque rueguen a Dios por el pueblo, y porque administran los sacramentos. Y así, pues, los seglares no son hábiles para los administrar, queda por averiguado que no pueden llevar los diezmos. Y que así de todos los que llevaren serán obligados a restitución.

MIÇILO. ¡O válame Dios!, qué prácticos estáis en lo que toca a la defensa destos vuestros bienes y rentas temporales, cómo mostráis estar llenos de vuestra canina cobdiçia. ¡Si la mitad de la cuenta hiziéssedes de las almas que tenéis a vuestro cargo!

GALLO. Pues siempre es esa vuestra opinión, que los seglares no querriades que ningún clérigo tuviese nada, ni aún con qué se mantener.

MIÇILO. ¿Pues qué malo sería? Antes me parece que les sería muy mejor, porque más libremente podrían entender en las cosas spirituales para que fueron ordenados, si no se ocupassen en las temporales. Y aun yo os prometo que si el pueblo os viesse que hazíades lo que debíades a vuestro estado, que no sólo no os llevassen la parte de los diezmos que dezís que os llevan, pero que os darían mucho más. Y aun si bien miramos el Papa, cardenales, obispos, curas y todos los demás eclesiásticos, ¿cómo hallas que tienen tierras, çiudades y villas y rentas sino desta manera? Porque los emperadores y reyes y príncipes passados vista su bondad les daban cuanto querían para se mantener. Y pues así lo tienen y poseen, ya que los que agora son se lo quitasen, ¿por qué lo han de defender con pleitos y mano armada como lo hazen? Que están llenos los consejos reales, audiencias y chançillerías de frailes y clérigos, de comendadores y religiosos. Que ya no hay en estos públicos y generales juizios otros pleitos en que entender sino de eclesiásticos. Veamos, si a Jesucristo en cuyo lugar están le quitaran la capa estando en el mundo, ¿defendiérala en juicio o con mano armada?

GALLO. No, pues aun la vida no defendió, que antes la ofreçió de su voluntad por los hombres.

MIÇILO. Pues por eso reniego yo de los clérigos y eclesiásticos, porque todos quieren que los guarden sus previllegios y exençiones; ser tenidos, honrados y estimados de todos, diziendo que están en lugar de Jesucristo para lo que les toca de su propria estima y opinión, y en el hazer los clérigos lo que son obligados, que es en el recogimiento de sus personas y buena fama y santa ocupación; y en el menospreçio de las temporales haziendas y posesiones no difieren de los más crueles soldados que en los exércitos hay.

GALLO. ¡Válame Dios!, cuán indignado estás contra los eclesiásticos que los comparas con soldados muchos de los cuales son malos y perversos y desuellacaras.

MIÇILO. Por cierto, aún no estoy en dos dedos de deziros que aun sois peores, porque sois mucho más perniciosos a toda la república cristiana con vuestro mal exemplo.

GALLO. ¿Por qué?

MIÇILO. Porque aquéllos no han hecho profesión de ministros de Dios como vosotros, ni les damos a ellos de comer por tales como a vosotros, ni hay nadie que los quiera ni deba imitar como a vosotros, y por tanto con sus vidas no hazen tanto daño como vosotros hazéis. Pues dezidme: ¿tenéis agora por cosa nueva, que todo cuanto los eclesiásticos poseéis os lo dieron por amor de Dios?

GALLO. Así es verdad.

MIÇILO. Pues claro está que todos los verdaderos cristianos con tal condición poseemos estos bienes temporales que estemos aparejados para dexarlos cada vez que viéremos cumplir a la gloria y honra de Jesucristo y a su iglesia y al bien de su cristiandad.

GALLO. Tú tienes razón.

MIÇILO. Pues, ¿cuánto más de veras lo debería de hazer el pontífice, el cardenal, el obispo y así todos los frailes y en común toda la cleriçía, pues se lo dieron en limosna, y lo professan de particular profesión? ¿Que a ninguno dixo Cristo: «si te demandaren en juicio la capa, da capa y sayo»? Que si preguntamos al clérigo que si dixo Cristo a él que no contendiesse en juicio sobre estas cosas temporales diría que no lo dixo sino al fraile, y el fraile dize que lo dixo a los obispos y perlados que representan los apóstoles, y éstos dirán que no lo dixo sino al Papa que representa en la iglesia su mesma divina persona, y el Pontífice dize que no sabe qué os dezís. Que a todos veo andar arrastrados y desasosegados de audiència en audiència, de juicio en juicio. ¿Qué ley sufre que un guardián de San Francisco o un prior de Santo Domingo, o de San Hierónimo traiga seis y diez años pleito en una chançillería sobre sacar una viña o una miserable casa que dizen convenirles por un su fraile conventual?

GALLO. Ese tal pleito no le trae el prior ni el guardián, sino la casa.

MIÇILO. No me digas, gallo, esas niñerías. Pues, ¿quién paga al procurador y al letrado y escribano, y al que lo soliciça? Y aun como cosa a ellos natural el pleitear tienen todos estos officiales perpetuamente asalariados. O dezidme, ¿qué llaman en el monasterio la casa?, ¿las paredes, piedras y texados? Dexadme que esas cosas no son para entre niños, y lo que peor es y cosa muy de risa, que de cada día buscáis nuevos juezes. Agora dezís que el rey no es vuestro juez, agora le queréis que os juzgue, y os sometéis a su tribunal. No hay ley que os ligue ni rey que os subjete: porque sois gente sin rey y sin ley. ¿Que todo género de animal hasta las ranas tienen rey y le demandaron a Dios, y que vosotros los eclesiásticos queréis vivir libres y exentos! Y así es neçesario que cuanto más libres sois seáis más perversos, y ya cuando os sujetáis a alguno dezís que ha de ser al Pontífice solo, y a éste queréis por juez porque está muy lexos y muy ocupado, y cometiendo la causa vos eligeréis juez que no os haya de matar.

GALLO. Tú dizes la verdad. Pero, ¿qué quieres que se haga en tales tiempos como éstos en que estamos, que si alguno el día de hoy es

sufrido, manso y bueno todos se le atreven? Cada uno piensa de tomarle la capa, y aun algunas vezes es çebar la maliçia ajena. Quiero dezir: que es dar ocasi3n con tanta mansedumbre a que cada uno se atreva a tomarle lo suyo, y aunque sea eso virtud evang3lica, pero no s3 si la podr3a siempre executar el hombre con prudenci3 evang3lica, aunque m3s fuesse obligado a ella.

MIÇILO. Mira, gallo, si fuesse un hombre que tiene casa, hijos y muger y estado que mantener, si le tomassen lo suyo, lo que con justo t3tulo posee, no creo que ser3a prudenci3 evang3lica dexarlo perder. Pero tengo que 3ste tal lig3tamente lo puede cobrar y, si puede, por medios l3citos de justicia, defenderlo. Pero un fraile, o perlado, y cualquiera saçerdote que es solo, y no debe tener, ni tiene cuidado de m3s que de su persona, yo bien creo que ser3a obligado a exerçitar esta virtud evang3lica.

GALLO. Por Dios, si los cl3rigos por ah3 hubiessen de ir no habr3a hombre del mundo que no mofasse dellos, y todo el vulgo y pueblo los tuviesse por escarnio y risa.

MIÇILO. Por çierto, m3s obligados son todos los eclesi3sticos, Pont3fice, perlados, frailes y cl3rigos a Dios, que no a los hombres, y m3s a los sabios que a los neçios. Gentil cosa es que el Pont3fice, perlados, frailes y eclesi3sticos dexen de hazer lo que deben al serviçio de Dios y bien de sus conçienci3s, y buen exemplo de sus personas, y mejora de su rep3blica, por lo que el vulgo vano podr3a juzgar. Hagan ellos lo que deben y juzguen los neçios lo que quisieren. Ans3 juzgaban de David porque bailaba delante del arca del Testamento; ans3 juzgaban de Jesucristo porque mor3a en la Cruz; ans3 juzgaban a los ap3stoles porque predicaban a Cristo; ans3 juzgan agora a los que muy de veras quieren ser cristianos menospreçiando la vanidad del mundo, y siguiendo el verdadero camino de la verdad. Y, ¿qu3n hay que pueda escusar los falsos juizios el vulgo? Antes aquello se debe de tener por muy bueno lo que el vulgo condena por malo y, por el contrario: ¿quer3slo ver?: a la maliçia llaman industria; a la avariçia y ambiçi3n grandeza de 3nimo; y al maldiziente hombre de buena conversaç3n; al engaãador, ingenioso; al disimulador y mentiroso y trafagador llaman gentil cortesano; al buen trampista llaman curial; y, por el contrario, al bueno y verdadero llaman simple; y al que con humildad cristiana menospreçi3 esta vanidad del mundo y quiere seguir a Jesucristo dizen que se torna loco; y al que reparte sus bienes con el que lo ha menester por amor de Dios dizen que es pr3digo; el que no anda en tr3fagos y engaãos para adquirir honra y hazienda dizen que no es para nada; el que menospreçi3 las injurias por amor de Jesucristo dizen que es un apocado y que de cobarde y hombre de poco 3nimo lo haze. Y finalmente convirtiendo las virtudes en viçios, y los viçios en virtudes, a los ruines alaban y tienen por bienaventurados, y a los buenos y virtuosos vituperan llam3ndolos pobres y desastrados. Y con todo esto no tienen mala verg3enç3 de usurpar el nombre de cristianos no teniendo seãal de serlo. Pues, ¿par3cete, gallo, que porque el vulgo que es la muchedumbre destos desvariados que hazen lo semejante juzguen mal de que los eclesi3sticos menospreçi3n los bienes temporales y recoxan sus sp3ritus en la imitaci3n de su maestro Cristo dexen de hazer lo que deben? Por çierto, miserable y desventurado estado es ese que dizes que

tuviste, ¡o gallo! Pero dexado agora eso, que después volverás a tu propósito, dime yo te ruego, pues todo lo sabes, ¿quién fue yo antes que fuesse Miçilo si tuve esas conversiones que tú?

GALLO. Eso quiero yo para que me puedas pagar el mal que has dicho de mí.

MIÇILO. ¿Qué dizes entre dientes? ¿Por qué no me hablas alto?

GALLO. Dezía que mucho holgaré de te complazer en lo que me demandas, porque yo mejor que otro alguno te sabré dello dar razón. Y ansí has de creer que todos passamos en cuerpos como has oído de mí. Y ansí te digo que tú eras antes una hormiga de la India que te mantenías de oro que acarreabas del çentro de la tierra.

MIÇILO. Pues desventurado de mí, ¿quién me hizo tan grande agravio que me quitasse aquella vida tan bienaventurada en la cual me mantenía de oro, y me truxo a esta vida y estado infeliz, que en esta pobreza de hambre me quiero finar?

GALLO. Tu avariçia grande y insaçiable que a la contina tuviste te hizo que de aquel estado viniesses a esta miseria, donde con hambre pagas tu pecado. Porque antes habías sido aquel avaro mercader ricacho, Menesarco, deste pueblo.

MIÇILO. ¿Qué Menesarco dizes?, ¿es aquel mercader a quien llevaron la muger?

GALLO. Vergüença tenía de te lo dezir. Ese mesmo fueste.

MIÇILO. Yo he oído contar este aconteçimiento de diversas maneras a mis vezinos, y por ser el caso mío deseo agora saber la verdad; por tanto, ruégote mucho que me la cuentes.

GALLO. Pues me la demandas yo te la quiero dezir, que mejor que otro la sé. Y ante todas cosas sabrás que tu culpa fue porque con todas tus fuerças tomaste por interés saber si tu muger te ponía el cuerno. Lo cual no deben hazer los hombres, querer saber ni escudriñar en este caso más de aquello que buenamente se los ofreçiere a saber.

MIÇILO. Pues en verdad que en este caso aún menos debrían los hombres saber de lo que a las vezes se les trasluze y saben.

GALLO. Pues sabrás que en este pueblo fue un hombre saçerdote rico y de gran renta, que por no le infamar no diré su nombre. El cual, como suele aconçeçer en los semejantes siendo ricos y regalados, aunque ya casi a la vejez, como no tuviesse muger propria, compró una donzella que supo que vendía una mala madre, en la cual hobo una muy hermosa y graciosa hija. A la cual amó como a sí mesmo, como es propria passiön de clérigos, y crióla en todo regalo mientras niña. Y cuando la vio en edad razonable procuró de la trasegar porque no supiesse a la madre. Y ansí la puso en compañía de religiosas y castas matronas que la impussiesen en buenas costumbres, porque pareçiesse a las virtuosas y no tuviesse los resabios de la madre que vendió por preçio la virginidad, que era la más valerosa joya que tuvo naturaleza. Enseñóla a cantar y tañer diversas diferençias de instrumentos de música, en lo cual fue tan aventajada que cada vez que su angelical voz exerçitaba acompañada con un suave instrumento convertía los hombres en piedra, o encantados los sacaba fuera de sí, como leemos de la vihuela de Orpheo que a su sonido hazía bailar las piedras de los muros de Troya. En conclusión, la donzella se hizo de tan gran belleza, graçia y hermosura, en tanta manera que no había mançebo

en nuestra çiudad por de alto linaxe que fuesse que no la deseasse y requisiesse haber por muger. Y tus hados lo queriendo, buscando su padre un hombre que en virtud y riquezas se le igualasse te la ofreçió a ti. Y tú, aunque te pareçió hermosa donzella digna de ser deseada de todo el mundo, como no fuesse menor tu cobdiçia de haber riquezas que de haber hermosura, por añadirte el buen clérigo la dote a tu voluntad, la açetaste. Y luego como fueron hechas las bodas, como suele acontecer en los semejantes casamientos que se hazen más por interés mundano que por Dios, Satanás procuró revolverte por castigar tu avarienta intençión. Y así te puso un gran pensamiento de dezir que tu muger no te guardaba la fe prometida en el matrimonio. Porque después de ser por su hermosura tan deseada de todos, por fuerça te pareçía que debía seguir la naturaleza y condiçión de su madre. Después que passados algunos días que se murió tu suegro, con cuya muerte se augmentó tu posesión, aunque no tu contento, porque de cada día creçían más tus zelos y sospecha de la castidad de tu Ginebra, la cual con su canto, graçia y donaire humillaba el çielo; ¡o cuántas vezes por tu sosiego quisieras más ser casado con una negra de Guinea que no con la linda Ginebra! Y prinçipalmente porque suçedió que Satanás despertó la soñolienta affiçión que estaba adormida en uno de aquellos mançebos, generoso y hijo dalgo de quien fue servida Ginebra antes que casasse. El cual con gran continuaçión tornó a la requerir y passear la calle soliçitándole la casa y criados. Pero a ella poco la movió, porque çiertamente te amaba a ti, y también porque ella conoçía el amor que la tenías y el cuidado en la guardar. Pues como tú viniesses acaso a tener notiçia de la intinçión del mançebo, porque tu demasiada sospecha y zelos te lo descubrió, procuraste buscar algún medio por donde fueses çierto de su fidelidad. Y así tu diligençia y soliçitud te truxo a las manos de una ingeniosa y aguda muger, gran sabia en las artes mágicas y invocaçión de demonios, la cual por tus dones se comovió a tus ruegos, y se ofreçió a te dezir la verdad de lo que en Ginebra hubiesse. Y así, començando por sus artes y conjuros, halló solamente que a ti solo tu Ginebra tenía fe. Pero tú, çiego de tu pasión, porfiabas que amaba más a Liçinio que así se llamaba el mançebo. Y la maga, aun por más te asegurar usó contigo de una admirable prueba; y fue que ella tenía una copa que hobo del demonio por la fuerça de sus encantamentos, la cual había sido hecha por mano de aquella gran maga Morganda, la cual copa tenía tal hado: que estando llena de vino si bebía hombre al cual su muger le era errada se le vertía el vino por los pechos y no bebía gota. Y si su muger le era casta bebía hasta hartar sin perder gota. De la cual tú bebiste hasta el cabo sin que gota se te derramasse. Pero aun no te satisfaziendo desta prueba le demandaste que te mudasse en la figura y persona del mançebo Liçinio, que la querías acometer con prueba que te çertificasse más su bondad por tu seguro; y así fingiendo en tu casa que habías de caminar çierta xornada de quinze días de ausençia, la maga te mudó en forma y persona de Liçinio, y ella tomó la figura de un su paje. Y tomando en tu seno muy graçiosas y ricas joyas que hubiste de un platero, te fueste para Ginebra a tu casa, la cual, aunque estaba ocupada en sus labores rodeada de sus donzellas, por ser salteada de tu adúltero deseo fue turbada toda su color y agraçiado rostro. Y así con el posible desdeño y aspereça procuró por aquella vez apartarte de sí dándote

muestras de desesperación. Pero continuando algunas veces que para ello hallaste oportunidad te oyó con alguna paciencia. Y vista tu importunidad y las joyas que le ofrecías, las cuales bastan a quebrantar las diamantinas peñas, bastaron en ella ablandar hasta mostrar algún placer en te oír. Y de allí, con la continuación de tus dádivas y ruegos fue convenida a te favorecer por del todo no te desesperar. Y así un día que llorabas ante ella por mitigar tu pasión, comovida de piedad, te dixo: «Yo effectuaría tu voluntad y demanda, Liçinio, si fuesse yo çierta que no lo supiesse nadie.» Fue en ti aquella palabra un rayo del çielo del cual sentiste tu alma traspasada. Y súbitamente corrió por tus huesos, venas y niervos un yelo mortal que dexó en tu garganta helada la voz, que por gran pieza no podiste hablar. Y quitando a la hora la maga el velo del encanto de tu rostro y figura por tu importunidad, como vio tu Ginebra que tú eras Menearco su marido, fue toda turbada de vergüença, y quisiera antes ser mil vezes muerta que haber caído en tan grande afrenta. Y así mirándote el rostro muy vergonçosa, solamente sospiraba y sollozçaba conoçiendo su culpa. Y tú, cortado de tu demasiada diligençia, solamente le pudiste responder diziendo: «De manera, mi Ginebra, que venderías por preçio mi honra si hallasses comprador.» Desde aquel punto todo el amor que te tenía le convirtió en venenoso aborreçimiento; con el cual no se pudiendo sufrir, ni fiándose de ti, en viniendo la noche, tomando cuantas joyas tenía, lo más secreto que pudo se salió de tu casa y se fue a buscar al verdadero Liçinio cuya figura le habías representado tú, con el cual hizo verdaderos amores y liga contra ti por se satisfazer y vengar de tu neçedad. Y así se fueron juntos gozándose por las tierras que más seguras les fueron, y a ti dexaron hasta hoy pagado y cargado de tus sospechas y zelos. El cual veniste a tan grande extremo de afrenta y congoja que en breve tiempo te vino la muerte y fueste convertido en hormiga, y después en Miçilo venido en tu pobreza y miseria, hecho castigo para ti y exemplo para otros.

MIÇILO. Por çierto, eso fue en mí bien empleado, y así creo que de puro temor que tiene desde entonçes mi alma no me sufrido casarme. Agora prosigue, yo te ruego, gallo, en tu transformación.

GALLO. Pues hemos començado a hablar de los philósophos deste tiempo, luego tras éste de quien hemos tratado hasta aquí, te quiero mostrar de otro género de hombres en este estado, del cual yo por transformación participé, en cuyo pecho y vida verás un admirable modo de vivir sin orden, sin prinçipio, sin medio y sin fin. Sin cuenta passan su vida, su comer, su beber, su hablar y su dormir. Sin dueño, sin señor, sin rey. Así naçen, así mueren, que en ningún tiempo piensan que hay otra cosa más que naçer y morir. Ni tienen cuenta con çielo, ni con tierra, con Dios, ni con Sathanás. En conclusión, es gente de quien se pueden dezir justamente aquellas palabras del poeta Homero: «Que son inútil carga de la tierra». Éstos son los falsos philósophos que los antiguos pintaban con el libro en la mano al revés. Y pues parece que es venido el día, en el canto que sigue se proseguirá.

Fin del terçero canto del gallo

Argumento del cuarto canto del gallo

En el cuarto canto que se sigue el auctor imita a Luciano en el libro que hizo llamado Pseudomantis. En el cual describe maravillosamente las tacañerías y embaimientos y engaños de un falso religioso llamado Alexandro, que en muchas partes del mundo fingió ser propheta, dando respuestas ambiguas y industriosas para adquerir con el vulgo crédito y moneda.

GALLO. En este canto te quiero, Miçilo, mostrar los engaños y perdiçión de los hombres holgaçanes, que vueltas las espaldas a Dios y a su vergüença y conçiencia, a banderas desplegadas se van tras los viçios, cebados de un miserable preçio y premio con título apocado de limosna, por solo gozar debajo de aquellos sus viles hábitos y costumbres de una suçia y apocada libertad. Oirás un género vil de encantamento fingido, porque no bastan los injenios bajos y viles destas desventuradas gentes mendigas a saber el verdadero encantamento, ni cosa que tenga título verdadero de saber, no más de porque su vilíssima naturaleza no es para comprehender cosa que tenga título de sçiençia, estudio y especulaçión. Son amañebados con el viçio y oçiosidad; y ansí, puesto caso que no es de aprobar el arte mágica y encantar, digo que por su vileza se hazen indignos de la saber. Y usando de la fingida es vista su ruin intençión, que no dexan de saber la verdadera por virtud. Y ansí sabrás, Miçilo, que después de lo passado vine a ser hijo de un pobre labrador que vivía en una montaña, vasallo de un señor muy cobdiçioso, que los fatigaba ordinariamente con infinitos pedidos de pechos, alcabalas, y çensos y otras muchas imposiçiones, que la una alcançaba a la continua al otro. En tanta manera que sólo el hidalgo se podía en aquella tierra mantener, que el labrador pechero era neçesario morir de hambre.

MIÇILO. ¿Pues por qué no se iba tu padre a vivir a otra tierra?

GALLO. Son tan acobardados para en eso los labradores, que nunca se atreven a hazer mudança de la tierra donde naçen, porque una legua de sus lugares les parece que son las Indias, y imaginan que hay allá gentes que comen los hombres vivos. Y, por tanto, muere cada uno en el pajar donde naçió, aunque sea de hambre. Y deste padre naçimos dos hijos varones, de los cuales yo fue el mayor, llamado por nombre Alexandro. Y como vimos tanta miseria como passaban con el señor los labradores, pensábamos que si tomábamos offiçios que por entonçes nos libertassen, se olvidaría nuestra vileza, y nuestros hijos serían tenidos y estimados por hidalgos y vivirían en libertad. Y ansí yo elegí ser saçerdote, que es gente sin ley, y mi hermano fue herrero, que en aquella tierra son los herreros exentos de los pedidos, pechos y velas del lugar donde sirven la ferrería. Y ansí yo demandé liçencia a mi padre para aprender a leer, y aun se le hizo de mal porque le servía de guardar unos patos, y ojear los pájaros que no comiessen la simiente de un linar. En conclusión, mi padre me encomendó por criado y monaçino de un capellán que servía un benefiçio tres leguas de allí. ¡O Dios omnipotente, quién te dixera las bajezas y poquedades deste hombre! Por çierto, si yo no hubiera prometido de solo dezirte de mí y no de otros, yo te dixera cosas de gran donaire. Pero quiérote hazer saber que ninguno dellos sabe más leer que deletrear y lo que escriben haslo de sacar por discreçión. En ninguna cosa estos capellanes muestran ser aventajados, sino en comer y beber, en lo cual no

guardan tiempo, medida ni razón. Con éste estuve dos años que no me enseñó sino a mal hazer, y mal dezir, y mal pensar y mal perseverar. A leer me enseñó lo que él sabía, que era harto poco, y a escrebir una letra que no parecía sino que era arado el papel con pies de escarabajos. Ya yo era buen moço de quinze años, y entendía que para yo no ser tan asno como mi amo que debía de saber algún latín. Y ansí me fue a Zamora a estudiar alguna gramática, donde llegado me presenté ante el bachiller y le dixé mi necesidad, y él me preguntó si traía libro, y yo le mostré un arte de gramática que había hurtado a mi amo, que fue de los de Pastrana, que había más de mil años que se imprimió. Y él me mostró en él los nominativos que había de estudiar.

MIÇILO. ¿De qué te mantenías?

GALLO. Dábame el bachiller los domingos una çédula suya para un cura, o capellán de una aldea comarcana, el cual me daba el çetre del agua bendita los domingos, y andaba por todas las casas a la hora del comer echando a todos agua, y en cada casa me daban un pedaço de pan, con los cuales mendrugos me mantenía en el estudio toda la semana. Aquí estuve dos años, en los cuales aprendí declinaciones y conjugaciones: género, pretéritos y supinos. Y porque semejantes hombres como yo luego nos enhastianos de saber cosas buenas, y porque nuestra intinçión no es saber más, sino tener alguna notiçia de las cosas y mostrar que hemos entendido en ello cuando al tomar de las órdenes nos quisieren examinar porque si nuestra intinçión fuesse saber algo perseveraríamos en el estudio, pero en ordenándonos començamos a olvidar y dámonos tan buena priesa que si llegamos a las órdenes neçios, dentro de un mes somos confirmados asnos; y ansí me salí de Çamora, donde estudiaba harto de mi espaçio, y por estar ya enseñado a mendigar con el çetre sabíame como miel el pedir, y por tanto no me pude del todo despegar dello. Y ansí acordé de irme por el mundo en compañía de otros perdidos como yo, que luego nos hallamos unos a otros. Y en esta compañía fue gran tiempo zarlo, o espinel, y alcancé en esta arte de la zarlería todo lo que se pudo alcançar.

MIÇILO. Nunca esa arte a mi noticia llegó, declárate me más.

GALLO. Pues quiero descubrírtelo todo de raíz. Tú sabrás que yo tenía la persona de estatura creçida y andaba vestido en diversas provincias de diversos atavíos, porque ninguno pudiesse con mala intinçión aferrar en mí. Pero más a la contina traía una vestidura de buriel algo leonado obscuro, honesta, larga y un manteo ençima, puesto a los pechos un botón. Traía la barba larga y espesa de grande autoridad. Otras veces mudando las tierras mudaba el vestido, y con la mesma barba usaba de un hábito que en muchas provincias llaman beguino: con una saya y un escapulario de religioso que hazía vida en la soledad de la montaña, una cayada y un rosario largo, de unas cuentas muy gruesas en la mano, que cada vez que la una cuenta caía sobre la otra lo oían todos cuantos en un gran templo estuviessen. Publiqué adivinar lo que estaba por venir, hallar los perdidos, reconciliar enamorados, descubrir los ladrones, manifestar los tesoros, dar remedio fácil a los enfermos y aun resuçitar los muertos. Y como de mí los hombres tenían noticia, venían luego postrados con mucha humildad a me adorar y bessar los pies y a ofreçerme todas sus haziendas, llamándome todos propheta, discípulo y siervo de Dios, y luego les ponía en las manos unos versos que en una tabla yo traía scriptos con

letras de oro sobre un barniz negro, que dezían de esta manera: «Muneribus decorare meum vatem atque ministrum precipio: nec opum mihi cura, at maxima vatis.» Estos versos dezía yo habérmelos enviado Dios con un ángel del cielo, porque por su mandado fuesse yo de todos honrado y agradecido como ministro y siervo de su divina magestad. Hallé por el reino de Portugal y Castilla infinitos hombres y mugeres los cuales, aunque fuesen muy ricos y de los más principales de su república, pero eran tan tímidos supersticiosos que no alçaban los ojos del suelo sin escrupulizar. Eran tan fáciles en el crédito que con un palo arreboxado en unos trapos o un pergamino con unos plomos o sellos colgando, en las manos de un hombre desnudo y descalço, luego se arrojaban y humillaban al suelo, y venían adorando y ofreciéndose a Dios sin se levantar de allí hasta que el prestigioso cwestor los levantasse con su propia mano; y ansí éstos como me vían con aquella mi santidad vulpina, fácilmente se me rendían sin poder resistir. Venían a consultar en sus cosas conmigo, todo lo que debían o querían hazer, y yo les dezía que lo consultaría con Dios, y que yo les respondería su divina determinación, y ansí a sus preguntas procuraba yo responder con gran miramiento porque no fuesse tomado en palabras por falso y perdiessse el crédito. Siempre daba las respuestas dubdosas, o con diversos entendimientos, sin nunca responder absolutamente a su intinçión. Como a uno que me preguntó qué preceptor daría a un hijo suyo que le quería poner al estudio de las letras. Respondí que le dicsse por preceptores al Antonio de Nebrija y a Santo Thomás, dando a entender que le hiziesse estudiar aquellos dos auctores, el uno en la gramática y el otro en la theología; y suçedió morirse el mochacho dentro de ocho días, y como sus amigos burlasen del padre porque daba crédito a mis desvaríos y juizios, llamándolos falsos, respondió que muy bien me había yo dicho, porque sabiendo yo que se había de morir, di a entender que había de tener por preceptores aquéllos allá. Y a otro que había de hacer un camino y temíasse de unos enemigos que tenía, que me preguntó si le estaba bien ir aquel camino, respondí que más seguro se estaba en su casa si le podía escusar; y caminó burlando de mi juizio, y suçedió que salieron sus enemigos y hiriéronle mal. Después, como aquel juizio se publicó, me valió muchos dineros a mí, porque desde allí adelante no habían de hazer cosa que no la viniessen conmigo a consultar pagándomelo bien. En fin, en esta manera di muchos y diversos juizios que te quisiera agora contar, sino fuera porque me queda mucho por dezir. Dezíame yo ser Juan de voto a Dios.

MIÇILO. ¿Qué hombre es ése?

GALLO. Este fingén los zarlos supersticiosos vagabundos que era un çapatero que estaba en la calle de amargura en Hierusalén, y que al tiempo que passaban a Cristo presso por aquella calle, salió dando golpes con una horma sobre el tablero diziendo: «Vaya, vaya el hijo de María», y que Cristo le había respondido: «Yo iré y tú quedarás para siempre jamás para dar testimonio de mí»; y para en fe desto mostraba yo una horma señalada en el braço, que yo hazía con cierto artificio muy fácilmente, que pareçía estar naturalmente empemida allí; y a la continua traía un compañero del mesmo offiçio y perdiçión que fuesse más viejo que yo, porque descubriéndonos el uno al otro lo que en secreto y confesión con las gentes tratábamos, pareciendo un día el uno y otro día el otro, les

mostrábamos tener especie de divinidad y espíritu de profecía, lo cual siempre nosotros queríamos dar a entender. Y hacíamos se lo fácilmente creer por variarnos cada día en la representación, y decíales yo que en viéndome viejo me iba a bañar al río Jordán y luego volvía de edad de treinta y tres años que era la edad en que Cristo murió. Otras veces decía que era un peregrino de Hierusalén, hombre de Dios, enviado por él para declarar y absolver los muchos pecados que hay secretos en el mundo, que por vergüenza los hombres no los osan descubrir ni confesar a ningún confessor.

MIÇILO. ¿Pues para qué era eso?

GALLO. Porque luego en habiéndoles hecho creer que yo era cualquiera destos dos, fácilmente los podía avenir a cualquiera cosa que los quisiese sacar. Luego, como los tenía en este estado, comenzaba la zarlería cantándoles el espinela, que es un género de divinidad, a manera de decir la buenaventura. Es una agudeza y desenvoltura de hablar, con la cual los que estamos pláticos en ello sacamos fácilmente cualesquier género de scollos que son los pecados que nunca por abominables se confessaron a sacerdote. En comenzando, yo a escantar con esta arte luego ellos se descubren.

MIÇILO. Yo querría saber qué género de pecados son los que se descubren a ti por esta arte, y no al sacerdote.

GALLO. Hallaba mugeres que tuvieron aceso con sus padres, hijos y con muy cercanos parientes; y unas mugeres con otras con instrumentos hechos para effectuar este vicio; y otras maneras que es vergüenza de las decir; y hallaba hombres que se me confessaban haber cometido grandes incestos, y con brutos animales, que por no inficionar el aire no te los quiero contar. Son estos pecados tan abominables que de pura vergüenza y miedo hombres ni mugeres no los osan fiar ni descubrir a sus curas ni confessores; y así acontece muchas destas gentes necias morir sin nunca los confessar.

MIÇILO. Pues de presumir es que muchos destos hombres y mugeres, pensando bastar confessarlos a ti, se quedaron sin nunca a sacerdote los confessar.

GALLO. Pues ése es un daño que trae consigo esta perversa manera de vivir, el cual no es daño cualquiera, sino de gran caudal.

MIÇILO. Querría saber de ti qué virtud, o fuerza, tiene esa arte que se los hazéis vosotros confessar, y qué palabras les decís.

GALLO. Fuerza de virtud no es, pero antes industria de Sathanás. La manera de palabras era: que luego les decía yo que por haber aquella persona nacido en un día de una gran fiesta en cinco puntos de Mercurio y otros cinco de Mars, por esta causa su ventura estaba en dos puntos de gran peligro, y que el un punto era vivo, y el otro era muerto; y que este punto vivo convenía que se cortasse, porque era un gran pecado que nunca confessó, por el cual corría gran peligro en la vida. En tanta manera que si no fuera porque Dios le quiso guardar por los ruegos del bienaventurado San Pedro, que era mucho su abogado ante Dios, que muchas veces le ha cometido el demonio en grandes afrentas donde le quiso haber traído a la muerte; y que agora era enviado por Dios este su peregrino de Hierusalén y santo propheta; que soy uno de los doze peregrinos que residen a la acantina en el santo sepulcro de Hierusalén en lugar de los

doze apóstoles de Cristo, y que yo soy su abogado San Pedro, que conviene que él me le haya de descubrir y confessar para que yo se le absuelva, y aun le pagare por él, y asegurarle que no penará ni peligrará por aquel pecado más. Y así él luego me descubre su pecado por grave y enorme que sea; y postrado por el suelo llorando me pide misericordia y remedio y le mande cuanto yo quisiere que haga para ser absuelto, que en todo me obedecerá, y aun me dará cuanto yo le pidiere y él tuviere para su neçesidad; y así cuando yo veo a la tal persona tan obediente y rendida dígola: «Pues mira, hermana, que este pecado se ha de absolver con tres signos y tres cruces y tres psalmos y tres misas solenes, las cuales se han de dezir en el templo del Santo Sepulcro de Hierusalén, y que son misas de mucha costa y trabajo, porque las han de dezir tres cardenales y revestirse con ellos al altar tres obispos, y hanlas de officiar tres patriarcas vestidos de pontifical, y han de arder allí tres lirios a cada misa, que pesse cada uno seis libras de cera». Y luego dize el tal penitente: «Pues vos mi padre y santo señor vais allá hazedlas dezir, y yo al presente daré los dineros y limosna que pudiere y volviendo vos por aquí lo acabaré de pagar.» Y yo respondo que a mí me conviene forçado estar en Hierusalén la Semana Santa, y que en llegando se las haré dezir, y así luego el penitente me da diez ducados, o seis, o cuatro o algunos que dan veinte y más, o menos, como cada cual tiene, y yo la doy una señal por la cual quedo de volver a la visitar dentro de un año o dos, sin pensarla más ver. Y otras vezes, para auctoriçar esta mi mala arte, dígoles que yo le daré parte del gran trabajo que tengo de reçebir en el camino que hemos de hazer los escolares peregrinos de Hierusalén cuando todos juntos vamos la Santa Pascua de Resurreçión por el olio y crisma a la torre de Babilonia, como lo tenemos por costumbre y promesa traerlo nosotros doze para la iglesia de Dios; lo cual se trae en doze caballos yendo nosotros a pie, que van luego los siete y quedan los cinco aguardando, y aquellos siete que van llevan siete ropas ricas y siete armas, con las cuales peleamos con siete gigantes que guardan el santo crisma y olio de noche y de día, y como son más fuertes que nosotros dannos grandes palos y bofetadas, hasta que vienen del çielo siete donzellas en siete nubes y en su favor siete estrellas; las cuales peleando con los gigantes los vençen y así las damos las siete ropas, y nos cargan los caballos del santo crisma y olio y nos venimos con ello a Hierusalén para que en la Santa Pascua de Resurreçión se distribuya por toda la cristiandad; y así por la misericordia de Dios nuestro señor, por esta tu limosna te haré parçionera deste trabajo que en este viaje tengo de llevar por la Iglesia de Dios; y demás desto porque quedés más purgada deste pecado me bañaré por ti en la fuente y río Xordán una vez. Y con este fingimiento y embaimiento, fiçiones y engaños, las hazía tan obedientes a mi mandado, que después de haberme dado su hazienda si quería tenía açesso con ella a medida de mi voluntad, y ellas se preçiaban haber tenido açesso con el propheta diçípulo de Dios, hombre santo, siervo de Jesucristo, peregrino de Hierusalén. Y se tenían por muy dichosos los maridos por haber querido yo así bendezir a su muger; y ellas se piensan quedar benditas para siempre jamás con semejantes bendiçiones. En estas maldades querría yo mucho que el mundo estuviesse avisado, y que no diesse lugar ninguno a se dexar engañar de semejantes hombres malos, pues todo

esto es manifiesta mentira y fición. Y sé yo que al presente andan muchos por el mundo, los cuales tienen engañada la mayor parte de los cristianos, y se debería procurar que los jueces los buscassen, y hallados los castigassen en las vidas, porque es una especie de superstición y hurto, el más nefando que entre infieles nunca se usó, ni se sufrió. Y porque veas cuánta es la desvergüenza y poquedad de los semejantes hombres, te quiero contar un passo que passé, porque entiendas que los tales ninguna bellaquería ni poquedad dexan de acometer y executar. Sabrás que un día íbamos tres compañeros del officio del zarlo y espinela, que andábamos buscando nuestra ventura por el mundo, y como llegamos acaso en una çiudad a la hora del comer, nos entramos en un bodegón, donde comimos y bebimos muy a pasto todos tres, y acordamos que se saliesse el uno a buscar çierto menester, y como se tardasse algo fuele el otro a buscar; y ansí me dexaron solo a mí por gran pieza de tiempo, y díxome la bodegonera: «Hermano, pagad, ¿qué aguardáis?» Respondí yo: «Aguardo aquellos compañeros que fueron a buscar çierta cosa para nuestra necesidad», y ella me dixo: «Pagad que por demás los esperáis, por neçios los ternía si ellos volviessen acá.» Y yo le pregunté cuánta costa estaba hecha, para pagarla; y ella contando a su voluntad y sin contradición dixo que cuatro reales habíamos comido y bebido, y luego me levanté de la mesa viniéndome para la puerta de la casa mostrando buscar la bolsa para la pagar, y díxela: «Señora, echadme en una copa una vez de vino, que todo junto lo pagaré.» Y diziendo esto nos fuemos llegando a un cuero de vino que sobre una mesa tenía junto a una puerta, y la buena dueña, aunque no era menos curial en semejantes maldades que yo, descuidóse, y desató luego el cuero echando la cuerda sobre el hombro por tener con la una mano el piezgo y con la otra la medida, y comenzando ella a medir le tomé yo la cuerda del hombro y fueme lo más solapadamente que yo pude por la calle adelante, y aunque ella me llamaba no le respondía, ni ella por no dexar el cuero desatado me vio más hasta hoy. Cansado ya desta miserable y trabajada vida fueme a ordenar para clérigo.

MIÇILO. ¿Con qué letras te ibas al examen?

GALLO. Con seis conejos y otras tantas perdiçes que llevé al provisor, y ansí maxcando un Evangelio que me dio a leer, y declinando al revés un nominativo me passó, y al escribano que le dixo que no me debía de ordenar respondió: «Andad que es pobre y no tiene de qué vivir.»

MIÇILO. Por çierto, todo va ansí. Que yo conozco clérigos tan neçios y tan desventurados que no les fiaría la taberna del lugar. No saben sino coger la pitança y andar, y si les preguntáis: «¿Dónde vais tan apriesa?» Responde él con el mesmo desasosiego: «A dezir misa, que no hay más por un miserable estipendio, que si no fuesse por él no la diría.»

GALLO. La cosa que más lastimado me tiene el coraçón en las cosas de la cristiandad es ésta: el poco acatamiento que tienen estos capellanes en el dezir misa. Que de todas las naçiones del mundo no hay ninguna que más bienes haya reçevido de su Dios que los cristianos, que de los otros no son dioses, no los pueden dar nada. Y con tantas merçedes como los ha hecho, que aun a sí mesmo se les dio, y no hay naçión en el mundo que menos acatamiento tenga a su Dios que los cristianos, y por eso les da Dios enfermedades, pestelencias, hambres, guerras, herejes, que en un rincón de la cristiandad hay todos estos males y justamente los mereçen,

que como ellos tratan a Dios así los trata a ellos a osadas, que uno que para tabernero no es suficiente se haze sacerdote por ganar de comer; y también tienen desto gran culpa los seglares, por el trato que anda de misas y baratos malos; que si esto no hubiese, no se ordenaría tanto perdido y ocioso como se ordenan con confianza desto. Escriben los historiadores por gran cosa, que un Papa ordenó tres sacerdotes y cinco diáconos, y ocho subdiáconos; y agora no hay obispo de anillo que cada año no haya ordenado quinientos desos idiotas y mal comedidos asnos. Por eso determinó la Iglesia que los sacerdotes no se pudiesen ordenar sino de cuatro témporas: porque entonces ayunasse el pueblo aquellos días, y rogassen a Dios que les diese buenos sacerdotes, y por ir en ello tanta parte del bien de la república. Pues, ¿y crees tú que se haze esto alguna vez? Yo confío que nunca le passa por pensamiento mirar en esto a hombre de toda la cristiandad, ni aun creo que nunca tú oíste esto hasta agora.

MIÇILO. No por çierto.

GALLO. Pues sábete que es la verdad. Habéis de rogar a Dios que os dé buenos sacerdotes, porque algunos sacerdotes no os los dio Dios, sino el demonio, la simonía y avariçia. Como a mí, que en la verdad yo me ordené por avariçia de tener de comer, y simoniacamente me dieron las órdenes por seis conejos y seis perdices, y permítelo Dios, Quia qualis populus talis est sacerdos. Quiere Dios daros ruines sacerdotes por los pecados del pueblo, porque cual es el pueblo tales son los sacerdotes.

MIÇILO. Por çierto que, en cuanto dizes, has dicho verdad, y que me he holgado mucho en oírte. Volvamos, pues, a donde dexaste, porque quiero saber tú qué tal sacerdote heziste.

GALLO. Por çierto dese mesmo jaez, y aún peor, que todos los otros de que hemos hablado. Luego como fue sacerdote el primer año mostré gran santidad, y çertificote que yo mudé muy poquito de mi vida passada, pero mostraba gran religión. Y ansí viví dos años aquí en esta villa, y como me viessen la bondad que yo representaba, que siempre andaba en compañía de una trulla de clérigos santos que ha habido de pocos tiempos en ella, andando a la continua visitando los hospitales y casas pobres, en compañía de unas mugerçillas andariegas y vagarosas, callegeras que no sufren estar un momento en sus casas quedas, éstas con todo desasosiego trataban en la mesma santidad.

MIÇILO. Mayor santidad tuvieran estando en sus casas en oración y recogimiento.

GALLO. Destas teníamos nuestras çiertas granjerías como camisas, pañizuelos de narizes, y la ropa blanca lavada cada semana, y algunas ollas y otros guisadillos y regalados y algunos bizcochos y rosquillas. Y como vían todos la bondad que representaba hablóme un letrado rico si quería enseñarle unos niños pequeños que tenía, sus hijos.

MIÇILO. Por çierto, a cuerdo lobo encomendaba los corderos ¡Hideputa y qué Sócrates, Pithágoras o Platón! ¿Y qué les enseñabas?

GALLO. Llevábalos y traíalos del estudio, de casa del bachiller de la gramática.

MIÇILO. Eso no era sino enseñarles el camino por donde habían de ir y venir. De manera que moço de çiego te pudieran llamar.

GALLO. Ansí es. Acompañaba también a su muger a cualquiera parte que quería salir, llevábala de la mano, y aun algunas vezes la rascaba en la

palma. Aquí estuve dos años en esta casa y de aquí me fue a mi tierra a servir un curazgo.

MIÇILO. Pues, ¿por qué te saliste de este pueblo?

GALLO. Porque hobo çierta sospecha en casa que me fue forçado salir de allí.

MIÇILO. ¿Pues de qué fue esa sospecha?

GALLO. Allégate acá y dezírtelo he a la oreja.

MIÇILO. En ese caso poco se puede fiar de todos vosotros.

GALLO. De aquí me vine a vivir a una muy buena aldea de buena comarca y de hombres muy ricos. Ofreçíanme cada domingo mucho pan y vino, y cuando moría algún feligrés toda la hazienda le comíamos con mucho placer en entierro y honras: teníamos aquellos días muy grandes papilorios, que así se llaman entre los clérigos aquellas comidas que se dan en los mortuorios.

MIÇILO. ¡O desdichados de hijos del defunto si alguno quedaba, que bien heredado le dexábades comiéndoselo todo!

GALLO. Gánenlo.

MIÇILO. Pues, y vosotros, ¿por qué no lo ganábades también?

GALLO. Pues, yo, ¿a qué lo había de ganar? Aquél era mi offiçio.

MIÇILO. Holgar.

GALLO. Pues, y agora sabes: quod sacerdotium dicit ocium? Toda nuestra vida era holgar y holgar en toda oçiosidad, sin tener ninguna buena ocupación. Porque después que un capellán de aquéllos ha dicho misa con aquel descuido que cualquier offiçial entiende en su offiçio, y cumplido en el papilorio, no había más que ir a cazar. Por Dios que estoy bien con la costumbre que tienen los saçerdotes de Greçia, que todos trabajan en particulares offiçios, con los cuales bien ocupados ganan de comer para sí y para sus hijos.

MIÇILO. ¿Pues cómo y casados son?

GALLO. Eso es lo mejor que ellos tienen, porque allí van mejor dispuestos al altar que los de acá.

MIÇILO. Pues, ¿por qué no te ocupabas tú en leer algún libro?

GALLO. Porque cuando el hombre no es buen lector no le es sabrosa la lectura. Y después desto no podía acabar conmigo a ocuparme así.

MIÇILO. Pues, ¿cómo te habías en el rezar?

GALLO. Como leía mal, hazíasseme gran trabajo rezar maitines cada día, prinçipalmente a la mañana, que tardaba tres horas en los rezar. Y yo quería dezir misa en amaneciendo, porque a la continua me levantaba con gran sed, y así por comer temprano dezía misa rezando solo prima.

MIÇILO. Pues, ¿por qué no rezabas maitines antes que te acostasses?

GALLO. Porque siempre me acostaba las noches con mala dispusiçión y me caía dormido sobre la mesa, y así por gobernarme mal en mi comer y beber me dio un dolor de costado del cual en tres días me acabé, y luego mi alma fue lançada en un corpezuelo de un burro que estaba por naçer. Salí del vientre de mi madre saltando y respingando, el más contento y ufano que nunca se vio animal.

MIÇILO. ¿Y asno fueste? Poco trabajó naturaleza en te mudar. ¡O desventurado de ti!, ¿y en cuyo poder?

GALLO. Por cierto, desventurado fue, que bien pagué lo que holgué en el sacerdoçio. Quisieron los mis tristes hados que cayesse en manos de un

bestial recuero andaluz que nunca hazía sino beodo renegar. ¡O Dios inmortal, qué carga comienzo agora! Aquí se me dio el triste pago de mi mereçer; porque luego que fue de edad para carga serví con la recua de çebadero o fatero de seis buenos machos que mi amo traía. Y llevando a la contina casi tanta carga como cada uno de ellos, cada vez que se sentía cansado subía en mí tan grande como yo, y quería siempre fuesse delante de todos, por lo cual me daba tantos palos que no podía más llevar. Nunca le pareçía al desventurado que yo mereçía el comer, y ansí siempre entresacaba de todos los machos una pobre ración con que me hazía perder el deseo. Y aun de paja no me quería hartar. Pero usaba yo de una cautela por me mantener: que luego, en la noche, como llegábamos a la posada me entraba en la caballeriça y echábame luego en el suelo, fingiendo querer descansar, y como yo a la contina andaba con ruin albarda y peor xáquima fácilmente rompía mis miserables ataduras, y como echaban de comer a mis compañeros procuraba remediarme entre ellos, y aun algunos dellos me daban muy fuertes cozes defendiendo su pasto, otros había que teniendo piedad de mí me dexaban comer. Pero, ¡ay de mí! si aquel traidor de mi amo entraba en aquella sazón, hazíamelo a palos gormar. A la contina caminábamos en compañía de otros tragineros, porque ellos se acostumbraban ansí por se ayudar en neçesidad y peligros que cada día se les ofreçen, para cargar y descargar. Y ansí una vez íbamos por un camino sobre haber llovido tres días a reo, y llegamos a un allozar donde estaba un grande atolladero por causa de unos grandes llamares de agua que en todo tiempo había allí, y el bellaco de mi amo por poder passar mejor subió sobre mí, y como yo no sabía el passo y iba delante de todos atollé y caí. ¡O desventurado de asno!, víasme cubierto de lodo y agua que no podía sacar braço ni pie, y mi amo apeado en medio del barro palos y palos en mí. Por çierto, mil vezes me quisiera allí ahogar, y aun te digo de verdad que otras tantas vezes me quise matar si no fuera por no caer en el pecado de desesperación.

MIÇILO. Pues deso, ¿qué se te daba a ti?

GALLO. Tuviera más que pagar. Porque has de tener por çierto que los trabajos que yo padeçía en un estado o naturaleza, era en penitencia de pecados que cometía en otra. Pues sobre todo esto verás otra cosa peor: que guiando tras mí un mulo de aquellos que llevaba una gran carga de açeite, atolló junto a mí, y tanto tuvieron que entender en su remedio que me dexaban a mí ahogar; y el bellaco de mi amo no hazía sino renegar de Dios. En fin, entraron él y sus compañeros en medio del barro, y rompiendo los lazos y sobre carga y aun un cuero de seis arrobas que no se pudo remediar, y ansí arrastrando sacaron el mulo afuera. Y después volvieron por mí y a palos tirando por las orejas y cola me hubieron de sacar. Nunca me pareció que era yo inmortal sino allí, y pessábame mucho porque en todas las speçies de animales en que viví me duraba aquélla tanto siendo la peor, y lloraba porque cuando yo fue clérigo, rana, o puerco no me perpetué, y vine a vivir tanto en un tan ruin natural. Después salidos a tierra todos los duelos habían de caer sobre mí, porque como el macho era bestia de valor, como le sintieron algo fatigado, fue de voto de todos que me cargassen un rato el otro cuero que llevaba el mulo y que le regalassen a él, poniendo entre sí que llegando a la primera venta le tornarían a cargar; y yo como vi ser tal su determinación, y que no

podía apelar porque para ellos mismos no me aprovechara suplicación, por tanto callé y sufrí y mal que me pesó le llevé hasta que anocheció. Aquí es de llorar, que si por malos de mis pecados me detenía algo al pasar de un lodo, o de una aspereça, o por piedras, o por cualquiera otra ocasión, cogía aquel bellaco una vara que llevaba de doze palmos y vareándome tan cruelmente por barriga y ancas y por todo lo que la carga descubría que en todo mi cuerpo no dexaba lugar con salud. Por çierto, yo llegué tal aquella noche al mesón que rogué con gran affeto a Dios que me acabasse el vivir. En llegando que me descargaron me arrojé al suelo en la caballeriza, que ni tenía gana de comer, ni aun era yo tan bien pensado que me sobrase la çebada, pero basta que yo llegué tal que no sabía parte de mí. Tenía quebrantadas las piernas del cansaño, y herido todo el cuerpo magullado a palos; y como me hallé tan miserable aborreçíme en tanta manera que estuve por desesperar. Y estando así tan desbaratado con mi pasión acordé que no debiera de probar a me libertar, y huyendo irme a mis venturas, pensando que a açertar a libertarme ganaba descanso para toda mi vida, y que a salirme mal no podía ser más que caer en manos de otro vil, o en manos de mi amo que me tornasse a apalear, o en poder de un lobo que me comiesse. Y ninguna destas cosas tenía por peor; y ansí como me determiné habiendo çenado los recueros y aparejado sus camas en que se acostar, y sobre su cansaño y vino començaron a dormir, y como tuve gran cuidado de ver todo lo que passaba, lo más seguro que pude salí por la puerta del mesón; y como me vi en libertad, ¡o Dios soberano, quién podrá encareçer el gozo en que se vio mi alma! Luego me fue al más correr la calle que más a mano tomé hasta salir del lugar; y por el camino que açerté comienço con tanta furia a correr que no había caballo que en ligereza se me pudiesse comparar, que con quanto cansado venía con el cuero de açeite cuando al mesón llegué, me pareçió cuando de la possada salí que en todo deleite había estado aquel mes. Y cuando yo pensé que me había alongado de mi amo cuatro leguas por la gran furia con que en dos horas corrí, y como la noche hazía obscura por el nublo que tenía el çielo, echéme con gran seguro en un prado a descansar, y plugo a mis tristes hados que en el mesón se ofreçió ocasión como me hallaron menos en la caballeriza; y como mi amo fue avisado me procuró luego seguir, porque aún no faltó quien me vio cuando yo salí del lugar, y el camino que llevé. Y como caminé a toda furia cuando amaneció se halló junto a mí. ¡O válame Dios!, cuando yo le vi, quisiera tener un arma, o cualquier otro medio con que me matar. Plugiera a Dios que luego me matará allí. Y como me vio dixo: «¡Ah, don traidor!, ¿pensastes os me ir? Agora me lo pagaréis.» Y diziendo esto diome tantos de palos que no pensé más vivir, y puedes creer que digo la verdad que en alguna manera me alegré pensando que me acababa ya, esperando que con la muerte me suçedería mejor. Pero no me mereçía yo tanto bien; y ansí me salió al revés, porque cuando vio que me había bien castigado subió en mí y corriendo como en una posta me tornó al lugar con la posible furia, donde llegamos antes que los compañeros pudiesen aparejar. Y ansí, sin perder ellos punto de xornada, perdí yo la cena y almuerço y descanso, porque luego en llegando cargando a todos y a mí nos hizieron caminar.

MIÇILO. Por çierto mal te trataba ese hombre. Mala gente debe de ser recueros.

GALLO. Por Dios, mala cuanto se puede encarecer. Es el género de hombres más vil que en un mundo Dios crió: la hez, escoria y deshecho de todos cuantos son. No tienen cuenta sino con beber, y cuanto hurtan, ganan y trapazan no es sino para vino, y vino y más vino. No parece su cuerpo sino una cuba manantial. Es gente que por su boca nunca professó ley, porque sino es lo que el padrino respondió por ellos al bautismo nunca de la ley de Cristo hombre dellos se acordó, ni otro sacramento recibió. Porque toda su vida no entiende sino andar con la recua; nunca paran Cuaresma en su feligresía para se confesar, y si vienen después de Cuaresma a su pueblo y su cura les dize que se confiessen, muestrenle unas cédulas de confesión fingidas y falsas, hechas para cumplir. Con esto no les verás hazer cosa por donde entiendas de qué ley son, porque sus dos más principales obras son beber y renegar: que Cuaresma ni cuatro tēmporas, ni vísperas de Santos, ni viernes, no hazen diferencia en el comer. Antes mofan de los que en aquellos días hazen alguna especificación. No quiero hablar desta ruin gente más, porque aun mi lengua, aunque de gallo, tiene asco y empacho de hablar de hombre tan perverso y tan vil, que si en sus bajezas me quisiese detener, tiempo faltaría para dezir. Pero, pues tengo intinçión de te contar de hombres más altos, de los que tiene el vulgo por nobles y los celebra con solenidad, no me quiero detener en hombres tan sueços, porque me parece que del tiempo que en los tales se gastasse se debería restitución. En fin, quiero concluir con la miserable vida que me dio, que ella fue tal que en ninguna manera la pude sufrir; y así viniendo un día de Córdoba para Salamanca con un cargo de azeite, y yo traía también mi parte, y no la menor, yo venía tan aborrido y tan desesperado que propuse en mi determinación de tomar la muerte, ofrecida la oportunidad; y así, una mañana bajando un portezuelo que dizen de la Corchuela, deçendiendo sobre el río Taxo a passar la puente del Cardenal, viniendo por la ladera de la sierra, pareçese el río de Tajo abajo que va por entre unas peñas con mucho ruido y braveza, que a todos cuantos por allí passan pone espanto. Luego como vi aquella ocasión pensé arroxarme de allí al río y acabar aquella vida de tanto trabajo, hambre y miseria continua; y así a una vuelta que la sierra da en que descubre el río un gran pedaço, por razón de haber comido con la fuerça que por allí lleva una gran parte de la montaña, está un despeñadero muy grande, que el que de allí cayere no puede parar hasta el río. Suçedió que yendo yo pensando en esto dio mi amo un palo a un mulo que venía tras mí, y herido el mulo, con algún pavor trabajó por passar ante mí, y con la furia y fuerça que llevaba encontró con mi flaqueza y fácilmente me hizo rodar a mí y a mis cueros de azeite. De tal manera que dando de peña en peña hecho pedaços, llegué al río sin sentir el dolor que padeçen con la demasiada agua los que se ahogan; y así acabé la más miserable vida y más penosa que en el mundo jamás se padeçió. Con protestaçión que hize mil vezes de ser bueno por no venir a otro tan gran mal.

MIÇILO. Deseo tenía de verte salir de tan cruel penitencia, y heme holgado mucho en haberte oído hasta aquí. Ya parece que es venido el día, y aun parece que ha más de media hora que salió el sol, y porque no perdamos la coyuntura de nuestro ganar de comer, calla y abriré la tienda, que mucho a mi sabor has cantado hoy; y a la noche yo velaré el rato que

se me ha pasado desta mañana sin trabajar, y oírte he hasta que te quieras dormir. Agora despierta tus gallinas y veníos a comer.

GALLO. Mira Miçilo, no te engañes en eso conmigo, porque yo antes despertaré a la media noche y quedaré sin dormir más, que no velaré a la prima noche. Pero yo haré una cosa por te complazer: que recogeré un hora antes que anochezca mis gallinas, y habré dormido un sueño bueno cuando tú acabes de çenar, y despertándome tú yo velaré todo lo que querrás, y al sabor de la historia que yo cantaré trabajarás tú hasta que quieras dormir.

MIÇILO. Muy bien dizes, hágase ansí. Quisiera que me dixeras cómo te hubiste cuando eras cura con tus feligreses.

GALLO. Eso te diré yo de muy buena voluntad, y cantarte he otras muchas cosas muy graciosas, que confío holgarás de oír. Porque en el canto que se sigue te contaré de un mancebo de ánimo generoso, çiego y obstinado en los deseos y apetito de la carne; encantado y hechizado con el veleño y embaimiento de una maga mala muger. Çiego de la razón, disipando el tesoro del buen natural que de su padre Dios heredó, hasta que por su divina misericordia me quiso alumbrar para salir de tan gran confusión y bestialidad.

MIÇILO. Pues agora calla, que llaman a la puerta, que deben de venir a comprar.

Fin del cuarto canto del gallo

Argumento del quinto canto del gallo

En el quinto canto que se sigue el auctor, debajo de una graçiosa historia, imita la parábola que Cristo dixo por San Lucas en el capítulo quince . Verse ha en agraçiado estilo un viçioso mançebo en poder de malas mugeres, vueltas las espaldas a su honra, a los hombres y a Dios, disipar todos los doctes del alma, que son los thesoros que de su padre Dios heredó. Y veráse también los hechizos, engaños y encantamientos de que las malas mugeres usan por gozar de sus laçivos deleites por satisfazer a sola su sensualidad.

MIÇILO. Por çierto, pessado tienen los gallos el primer sueño, pues con haberse entrado este gallo acostar dos horas antes que anocheçiese, y haber ya más de dos horas que anoheció, no ha mostrado despertar.

GALLO. No pienses, Miçilo, que aunque no canto que duermo, porque yo despierto estoy aguardando a que vengas de la çena al trabajo.

MIÇILO. Pues, ¿por qué no cantas, que ya hubiera yo venido?

GALLO. No canto porque, aunque nosotros los gallos somos músicos de nación, tenemos esta ventaja a los músicos de allá: que nosotros tenemos tanto seso y cordura en nuestro canto que con el buen orden de nuestra música gobernáis vuestras obras como con muy çierto y regalado relox. Pero vuestros músicos cantan sin tiempo, orden y sazón, porque han de careçer de seso para bien cantar. Cantamos a la medianoche, y ésta no la es; y cantamos al alba por dar loores a Dios nuestro Hazedor y criador.

MIÇILO. Pues ante todas las cosas te ruego me digas: cuando fueste capellán de aquel curazgo que cura te podemos llamar, ¿cómo te sabías haber con tus ovejas? ¿Cómo sabías repastar tus feligreses? ¿Cómo te

habías en su gobierno y confesión? Porque no sé quién tiene mayor culpa, el cura propio por encomendar su ganado a un hombre tan sin letras como tú, o tú en lo aceptar.

GALLO. ¿Qué quieres que te diga a eso sino lo que se puede presumir de mí? En fin, yo lo hacía como todos los otros pastores mercenarios, que no tenemos ojo ni cuenta sino el propio interés y salario, obladas y pitangas de muertos, y cuanto a las conciencias y pecados, cuanto quiera que fuessen graves no les decía más sino: «No lo hagáis otra vez.» Y esto, aunque cien veces me viniessen lo mesmo a confessar; y aun esto era cuanto a los pecados claros, y que ninguna dificultad tenían. Pero en otros pecados que requerían algún consejo, estudio y miramiento disimulaba con ellos, porque no sabía yo más en el juicio de aquellas causas que sabía cuando rodé por la montaña sobre Taxo. En fin, en todo me había como aquel mercenario que dize Cristo en el Evangelio, que cuando ve venir el lobo a su ganado huye y lo desampara. Ansí en cualesquiera neçesidades y afrentas que al feligrés se le ofrecen me tocaba poco a mí, y menos me daba por ello.

MIÇILO. Dime, si en una Cuaresma sabías que algún feligrés estaba en algún pecado mortal, de alguna enemistad o en amistad viciosa con alguna muger, ¿qué hazías?, ¿no trabajabas por hazer a los unos amigos, y a los otros buscar medios honestos y secretos cómo los apartar del pecado?

GALLO. Esos cuidados ninguna pena me daban. Proprios eran del propio pastor; viniesse a verlos y proveerlos. Comíasse él en cada un año treçientos ducados que valía el benefiçio paseándose por la corte, ¿y había yo de llevar toda la carga por dos mil maravedís? No me parece cosa justa.

MIÇILO. ¡Ay de las almas que lo padeçían! Ya me parece que te habías obligado con aquella condiçión, que el cura su culpa pagará.

GALLO. Dexemos ya esto. Y quiero te contar un aconteçimiento que passé en un tiempo, en el cual, juntamente siéndote graçioso, verás y conoçerás la vanidad desta vida, y el pago que dan sus vicios y deleites. Y también verás el estado en que está el mundo, y los engaños y laçivia de las perversas y malas mugeres, y el fin y daño que sacan los que a sus suçias conversaçiones se dan. Y viniendo al caso sabrás que en un tiempo yo fue un muy apuesto y agraçiado mançebo cortesano y de buena conversaçión, de natural criança y continua residençia en la corte de nuestro rey, hijo de un valeroso señor de estado y casa real; y por no me dar más a conoçer basta, que porque hace al proçeso de mi historia te llevo a dezir, que entre otros previllegios y gajes que estaban anejos a nuestra casa, era una compaña de lanças de las que están en las guardas del reino, que llaman hombres de armas de guarniçión. Pues passa ansí que en el año del señor de mil y quinientos y veinte y dos, quando los françesses entraron en el reino de Navarra con gran poder, por tener ausente a nuestro príncipe, rey y señor, se juntaron todos los grandes y señores de Castilla, guiando por gobernador y capitán general el condestable Don Yñigo de Velasco para ir en la defensa y amparo y restitución de aquel reino, porque se habían ya lançado los fraçesses hasta Logroño; y ansí por ser ya mi padre viejo y indispuerto me cometió y dio el poder de su capitanía con çédula y liçençia del rey; y ansí quando por los señores gobernadores fue mandado mover, mandé a mi sota capitán y

alférez que caminassen con su estandarte, siendo todos muy bien proveídos y basteçidos por nuestra reseña y alarde. Y porque yo tenía çierto negoçio en Logroño en que me convenía detener, le mandé que guiassen, y por mi carta se presentassen al señor capitán general, y yo quedé allí; y después, quando tuve acabado el negoçio, partí con un escudero mío que a la continua le llevaba para mi compañía y serviçio en un roçín. Y luego como començamos a caminar por Navarra fue avisado que las mugeres en aquella tierra eran grandes hechizeras encantadoras, y que tenían pacto y comunicaçión con el demonio para el effecto de su arte y encantamiento, y así me avisaban que me guardasse y viviesse recatado, porque eran poderosas en pervertir los hombres y aun en convertirlos en bestias y piedras si querían; y aunque en la verdad en alguna manera me escandalizasse, holgué en ser avisado, porque la moçedad, como es reçoçijada, recibe pasatiempo con semejantes cosas; y también porque yo de mi cogeta fue affiçionado a semejantes aconteçimientos. Por tanto, iba deseoso de encontrarme con alguna que me encantasse, y aun iba de voluntad y pensamiento de trocar por alguna parte de aquella arte el favor del príncipe y su capitanía; y caminando una montaña, yendo revolviendo esas cosas en mi pensamiento, al bajar de una montaña me apeé por estender las piernas, y también porque descansasse algo mi caballo, que començaba ya algo el sol a calentar; y así como fue apeado tirándole de las orejas y estregándole el rostro di la rienda a mi escudero Palomades que así se llamaba, y mandéle que caminasse ante mí. Y en esto volví la cabeça atrás y veo venir tras mí un hombre en una bestia, el cual en su hábito y trato luego que llegó me pareçió ser de la tierra; por lo cual y por holgar yo mucho de la conversaçión le aguardé, y así llegando a mí me saludó, y por el semejante se apeó para bajar, y luego començé a le preguntar por su tierra y lugar, como en el camino suele acontecer, y él me dixo que era de una aldea pequeña que estaba una legua de allí; y yo trabajaba meterle en conversaçión presumiendo dél algún encogimiento, porque como aquella tierra estuviesse al presente en guerras, tratan con nosotros con algún recato no se nos osando confiar. Pero en la verdad aquel hombre no mostró mucha cobardía, mas antes demasiada liberalidad, tanto que de sus hablas y razones fáçilmente juzgarás ser otra cosa que hombre, porque así con su habla me embelleñó que casi no supe de mí; y así del rey y de la reina y de la guerra del los franceses y castellanos venimos a hablar de la costumbre y bondad de la gente de la tierra, y él çiertamente vino a hablar en ello de buena voluntad. Començómela a loar de fértil y viçiosa, abundante de todo lo necesario, y yo dixé: «Hombre honrado yo tengo entendido desta tierra todo el cumplimiento entre todas las provinçias del mundo, y que la gente es de buena habilidad y ingenio, y las mugeres veo también que son hermosas y de apuesta y agraçiada representación.» Y así él me replicó: «Por çierto, señor, así es como sentís; y entre todas las otras cosas quiero que sepáis que las mugeres, demás de su hermosura, son de admirable habilidad, en tanta manera que en saber exçeden a cuantas en el mundo son.» Entonçes yo le repliqué deseando saber de su sçiençia, importunándole me dixesse algo en particular de su saber; y él me respondió en tanta abundançia que toda mi atençión llevaba puesta en lo que él dezía. Diciendo: «Señor mandan el sol y obedeçe, a las estrellas fuerzan en su curso, y a la luna quitan y ponen su luz conforme a su

voluntad. Añublan los aires, y hazen si quieren que se huellen y passen como la tierra. Al fuego hazen que enfríe, y al agua que queme. Házense moças y en un punto viejas, palo, piedra, y bestia. Si les contenta un hombre en su mano está gozar dél a su voluntad; y para tenerlos más aparejados a este effecto los convierten en diversos animales entorpeciéndoles los sentidos y su buena naturaleza. Han podido tanto su arte que ellas mandan y los hombres obedecen, o les cuesta la vida, porque quieren usar de mucha libertad yendo de día y de noche por caminos, valles y sierras a hazer sus encantos, y a coxer sus yerbas y piedras, y hazer sus tratos y conçiertos.» Llevábame con esto tan traspuesto en sí que ningún acuerdo tenía de mí cuando llegamos al lugar, y cabalgando en nuestras bestias nos lanzamos por el pueblo, y queriendo yo passar adelante me forçó, con grande importunidad y buena criança, que quisiesse apear me en su posada porque servía a una dueña valerosa que acostumbra reçibir semejantes caballeros en su casa de buena voluntad; y como fuesse llegada la hora del comer holgué de me apear. Saliónos a reçibir una dueña de alta y buena dispusiçión, la cual, aunque representaba alguna edad, tenía aire y desenvoltura de moça, y en viéndome se vino para mí con una voz y habla halagüeña, y muy de presto dispuso toda la casa y aparato con tanto serviçio como si fuera casa de un príncipe o poderoso señor; y cuando miré por mi guía no la vi, porque entrando en casa se me desapareció; y según parece todo lo que passó antes y después no puedo creer sino que aquella muger tenía aquel demonio por familiar en hábito y figura de hombre, porque según mostró en su habla, trato y conversaçión no creo otra cosa, sino que le tenía para enviarle a caza de hombres cuando para su apetito y recreaçión le daba la voluntad, porque así me cazó a mí como agora oirás. Luego, como llegamos con mil regalos y ofreçimientos, dispuso la comida con grande aparato, con toda la diligencia y solicitud posible, en toda abundancia de frutas, flores y manjares de mucho gusto y sabor, y los vinos muy preçiados en toda suavidad, servidos de diversas dueñas y donzellas, que casi parecían diferentes con cada manjar. Túvome la fiesta en mucho regocijo y pasatiempo en una sala baja que caía sobre un huerto de frutas y de flores muy suaves. Ya me parecía que por poco me quedara allí, sino fuera porque, así como en sueño, me acordé de mi viaje y compañía, y consideré que corría gran peligro mi honra si me descuidasse; y así suspirando me levanté en pie proponiendo ir con la posible furia a cumplir con la guerra y luego volverme a gozar de aquel paraíso terrenal. Y así la maga por estar muy contenta de mi buena dispusiçión me propuso a quedarme aquella noche allí, diziendo, que ella no quería, ni tenía cuanta prosperidad y aparato poseía sino para servir y hospedar semejantes caballeros. Princiपालmente por haber sido su marido un castellano de gran valor, al cual amó sobre todas las cosas desta vida, y así no podía faltar a los caballeros castellanos, por representarle cualquiera dellos aquellos sus primeros amores, que ella a la continua tenía ante sus ojos presente. Pero como aún yo no había perdido del todo mi juicio y uso de razón trabajé de agradecerle con palabras acompañadas de mucho cumplimiento y criança la merçed que me hacía, con protestaçión que acabada la guerra yo vernía con más libertad a la servir. No le pessó mucho a la maga mi defensa como esperaba antes de la mañana satisfacerse de mí mucho a su voluntad, y así me dixo: «Pues, señor, presupuesto que

tenéis conoçido el deseo que tengo de os servir, y confiando que cumpliréis la palabra que me dais, podréis hazer lo que querréis, y por más os servir os daré un criado mío que os guíe quatro leguas de aquí, donde os vais a dormir con mucho solaz, porque tengo allí una muy valerosa sobrina que tiene un fuerte y hermoso castillo en una muy deleitosa floresta que estará quatro leguas de aquí. Llegando esta noche allí, no perdiendo xornada para vuestro propósito, por ser mía la gula y por la graçia de mi sobrina que tiene la mesma costumbre que yo en hospedar semejantes caballeros, os hospedaré, y allí pasaréis esta noche mucho a vuestro contento y solaz.» Yo le bessé las manos por tan gran merçed, la cual açepté, y luego salió el viejo que me truxo allí cabalgando en un rozín, y despidiéndome de la buena dueña començamos a caminar. Fuemos hablando en muchos loores de su señora, que nunca acababa de la engrandeçer, pues díxome: «Señor, agora vais a este castillo donde veréis una donzella que en hermosura y valor exçede a cuantas en el mundo hay.» Y demandándole por su nombre, padres y calidad de estado me dixo él: «Eso haré yo, señor, de muy buena voluntad de os dezir, porque después desta mi señora a quien yo agora sirvo no creo que hay en el mundo su igual, y a quien con mejor voluntad desee ni deba yo servir por su gran valor; y así os digo, señor, que esta donzella fue hija de un señor natural desta tierra, del mejor linaje que en ella hay, el cual se llamaba el gran varón; y por su hermosura y linaje fue demandada de muchos caballeros de alta guisa, así desta tierra como de Françia y Castilla, y a todos los menospreçió proponiendo de no casar con otro sino con el hijo de su rey; y siendo tratadas entre ellos palabras de matrimonio respondió el rey de Navarra que tenía desposado su hijo con la segunda hija del rey de Françia, y que no podía faltarle la palabra. Por lo cual, sintiendo ella afrenta no haberle salido çierto su deseo, por ser dama de alta guisa propuso de nunca se casar hasta hoy; y así por haber en su linaxe dueñas muy hadadas que la hadaron, es ella la más hadada y sabia muger que en el mundo hay, en tanta manera que por ser tan sabia en las artes la llaman en esta tierra la donzella Saxe, hija del gran varón». Y así hablando en esto fuemos a entrar en una muy hermosa y agraçiada floresta de mucha y deleitable arboleda. Por la cual hablando en esta y otras muchas cosas caminamos al parecer dos leguas hasta que casi se acabó el día; y así casi media hora antes que se pusiesse el sol llegamos a un muy apazible valle donde pareçía que se augmentaba más la floresta con muchos jazmines altos y muy graçiosos naranjos que comunicaban en aquel tiempo su oloroso azahar, y otras flores de suave y apazible olor, en medio del cual valle se mostró un fuerte y hermoso castillo que mostraba ser el paraíso terrenal. Era edificado de muy altas y agraçiadas torres de muy labrada cantería, era labrado de muy relumbrante mármol y de jaspes muy finos, y del alabastro y otras piedras de mucha estima, había mosaico y moçárabes muy perfectos. Parecióme ser de dentro de exçeso sin comparación más polido, pues de fuera había en él tanta exçelençia; y así fue, que como llamamos a la puerta del castillo y por el portero fue conoçida mi guía fueron abiertas las puertas con mucha liberalidad, y entramos a un ancho patio, del cual cada cuadro tenía seis columnas de forma jónica, de fino mármol, con sus arcos de la mesma piedra, con unas medallas entre arco y arco que no les faltaba sino el alma para hablar. Eran las imágenes de

Píramo y Tisbe, de Philis y Demophón, de Cleopatra y Marco Antonio, y así todas las demás de los enamorados de la antigüedad. Y antes que passe adelante quiero que entiendas que esta donzella Saxe de que aquí te contaré, no era otra sino la vieja maga que en el aldea al comer me hospedó. La cual, como le pareciesse que no se aprovechara de mí en su casa tan a su plazer como aquí, tenía por sus artes y industrias del demonio esta floresta y castillo, y todo el serviçio y aparato que oirás, para holgar con quien quería noches y días como te contaré. Por el friso de los arcos del patio iba una gruesa cadena dorada que salía relevada en la cantería, y una letra que dezía: «cuantos van en derredor, / son prisioneros de amor». Había por todo el torno ricas imágenes y piedras del Oriente, y había en los corredores altos gruesas colunas enteras de diamante, no sé si verdadero o falso, pero oso juzgar que no había más bella cosa en el mundo. Por lo alto de la casa había terrados de muy hermosos y agraçiados edefiçios, por los cuales andaban lindas y hermosas damas vestidas de verde y de otros amorosos colores, con guirnaldas en las cabezas, de rosas y flores, dançando a la suave música de arpas y dulçainas que les tañían sin parecer quién. Bien puede cualquiera que aquí entre afirmar que fuesse aquí el paraíso o el lugar donde el amor fue naçido, porque aquí ni entra, ni admiten en esta compañía cosa que pueda entristeçer, ni dar passión. No se entiende aquí otra cosa sino juegos, plazeres, comeres, dançar, bailar y motexar. Y otras vezes juntas damas y caballeros cantar música muy ordenada, que juzgarás estar aquí los ángeles en continua conversaçión y festividad. Nunca allí entró cana, arruga, ni vejez, sino solamente juventud de doze a treinta años, que se sepa comunicar en todo deleite y plazer. En esta casa siempre es abril y mayo, porque nunca en todo el año el suave y templado calor y fresco les falta; porque aquella diosa lo dispone con su arte a medida de su voluntad y neçesidad. Acompañanla aquí a la continua muy valerosas damas que ella tiene en su compañía de su linaxe, y otras por amistad, las cuales atraen allí caballeros que vienen enseguida de su valor. Éstos hazen la corte más ufana y graçiosa que nunca en casa de rey ni emperador tan adornada de cortesanía se vio. Porque solamente se ocupan en invençiones de traxes, justas, danças y bailes; y otras a la sombra de muy apazibles árboles novelan, motejan, ríen con gran solaz: cual demanda cuestiones y preguntas de amores, hazer sonetos, coplas, villançicos, y otras agudeças en que a la continua reçiben plazer. Por lo alto y por los xardines, por çima de chopos, fresnos, laureles y arrayanes, vuelan calandrias, sirgueros, canarios y ruiseñores que, con su música, hazen suave melodía. Estando yo mirando toda esta hermosura, ya medio fuera de mí, se me pusieron delante dos damas más de divina que de humana representaçión, porque tales parecían en su hábito, modo y gesto, que todas venían vestidas como de casa real: traían muy ricos recarnados, joyas y piedras muy finas, rubíes, esmeraldas, diamantes, balajes, zafires, jaçintos y de otras infinito número que no cuento. Éstas, puestas ante mí con humilde y agraçiado semblante, habiéndoles yo hecho la cortesía que a tales damas se les debía, con muy cortés razonamiento me ofreçieron el hospedaje y serviçio de aquella noche de parte de la señora del castillo, y yo habiendo açeptado la merced con hazimiento de graçias, me dixeron estar me aguardando arriba; y así, dexando el caballo a mi escudero, me guiaron

por el escalera. Aún no habíamos acabado de subir cuando vimos a la bella Saxe que venía por el corredor, la cual con aquella cortesía y semblante me recibió como si yo fuera el señor de todo el mundo, y así fue de toda aquella trihunfante y agraciada corte tan reverenciado y acatado como si yo fuera todo el poder que los había de mandar. Era aquel palacio tan adornado y excelente, y tan apuesta aquella juvenil compañía, que me parece que mi lengua la haze injuria en querértelo todo pintar, porque era ello todo de tanto aparato y perfección, y mi ingenio de tan poca elocuencia que es necesario que baje su hermosura y grandeza muy sin comparación. Muchos habría a quien yo contasse esta historia que por su poca esperiencia les parecería manera de fingir. Pero esfuérçome a te la pintar a ti, Miçilo, lo más en la verdad que puedo, porque tengo entendido de tu cordura que con tu buen crédito debajo destas toscas y cortas palabras entenderás lo mucho que quiero sinificar. Porque ciertamente era aquella corte y compañía la más rica, la más hermosa, agraciada y generosa que en el mundo nunca fue ni lengua humana con muy alta y adornada elocuencia nunca podría encareçer, ni pluma escrebir. Era toda de florida y bella edad, y sola entre todas venía aquella mi bella diosa relumbrando como el sol entre todas las estrellas, de belleza estraña. Era su persona de miembros tan formados cuanto pudiera con la agudeza de su ingenio pintar aquel famoso Apeles con su pinçel: los cabellos luengos, rubios y encrespados, trançados con un cordón de oro que venía a hazer una ingeniosa laçada sobre el lado derecho de donde colgaba un joyel de inestimable valor. Traía los carrillos muy colorados de rosas y jazmines, y la frente pareçía ser de un liso marfil, ancha, espaciosa, llana y conveniente, que el sol hazía eclipsar con su resplandor; debajo de dos arcos de çejas negras como el fino azabache le están bailando dos soles piadosos a alumbrar a los que los miran, que pareçía estar amor jugando en ellos y de allí disparar tiros gentiles con que visiblemente va matando a cualquiera hombre que con ellos echa de ver; la nariz pequeña y afilada, en que naturaleza mostró su perfección; muéstrasse debajo de dos pequeños valles la chica boca de coral muy fino, y dentro della al abrir y çerrar de un labrio angelical se muestran dos hilos de perlas orientales que trae por dientes; aquí se forman çelestiales palabras que bastan ablandar coraçones de diamante; aquí se forma un reír tan suave que a todos fuerça a obedecer. Tenía el cuello redondo, luengo y sacado, y el pecho ancho, lleno y blanco como la nieve, y a cada lado puesta en él una mançana cual siendo ella diosa pudiera poner en sí para mostrar su hermosura y perfección. Todo lo demás que secreto está como cuerdo puedes juzgar corresponder a lo que se muestra de fuera en la mesma proporçión. En fin, en edad de catorçe años escogió la hermosura que naturaleza en una dama pudo dar. Pues visto lo mucho que te he dicho de su beldad no te maravillarás, Miçilo, si te digo que de enamorado de su belleza me perdí, y encantado salí de mí, porque depositada en su mano mi libertad me rendí a lo que de mí quisiesse hazer.

MIÇILO. Por çierto no me maravillo, gallo, si perdiesses el juicio por tan estremada hermosura, pues a mí me tiene encantado en solo te lo oír.

GALLO. Pues andando así, como al lado me tomó, siguiéndonos toda aquella graçiosa compañía, me iba ofreçiendo con palabras de toda

cortesanía a su subjección, proponiendo nunca querer ni demandar libertad, teniendo por averiguado que todo el mereçer del mundo no podía llegar a poseer joya de tan alto valor, y aun juzgaba por bienaventurado al que, residiendo en su presençia, se le diesse sola su graçia sin más pedir. Hablando en muy graçiosos requiebros, favoreçiéndome con unos ofreçimientos muy comedidos, unas vezes por mi persona, otras diziendo que por quién me enviaba allí, entramos a una gran sala adornada de muy sumptuosa y estraña tapiçería, donde al cabo della estaba un gran estrado, y en el medio dél un poco más alto, que mostraba alguna diferencia que se daba algo a sentir, estaba debajo de un rico dosel de brocado hecho el asiento de la bella Saxe con muchos coxines, debajo del cual, junto consigo, me metió; y luego fue lleno todo el estrado de graçiosas damas y caballeros, y començando mucha música de menestres se començó un divino serao. Y después que todos aquellos galanes hubieron dançado con sus damas muy a su contento, y yo con la mía dançé, entraron en la sala muchos pajes con muy galanes libreas, con hachas en sus manos, que los guiaba un maestresala que nos llamó a la çena, y levantándose todos aquellos caballeros, tomando cada cual por la mano a su dama, fuemos guiados por una escalera que deçendía sobre un vergel, donde estaba, hecho un paseo debajo de unos corredores altos que caían sobre la gran huerta, el cual paseo era de largo de doçientos pies. Eran todas las columnas de verdadero jaspe puestas por muy gentil y agraçiado orden, todas çerradas de arriba abajo con muy entretejidos jazmines y rosales que daban en aquella pieza muy suave olor, con el que lançaban de sí muchos claveles y albahacas y naranjos que estaban çerca de allí. Estaba una mesa puesta en el medio de aquella pieza que era de largo çien pies, puestos los manteles, sillas y aparato, y ansí como deçendimos a lo bajo començó a sonar grandíssimo número y diferencia de música: de trompetas, cheremias, sacabuches, dulçainas, flautas, cornetas y otras muchas diferencias de sonajas muy graçiosas y apazibles que adornaban mucho la fiesta, y engrandeçían la magestad y enchían los coraçones de mucha alegría y plazer. Ansí se sentaron todos aquellos caballeros y damas en la mesa, una dama con un caballero por su orden; y luego se començó la çena a servir, la cual era tan sumptuosa y epulenta de viandas y aparato de oro, plata, riqueza y serviçio, que no hay ingenio que la pueda describir en particular.

MIÇILO. Alguna parte della nos falta agora aquí.

GALLO. Fueron allí servidos en oro y plata todos los manjares que la tierra produçe y los que el aire y el mar crían, y los que ha inquirido por el mundo la ambiçión y gula de los hombres sin que la hambre ni neçesidad lo requiriese. Servían a las manos, en fuentes de cristal, agua rosada y azahar de ángeles, y el vino en perlas cavadas muy grandes, y no se contentaban allí beber vinos muy preçiados de Castilla, pero traídos de Candía, de Greçia y Egipto. Eran las mesas de çedro coxido del Líbano, y del çiprés oloroso, asentadas sobre peanas de marfil. Los estrados y sillas en que estábamos sentados al comer eran labradas a manera de taraçes de gemas y jaspes finos, los asientos y respaldares eran de brocado y de muy fino carmesí de Tiro.

MIÇILO. ¡O gallo, qué sabroso me es ese tu canto! No me parece sino que poseo al presente el oro de aquel rico Midas y Crespo, y que estoy asentado a las epulentas mesas del emperador Heliogábalo. Querría que en

çien años no se me acabasse esta bienaventurança en que agora estoy; mucho me entristeze la miseria en que pienso venir cuando amanezca.

GALLO. Todos aquellos caballeros entendían con sus damas en mucho regoçijo y palaçio, en motejarse y en discantar donaires y motes y sonetos de amores, notándose unos a otros de algunos graçiosos descuidos en las leyes del amor. La mi diosa puesta en mí su coraçón me sacaba con favores y donaires a toda cortesanía: cada vez que me miraba, agora fuesse derecho, agora al través, me encantaba y me convertía todo en sí sacándome de mi natural; sentíme tan preso de su gran valor que, no pudiendo disimular, le dixé: «O señora, no más. Piedad, señora, que ya no sufre paçiençia que no me dé a merçed.» Como fueron acabadas las viandas y alçadas las mesas, cada cual se apartó con su dama sobre tapetes y coxines de requemados de diverso color, donde en el entretanto que se llegaba la hora del dormir ordenaron un juego para su solaz, el cual era: que cada cual con su dama, muy secreto y a la oreja, se preguntasse lo que más se le antoje, y la primera y más prinçipal ley del juego es que infaliblemente se responda la verdad. Fue este juego gran ocasión y aparejo para que entre mí y mi diosa se declarasse nuestro deseo y pena, porque yo le pregunté conjurándola con las leyes del juego me diga en quien tuviesse puesta su fe, y ella muy de coraçón me dixo que en mí; con la cual confesión se çerró el proçeso, estando ella segura de mi voluntad y amor; y así conçertamos que como yo fuesse recogido en mi cámara, en el sosiego de la obscura noche, ella se iría para mí. Con esta promessa y fe se desbarató el juego de acuerdo de todos, y así pareçieron muchos pajes delante con hachas que con su lumbre quitaban las tinieblas, y hazían de la noche día claro; y después que con confites, canelones, alcorças y mazapanes y buen vino hezimos todos colaçión, hecha por todos una general reverençia, toda aquella graçiosa y ešelente corte mostrando quererme acompañar se despidió de mí; y hecho el debido cumplimiento a la mi bella dama, dándonos con los ojos a entender la palabra que quedaba entre nos, me guiaron las dos damas que me metieron en el castillo hasta una cámara de entoldo y aparato çelestial, donde llegado aquellas dos diosas con un agraçiado semblante se despidieron de mí. Dexáronme un escudero y un paje de guarda que me descalçó, y dexando una vela ençendida en medio de la cámara se fueron, y yo me deposité en una cama dispuesta a todo deleite y plazer, entre unos lienços que pareçía haberlos hilados arañas con todo primor. Olía la cámara a muy suaves pastillas, y la cama y ropa a agua de ángeles y azahar. Y quedando yo solo puse mis sentidos y oreja atento todo a si mi diosa venía; por muy poco sonido que oía me alteraba todo creyendo que ella fuesse, y como me hallase engañado no hazía sino enviar sospiros que la despertassen, y luego de nuevo me recogía con nueva atençión midiendo los passos que de su aposento al mío podía haber. Consideraba cualquiera ocupaçión que la podía estorbar, levantábame de la cama muy pasito y abría la puerta, y miraba a todas partes si sentía algún meneo o bulliçio, o vía alguna luz, y como no vía cosa alguna con gran desconsuelo me volvía acostar; deshazíame de zelos sospechando por mi poco mereçer, si burlándose de mí estaba en los brazos de otro amor. Y estando yo en esta congoja y fatiga estaba mi diosa aparejándose para venir con la quietud de la noche, no porque tiene neçesidad de aguardar tiempo, pues con echar en todos un sueño profundo lo podía todo asegurar, pero por encareçerme a mí

más el precio de su valor, y la estima que de su persona se debía tener, aguardaba haziéndoseme un poco ausente, estando siempre por su gran poder y saber ante mí; y cuando me vi más desesperado, siento que con un poco de rumor entre la puerta y las cortinas me comienza pasito a llamar, y yo como la oí, como suele acontecer si alguno ha peleado gran rato en un hondo piégalo con las malezas que le querían ahogar, y así afanando sale asiéndose a las espadañas y ramas de la orilla que no se atreve ni se confía dellas porque se le rompen en las manos, y con gran trabajo mete las uñas en la arena por salir, así como yo la oí a mi señora y mi diosa salto de la cama sin sufrimiento alguno, y recogéndola en mis brazos me la comienço a besar y abraçar. Ella venía desnuda en una delgada camisa, cubiertos sus delicados miembros con una ropa sutil de çendal, que como las rosas puestas en un vidrio toda se trasluzía. «Traía sus hermosos y dorados cabellos cogidos con un rico y graçioso garvin, y dexando la ropa de acuestas, que aun para ello no le daba mi sufrimiento lugar, nos fuemos en uno a la cama. No te quiero dezir más, sino que la lucha de Hércules y Anteo te pareciera allí, tan firmes estábamos afferrados como puedes imaginar de nuestro amor, que ninguna yedra que a planta se abraza podía compararse a ambos a dos. Venida la madrugada la mi diosa se levantó, y lo más secreto que pudo se fue a su aposento, y luego con un su camarero me envió un vestido de requemado encarnado con unos golpes sobre un tafetán azul, tomados con unas cintas y clavos de oro del mismo color. Y cuando yo sentí el palacio estar de conversaçión me levanté y atavié, y salí a la gran sala donde hallé vestida a la mi diosa de la misma librea, que con amoroso donaire y semblante me reçibió, a la cual siguiendo todos aquellos cortesanos por saber que la hazían mucho plazer. Y así cada día mudábamos ambos dos y tres libreas de una misma devisa y color a una y otra usança de diversidad de naçiones y provinçias. Y luego todos nos fuemos a ver muy lindos y poderosos estanques, riberas, bosques, jardines que había en la casa para entretenernos hasta que fue llegada la hora del comer; la cual, como fue llegada y el maestresala nos fue a llamar, volvimos a la gran sala, donde estaba todo aparejado con la misma sumptuosidad que la noche passada; y así comenzando la música comenzó el servicio del comer; fuemos servidos con la misma magestad y aparato que allí estaba en costumbre; y después como fue acabado el yantar y se levantaron las mesas quedamos todos hablando con diversas cosas, de damas, de amores, de fiestas, justas y torneos, de lo cual venimos a hablar de la corte del emperador Carlos nuestro rey y señor de Castilla, en la cual plática me quise yo mostrar adelantándome entre todos por engrandecer su estado y magestad, pues de más de ser yo su vasallo, por llevar sus gajes, era mi señor; lo cual todos aquellos caballeros y damas oyeron con atención y voluntad, y algunos que de su corte tenían notiçia proseguían conmigo en la prueba de mi intento, y como mi diosa me conoció tan puesto en aquel propósito, sin darme lugar a muchas palabras me dixo: «Señor, porque de nuestra corte y hospedaje vayas contento, y porque ninguno deste paraíso sale desgraçado, quiero que sepas agora cómo en esta nuestra casa se honra y se estima ese bienaventurado príncipe por rey y señor, porque nuestra progenie y deçendencia tenemos por derecha línea de los reyes de Castilla, y por tales nos trataron los reyes cathólicos don Fernando y doña Isabel, dignos de eternal memoria; y como fuese de tanto valor ese nieto suyo por los

buenos hados que se juntaron en él, esta casa siempre le ha hecho gran veneración, y ansí una bisabuela mía, que fue en esta tierra la más sabia muger que nunca en ella nació en las artes y buen hado, se empleó mucho en saber los sucesos deste valeroso y ínclito príncipe, y ansí edificó una sala muy rica en esta casa, y todo lo que con sus artes alcançó lo hizo en una noche pintar allí, y porque en ninguna cosa aquella bisabuela mía mintió de cuanto allí hizo a sus familiares pintar conforme a lo que por este felicíssimo príncipe pasará, te lo mostraré hecho por muy gran orden doçientos años ha: allí verás su buena fortuna y buen hado de que fue hadado, por las grandes batallas que en tiempos advenideros vencerá, y gentes belicosas que traerá a su subjección». Y diziendo esto se levantó de donde estaba sentada, y con ella yo y toda aquella corte de damas y caballeros que por el semejante lo deseaban ver, y ansí nos fuemos todos donde nos guió, que como con una cadena nos llevaba tras sí. Y porque ya parece, Miçilo, que es tarde y tienes gana de dormir, porque siento que es ya la media noche, quiero que por agora dexemos de cantar, y porque parece que nos desordenamos cantando a prima noche, nos volvamos a nuestra acostumbrada hora de nuestra cançión, que es cuando el alba quiere romper, porque es más conforme a nuestro natural, y ansí para el canto que se sigue quedará lo demás.

MIÇILO. ¡O gallo, cuán fuera de mí me has tenido con esta tu sabrosa cançión de comida y aparato sumptuoso!, y nosotros no tenemos más de cada cuatro habas que comer hoy. Solamente quisiera tener el cargo de limpiar aquella plata y oro que allí se ensució, por gozar alguna parte del deleite que reçiben estos ricos en lo tratar. Ruégote que no me dexes de contar lo que en fin te sucedió; y agora , vámonos a dormir.
Fin del quinto canto del gallo .

Argumento del sexto canto del gallo

En el sexto canto que se sigue, el auctor, prosiguiendo la parábola del hijo pródigo, describe por industria admirable de una pintura las victorias que el nuestro invictíssimo emperador Carlos, quinto deste nombre, hubo en la prisión del rey de Francia en Pavía, y la que hubo en Túnez y en la batalla que dio a Lansgrave y a Juan, duque de Saxonia, y liga de herejes alemanes junto al río Albis en Alemania.

GALLO. Si duermes, Miçilo, despierta.

MIÇILO. Di, gallo, que despierto estoy, y con voluntad de oírte.

GALLO. Deseo mucho hoy discantar aquella facunda historia que allí describió aquel pintor, porque era de tanta exçelencia, de tanto espíritu y de tanta magestad, de tanta extrañeza el puesto y repuesto de todo cuanto allí pintó, que no hay lengua que pueda llegar allá. Dezían los antiguos que la escriptura era la retórica sin lengua, y de aquella pintura dixeran que era la elocuencia hablada, porque tanta ventaja me parece que llevaba aquella pintura a lo que Demóstenes, Tulio, Esquines, y Tito Livio pudieran en aquel propósito orar, como lo verdadero y real lleva diferencia, y ventaja a la sombra y ficción. Verás allí los hombres vivos que no les faltaba sino el espíritu y lengua con qué hablar. Si con grande affecto hasta agora he hablado por te complazer, agora en lo que dixere

pretendo mi interés que es: describiendo la sumptuosidad de aquella casa y el gran saber de aquella maga discantar el valor y magestad de Carlos medio Dios, porque sepan hoy los hombres que el gallo sabe orar.

MIÇILO. Pues de mí confiado puedes estar, que te prestaré la debida atención.

GALLO. Pues como el movimiento de la mi bella Saxe toda aquella corte divina se levantó en pie, tomando yo por la mano a mi diosa nos fuemos a salir a un corredor, y en un cuarto dél llegamos a unas grandes puertas que estaban çerradas, que mostraban ser del paraíso terrenal. Eran todas, aunque grandes, del ébano mareótico sin mezcla de otra madera, y tenía toda la clavazón de plata, y no porque no fuesse allí tan fácil el oro de haber, sino porque no es el oro metal de tanta trabazón. Estaban por las puertas con grande artifiçio entretextadas conchas de aquel preçiado galápago indio, y entresembradas muchas esmeraldas que variaban el color. Eran los umbrales y portada del mármol y marfil, jaspe y cornerina, y no solamente era destas preçiosas piedras lo que pareçia por los remates del edefiçio, pero aun había tan grandes piezas que por su grandeza tenían fuerça bastante para que cargasse en ellas parte del edefiçio. La bella Saxe sacó una llave de oro que mostró traerla siempre consigo, porque no era aquella sala de confiar, por ser el secreto y vigor de sus artes, encanto y memoria. Y como fueron las puertas abiertas hizieron un bravo ruido que a todos nos dio pavor, pero al ánimo que nos dio nuestra diosa todos con esfuerço entramos. Era tan sumptuoso aquel edefiçio como el templo más rico que en mundo fue, porque exçedía sin comparación al que describen los muy elocuentes historiadores de Diana de Éffeso y de Apolo en Delphos cuando quieren más encareçer su hermosura y sumptuosidad. No pienso que diría mucho cuando dixesse exçeder a los siete edifiçios que por admirables los llamaron los antiguos los siete milagros del mundo: era el techo de artesones de oro maçiço, y de moçárabes cargados de riquezas; tenía las vigas metidas en grueso canto de oro, y el mármol, marfil, jaspe, oro y plata no tenía solamente la sobrehaz y cubierta del preçiado metal y obra rica, pero la columna era entera y maçiça, que con su groseça y fortaleça sustentaba el edefiçio; y ansí había de pedazos de oro y plata grandes piezas de aquellas entalladuras y molduras; allí estaba la ágata, no sólo para ser vista, pero para creçimiento de la obra; y la colorada sardo estaba allí que a todo daba hermosura y fortaleça; y todo el pavimento era enladrillado de cornerinas y turquesas y jacintos; iba cuatro palmos del suelo por la pared, por orla de la pintura, un mosaico de piedras finas del Oriente, que desbarataban todo juicio con su resplandor: diamantes, esmeraldas, rubíes, zafires, topazios y carbuncos; y luego començaba la pintura, obra de gran magestad. Y ansí luego començó la mi bella Saxe a mostramos toda aquella divinada historia, cada parte por sí, dándonosla a entenderlo, dixo: «Veis allí ante todas cosas cómo viendo el rey de Françia las alteraçiones que en Castilla levantaron las Comunidades por la ausencia de su rey, pareçiéndole que era tiempo conveniente en aquella disensión para tomar fácilmente el reino de Navarra, envió su exército, el cual apoderado en la çudad de Pamplona y en todas las villas y castillos della han corrido hasta Estella y puesto çerco sobre la çudad de Logroño, la qual çudad como valerosa se ha defendido con gran daño de françeses. Agora veis aquí cómo los

gobernadores de Castilla, habiendo paçificado las disensiones del reino, habiendo nueva del estado en que al presente está el reino de Navarra, determinan todos juntos con su poder venir a remediar el daño hecho por françeses y restituir el reino a su rey de Castilla que al presente estaba en Flandes; lo cual todo que veis ha doçientos años que se pintó. Y quiérote agora, señor, mostrar lo que desta tu guerra a que ibas agora suçederá. Ves aquí cómo sintiendo los françeses venir los gobernadores de Castilla levantan el cerco de Logroño, y retíranse a la çiuudad de Pamplona por hazerse fuertes allí. Ves aquí cómo el Condestable y todos los otros señores de Castilla, ordenadas sus batallas, los siguen en el alcance a la mayor furia y ardid que pueden; así ves aquí cómo los atajan el camino antes que entren en la çiuudad, estando ya junto, donde el miércoles que verná, que serán quinze deste mes, todos con ánimo y esfuerço de valerosos príncipes los acometen diziendo: «España, España, Santiago.» Y así veslos aquí rotos y muertos más de çinco mil françeses sin peligrar veinte personas de Castilla. Déxote de mostrar las bravezas que estos capitanes en particular hizieron aquí conforme a lo que se pintó, las cuales no hay lengua que las pueda encareçer.» Entonçes le demandé a mi diosa liçençia para me hallar allí y ella me dixo: «No te hago, señor, pequeño serviçio en te detener, porque yo he alcançado por mi saber el peligro en que tu persona había de venir, y así proveyeron tus hados que yo te haya de salvar aquí. No quieras más buenaventura que poseerme a mí.» Yo me le rendí por perpetuo vasallo y juré de nunca me revelar a su imperio. Y así luego prosiguió diziendo: «Veis aquí cómo en esta vitoria quedó desembaraçado de françeses todo el reino de Navarra, y los gobernadores se vuelven en Castilla dejando por virrey deste reino al conde de Miranda. El cual va luego sobre el castillo de Maya y le combate con gran ardid, y le entra y mata a cuantos dentro están. Veis aquí cómo siendo Carlos avisado por los de su reino la neçesidad que tienen de su venida y presençia, despedidos muchos y muy arduos negoçios que tenía en Alemania, se embarca para venir en España en diez y ocho de julio del año de mil y quinientos y veinte y tres con gran pujança de armada. Veis aquí cómo se viene por Inglaterra por visitar al rey y reina su tía, de los cuales será reçevido con mucha alegría, y le hazen muchas y muy solenes fiestas; las cuales acabadas y despedido de aquellos cristianísimos reyes, se viene a España aportando a la villa de Laredo, donde es reçibido con plazer de los grandes del reino que le estarán allí aguardando. Veis aquí cómo viendo el rey Françisco de Francia no haber salido con la empresa de Navarra, y visto que el rey de Castilla Carlos está ya en su reino, determina en el año de mil y quinientos y veinte y cuatro emprender un acometimiento de mayor interés, y fue que acuerda con todo su poder y muy pujante exérçito tomar el ducado de Milán; y teniendo gente de su valía dentro en la çiuudad de Milán, su mesma persona estando presente, puso çerco a la çiuudad de Pavía, en que al presente está por teniente el nunca vençido capitán Antonio de Leiva con alguna gente española y italiana que tiene para en su defensa. Veis aquí cómo teniendo el rey de Françia cercada esta çiuudad acuden a su defensa todos los capitanes y compañías que el rey de Castilla tiene en aquella sazón por la Italia y Lombardía, y todos los príncipes y señores que están en su serviçio y liga: viene aquí en defensa Carlo de Lanaya, o Charles de Limoy, que entonçes estará por

visorrey de Nápoles, y el marqués de Pescara, y el ilustríssimo duque de Borbón, y el duque de Traeto, y don Fernando de Alarcón, y Pero Antonio conde de Policastro. Y aunque todos estos señores tienen aquí sus capitanes y compañías en alguna cantidad, no es tanto como la terçia parte de la que el rey de Françia tiene en su campo. Pues como el exército del rey de Castilla está aquí seis meses en que alcança todo el invierno, padeçiendo gran trabajo, y como el rey de Françia no acomete ni haze cosa de que le puedan entender su determinaçión, determinan los españoles darle la batalla por acabar de partir esta porfía. Y veis aquí cómo habiendo el marqués de Pescara a los diez y nueve de hebrero del año de mil y quinientos y veinte y çinco dado un asalto en el campo de los françeses por probar su cuidado y resistencia, en el cual con dos mil españoles acomete a diez mil, y sin perder diez hombres de los suyos les mata mil y doçientos, y les gana un bestión con ocho piezas de artillería, pues viendo esta flaqueza acuerda el virrey con todos aquellos señores dar la batalla al rey de Françia en el lugar donde está fortalecido, y así el viernes que son veinte y cuatro días del mes de hebrero, un hora antes del día, trayendo todos camisas sobre las armas que se conozcan en la batalla, dando alguna poca de gente con muchos atambores y trompetas al arma por la puerta del hospital de San Lázaro, donde están los fosos y bestiones de los françeses para estorbar que los imperiales entren en Pavía; y mientras éstos hazen este ruido, la otra gente rompe con çiertos injenios y instrumentos por algunas partes el muro del parco, y dan aquí como veis en sus enemigos; de todo esto es avisado el rey de Françia por secreto que se haze, y así manda la noche antes que todos los mercaderes, y los que venden mantenimientos y otra gente inútil para la guerra salgan del real por dexar esenta la plaza, los cuales luego se ponen entre el campo y el Tesín sobre Pavía, donde el rey tiene hecho un puente para passar las vituallas que vienen de Piamonte; de manera que cuando los imperiales ponen en efecto su empresa, ya el rey de Françia con todo su exército está armado y puesto en orden de batalla, y no se rompe tan presto el muro que no se puedan muy bien conoçer unos a otros en la batalla sin divisa; el marqués de Pescara toma consigo setecientos caballos ligeros y otros tantos arcabuzeros españoles, y la agente de armas hecha dos partes lleva el virrey la avanguardia, y el duque de Borbón la batalla, y los otros caballos ligeros lleva el duque de Traeto. El marqués del Gasto lleva la infantería española; la infantería italiana y lançenequeneques se haze tres partes: la una es cabo el conde de Guiarna, y de la otra es cabo Jorge, caballero alemán, y del otro es cabo otro capitán de alemanes. Y ves aquí cómo en el punto que el muro del parco es derribado y los imperiales llegan a la plaza los suizaros se hacen en contra de los alemanes y juntos combaten muy hermosamente de las picas, y juega con tanto espanto el artillería, que todo el campo mete a temor y braveza, y así cada cual lleno de ira busca a su enemigo; y revolviéndose todas las escuadras y batallas de gente de armas y caballos ligeros, se ençiende una cruel y sangrienta batalla; y luego del castillo y çiudad de Pavía, por esta puerta que se dize de Milán, salen en favor de España cuatro mil y quinientos infantes con sus piezas de artillería y doçientos hombres de armas, y treçientos caballos ligeros, los cuales todos dan en la gente italiana de los françeses, que está en esta parte aposentada, la cual

fácilmente fue rota y desbaratada. Aquí llega un soberbio soldado, y sin catar reverencia al gran musieur de la Palisa le echa una pica por la boca, que encontrándole con la lengua se la echa juntamente con la vida por el colodrilo. Un arcabuzero español asesta a musieur el almirante que da voces a sus soldados que passen adelante, y hallando la pelota la boca abierta, sin hazer fealdad en dientes ni lengua le passa a la otra parte, y cae muerto luego. Yendo musieur de Alveñi con el brazo alçado por herir con el espada a un príncipe español, llega al mesmo tiempo un otro caballero de España y córtale el brazo por el hombro y juntamente cae el brazo y su poseedor sin la vida. Musieur Buysi, recogándose con una herida casi de muerte, le alcançan otra que le acaba. El conde de Traeto arroja una lança a musieur de la Tramuglia, que dándole por çima la vediza le cose con la brida y cae muerto él y su caballo. El duque de Borbón hiere de una hacha de armas sobre la cabeça a musieur el gran Escuir, que juntamente le echó los sesos y la vida fuera. Un caballero italiano, criado de la casa del marqués de Pescara, da una cuchillada sobre la zelada a musieur de Cliete que le saltó de la cabeça, y acudiendo con otro golpe, antes que se guarde le abre hasta la nariz. Un soldado español, esgrimiendo con un montante, se encontró en la batalla con musieur de Boys, y derrocando de una estocada el caballo, en cayendo en el suelo, corta al señor la cabeça. Otro soldado de la mesma naçion, jugando con una pica, passa de un bote por un lado al duque de Fusolca que le salió el hierro al otro, y luego da otro golpe al hermano del duque de Loren en los pechos que le derrueca del caballo, y la furia de otros caballos que passan le maten hollándole. También este mesmo hiere a musieur de Sciampaña, que venía en compañía destes dos príncipes, y le haze igual y compañero en la muerte. Veis aquí cómo el rey de França, viendo roto su campo, piensa salvarse por el puente del Tesín; y otra mucha parte de su exército que ante él van huyendo con intención de se salvar por allí, los cuales todos son muertos a manos de los caballos ligeros borgoñones, y muchos ahogados en el río, porque los mercaderes y tenderos que el día antes hazen salir del real, como ven en rota el campo de França, se passan el río y quiebran el puente por asegurar que los españoles no los sigan y roben, y ansí suçede, que yendo el rey de França al puente por se salvar, a çinco millas de donde la batalla se dio, le encuentran en su caballo cuatro arcabuzeros españoles, los cuales sin conoçerle se le ponen delante, y le dicen que se rinda, y no respondiendole el rey, mas queriendo passar adelante, uno de los arcabuzeros le da con el arcabuz un golpe en la cabeça del caballo de que el caballo cae en un foso, como aquí le veis caído; y a esta sazón llega un hombre de armas y dos caballos ligeros del marqués de Pescara, y como ven el caballero ricamente ataviado y el collar de San Miguel al cuello quieren que los arcabuzeros partan con ellos la presa, amenaçándoles que donde no la partieren que les matarán el prisionero. En esto llegó un criado de musieur de Borbón, y como conoçe al rey de França va al virrey que viene allí çerca y avísale el estado en que está el rey, y llegado el virrey haze sacar al rey debajo del caballo, y demandándole si es el rey de França y a quién se rinde, responde, sabiendo que aquél es el virrey, que él es el rey de França y que se rinde al emperador. Y veis aquí cómo luego le desarman quedando en calças y jubón, herido de dos pequeñas heridas, una en el rostro y otra en la mano, y ansí es llevado a Pavía y

puesto en buena guarda y recado. Y el virrey luego despacha al comendador Peñalosa que lo haga saber en España al emperador, el cual es recebido con aquella alegría y plazer que tal nueva y vitoria mereçe. En compañía del rey de França son presos el que se dize ser rey de Navarra, y musieur el gran Maestre, y Memoransi, y el bastardo de Savoya, y el señor Galeazo Visconte, y el señor Federico de Bozoli, y musieur San Pole, y musieur de Brion, y el hermano del marqués de Saluzo, y musieur la Valle, y musieur Sciande, y musieur Ambreconte, y musieur Cavalero, y musieur la Mota, y el thesorero del rey, y musieur del Escut, y otros muchos caballeros, príncipes y grandes de França que veis aquí juntos rendidos a prisión, cuyos nombres sería largo contaros.

Y luego acabado de nos mostrar en aquella pintura esta vitoria y buenaventura del nuestro felicíssimo Carlos príncipe y rey de España, nos passó a otro cuartel, donde no con menos primor y perfección del arte estaba pintada la imperial coronación y trihunfo çesáreo que hizo en Bolonia en el año de mil y quinientos y veinte y nueve años, siendo pontífice el papa Clemente séptimo, y también el viaje que haze luego allí en Alemaña por resistir al turco que viene con gran poder hasta Viena por destruir la cristiandad: «y veis aquí todo su campo y batallas puestas apunto, y cómo le haze retirar».

Y como nos hobo mostrado en todo primor de la pintura todas estas grandezas nos passó a otro paño de la pared, y nos mostró la tercera vitoria igual a las passadas que hobo en el reino de Túnez diez años después, que fue en el año de mil y quinientos y treinta y çinco; y ansí nos començó a dezir: «Veis aquí cómo después que este bienaventurado príncipe hubiere hecho un admirable alarde de su gente y exército en la çiudad de Barçelona sin dezir a ninguno dónde va, veis aquí cómo un miércoles nueve de junio, estando todo el campo a punto de guerra y partida como conviene, habiendo los tres días antes avisado, manda levantar las velas, las cuales son treçientas en que va la flor y prez de España, y con gran música y vozería mueven soltando mucha artillería del mar y tierra, que es cosa maravillosa de ver. Veis aquí cómo el sábado siguiente a las seis de la mañana llega toda la armada a la isla de Çerdeña, donde hallan al marqués del Gasto que con su armada y compañía los está aguardando: tiene consigo ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos de Italia; y siendo aquí recibidos con muy solene salva se rehazen de todo lo neçesario, y luego el lunes adelante, que son catorçe del mes, salen del puerto a las seis de la mañana con próspero viento, guardado el orden neçesario; y el martes a las nueve horas de la mañana llegan a la vista de la Goleta, que es en las riberas y costa de Túnez, puerto y castillo inexpugnable. Pues tomada tierra, aunque con alguna resistencia de los enemigos, porque luego acudieron al agua gran cantidad de moros, turcos y genízeros a defenderles el puerto; pero jugando desde los navíos muy poderosa artillería apartan los enemigos del puerto, tanto que todos aquellos príncipes y señores sin peligro se pueden saltar a tierra; y ansí todos recogidos por aquellos campos con la mejor guarda y miramiento que pueden se aloxan hasta que todo el campo es desembarcado. Después que en dos días enteros han desembarcado armas y caballos y aparejos, manda el emperador que todos se pongan a punto de guerra, porque los moros los desasosiegan mucho, que a

la contina están sobre ellos escaramuçando. Veis aquí cómo viene a besar las manos del emperador Muley Alhazen, rey de Túnez, con treçientos de caballo, y no se parte de aquí hasta que este nuestro dichoso caudillo le mete y apodera en su ciudad. Veis aquí cómo se hazen trancheas, bestiones y terreplenos para combatir la Goleta, en los cuales tardan veinte y ocho días. Veis aquí muchas y muy cotidianas escaramuças y rebates que tienen los moros con los christianos a vista de su príncipe, donde cada cual se señala con gloria eterna de buena fama. Pues como es acabado este bestión muy fuerte que aquí veis, en contra deste castillo de la Goleta, manda el emperador que se ponga en orden de batería, y así ponen en él treinta y seis piezas de artillería gruesa, los mejores tiros de toda la armada, los cuales asestan a las dos torres principales del castillo; y en los otros bestiones y trancheas ponen hasta quatroçientos cañones gruesos y menudos, los cuales asestan a la fortaleza y galeras que tienen los moros en el estaño de agua que viene de Túnez hasta la mar. Veis aquí cómo estando todos apunto para dar la batería haze el emperador un admirable razonamiento a todos sus capitanes y soldados, animándolos al aconteçimiento y prometiéndoles grandes premios. Veis aquí cómo miércoles que serán catorçe del mes de julio, cuando es venida la mañana, el emperador manda que se comience la batería por el mar y tierra, la cual es la más fuerte y más continua y admirable que nunca se dio en campo de griegos, romanos ni egipcios, porque dentro de quatro horas están deshechos y hundidos por tierra los muros, çercas y baluartes más fuertes que tuvo la antigüedad. Todo es aquí en breve roto y horadado, que ya no tienen los moros con qué se amparar, cubrir ni defender, y les es necesario salir al campo a pelear como están los de fuera. Veis aquí cómo a las dos horas después de medio día los soldados españoles envían a suplicar al emperador les dé liçençia para entrar la fuerça, porque ya no es menester gastar más munición; ya comiençan los moros a salir al campo viendo poca defensa en su fuerça, y los españoles los reciben con gran ánimo y matándolos y hiriéndolos lançan animosamente en sus muros que ya están sin albergue ni defensa, y tanta es la matança que en ellos hazen que los fuerçan ir por el estaño adelante, donde se ahogan infinitos dellos. Veis aquí cómo con grande alegría y esfuerzo ponen los españoles las banderas sobre los muros y fuerça, habiendo muerto más de treinta mil moros que estaban en aquella defensa sin faltar diez cristianos; están tan animosos y esforçados estos soldados españoles con esta vitoria, que si en esta coyuntura los tomasse de aquí el emperador serían bastantes para fáçilmente vencer los exércitos del turco y gran Can y Sophi si todos estos poderosos príncipes y sus fuerças se juntasen en uno, porque aquí ganan la más fuerte y inexpunable fuerça que en el mundo está en edifiçio; ganan aquí treçientas piezas de artillería gruesa de bronce muy hermosa, y mucha munición de pólvora y pelotas, flechas, lanças y otros infinitos géneros de armas, tomarse ha en esta vitoria la mejor armada que nunca pagano perdió, porque están seteçientos navíos gruesos y treinta y seis galeras, y la resta de galeotas y fustas más de çiento. De aquí parte luego el emperador otro día adelante a dar combate a la çiudad por dar fin a esta empresa. Y suçede que le sale al camino Barbarroxa con çien mil combatientes por resistirle la entrada, donde con muy poca dificultad fueron todos debaratados, y muerta infinita multitud

dellos. Y veis aquí cómo viendo el mal suceso el capitán Barbarroja huye por se librar de las manos del emperador, y se acogió a la ciudad de Bona, un puerto de allí algo vezino en las riberas de África. Y veis aquí cómo llegado el emperador a la ciudad de Túnez se le abren las puertas sin resistencia, y le envían las llaves con los más antiguos y principales de la ciudad ofreciéndosele en su obediencia. Veis aquí cómo resulta desta victoria ser libres veinte mil cristianos que en diversos tiempos habían sido captivos por el mesmo Barbarroja, los cuales todos estaban en el alcazaba de veinte años antes presos. Veis aquí cómo hechos sus capítulos de conçiertos, parias y rehenes entre el emperador y rey de Túnez, le pone en su poder la ciudad, dándole las llaves, mando y señorío como de su mano; y después de haberlo todo pacificado se embarca para Siçilia, y de allí para Saboya por libertar lo que de aquel ducado tiene usurpado en aquella sazón el rey de Françia a su hermana la duquesa.» Pasando más adelante dixo: «Veis aquí cómo prosiguiendo este bienaventurado príncipe en su buen hado, trabaja por juntar conçilio en la ciudad de Trento en Alemania, por dar remedio en los errores lutheranos que en aquella tierra estarán arraigados muy en daño de la iglesia cathólica. Veis aquí cómo no pudiendo traer por esta vía los príncipes electores del imperio al buen propósito, determina llevarlos por fuerça de armas; y así el año de mil y quinientos y cuarenta y siete, a veinte y cuatro de abril, les da una batalla de grande ardid y esfuerço, trayendo ellos por capitanes de su liga y confederación aquellas dos cabeças de su príncipado: Lansgrave y Juan duque de Saxonia, a los cuales vençe y prende junto al río Albis en aquella batalla que les da, en la cual mueren y son presos muchos señores y principales de su compañía. Y aunque en los tiempos adelante viendo los príncipes alemanes que las cosas del conçilio se ordenan en su destruiçión, trabajan ser vengados por mano del duque Mauriçio y con favor del rey de Françia, con el cual y de su liga hazen un exército en el año de mil y quinientos y çinquenta y dos, y vienen con fuerça determinada, siendo capitán el duque Mauriçio por desbaratar el conçilio que está en effecto en la ciudad de Trento, y también procuran intentar prender al emperador que está sin aviso alguno de su atrevimiento y desvergüença; y aunque esto verná así, pero veis aquí cómo plaze a Dios por ser buena la intençión y zelo deste bienaventurado príncipe y buen hado, como no tiene algún effecto la dañada voluntad destes errados heresiarcas. Mas antes veis aquí cómo luego vuelve todo a nuestro buen príncipe en prosperidad, volviendo a trihunfar de sus enemigos, porque sus vasallos y príncipes de España la proveerán de gente y dinero en tanta abundançia que le sobren fuerças para todo y verná en fin a proseguir su conçilio, donde habida condenaçión de sus perversos errores, se les dará el justo castigo que mereçen cabeças de tanta perversidad. Y después de largos años effectuando en un hijo suyo don Felipe sus grandes y çesáreos deseos irá a gozar con Dios a la gloria. Todas éstas son xornadas en que se muestra admirablemente su buenaventura y hado, profetizado todo y divinado doçientos años antes que cosa alguna destas suçedan, porque veáis el saber desta mi abuela, y el valor y buen hado deste bienaventurado príncipe y señor nuestro.»

Y estando en esto vino el maestresala diziendo que estaba la çena aparejada, y así todos engrandeçiendo el saber de la maga y el ingenio

admirable de la pintura y la buenaventura y hado de nuestro príncipe nos salimos de la sala admirados todos de la suntuosidad del edificio, la cual tornó mi diosa a cerrar; y acompañándola por nuestra guía nos venimos al lugar donde a la cena solíamos convenir, donde hallamos las mesas puestas con el mismo aparato y magestad que había en las passadas; y así comenzando la música se sirvió con aquella abundancia que se acostumbraba hazer, la cual cena duró hasta que anocheció, y como fue acabada, sentándose todas aquellas damas y caballeros en sus propios asientos y alzadas las mesas del medio se representó una comedia de amor con muchos y muy agraciados entremeses, agudezas, invenciones y donaires de grande ingenio. Fue juzgada de todos aquellos caballeros y damas por la más ingeniosa cosa que nunca los humanos hayan visto en el arte de representación, porque después de tener en ella passos y avisos admirables, fue el ornato y aparato todo en gran cumplimiento. Todas aquellas damas recibieron gran deleite y plazer con ella, porque notablemente fue hecha para su favor, persuadiendo llevar gran ventaja a los hombres el natural de las mugeres. Eran los representantes de tan admirable ingenio que en todo te pareçiera ver el natural, y conveñido no pudieras contradecir su persuasión. En fin, en aquella casa no se trataba otra cosa sino donaires y plazer, y todo era deleite nuestro obrar y razonar; y como el mundo de su cogeta no tenga cosa que no cause hastío y enhado, y todo no enoje y harte, aunque más los mundanos y viçiosos a él se den, en fin vuelve su tiempo, y los deleites hazen a su natural, y como el apetito es cosa que se enhada y fastidia presto vuelve la razón a se desengañar por el favor y gracia de Dios. Esto quiero que veas cómo en mí passó, lo cual por ser ya venido el día dexemos para el canto que se seguirá.

Fin del sexto canto del gallo.

Argumento del séptimo canto del gallo

En el séptimo canto que se sigue el auctor, concluyendo la parábola del hijo pródigo, finge lo que comúnmente suele acontecer en los mancebos que aborridos de un viçio dan en meterse frailes. Y en el fin del canto se describe una famosa cortesana ramera.

GALLO. Despierta, Miçilo, oye y ten atención, que ya te quiero mostrar el fin, suceso y remate que suelen tener todas las cosas desta vida: cómo todos los deleites y plazer van a la continua a parar en el hondo piélago del arrepentimiento. Verás la poca dura que los plazer desta vida tienen, y cómo cuando el hombre vuelve sobre sí halla haber perdido mucho más sin comparación que pudo ganar.

MIÇILO. Di, gallo, que muy atento me tienes a tu graciosa canción.

GALLO. Pues viviendo yo aquí en tanto deleite, tanto plazer, tan amado, tan servido y tan contento que pareçía que en el paraíso no se podía el gozo y alegría más comunicar: de noche toda la passaba abraçado con mi diosa, y de día íbamos a estanques, riberas de ríos y muy agraciadas y suaves fuentes; a bosques, xardines, huertos y vergeles, y todo género de deleite, a pasear y solazar en el entretanto que se llegaban las horas del çenar y comer. Porque para esto tenía por su arte

en sus huertas y tierra grandes estanques y lagunas en las cuales juntaba todos cuantos géneros de pescados hay en el mar: delfines, atunes, rodaballos, salmones, lampreas, sabalos, truchas, mulos marinos, congrios, marraxos, coraçinos, y otros infinitos géneros de pescados, los cuales puestos allí a punto echando los ançuelos o redes, los hazía fáçilmente caer para dar plazer a los amantes. Demás desto tenía muy deleitosos bosques de laureles, palmas, çipreses, plátanos, arrayanes, çedros, naranjos y frescos chopos y muy poderosos y sombríos nogales, y otras espeçies de árboles de gran rama y ocupaçión; y todos éstos estaban entretejidos y rodeados de rosas, jazmines, azuzenas, yedras, liliros y de otras muy graçiosas flores y olorosas que junto a unas perenales y vivas fuentes hazían unas suaves cárçeles y unos deleitosos escondrixos aparejados para encubrir cualquier desmán que entre damas y caballeros hiziesse el amor; por aquí corrían muy mansos conejos, liebres, gamos, çievros, que con manos, sin corrida, los caçaba cada cual. En estos plazer y deleites me tuvo çiego y encantado esta maga un mes o dos, no teniendo acuerdo, cuenta, ni memoria de mi honra y fe debida a mi príncipe y señor, el tiempo perdido, mi viaje y compañía; ni de la ocasión que me truxo allí; y ansí un día entre otros porque muchos días, ni lo podía ni osaba haçer me bajé solo a un jardín por me solazar con alguna libertad, y de allí guiado no sé por qué buen destino que me dio, traspuesto fuera de mí, sin tener miramiento ni cuenta con la tierra, ni con el çielo, con el sereno, nublo, ni sol, el alma sola traspuesta en sí mesma iba traçando en manera de elevamiento y contemplaçión la ventaja que los deleites del çielo tenían a los de por acá; y ansí passé de aquel jardín a un espeso y çerrado bosque sin mirar por mí; y por una angosta senda caminé hasta llegar a una apazible y deleitosa fuente que con un graçioso corriente iba haciendo un sonido por entre las piedras y yerbas que sacaba los hombres de sí, y con el descuido que llegué allí me arrimé a un alto y fresco arrayán, el cual, como los miembros descuidados y algo cansados derroqué sobre él, començó a gemir, y como quien soñando que se ahoga, o está en algún peligro despierta, ansí con gran turbaçión volví sobre mí; pero tornéme a sosegar cuando consideré estar en tierra y casa donde todas las cosas causan admiraçión, y el manjar en el plato acontece hablar; y como sobre el arrayán más el cuerpo cargué, tornó con habla humana a ser quejar diziendo: «Tente sobre ti, no seas tan cruel». Y yo como le oí que tan claro habló, levantéme de sobre él y él me dixo: «No temas ni te maravilles, señor, que en tierra estás donde has visto cosas de más espanto que verme hablar a mí.» Y yo le dixé: «Deesa, o ninpha del boscaxe, o quien quiera que tú seas, perdona mi mal cometimiento, que bien creo que tienes entendido de mí que no he hecho cosa por te ofender, que la inorançia y poca esperiençia que tengo de ver espíritus humanos cubiertos de cuerpos y corteças de árboles me han hecho injuriar con mis descuidados miembros tu divinidad. Ansí los buenos hados en plazer contino effectúen tu dichoso querer, y las çelestiales estrellas se humillen a tu voluntad, que me hables y comuniques tu humana voz, y me digas si agora o en algún tiempo yo puedo con algún benefiçio purgar la offensa que han hecho mis miembros a tu divino ser, que yo juro por vida de mi amiga aquella que morir me haze, de no reusar trabajo en que te pueda servir. Declárame quién eres y qué hazes aquí». Respondióme él: «No soy, señor, yo

deesa, ni ninpha del bosque. No sé cómo me has tan presto desconoçido, que yo soy tu escudero Palomades. Pero no me maravillo que no me conozcas, pues tanto tiempo ha que no te acuerdas de mí ni te conoçes a ti.» Como yo oí que era mi escudero quedé confuso y sin ser, y así con aquella mesma confusión me le fue abraçar deseoso de le tener con quien a solas razonar, como con él solía yo tener otros tiempos en mi más continua conuersaçión; pero así abraçando ramas y hojas y troncos de arrayán le dixé: «¿Qué es esto mi Palomades?, ¿quién te encarceló ahí?» Respondióme: «Mira, señor, que esta tierra donde estás los árboles que ves todos son como yo. Tal costumbre tiene la señora que te tiene aquí, y todas las dueñas y damas que en su compañía están. Sabe que ésta es una maga encantadora, treslado y trasumpto de Venus y otras rameras famosas de la antigüedad, ni pienses que hobo otra Cyrçes, ni Morganda, ni Medea, porque a todas éstas exçede en laçivia y engaños que en el arte mágica se pueden saber. Ésta es la huéspedea que bajando la sierra nos hospedó, y con la guía nos envió a este castillo y bosque fingiendo nos enviar a su sobrina la donzella Saxe. Pero engañónos, que ella mesma es, que por gozar de tu moçedad y loçana juventud haze con sus artes que te parezca su vejez tan hermosa y moça como agora está. Y así como me dexaste en el patio cuando entramos aquí, fue depositado en poder de otra vieja hechizera que con regalos quiso gozar de mí, y así la primera noche ençendida en su luxuria me descubrió todo este engaño y su dañada y perversa intinçión, çiega y desventurada, pensando que yo nunca della me había de partir. No pretenden estas malvadas sino hartar su laçivia con los hombres que pueden haber, y luego los dexan y buscan otros de quien de nuevo gozar; y hartas, porque los hombres no publiquen su torpeça por allá, conviértenlos en árboles y en cosas que ves por aquí; y para effectuar su perversa suçiedad tienen demonios ministros que de çien leguas se los traen cuando saben ser convenientes para su mal propósito; y así viéndome mi encantadora desgraçiado y descontento de sus corruptas costumbres y que andaba deseoso para te avisar, trabajaron por me apartar de ti, y aun porque no huyesse me convirtieron, desventurado, en esta mata de arrayán que aquí ves, sin esperança de salud; y así han hecho a otros valerosos caballeros con los cuales ya con sus artes y engaños satisfazieron su suçiedad, y después los convirtieron en árboles aquí. Ves allí el que mandó la casa de Guevara convertido en aquel çiprés; y aquel nogal alto que está allí es el que mandó la casa de Lemos después del de Portugal; y aquel chopo hermoso es el que gobernó la casa de Çenete antes del de Nasao; y aquel plátano que da allí tan gran sombra es uno de los prinçipales Osorios. Aquí verás Mendoças, Pimenteles, Enriques, Manriques, Velascos, Stúñigas y Guzmanes, que después de largos años han quedado penitenciados por aquí. Vuelve, vuelve, señor, y abre los ojos del entendimiento; acuérdate de tu nobleza y linaxe, trabaja por te libertar; no pierdas tan gran ocasión. No vuelvas allá, huye de aquí.» Estuve por gran pieza aquí confuso y embobado, que no sabía qué hablar a lo que me dezía mi escudero Palomades; y como al fin en mí volví y con los ojos del entendimiento advertí sobre mí, echéme de ver, y hallé que en mi hábito y natural era estrañado de mi ser: halléme todo affeminado sin parecer en mí ni semejança de varón, lleno de luxuria y de viçio, untado el rostro y las manos con unguientos, colores y açeites con que las rameras se suelen adornar para atraer a sí a la diversidad de

amantes, principalmente si en la mesma vezindad hay dos que la una está con la otra en porfía; traía un delicado y polido vestido que a su modo y plazer me había texido la mi maga por más se agradar, con muy gentil aparato y labor; llevaba un collar rico de muy preçiadas piedras de Oriente y esmaltes que de ambos hombros cuelga hasta el pecho; llenos de anillos los dedos, y dos braçaletes en cada braço que parecían axorcas de muger; traía los cabellos encrespados y nillados, ruçíados y untados con aguas y açeites olorosos y muy preçiados; traía el rostro muy amoroso y bello, afeitado a semejança de los mançebos que en Valençia se usa y quieren festejar; en conclusión, por el rostro, semblante y disposición no hubiera hombre que me conoçiesse si no fuera por el nombre, tan trocado y mudado tenía todo mi ser. Luego como mirándome vital y de capitán fiero estimado me hallé convertido en viçiosa y delicada muger, de vergüença me quise morir; y se me cayeron las hazes en el suelo sin osar levantar los ojos aun a mirar el sol, marchito, confuso y sin saber qué dezir; y en verdad te digo que fue tanta la vergüença que de mí tenía, y el arrepentimiento, y pessar que en mi espíritu entró, que más quisiera estar so tierra metido que ofreçerme a ojos de alguno que así me pudiera ver. Pensaba dónde iría, quién me acogería, quién no se reiría y burlaría de mí. Lastimábame mi honra perdida, mis amigos que me aborreçerían, mis parientes que me huirían. Comienço en esto tan miserable y cuitadamente a llorar, que en lágrimas me pensaba convertir. Dezía: «¡O malditos y míseros plazer del mundo, qué pago tan desventurado dais! ¡O plugiera a Dios que fuera yo a la guerra y mil vezes muriera yo allá antes que haber yo quedado en este deleite acá! Porque con la muerte hubiera yo hecho la xornada mucho a mi honra, y así quedando acá muero çien mil vezes de muerte vil sin osar pareçer. He faltado a mí, a mi príncipe y señor.» Por muchas vezes miré por el rededor de aquella fuente por ver si habría alguna arma, o instrumento de fuerça con que me poder matar, porque la mi maga de armas y de ánimo me privó, y así con esta cuita me volví al arrayán por preguntar a mi compañero si había dexado sus armas por allí, siquiera por poder con ellas caminar y por me defender si alguna de aquellas malas mugeres saliesse a mí; y como junto a sí me vio començó a darme grandes voces: «Huye, huye, señor, que ya aparejado el yantar anda la tu maga muy cuidadosa a te buscar, y si te halla aquí sospechosa de tu fe tomará luego vengança cruel de ti, porque esto usan estas malaventuradas de mugeres por más que amen, si alguno les falta y yerra no fían del hombre más, y nunca se acaban de satisfazer, porque siempre quieren muy hartas de todos trihunfar.» Y así alçando mis faldas al rededor començé con grande esfuerço a correr cara donde sale el sol, iba huyendo sudando, cansado y caluroso, volviendo a cada passo el rostro atrás. Plugo a los mis bienaventurados hados que habiendo corrido dos horas, aunque con gran fatiga y dolor, por aquel bosque espeso çerrado de aspereça y matorral, en fin salí de la tierra de aquella mala muger; porque a cualquiera hombre que con eficaz voluntad quiere huir de los viçios le ayuda luego Dios. Y como fuera me vi, humillado de rodillas, puestas las manos al çielo, con ánimo verdadero demandé perdón dando infinitas graçias a Dios por tan soberana merçed. Sentéme a una fuente que vi allí, la cual, aunque no tenía al rededor aquella deleitosa sombra de aquellas arboledas y rosas que estaban en el bosque de la encantadora, me

dio a mí mayor deleite y plazer, por ofreçérseme a mayor neçesidad; y tomando con las manos agua me començé a lavar el rostro, cabeza y boca por echar de las venas y huesos el calor inmenso que me abrasaba; y así desnudándome de todas aquellas delicadas ropas y atavíos me aireé y refresqué, proponiendo de en toda mi vida más me las vestir. Arroqué por aquel suelo collar, oro y joyas que saqué de aquel Babilón, pareçiéndome que ningún día por mí pasó más bienaventurado que aquél en que así me vi muerto de hambre y sed; temía aquellos arreos y delicadeças no me tornassen otra vez a encantar, pareçiéndome tener en sí un no sé qué, que aun no me dexaba del todo volver en mí; y así lo más pobre y sençillo que pude començé a caminar poniendo mil protestaciones y juras sobre mí de nunca ir donde hombre me pudiesse conoçer. Yendo por aquellos caminos y soledad me deparó Dios un pastor que de pura piedad con pan de centeno y agua de un barril me mató hambre y sed; y por acabar de echar de mí del todo aquellos embeleñados vestidos hize trueque con algunos andraxos que él me quiso dar. Pues con aquella pobre refeçión llegué ya casi que anocheçía a un monasterio de frailes de San Bernardo que estaba allí en un graçioso y apazible valle, donde apiadándome el portero, lo mejor que pude me albergué, y luego a la mañana trabajé con toda afabilidad y sabor a los comunicar y conversar, pareçiéndome a mí que de buena voluntad me quedaría aquí si me quisiesen reçibir. Pero como las guerras acababan en aquella sazón en aquella tierra, parçiéndoles que yo hubiese sido soldado, y que por no ser bueno venía yo así, no se osaban por algunos días del todo fiar, pero por pareçerme que aquel lugar y estado era conveniente para mi propósito y neçesidad, trabajé con mucha humildad y bajeza a los asegurar continuando en ellos mi serviçio cuanto pude; y así pasados algunos días, ya que se començaron a fiar me obligué a los servir: barríales las claustras y iglesia, y también servía al comer a la mesa de compañía porque luego no pude más; y después andando el tiempo pedíles el hábito, y como me vieron algo bien inclinado plúgoles de me le dar con intinçión que fuese para los servir.

MIÇILO. De manera que te obligabas por sclavo de tu voluntad.

GALLO. Por çierto de mayor servidumbre me libró Dios cuando de poder de la maga me escapé. Que lo peor es que entrando los hombres allí luego se comiençan a pervertir, que todos cuantos en aquella orden hay todos entran así, y luego tienen pensamiento y esperança de venir a mandar.

MIÇILO. Buena intinçión lleváis de servir a Dios.

GALLO. ¿Pues qué piensas? Todo es así cuanto en el mundo hay. Luego me dieron cargo de la limpieça del refitorio, compañero del refitolero.

MIÇILO. Entonces holgarte hías mucho en gozar de los relieves de todos los vasos de los frailes.

GALLO. Pues como yo aprobé algunos años en este offiçio començaron me a ordenar. En fin, me hizieron de misa.

MIÇILO. Grandes letras llevabas.

GALLO. Llevaba todas las que aquéllos usan entre sí; y luego començé a desenvolverme y endereçar la cresta y fue subiendo por sus grados, que cuando hubo un año que fue de misa me dieron la portería; y a otro año me dieron el cargo de zillerero.

MIÇILO. ¿Qué offiçio es ese?

GALLO. Proveer todo el mantenimiento de casa.

MIÇILO. Gran offiçio era ese, gallo, para te fartar; a osadas que no estuviesses atado a nuestra pobre raçión.

GALLO. Entonces cobré yo en la casa muchos amigos, y gané mucho crédito con todos de liberal, porque a ninguno negué nada de todo cuanto pidiese; porque siempre trabajé que a costa agena ninguno se quexasse de mí; y así me hizieron prior.

MIÇILO. Fuera de todas esas cosas, en lo que tocaba a la orden mucho trabajo se debe de tener.

GALLO. Antes te digo que no hay en el mundo estado donde más sin cuidado ni trabajo se goze lo bueno que el mundo tiene, si algo tiene que bueno se pueda dezir. Porque tres cosas que en el mundo se estiman las tienen allí los frailes mejores que las gozan todos los hombres: la primera es el comer ordinario, la segunda son los aposentos en que viven, y la terçera es el crédito y buena opinión. Porque a casa de cualquiera príncipe, o señor que vais, todos los hombres han de quedar a la puerta aguardando para negoçiar, y el fraile ha de entrar hasta la cama, y a ningún hombre dará un señor una silla, ni le sentará a su mesa sino a un fraile, cuanto quiera que sea de todo el monesterio el más vil.

MIÇILO. Tú tienes mucha razón; y así me maravillo cómo hay hombre cuerdo que no se meta fraile.

GALLO. Al fin mis amigos me eligieron por abbad.

MIÇILO. ¡O cómo gozarías de aquel su buen beber y comer y de toda su bienaventurança! Pero dime, ¿en qué te ocupabas siendo abbad?

GALLO. Era muy amigo de edificar, y así hize dos arcos de piedra muy fuertes en la bodega, porque estaba cada día para se nos hundir; y porque un refitorio que teníamos bajo era frío, hize otro alto de muy ricos y hermosos artesones y molduras; y una sala muy sumptuosa en que comiessen los huéspedes.

MIÇILO. ¿Pues no tenías alguna recreación?

GALLO. Para eso tenía la casa muchas casas en las riberas de plazer, donde había muy poderosos cañales y hazeñas.

MIÇILO. Dime gallo, ¿con los ayunos tienen los frailes mucho trabajo?

GALLO. Engañáis os, porque en ninguna orden hay más ayunos que vosotros los seglares tenéis, sino el aviento; y este ayuno es tal que siempre le deseamos que venga, porque un mes antes y aun dos tenemos de recreación para haberle de ayunar. Vámonos por las granjas, riberas, deesas y huertas que para esto tiene la orden muy granjeado y adereçado; y después, venido el aviento, a ningún fraile nunca mataron, aunque no le ayunasse, que a todo esto dicen: «tal por mí cual por ti».

MIÇILO. El contino coro de maitines y otras horas, ¿no daba pasión?

GALLO. El contino coro por pasatiempo le teníamos, y a los maitines con un dolor de cabeça que se fingiesse no van a ellos en un mes, que hombres son como vosotros acá.

MIÇILO. Por çierto, eso es lo peor y lo que más es de llorar, pues si eso es así, que ellos son hombres como yo, ¿de qué tienen presunçión?, ¿de sólo el hábito han de presumir?

GALLO. Calla, Miçilo, que muchos dellos pueden presumir de mucha santidad y religión que en ellos hay, que en el mundo de todo ha de haber, que no puede estar cosa en toda perfeçión.

MIÇILO. Espantado me tienes, gallo, con lo mucho que has passado, lo

mucho que has visto, y la mucha esperiencia que tienes, y principalmente con esta tu historia me has dado mucho placer y admiración. Yo te ruego no me dexes cosa por dezir. Dime agora en qué estado y naturaleza viniste después.

GALLO. Quiero te dezir del que más me acordare conforme a mi memoria, porque como es la nuestra más flaca que hay en el animal no te podré guardar orden en el dezir: fue monja, fue ximio, fue avestruz, fue un pobre Timón, fue un perro, fue un triste y miserable siervo esclavo, y fue un rico mercader, fue Ícaro Menipo el que subió al çielo y vio allá a Dios.

MIÇILO. Dese Ícaro Menipo he oído mucho dezir, y de ti deseo saber más dél, porque mejor que ninguno sabrás la verdad.

GALLO. Pues mira agora de quién quieres que te diga, que en todo te quiero complazer.

MIÇILO. Aunque al presente burles de mí, o ingeniosíssimo gallo, con tu admirable y fingido canto, te ruego me digas: luego como te desnudaste del cuerpo de fraile, ¿de cuyo cuerpo te vestiste?

GALLO. El de una muy honrada y reverenda monja, aunque vana como es el natural de todas las otras.

MIÇILO. ¡O válame Dios!, ¿qué conveniencia tienen entre sí capitán, fraile y monja? De manera que fue tiempo en el cual tú, generosíssimo gallo, te ataviabas y lavabas y unguas como muger, y tenías aquellas pesadumbres, purgaciones y miserias que tienen todas las otras. Maravíllome cómo pudiste sujetar aquella braveza y orgullo de ánimo con que regías la fiereza de tus soldados, a la cobardía y flaqueza de la mujer, y no de cualquiera, pero de una tan afeminada y pusilánime como una monja, que demás de su natural, tiene profesada cobardía y paciencia.

GALLO. ¿Y deso te maravillas? Antes te hago saber que yo fue aquella famosa ramera Cleopatra egipçia, hermana de aquel bárbaro Tholomeo que hizo cortar la cabeça al gran Pompeo cuando vençido de Julio Çésar en la Farsalia se acogió a su ribera; y otro tiempo fue en Roma una cortesana llamada Julia Aspasia, mantuana, en tiempo del papa León décimo, que en loçanía y aparato exçedía a las cortesanas de mi tiempo, y así tuve debajo de mi dominio y subjección a todos cuantos cortesanos habla en Roma desde el más grave y ançiano cardenal, hasta el camarero de monseñor. Pues, ¿cómo te maravillarás si vieras el brío y desdén con que solía yo a todos tratar! Pues qué si te dixesse los engaños, fingimientos y cautelas de que yo usaba para los atraer, y después cuánto ingeniaba para los sacar la moneda que era mi último fin. Solamente querría que el tiempo nos diese lugar a te contar cuando fue una ramera de Toledo en España, que te quisiera contar las costumbres y vida que tuve desde que nací, y principalmente cómo me hube con un gentil mançebo mercader y el pago que le di.

MIÇILO. ¡O mi elocuentíssimo gallo que ya no mi siervo sino mi señor te puedo llamar!, pues en tiempo de tu buena fortuna no solamente çapateros míseros como yo, pero tuviste debajo de tu mando reyes y çésares de gran valor. Dime agora, yo te ruego, eso que propones, que con affecto te deseo oír.

GALLO. Pues tú sabrás que yo fue hija de un pobre peaire en aquella ciudad de Toledo, que ganaba de comer pobremente con el trabajo contino de

unas cardas y peines; que ya sabes que se hazen en aquella çiuðad muchos paños y bonetes. Y mi madre por el consiguiente vivía hilando lana, y otras vezes lavando paños en casa de hombres ricos mercaderes y otros çiudadanos.

MIÇILO. Semejantes mujeres salen de tales padres, que pocas vezes se crían bagasas de padres nobles.

GALLO. Éramos un hermano y yo pequeños, que él había doze años y yo diez, ni mi madre nunca tuvo más. Y yo era mochacha bonica y de buen donaire, y çiertamente cobdiçiosa de parecer a todos bien; y ansí como fue creçiendo, de cada día más me preçiaba de mí y me iba pegando a los hombres; y ansí aun en aquella poca edad cualquiera que podía me daba un alcançe, o empellón, de cual que pellizco en el braço, o travarme de la oreja o de la barba, de manera que pareçía que todos trabajaban por me madurar, como quien dize a pulgadas, y yo me vine saboreando y tascando en aquellos sainetes que me sabían como miel. Y ansí un moço del cardenal fray Françisco Ximénez de Cisneros, que vivía junto a nosotros, me dio unos zarçicos de plata y unas calças y servillas con que començé a pulir y a pisar de puntillas; alçaba la cofia sobre las orejas y traía la saya corta por mostrarlo todo; y ansí començé yo a gallear, andar y mirar con donaire, el cuello erguido; y ya no me dexaba hollar de mi madre, que por cualquiera cosa que me dixesse la haçía rostro rezongando a la contina y murmurando entre dientes, y cuando me enojaba luego la amenaçaba con aquel cantar diziendo: «Pues bien, para esta, que agora venirán los soldados de la guerra, madre mía, y llevarme han.» Y ansí suçedió como yo quería, que en aquel tiempo determinó el cardenal emprender la conquista de Orán en África, y haziendo gente todos me convidaban si quería yo ir allá; y acosáronme tanto que me hizieron dezir que sí, y ansí aquel moço de casa del cardenal dio notiçia de mí a un gentil hombre de casa que era su amo, que se llamaba Françisco de Baena que iba por capitán; el cual sobre çiertas conveniençias y capítulos que conmigo firmó, y en mi ombligo selló, se encargó de me llevar, y porque era mochacha pareçióle que iría yo en el hábito de paje con menos pesadumbre; y ansí me vistió muy graçiosamente sayo y jubón de raso de colores y calças con sus tafetanes, y me puso en una muy graçiosa acanea. Y como la partida estuvo a punto, dando cantonada a mis padres, me fue con él. Aquí te quisiera dezir cosas maravillosas que passaban entre sí los soldados, pero, porque aún habrá tiempo y propósito, quiero proseguir en lo que començé. Aquí supe yo mil avisos y donaires y gentilezas, las cuales aprendí porque otras muchas mugeres que iban en la compañía las trataban y hablaban con el alférez, sargento y caporal, y con otros offiçiales y gentiles hombres delante de mí, pensando que era yo varón. En fin, yo amaestrada deseaba volver ya acá para vivir por mí y tratar a mi plazer con más libertad, porque no podía hablar todo lo que quería en aquel hábito que me vistió, que por ser zeloso el capitán no me dexaba momento de junto a sí, y mandóme que so pena de muerte a ninguno descubriessse ser muger. Pues suçedió que en una escaramuça que se dio a los moros fue mal herido el capitán, y mandándome cuanto tenía murió; y por dudar el suçeso de la guerra, y pensando que aunque los nuestros hubiessen vitoria y diessen la çiuðad a saco más tenía yo saqueado que podía saquear, me determiné volver a España antes que fuesse de algùn soldado entendida; y ansí me conçerté con un mercader que

en una carabela llevaba de España al real provisión, que me hubiese de pasar; y ansí cogido mi fato, lo más secretamente que pude me passé, y con la mayor priessa que pude me volví a mi Toledo, donde en llegando supe que mi padre era muerto. Y como mi madre me vio me reçibió con plazer, porque vio que yo venía razonablemente proveída, que de más de las ropas de seda muchas y muy buenas que hube del capitán, traía yo doçientos ducados que me dixo que tenía en una bolsa secreta al tiempo de su muerte; de lo cual todo me vestí bien de todo género de ropas de dama al uso y tiempo, muy gallardas y costosas, y por tener ojo a ganar con aquello más: rizé basquiñas, saboyanas, verdugados, saltaenbarca, nazarena, reboçiños, faldrillas, briales, manteos, y otras ropas de paseo, de por casa, de raso, de tafetán y de chamelote; y cuando lo tuve a punto nos fuemos todos tres a Salamanca, que era mi hermano buen moço y de buena dispusiçión; y en aquella çiudad tomamos una buena casa en la calle del Prior, donde llamándome doña Hieronima de Sandoval, en dos meses que allí estuve gané horros çien ducados entre estudiantes generosos y caballeros naturales del pueblo. Y como supe que la corte era venida a Valladolid envié a mi hermano que en una calle de conversaçión me tomasse una buena posada, y él me la alquiló de buen reçebimiento y cumplimiento en el barrio de San Miguel; donde como llegamos fuemos reçebidos de una huéspedada honrada con buena voluntad. Aquí mi madre me recató mucho de todos cuantos había en casa, diçiendo que ella era una vibda de Salamanca, muger de un caballero defunto, y que venía en un gran pleito por sacar diez mil ducados que había de haber para mí de dote, de la ligítima de mi padre, que tenía usurpado un tío mío que suçedió en el mayorazgo. Y yo ansí me recogí y me escondí con gran recatamiento que ninguno me pudiesse ver sino en açecho y asalto; y ansí la huéspedada començó a publicar que estaba allí una linda donzella, hija de una viuda de Salamanca, muy rica y hermosa a maravilla, proçediendo con cuantos hablaba en el cuento de mi venida y estado; y también ayudó a lo publicar una moça que para nuestro serviçio tomamos; y yo en una ventana baja de una sala que salía a la calle hize una muy graçiosa y vistosa zelosía, por donde a la continua azechaba mostrándome y escondiéndome, dando a entender que a todos quería huir y que ninguno me viesse, con lo cual a todos cuantos cortesanos passaban daba ocasión que de mi estado y persona procurassen saber; y algunas vezes parándome muy ataviada a la ventana grande, con mi mirar y aparato, a las vezes haziendo que quería huir, y a otras vezes queriéndome mostrar fingiendo algunos descuidos, ponía a todos gran deseo de me ver. Andaba ya gran multitud de servidores, caballeros y señores de salva enviando presentes y serviçios y ofreçimientos, y a todos mi madre despedía diçiendo que su hija era donzella y que no éramos mugeres de palaçio y passatiempo, que se fuessen con Dios. Entre todos cuantos en mí picaron se adelantó más un mançebo mercader extranjero rico, gentil hombre y de gran aparato, era en fin como le deseaba yo. Éste más que ninguno otro se arriscó a se me ofrecer trabajando todo lo posible porque yo le diesse audiència, y como la moça me importunaba sobre muchos mensajes, músicas y serviçios y contino pasearme la puerta, alcançó de mí que yo le hubiese de oír, y sobre tiempos aplazados le falté más de veinte vezes diçiendo que mi madre no lo había de saber; y en el entretanto ningún mensaje le reçebía que no me lo pagaba con el doblo: qué çamarro, saboyana, pieza de terciopelo, joyel,

sortixa; de manera que ya que una noche a la hora de maitines le vine a hablar por entre las puertas de la calle sin le abrir, me había dado joyas de más de doçientos ducados. En aquella vez que allí le hablé yo le dixé que en la verdad yo era desposada con un caballero de Salamanca, y que agora esperaba haber la sentencia de los diez mil ducados de mi dote, y que aguardaba a mi esposo que había de venir a me ver, por lo cual le rogaba yo mucho que no me infamasse, que daría ocasión de gran mal; y el pobre mançebo desesperado de salud lloraba y maldezíase con gran cuita, suplicándome puesto de rodillas en el suelo ante las puertas çerradas que le diesse liçençia como un día se viesse delante de mí, que le parecía no desear otra beatitud, y yo mostrándome algo piadosa, y como por su gran importunidad, le dixé: «Señor, no penséis ni esperéis de mí, que por todos los tesoros del mundo haría cosa que menoscabasse mi honra y honestidad, pero eso que me pedís, alcançadlo vos de mi señora, que podría ser que lo haga yo.» Con esta palabra se consoló en tanta manera que pareçió entonces de muerto resucitar, porque entendió della dezirla yo con alguna parte de affiçión, sino que ser yo donzella y niña me causaba tener siempre aquel desdén, y no me atrever a más liberalidad; y ansí me despedí dexándole a la puerta sollozcando y sospirando, y sin alguna pena ni cuidado me fue a dormir, y porque estuviesse mi madre avisada de lo que se debía hazer le conté lo que la noche passó. Luego por el día proveyó mi servidor para mi casa todo lo que fue menester, enviando a suplicar a mi madre le diesse liçençia para la venir a visitar, y ella le envió a dezir que viniessen, pero que fuesse con tanto aviso y miramiento que no peligrasse nuestra honra, y que antes ella le deseaba hablar por advertirle de lo que nos convenía, y que ansí le encomendaba viniessen anocheçido, y que la huéspedada no lo sintiesse; y ansí él vino anocheçiendo y entró con tanto recatamiento como si escalara la casa del rey.

MIÇILO. Dime, gallo, ¿por qué te detenías tanto y hazías tantos encareçimientos?

GALLO. Poco sabes deste menester. Todo esto que yo hazía era para ençenderle más el apetito, para que le supiesse más el bocado de la manzana que le esperaba dar, que aún mucho más se le encarecí como verás. Pues como mi madre le reçibió se sentó en la sala con él diziéndole: «Señor, yo os he deseado hablar por pediros de merçed que, pues publicáis que tenéis affiçión a mi hija doña María, no la hagáis obras que sean su destruiçión, porque ya creo que, señor, sabréis, y si no quiero os lo dezir, que yo fue muger de un valeroso caballero de Salamanca de los mejores Maldonados, del cual me quedó un hijo y esta hija que es la lumbre de mis ojos; y sabed que mi marido poseyó un cuento de renta mientras vivió, porque su padre dispuso en su testamento que le poseyese él por su vida por ser mayor, y que si al tiempo de su muerte fuesse vivo un otro hermano que era menor, que suçediesse en él, con tal condiçión que diesse a cada uno de los hijos que quedassen al mayor çinco mil ducados, y sino se los quisiesse dar que suçediesse en ello el hijo mayor adelante en su línea; y ansí el hermano de mi marido se ha metido en el mayorazgo y no quiere dar los diez mil ducados que debe a mis dos hijos; y ansí ha dos años que pleiteo con él, donde espero la segunda sentençia que es final en esta causa, que se dará antes de diez días, en cuya confiança yo desposé a mi hija con un caballero muy prinçipal de aquella çiudad, mandándole los

diez mil ducados en dote porque mi hijo la haze donación de los suyos si yo le diese agora cuatroçientos ducados, porque va a Rodas a tomar el hábito de San Juan, y está todo el despacho hecho del rey y de su información. Agora, señor hijo, yo os he querido hablar por dos cosas: lo primero suplicaros que os templéis en vuestro ruar, porque cada día esperamos al esposo de doña María, y si él, venido, tomasse sospecha de vos, sería un siniestro que la echásedes a perder; y lo segundo que os quiero suplicar es que hagáis esta buena obra a doña María mi hija, pues todo es para su remedio y bien, que nos prestéis estos cuatroçientos ducados para con que enviemos mi hijo de aquí, que yo os haré una cédula de os los pagar habida agora la sentençia y execuçión; y en lo demás mi hija y yo estamos aquí para os lo servir, que no será ella tan ingrata que visto el bien que la hazéis no huelgue de os hazer el plazer que querréis.» Y diciendo esto le tomó mi madre por la mano y me le metió a una cámara donde yo estaba con una vela rezando en unas Horas, y la verdad que te diga estaba rogando al demonio açertase mi madre en su petiçión. Y como la vi entrar fingí algún súbito espanto, y mirando bien le reçebí con mi mesura; y él mostró querer bessarme el pie; y habiendo algo hablado en cosas universales de la corte, del rey, de las damas y caballeros, traxes y galanes, saliéndose mi madre me dexó sola con él, el cual se fue luego para mí trabajando por me bessar; pero yo me defendí por gran pieza hasta que mi madre entró y le sacó afuera diziendo que le quería hablar, y él se le quexó mucho de mi desabrimiento y desamor jurando que me daría toda su hacienda si le quisiesse complazer. Mira, Miçilo, si el detenerme como tú antes me reprehendías, si me aprovechó.

MIÇILO. Por çierto, artificial maestra estabas ya.

GALLO. Pues mira mi madre como acudió, que luego le dixo: «Señor es niña y teme a su esposo, y nunca en tal se vio. Ella me obedecerá si le mando que se meta en una cama con vos.» Pues echándose a los pies de mi madre le dixo: «Hazedlo vos, señora, por las plagas de Dios, que yo os daré quanto queráis.» Y así fueron luego entre sí conçertados que él le daría los quinientos ducados, y que mi madre le hiziesse la çédula de se los pagar dentro de un mes; y que ella hiziesse que yo dormiesse una noche con él, y así quedó que para la noche siguiente se truxiessen los dineros, y hecha la çédula me diessen en rehenes a mí; y así en ese otro día entendimos en aparejar lo que se debía hazer: que pagamos la huéspedada y despedimos la casa diziendo que en anocheçiendo nos habíamos de ir, y comprando mi hermano un par de mulas le avisamos de todo lo que había de hazer. Pues luego venida la noche vino el mercader a lo conçertado que aún no se le cocía el pan, y dio luego los cuatroçientos ducados a mi madre, la cual le hizo la çédula de se los pagar dentro de un mes, y luego se aparejó la çena cual el novio la proveyó; la cual acabada, con mucho contento suyo nos metió mi madre en mi cámara y cerró por defuera, y él se desnudó suplicándome que me acostasse con él, y yo dezía llorando con lágrimas que no haría a mi esposo tan gran traición, y él se levantó y asiendo de mí se mostró enojado porfiando conmigo, y yo por ninguna fuerça le quise obedecer, pero lloraba muy vivas lágrimas, y él tornando a requerirme por bien, y yo ni por bien ni por mal; y así habiendo pasado alguna parte de la noche en esta porfía oímos llamar a la puerta de la calle con furia, sintiendo gran huella de cabalgaduras, y, era mi hermano

que traía las mulas en que habíamos de partir, y entonces mostrando alteración díxelo que estuviese atento. Estando así hirió mi madre a la puerta de la cámara con furia y entrando dixo: «¡Ay hija!, que tu esposo es venido y preguntando por ti sube a te ver»; y diciendo esto tomamos ambas a mi servidor, y así en camisa, con una espada en la mano, le hezimos salir por una recámara a un corredor que para este caso habíamos quitado unas tablas del suelo, y como él entró por allí con intención de se recoger hasta ver el suceso, al primer passo cayó en un corral, de donde no podía salir por estar cerrado al rededor; y luego yo vestiéndome de todos los vestidos de mi galán, que me conocían ya porque en ellos me crié, y despedidos de la huéspeda los unos a los otros no nos vimos más hasta hoy. De aquí nos fuemos a Sevilla y a Valençia, donde hize lançes de grande admiración.

MIÇILO. Espantado me tienes, o gallo, con tu osadía y atrevimiento con que acometías semejantes hazañas, que la flaqueza de ser muger no te encogía el ánimo a tener temor al gran peligro en que ponías tu persona.

GALLO. ¿Qué dices, Miçilo, flaqueza y encogimiento de ánimo? Pues más de veras te espantarás de mí cuando yo fue Cleopatra, si me vieras con cuánto estado y magestad me presenté ante Julio Çésar cuando vino en Egipto en seguimiento de Pompeo, si vieras un banquete que le hize allí para le ganar la voluntad; y que si me vieras en una batalla que di a Octaviano Çésar junto al promontorio de Leucadia, donde estuvo la fortuna en punto de poner en mi poder a Roma. En la cual mostré bien con mi ardid y desenvoltura varonil la voluntad y ánimo que tuve de vençer las banderas romanas y llevar delante de mi trihunfo al çésar vençido. Todo esto quiero dexar para otro tiempo en que tengamos más lugar, y agora quiero te dezir de cuando fue monja, lo cual por ser ya venido el día en el canto que se sigue proseguiré.

Fin del séptimo canto del gallo.

Argumento del octavo canto del gallo

En el octavo canto que se sigue el auctor se finge haber sido monja, por notarles algunos intereses que en daño de sus conçiençias tienen. Concluye con una batalla de ranas en imitación de Homero.

GALLO. Si despertasse Miçilo holgaría entretenerle en el trabajo gustando él de mi cantar, porque la pobreza çiertamente nos fatiga tanto que con dificultad nos podemos mantener, y no sé si le soy ya algo odioso, porque algunas mañanas le he despertado algo más temprano que él acostumbraba, por lo cual padeçíamos mucha más hambre, y agora porque esta maçilenta loba no nos acabe de tragar, tóme por ocasión para atraerle al trabajo contarle mi vida miserable, donde parece que ha tomado hasta agora algún sabor, y plega a Dios que no le enhade mi dezir, porque aunque sea a costa de mi cabeza quiera él trabajar y ambos tengamos que comer.

MIÇILO. ¿Qué dices, gallo?, ¿qué hablas entre ti? ¿No me has prometido despertar cada mañana, y con tu graçioso cantar ayudarme en mi trabajo contándome tu vida?

GALLO. Y así lo quiero yo, Miçilo, hazer, que no quiero yo por ninguna oçasión quebrantar la palabra que te di.

MIÇILO. Pues di que colgado estoy de tu habla y graçioso cantar.

GALLO. Yo me proferí ayer de te dezir lo que siendo monja passé, y sólo quiero reservar para mí de qué orden fue, porque no me saques por rastro. Pero quiero que sepas que éste es el género de gente más vano y más perdido y de menos seso que en el mundo hay: no entra en cuento de los otros estados y maneras de vivir, porque se preçia de mostrar en su habla, trato, traje, y conversaçión ser única y particular; lo que sueñan de noche tienen por revelaçión de Dios, y en despertando lo ponen por obra como si fuesse el prinçipal preçepto de su ley; dízense ser orden de religión, yo digo que es más confusión, y si algún orden tienen, es en el comer y dormir, y en lo que toca a religión es todo aire y liviandad, tan lexos de la verdadera religión de Cristo como de Hierusalén; no saben ni entienden sino en mantener parlas a las redes y locutorios; su prinçipal fundamento es hazerse de los godos y negar su proprio y verdadero linaxe. Y así luego que yo entré allí fue como las otras la más profana y ambiçiosa que nunca fue muger, y así porque mi padre era algo pobre publiqué que mi madre había tenido amistad con un caballero de donde me había habido a mí, y por desmentir la huella me mudé luego el nombre, porque yo me llamaba antes Marina, como mula falsa, y entrando en el monesterio me llamé Bernaldina, que es nombre estraño, y trabajé cuanto pude por llamarme doña Bernaldina, fingiendo la deçendencia y genealogía de mi prosapia y generaçión; y para esto me favoreció mucho la abbadesa, que de puro miedo de mi mala condiçión y desasosiego me procuraba agradar. Acuérdome que un día envió un pariente mío a visitarme con un paje, y preguntándole la portera a quién buscaba respondió el moçacho que buscaba a Bernardina, y yo acaso estaba allí junto a la puerta, y como le oí salí a él con aquella ansia que tenía que todos me llamasen doña Bernardina y díxele: «O, los diablos te lleven, rapaz, que no te cabe en esa boca un don donde cabe un pedaço de pan mayor que tú.» De lo cual di ocasión a todas cuantas estaban allí que se riesen de mi vanidad.

MIÇILO. Pues tu padre, ¿tenía antes don?

GALLO. Sí tenía, pero teníale al fin del nombre.

MIÇILO. ¿Cómo es eso?

GALLO. Llamábase Francisco remendón. Ves allí el don al cabo. Mi mayor ocupaçión era enviar casi cada día a llamar los prinçipales y más honrados del pueblo buscando negoçios que tratar con ellos, y dilatábalos por los entretener; y de allí venía a fingirme pariente suyo por rodeos de conoçimiento o afinidad de alguno de su linaxe. Desta manera con todos los linajes de Castilla mostraba tener parte: con Mendoças, Manriques, Ulloas, Çerda, Vaçanes. El día que yo no tenía con quien librar a la red y locutorio me tenía por menos que muger, y si la abbadesa me negasse la liçençia me la iba a las tocas queriéndola mesar, y la llamaba peor de su nombre. Dos días en la semana enviaba por el confesor para me confessar y consolar, y desde que salíamos de comer hasta la noche nos estábamos en el confessonario tratando de vidas ajenas, porque no se meneaba monja que yo no tuviese cuenta con ella. Otra vez me quexaba de la abbadessa que no me quería dar ninguna consolaçión, que estaba para me desesperar, o hazer de mí un hecho malo, y amenazábala con la visita. Aconteçíame a mí un mes no entrar en el coro a las horas fingiendo estar enferma de xaqueca, que es enfermedad de señoras, y para fingir este dolor hazía unos géneros de

birretes portugueses afforrados en martas, o grana de Florença, demandaba a mis servidores, devotos y familiares. Pues para sustentar mis locuras y intereses levanté un bando en el monesterio de los dos san Juanes, Evangelista y Baptista; y como yo tuve entendido que mis contrarias con quien yo tenía mis diferencias y pundonores seguían al Evangelista, tomé yo con mis amigas la devoçión, el apellido y parcialidad del Baptista, no más de por contradézir, que de otra manera nunca tuve cuenta ni eché de ver cuál dellos mereçía más, ni cuál era mejor.

MIÇILO. ¡O gran vanidad!, ¡cuánto mejor fuera que trabajaras por imitar a cualquiera dellos en virtud y costumbres!

GALLO. Pues cuando venía el día de San Juan de junio, ¡cuánto era mi desasosiego y mi inquietud! Revolvía todo el pueblo buscando la tapizería para la iglesia, claustros y refitorio: el hinojo, claveles, clavellinas, halelés, azuzenas y albahacas puestas en mil maneras de vasijas de mucha curiosidad; y otras frescas y odoríferas yerbas y flores, yuncos y espadañas. Aparejaba las pastillas, mosquete, estoraje y menxui, que truxiesen toda la casa en grande y suave olor. Traía aplazado el predicador de veinte leguas. y un año antes negoçiado, y la música única y peregrina de muchos instrumentos de suave y acordada melodía. Negoçiaba las voces de cantores de todos los señores y iglesias cathedrales y colegiales cuantas había en la comarca. Después para todos éstos aparejaba casas, camas y de comer; buscaba aves, pescados y frutas de toda diferencia, preçio y estima. Un mes antes hazía los mazapanes, bizcochos, rosquillas, alcorzas y confituras, y aún mucho sebillon de manos y guantes adobados, para dar a unos y a otros conforme a la calidad y liviandad de cada cual que intervenía en mi fiesta.

MIÇILO. Todo eso no se podía hazer sin gran costa. Dime, ¿de dónde habías todo eso?

GALLO. Por haberlo grangeaba yo un año antes los amigos y servidores por diversas vías y maneras. Procurando negoçios, dares y tomares con todo género de hombres: de los unos me aprovechaba para que me diessen algo, y de los otros para que me buscassen lo que hazía a mi menester, y a otros quería para que me llevassen mis recados y mensajes, con que buscaba y adquería lo demás. De manera que yo me empleaba tan toda en este caso que nunca me faltaba cosa que hiziesse al cumplimiento de mi voluntad.

MIÇILO. ¡O cuán molida y quebrantada quedarías passada la fiesta, y más argullosa, presuntuosa y profana en haber cumplido con tu vano interés! ¡O cuán miserable y desventurada era esa tu ocupación, lo que es más de llorar!

GALLO. Las contrarias hazían otro tanto por Navidad día de San Juan Evangelista, que es el terçero día de la Pascua.

MIÇILO. Parece que tenía el demonio un censo cada año sobre todas vosotras, la meitad pagado por las unas por Navidad, y la otra meitad a pagar por las otras a San Juan de junio. ¿Qué liviandad tan grande era la vuestra, que siendo ellos en el çielo tan iguales y tan conformes, haya entre sus devotas acá tanta desconformidad y disensión? Antes me parece que como verdaderas y buenas religiosas debiéredes preçiaros ser más devotas del Santo cuanto más trabajáades en su imitación. Las baptistas procurar exçeder a las otras en el ayuno contino, en el vestido poco, en

la penitencia y sanctidad; y las evangelistas procurar llevar ventaja a las otras en el recogimiento, en la oración, en el amor que tuvo a su maestro, en aquella virginidad santa por la cual le encomendó Cristo su Madre Virgen. Pero como toda vuestra religión era palabras y vanidad, así vuestras obras eran profanas y de mundo, y así ellas tenían tal premio y fin mundano, porque si vosotras os matáis a chapinazos sobre cuál de los dos san Juanes fue mejor, y vosotras no tenéis ni seguís punto de su bondad, seríades como son dos negras esclavas de dos señoras que se matassen a puñadas sobre cuál de sus amas era más hermosa, y ellas dos quedassen negras como un tizón; o como dos romeros que muy hambrientos y miserables con gran enojo se matassen sobre cuál es el más rico desta ciudad, y ellos quedassen muertos de hambre sin que ninguno les dé un pan que comer.

GALLO. De lo que yo sentí entonces desta gente tengo por opinión que naturaleza hizo este género de mugeres en el mundo por demás, y por esta causa las echó en los monesterios como quien las arrima a un rincón, y como ellas se ven tan fuera de cuenta trabajan con estas industrias de Sathanás darse a entender; y así el primer pensamiento que la monja concibe entrando en el monesterio es que le tienen usurpado el reino y que se le tienen por fuerza, y que por eso la metieron como en prisión allí; y sería más conveniente y provechoso hazerse entender que aquella es casa de locos, donde fue lançada porque está sin seso desde que nació, porque acá afuera no haga mal. Pues sabrás, que yo fue enferma de un çaratán de que en los pechos fue herida, de que padeçí mucha pasión hasta que la muerte me llevó; y luego mi alma fue lançada en un cuerpo de una rana en el lago de Genesareth que está en Palestina, donde por ir tan acostumbrada a hablar no hazía sino cantar a la continua, principalmente cuando quería llover por dar plazer al labrador que lo tiene por señal. En aquella vida vivía yo en algún contento por la gran libertad de que gozamos todas allí, tratábanos muy bien un benignísimo rey que teníamos, manteníanos el lago en toda paz y tranquilidad, aunque algo contra la condición que yo había tenido acá, pero la nueva naturaleza me mudó. No hazíamos sino salir a la orilla al sol y estendernos con mucho plazer, y a su hora tornamos a entrar en toda quietud. Y como en ningún estado en esta vida falte miseria, tentación y trabajo, y creo que el demonio entiende en desasosigar toda criatura que en el mundo hay, así nos dio a nosotras un desasosiego el mayor que se puede encareçer; y sabrás que como es cosa común, teníamos alrededor de nuestro lago mucha copia de ratones que se vienen por allí a vivir de los pueblos comarcanos en sus cuevas y choças, por vivir en más seguridad; y éstos por ser gente de buena converzación hizieron con nosotras gran vezindad, y nosotras los tratamos a la continua muy bien. Suçedió que un día quiso que no debiera un hijo de su rey, con algunos otros de sus principales y vasallos, passar a la otra parte del lago a visitar çiertos parientes, amigos y aliados que vivían allí, y por ser muy largo el lago tenía gran rodeo y trabajo y aun peligro para passar, y comunicando su voluntad un día con çiertas ranas del lago, ellas, o por enojo que tuviessen dellos, o por mala inclinación, pensaron hazerles un gran daño y burla, y fue que ellas se les ofreçieron de los passar sin lission, si fiándose dellas se subían sobre sus lomos, que cada una dellas tomaría el suyo sobre sí y así nadando los passarían

a la otra parte, y que por más asegurarlos atarían las colas dellos a las piernas traseras de las ranas, porque si se deleznavan del cuerpo no peligrasen en el agua. Así ellos confiados de su buena oferta vinieron hasta unos veinte de los principales de su vasallaje, quedando sus criados y familiares a la orilla mirando la lastimosa tragedia; y cuando las ranas tuvieron a los señores ratones en el medio del lago ante los ojos de todos los que quedaban a la orilla se van con ellos a lo hondo, y zapuzándose muchas veces en el agua los ahogaron a todos. Y luego como fue avisado su rey y los padres y parientes de los otros vinieron al agua a ver si acaso podrían remediar aquel cruel acontecimiento, y como ni por ruegos, ni por lágrimas, ni promesas, ni amenazas no pudieron alcanzar de nuestras ranas que no llevasen aquel daño a ejecución, dieron muy grandes voces, llantos y alaridos, jurando por la grandeza del sol su padre, y por las entrañas de su madre la tierra de vengar tan gran traición y alevosía. Protestaban la injuria contra nuestro rey pareciéndoles que no podía ser tan grande atrevimiento sino con su mandado y espreso favor; y como nuestro rey oyó las voces y pesquisó la causa y la supo, salió de su palacio con algunas ranas principales que se hallaron con él, y por aplacar los ratones mandó con gran diligencia se buscassen los malhechores a do quiera que los pudiesen haber y los truxiesen ante su magestad, y aunque todos no se pudieron haber luego, en fin fueron presas alguna cantidad dellas, de las cuales se tomó su confesión por saber si algún señor particular les mandó hazer aquel daño, y como ellas confesaron que ellas de su propio motu y malicia lo habían hecho fueron condenadas a muerte, y aún se quiso dezir que alguna de aquellas ranas que fueron presas, por ser hijas de personas señaladas fueron secretamente sueltas y ausentadas, porque untaron las manos a los juezes, y aún más los escribanos en cuya mano dizen que está más cierto poderse hazer, y así escaparon las vidas del morir.

MIÇILO. Pues Dios las guardó vivan y hágalas Dios bien. Por cierto, gran descuido es el que passa en el mundo el día de hoy, que siendo un officio tan principal y caudaloso el del escribano, y tan necesario que esté en hombre de fidelidad para que todos vivan en paz y quietud, consienten y permiten los príncipes criar notarios y escribanos hombres viles y de ruines castas y suelo, los cuales por pequeño interés pervierten el derecho y justicia del que la ha de haber; y sobre todo los proveen de los officios más principales y de más peligro en su reino: como es de escribanías de chancellerías, y consejos y regimientos y gobiernos de su hazienda y república, lo cual no se había de hazer por ninguna manera, pues en ello va tan gran interés y peligro.

GALLO. Y así un día de mañana como salió el sol fueron las condenadas sacadas a la ribera y pregonándolas un pregonero a alta voz por alevosas, traidoras, homiçidas las mandaba su rey morir; y así ante gran muchedumbre de ranas que salieron del lago y muchos ratones que lo vinieron a ver fueron públicamente degolladas. Pero el rey Ambrocos que así se llamaba el rey de los ratones y todos aquellos señores estaban retraídos en sus cuevas muy tristes y afligidos por la pérdida de sus hijos; y así mandó su rey llamar a cortes, y luego fueron juntos los de su consejo y grandes de su reino, donde con grande encarecimiento les propuso la cruel traición que habían cometido las ranas, y no en cualesquiera de su reino, pero en su mesmo hijo y de los principales

señores y caballeros de su tierra, por lo cual, aunque pudieran disimular cualquiera otra injuria por ser sus vezinas y aliadas, pero que este caso por ser tan atroz en la persona real y sucesor del reino no se sufría quedar sin castigo; y así los ratones indignados por las lágrimas y encarecimientos de su rey se ofrecieron con sus personas y estado salir luego al campo, y que no volverían a sus casas hasta satisfacer y vengar su príncipe, rey y señor o perder en el campo sus vidas. Y así el rey les mandó que dentro de quinze días todos saliessen al campo a acompañar su persona real, y mandó luego avisar con sus patentes, cartas y provisiones a todos los ratones vezinos del lago, que supiesen la injuria hecha a su rey, y que todos so pena de muerte saliessen a las orillas y hiziesen el posible daño en las ranas que pudiessen haber. Luego todos aquellos señores se fueron a sus tierras aparejar y venir con sus compañías al mandado de su rey, porque esto tienen los ratones que son muy obedientes a sus mayores, porque al que no lo es le despedaçon todos con los dientes, ni es menester para el castigo del tal delito que venga particular pesquisidor ni executor de la corte, porque luego es tal delincuente castigado entre ellos con la muerte y así no se osa ninguno desmandar. Ya nosotras las ranas de todo esto éramos sabidoras, porque no faltaron algunos de sus ratones que por tener con algunas de nosotras estrecha amistad se lo comunicasen, principalmente todo aquel tiempo que passó antes que se publicasse la guerra, porque hasta entonces aún estaban en pie muchas de las antiguas amistades que había entre unos y otros en particular; y también lo víamos por esperiència en nuestro daño, porque ningún día había que no pareçiesen a la costa del lago muchas ranas muertas, porque los ratones se llegaban a ellas con disimulación y con los dientes las hazían pedaços; y principalmente hazían esto una compañía de malos soldados que de estrañas tierras el rey había traído allí de un su amigo y aliado, gente muy belicosa y de grande ánimo, que ninguna perdonaban que tomassen delante de sí. Ya los daños eran tan grandes que se nos hazían, que no se podían disimular, y dentro de quinze días pareçieron ante nuestras riberas de Genesareth más de çien mil ratones, en tanta manera que el campo cubrían. Vino allí el rey Ambrococ con gran magestad con todo el aparato de tristeza y luto, protestando de no ir de allí sin vengar muy a su voluntad la muerte de su hijo, y así mandó dar en el campo un muy bravo y sangriento pregón. Traía un fiero ratón por capitán general, al cual llamaban Lampardo el cruel, viejo y de maduro juicio, que toda su vida había vivido en las hazeñas que están en el río Xordán y Éufrates; traía debajo de su bandera en nombre de Ambrococ su rey cuarenta mil ratones de grande esperiència y valor; venía allí Brachimis rey de los ratones que habitan toda la tierra de Samaria, el cual traía treinta mil; venía Aplopetes, rey de los ratones que moran Nazareth, Belén y Hierusalén, el cual traía otros treinta mil y más; vinieron otros señores, príncipes, vasallos y aliados del rey Ambrococ que traían a çinco mil y a diez mil; de manera que en breve tiempo todo el campo se cubrió. Como nos vimos en tanta neçesidad y aprieto acudimos todos a nuestro rey llorando nuestra libertad perdida, al cual hallamos en la mesma afliçión sin saber cómo se remediar.

MIÇILO. Entonces, gallo, hallado habías oportunidad para executar tu belicosa condiçión que tenías siendo monja.

GALLO. Muchas más fuerças y orgullo tenía yo en el monesterio para revolver; no había en todo el lago ninguna rana que no estuviesse acobardada y como abscondida y encogida de temor; y ansí la nuestra reina, mandó que todas las ranas sus súbditas se juntassen, que se quería con ellas aconsejar, las cuales quando fueron juntas nos propuso el aflito y miseria en que estábamos: a algunas dellas les pareció que sería bueno dexar aquella ribera a los ratones y passarse a la contraria, donde les parecía que no habría quien las dañasse, pero como había allí ranas de todos los derredores y partes del lago dieron fe que no había dónde huir ni poder salir con libertad, porque por todas partes estaba puesta gran multitud de ratones a punto de guerra, los cuales procuraban dañar y matar en las ranas como las podían haber, no dexando alguna a vida. De manera que como nosotras vimos el ardid con que nuestros enemigos nos perseguían determinamos que sería bien salir al campo y darles una batalla, porque nos pareció mejor morir, que no infames encerradas y sin libertad cada día padeçer. Pero lo que más nos afligía era el faltarnos armas con que pelear, porque esta ventaja tienen de su naturaleza todos los animales, que a todos dio armas naturales naçidas consigo para se defender de sus enemigos y de aquellos que los quisiessen dañar: al león dio uñas, esfuerço y destreza, a la sierpe dio concha, a las aves dio uñas y vuelo, y al caballo herraduras y dientes con que se defienda, y ansí al ratón dio uñas y dientes con que hiera, y a cada qual animal en su naturaleza armó, y a la rana, por hazernos el animal más simple y miserable, le dexó sin armas algunas con que se pudiese defender de quien le procurasse dañar.

MIÇILO. A mí me parece, gallo, que en todo eso proveyó naturaleza con gran prudencia porque quiso criar la rana simple y sin perjuizio y daño, ansí la crio sin enemigo que la dañasse; y porque alguna vez se podía ofreçer que con furia la acometiesse otro algún animal la proveyó de ligereça para nadar, y el salto para huir. ¿Qué culpa tiene naturaleza si vosotras enruináis la simpleza con que ella os crió?

GALLO. Tú tienes mucha razón, porque en el mundo no hay animal que no haya corrompido con su malicia las leyes que su naturaleza le dio. Y ansí por vernos confusas en este caso sin poder alcançar a sabernos dar remedio, acordóse que nos socorriésemos del consejo y ayuda de çiertos géneros de pescados que en aquel lago andaban en nuestra compañía, y principalmente de unos grandes barbos que allí se criaban y a éstos nos fuemos contándoles nuestra miseria; y ellos, como es gente muy honrada y bien inclinada, y trabajan vivir sin perjuizio de nadie, que hasta hoy no se quexó dellos alguna naçión, por esta causa parecióles tan mal la traición que nuestras ranas hicieron a los ratones que casi con disimulación se determinaban ver de nosotras vengados los ratones; pero ya por la estrecha antigua amistad que por la continua vivienda entre nosotros había nos estimaban por parientes y naturales, y ansí se dolieron de nuestra neçesidad y se profirieron a nos favoreçer con consejo y fuerças. Y puestos en esta determinación se levantó un barbo ançiano y de buen consejo y nobleza y ante todos propuso ansí: «Honrada gente, vezinas, amigas y parientas, a mí me pesa haber de seguir y favoreçer en esta empresa parte tan sin razón y justicia, pues vosotras habéis injuriado y ofendido a vuestros amigos vezinos y comarcanos tan sin os lo mereçer; yo nunca pensé que vuestra simpleza tuviera acometimiento de tanto dobléz, ni

sé quién os dio lengua ni alma para fingir, ni manos para así dañar con tal alevoso engaño. ¿Quién no se fiara de vuestra flaqueza, pensando que vuestra humildad sería tal como la mostráis? ¡Cuán justo fuera favorecer antes en vuestro castigo que a vuestra defensa! Pero de hoy más neçesitáis nos a vivir con vosotras con aviso, y por venimos a demandar socorro, porque es la ley de los nobles no le negar a cuantos afligidos le pidan, es razón que se os dé, y así es mi parecer que ante todas cosas tratemos de os dar armas con que peleéis y os defendáis, porque çiertamente os tienen en esto gran ventaja los ratones en dientes y uñas; por lo cual, habiéndolo mirado bien, es mi consejo que hagáis capaçetes de las cáxcaras de huevos que se pudieren haber, que muchas hay en este lago, que los pescadores las echan por çebo para nos pescar, y estas cáxcaras puestas en la cabeza os será alguna defensa para las heridas, y por lanças llevaréis unos yuncos que hay en esta ribera, que tienen buenas puntas con que podáis herir, que nosotros con nuestros dientes os los cortaremos cuantos tengáis neçesidad, y vosotras trabajad por os hazer diestras con estos yuncos como podáis con destreza herir; aprended con la boca y manos como mejor os aprovechéis dellos. Saldréis al campo con estas armas, y si os viéredes en aprieto recogeros heis al agua; estaremos muchos de vuestros amigos a la costa escondidos, y como ellos vengan con furia siguiendo su vitoria caerán en nuestras manos, y con nuestras colas y dientes el que en el agua entrare perderá la vida.» De todos fue aprobado el consejo del buen pez, y así deshecha la consulta cada cual se fue a aprovechar de lo que más pudiesse haber. Las ranas todas nos dimos a buscar cáxcaras de huevos por mandado de nuestra reina, y los barbos a cortar yuncos; y aunque se hallaron alguna cantidad de cáxcaras no fueron tantas que pudiesen armar a todas, por tanto se mandaron primero proveer los señores y prinçipales ranas, y después fueron repartidas las armas por banderas y compañías; pero ninguna fue sin lança, porque los barbos proveyeron de gran copia de yuncos; y así proveídas las banderas y capitanías por aquellos señores, considerando la reina que en toda su comarca no había más sabia rana que yo ni más experimentada en guerra y disensiones porque del monesterio iba yo diestra por la mucha costumbre en que estábamos a jugar de chapinazo y remesón por dame acá esa paja, prinçipalmente sobre quién sois vos, cuando començábamos a apurar los linajes, así que por conoçerme más industriada en las armas que a todas me rogó quisiesse aceptor el offiçio de capitán general; y así ordenadas las escuadras que cada una acometiesse a su tiempo y coyuntura, porque aun siendo mucha gente si va desordenada va perdida, cuanto más siendo nosotras pocas en comparación de los ratones, era más neçesario el buen orden y conçierto; y así yo me tomé Marfisa marquesa de la costa de Galilea que llevaba veinte mil, y a Marula duquesa de la costa de Tibiriades que llevaba otras veinte mil, y yo que de mi costa tomé otras diez mil. Con estas cinquenta mil ranas las mejor armadas que había en la compañía salimos del agua al campo; salimos una mañana en saliendo el sol con gran canto y grito. Quedaba la nuestro rey con otras veinte mil ranas dentro en el lago para socorrer en la neçesidad, y con otras muchos señores y principales del lago; y esto porque las ranas en sus batallas y guerras no consienten que sus reyes salgan al peligro hasta que no se puede escusar, que sus capitanes y señores hazen primeros acometimientos y rompimientos de la

guerra; y demás de la gente dicha estaba una buena compañía de çinco mil barbos todos escogidos y muy pláticos en la guerra, que se hallaron en las batallas que hubieron los atunes en tiempo de Lázaro de Tormes con los otros pescados; éstos traían por su capitán a Galafrón, duque de la costa de Genesareth, barbo de grande esperiència y ardid. Ya de nuestra salida tenían notiçia los ratones que no se les pudo esconder, y estaban a punto para nos reçibir, y pensando nosotras ser ventaja acometer, arremetimos con grande esfuerço, grita y ánimo, cubiertas bien de nuestros yelmos, puestas las puntas de nuestras lanças en nuestros enemigos porque se lançassen por ellas, y así començamos con mucho compás y orden a caminar para ellos. Venía en la delantera de toda la compañía aquel fuerte Lampardo, su capitán general, dando grandes saltos por el campo, que no pareçía sino que era este su día, y yo con aquella sobra de ánimo que se podía comparar con el de un fuerte varón salí a él, y como él no era avisado de aquella nuestra arma vínose derecho por me dañar, pero como le puse la punta del yunque y le piqué, saltó afuera hasta reconoçer bien el arma con que le herí. Ya se juntaron las hazes de la una parte y de la otra donde las nuestras mostraron tratar a los ratones mal, porque como ellos no habían pensado que nosotras tuviéramos armas tomaron algùn temor; y así se començaron a detener, y en alguna manera se sentía de nuestra parte ventaja, porque si les diéramos ocasión de nos temer no quisiéramos más. Pero de nuevo Lampardo y Brachimis y Aplopetes tornaron a nos acometer, y como sintieron que nuestras lanças y armas eran de ninguna fuerça ni valor lançáronse por nosotras con façilidad: mataban y despedaçaban cuantas querían, en tanta manera que no los podimos resistir su furia, y así fue neçesario recoger el exército al lago; y los ratones con aquel ánimo que la vitoria les daba vinieron a se lançar por el lago adelante, donde saliendo los barbos dieron en ellos con tanta furia que hiriendo con las colas y dientes en breve tiempo mataron y ahogaron más de diez mil; y quiso mi ventura que yo quedase en la tierra por recoger mi gente que venía huyendo desvaratada a lançarse sin orden al lago, y sucedió que como Lampardo me vido en el campo se vino para mí, y aunque yo le reçebí con algùn ánimo no me pudo negar mi naturaleza de flaca rana y no exercitada, por lo cual no le pudiendo resistir se apoderó en mí, y tropellándome con la furia que traía me hizo saltar el yelmo de la cabeça, y hincó con tanta furia los dientes y uñas en mí que luego espiré; y así no supe en aquella batalla lo que más passó, aunque sospecho que por grande que fuesse el favor de los barbos no quedarían los ratones sin satisfazerse bastantemente.

MIÇILO. Por çierto gran deseo me queda de saber el suçeso de la batalla, porque no puedo yo creer que quedasse sin bastante satisfaziòn la justiçia de Dios. Cosa maravillosa es que un animal tan sin manos, simple y pusilámene, tenga atrevimiento para así con tanto daño engañar; un animal tan callado, tan humilde, tan sin alteraciòn, de tanta religiòn y recogimiento acometa un tan atroz y nefando insulto, speçie tan calificada de traiçión. ¿Quién no fiara dellas?, ¿a quién no engañarán con su aparente simpleza? No en vano dizen que más daño haze un río manso, que un hondo y furioso, porque a la continua se vio por esperiència estar la hondura y çiénago en el remanso y quietud del agua. Pero sobre todo lo que me has contado, gallo, estoy espantado cuando considero cuán estremado

animal es la muger, tan presuntuoso, tan vanaglorioso, tan desasosegado, tan cobdicioso de estima, mando y veneración, habiendo sido criado por Dios para tanta bajeza y humildad, qué poca diferencia y ventaja hay entre la rana y este animal; y no veréis muger por miserable que sea que no presuma de si ser mereçedora y poderosa para mandar y gobernar la monarchía del universo, y que es pequeño el mundo para lo mucho que tiene entendido de sí. Ciertamente tú tienes mucha razón en sustentar haber toda criatura corrompido la carrera y regla de su vivir, que hasta una monja que está en un monasterio ençerrada, habiendo professado la humildad y menospreçio de los mandos y preheminiencias y ventajas con que el mundo favoreçe a sus más incumbrados naturales, y habiendo prometido a Dios y a la religión negarse a sí y a su proprio interés, y que solamente hará la voluntad ajena y de su perlada y mayor, y veis con cuánto extremo se sacude de su profesión, y en alma y obras y pensamiento vive al revés; y porque me parece que es especie de estremada vileza dezir mal de mugeres quiero callar porque los hombres honrados antes las deben defender por ser flaco animal. Una sola cosa no puede dexar de dezir y encarecer, el extremo que tienen en el amar y aborrecer, en el qual ningún inconveniente ni estorbo se le pone delante para dexar de effectuar su voluntad; y si no las obedecéis y respondéis cuando os llaman con igual amor, vuelven en tanto odio y ira que se arriscan al mayor peligro del mundo por se satisfazer.

GALLO. ¡Ay Miçilo!, que en mentarme ese propósito me has lançado un espada por las entrañas, porque me has acordado que por esa causa estuve en punto de perder un amigo, el mayor y más fiel que nunca tuvo la antigüedad. Que si mi coraçón sufriese a te lo contar maravillarte hias cómo acordándome dello no reviento de pasión.

MIÇILO. Gran deseo me pones, gallo, de te lo oír, y así te ruego que te esfuerçes por amor de mí a me lo contar, que según me lo has encareçido debe de ser cosa digna de saber.

GALLO. Pues aunque sea a costa de mis ojos y coraçón yo te lo quiero contar por te obedecer. Cantarte he un amigo qual nunca otro como él se vio; en fin, qual deben los buenos amigos ser, y lo demás que a este propósito acompañaré en el canto que se sigue lo oirás.
Fin del octavo canto del gallo

Argumento del nono canto del gallo

En el nono canto que se sigue el auctor, imitando a Luçiano en el diálogo llamado Toxaris, en el qual trata de la amistad, el auctor trata de dos amigos fidelísimos que en casos muy arduos aprobaron bien su intinçión. Ensénasse cuáles deben ser los buenos amigos.

GALLO. ¿Estás ya despierto, Miçilo?, que yo a punto estoy para proseguir en lo que ayer quedé de te contar; porque aunque sea a costa de mis entrañas y me dé algún dolor, oirás una conformidad y fidelidad de dos amigos los mayores y más verdaderos que nunca entre los hombres se vio: una confiança y affiçión que dixeras vivir una sola alma en dos, una casa, una bolsa, unos criados, un espíritu sin parçialidad ni división.

MIÇILO. Gran pieza de tiempo ha que estoy deseando que despiertes, cobdicioso de te oír. Agora di tú, que sin distraimiento alguno te oiré

todo lo que querrás.

GALLO. Pues ante todas cosas te quiero hazer saber que siendo yo un tiempo natural francés y de París llamado Alberto de Cleph, y siendo mançebo mercader, tuve un amigo natural de la mesma çuadad llamado Arnao Guillén, el más verdadero y el más fiel que nunca tuvo la antigüedad. Éste fue casado en la villa de Embers, en el ducado de Brabante, con una donzella llamada Beatriz Deque, hija de honrados padres, hermosa y de buen linaxe, la cual truxo consigo a vivir a París. Pues por haber sido grandes amigos en nuestra niñez y juventud no çesé nuestra amistad por ser Arnao casado, mas antes se augmentó y creçió más; y así porque sepas a cuánto llegó nuestra afiçión y amor sabrás que por tener çiertas cuentas viejas que convenía desmarañarlas con çiertos mercaderes de Londres hubimos de ir allá, y aparejado nuestro flete y matalotaxe dímonos a la vela encomendándonos a Dios. Y yo era hombre delicado y de flaca complexión, neçesitado al buen regimiento, y a mirar bien por mi salud, pero Arnao era hombre robusto, valiente, membrudo y de muy fuerte natural; y luego como salimos del puerto a mar alta començóseme a levantar el estómago y a vomitar con gran alteraçión y desasosiego de mi cuerpo, con gran desvaneciimiento de cabeça; y así suçedió a esto que nos sobrevino luego una tan fagrosa y espantosa tempestad que pareçía que el çielo con todas sus fuerças nos quería destruir. O Dios omnipotente que en pensarlo se me espeluçan y enheriçan agora las plumas de mi cuerpo. Començósse a obscureçer con grandes nublados el día, que a noche muy çerrada semejava; bramaba el viento y el tempestuoso mar con espantosos truenos y temerosos relámpagos, y mostrándose el çielo turbado con espesas plubias nos tenía a todos desatinados. Los vientos soberbios nos cercaban de todas partes: agora heriendo a popa, agora a proa, y otras vezes, lo que más desespera al piloto, andaban rodeando la nave hiriendo el costado con gran furia; andaban tan altas las olas que pareçían muy altas montañas, que con tan temerosa furia nos mojaban en lo más escondido del navío como si anduviéramos a pie por medio del mar. Cada vez que venían las olas a herir en el navío tragábamos mil vezes la muerte desesperados de salud. Gritan los pilotos y grumetes, cual en popa, cual en proa, cual en la gavia, cual en el gobernalle; amarillos con la muerte esperada, gritan mandando lo que se debe hazer, pero con la brama del mar y vientos no se pueden unos a otros oír, ni se haze lo que se manda. Las velas lleva ya el mar hechas andraxos y del mastel y antena no hay pedaço de un palmo, todo saltó en rachas, y muchos al caer fueron mal heridos en diversas partes de su cuerpo. Sobrevino ya la noche que hizo doblada la obscuridad, y por el consiguiente la tempestad más atroz y soberbia. Era tanto el estruendo que sonaba en los cóncavos çielos, y tantos los truenos que de la parte del septentrional polo proçedían, que pareçía desconçertarse los exes de los nortes, y que el çielo se venía abajo; la naturaleza mesma por la parte de la tierra temió otra vez la confusión del diluvio que en tiempo de Noé pasó, porque los elementos pareçía haber rompido su concordia y límites, y que volvía aquella tempestuosa lluvia que en cuarenta días bastó cubrir toda la haz de la tierra. Muchas vezes el torbellino de las olas nos subió tan altos que víamos desde ençima tan gran despeñadero de mar quanto se ve estando las aguas serenas desde las altas rocas de Armenia, pero quando nos bajaba el curso al valle entre ola y ola apenas descubría el mastel

sobre las ondas; de manera que unas vezes tocábamos con las velas en las nubes, y otras con el rostro del navío en el arena; y el miedo era ya tanto que no sabía el maestro socorro alguno en su arte, ni sabía a cuál ola se aventurasse, ni de cuál se asegurasse y guardasse, porque en tal estado estábamos que la mesma discordia del mar nos socorría para que no fuésemos a lo hondo, porque en trastornando una ola la nao por la una parte, llegaba otra por la contraria que expelía la parte vençida y la levantaba; de suerte que era forçado que cualquier viento que llegasse fuesse en su favor para endereçarla. Imagina qué confusión hubiesse allí con el gritar, amainar y cruxir, y matarse los unos sin oírse los otros por el grande estruendo y ruido del mar y vientos, y sin verse por la gran obscuridad que hazía en la noche. Pues estando el çielo y el mar en este estado que has oído, quiso mi ventura que como mi estómago fuesse indispuesto y alterado por el turbado mar y su calidad, vomitaba muy a menudo de lo íntimo de las entrañas; suçedió que queriendo una vez con gran furia vomitar colgado algo al borde sobre el agua por arrojar lejos, y espeliendo una ola el navío me sacudió de sí al mar; y aun quiso mi ventura que por causa de mi mala dispuisição no estuviese yo desnudo como estaban ya todos los otros a punto, para nadar si el navío se anegasse; y como yo caí en el agua de cabeça fue luego sumido a lo hondo; pero ya casi sin alma la mesma alma me subió arriba, y ansí llegando a lo alto començé a gritar y pedir socorro; y como Arnao andaba buscándome por el navío y no me halló donde me había dexado, miró al agua y plugo a Dios que me reconoçió entre las ondas, y sin temer tempestad, obscuridad y braveza de las olas saltó junto a mí en el agua que ya estaba desnudo como los otros, y luego animándome dixo: «Esfuérçate, hermano Alberto, no hayas miedo que aquí estoy yo, que no pereçerás mientras la vida me acompañare.» Y como junto a mí llegó me levantó con las manos trayéndome al amor del agua y al descanso de la ola; llevábannos los vientos por el mar acá y allá sin poderlos resistir, y la ola furiosa con ímpetu admirable nos arrebatava y por fuerça nos hazía apartar lexos el uno del otro; pero luego volvía Arnao a las voces que yo le daba, y con fuerças de más que hombre me tomava, y con amorosas palabras me esforçaba no le doliendo a él su propria muerte «tanto como verme a mí çercano a la mía». Procuraban del navío echarnos tablas y maderos con intinçión de nos remediar, pero no nos podíamos aprovechar dellas por el gran viento que las arrebatava de nuestras manos, y lo que más nos desesperava y augmentava nuestra miseria era que durasse tanto la tempestad, y aun pareçía que sobre ser passadas diez horas de la noche començaba. Piensa agora, yo te ruego Miçilo, si en el mundo se puede agora hallar un tal amigo que en tan arduo caso, estando seguro en su navío en lo más fragoso desta tan furiosa tempestad, viendo en semejante neçesidad su compañero tan çercano a la muerte, con tanto peligro se arroje a la furia y fortuna del agua, viento y ola, y a la oscuridad de la tempestuosa noche. Pon, yo te ruego, ante tus ojos todos aquellos tan encareçidos peligros, que no hay lengua que los pueda poner en el extremo que tiene en la oportunidad la verdad, y mira cómo despreciándolo todo Arnao y posponiéndolo, solamente estima salvar al compañero por tenerle tan firme amor. En fin, plugo a Dios que trayéndonos las olas vadeando por el mar, venimos a topar un grueso madero que el agua traía sobre sí de algún navío que debía haber dado al través, y como se

abrió arroxónos aquel madero para nuestro socorro y remedio, pues ambos trabados a él con la fuerça que podimos que ya afloxaba algo la tempestad, trabajando Arnao ponerme ençima, las olas amorosas nos hubieron de poner en el puerto inglés sin más lisión. Este aconteçimiento te he contado, Miçilo, porque veas si tengo razón de te encareçer tanto nuestra amistad, porque al prinçipio te propuse que éramos los mayores amigos que nunca el mundo tuvo en sí, agora habrás visto si tengo razón.

MIÇILO. Por çierto, gallo, tú dizes gran verdad, porque no se puede mayor prueba ofreçer.

GALLO. Pues agora quiero proçeder en mi intinçión, que es contarte el peligro que en nuestra amistad se ofreçió por ocasión de una muger. Pues agora sabrás que vueltos en Françia hubimos de ir a una feria de Embers, de junio, como solíamos a la continua ir, y Beatriz importunó a Arnao su marido que la llevase consigo por visitar a sus padres que después de las bodas no los vió; y ansí Arnao lo hizo por darle placer. Pues aparejado lo neçesario para el camino salimos de la çudad de París, y por ser yo tan obligado a Arnao procuraba servir a su muger todo lo que podía, pensando en qué le pudiesse yo a él pagar alguna parte de lo que le debía por obligaçión; y ansí procuraba en esta xornada, y en cualquiera cosa que se ofreçía, ansí en su dueña como en él, haberle con todas mis fuerças de agradar y servir; y ansí a él le parecía estar bien empleado en mí el peligro en que por mí se vio. Y como el demonio siempre solliçite ocasiones para sembrar discordia entre hermanos, que es la cosa que más aborreçe Dios, pareçióle que haría a su propósito si ençendía el coraçón de Beatriz de laçivo amor de mí; y ansí la pobre muger alterada por Sathanás conçibió en su pecho que todo quanto yo hazía por respecto de la obligaçión que tenía a mi bondad, concibió ella que lo hazía yo lisiado de su amor, por lo cual pareçiéndole deber a noble piedad y gratitud responder con el mesmo amor, y aun poniendo de su parte mucho más de lo que por balança se podía deber, pensando incurrir en gran falta a su nobleza y generosidad si mucho más no daba sin comparaçión, ansí me amó tanto que en todo el camino y feria de junio no sufría apartar su coraçón un punto de mí, y esto era con tanta passión que con ninguna lengua ni juizio te lo puedo encarecer; porque como algunas vezes le mostrasse tenerla afiçión, otras vezes como yo hiziesse mis obras con el descuido natural, hazíala desbaratar y afligir. ¡O cuántas vezes conocí della tener la habla fuera de los dientes para me manifestar su intinçión, y con los labrios tornarla a compremir por no se afrontar! Buscaba lugares convenientes delante de su marido y padres, ocasiones que no se podían escusar para me abraçar, tocar y palpar por se consolar y satisfazer; por los ojos y por el aire con sospiros, con el rostro y meneos del cuerpo me enviaba mensajeros de su pena. Pero yo disimulaba pensando que cansándola se acabaría su pasión; y ello no era ansí, pero cada día creçía más; yo reçebía grandíssima pena en verme puesto en tanto peligro, y pensaba de cada día cómo se podría remediar, y creyendo que sola el ausencia podría ser mediçina, dolíame apartarme de la compañía de mi amigo Arnao, por lo cual muchas vezes llorando amargamente maldezía mi ventura y a Sathanás, pues a tanto mal había dado ocasión; y estando pensando cómo me despediría, como fue acabada la feria acordó Arnao que nos volviésemos a París, y ansí mandó a toda furia aparejar; y estando todo lo neçesario a punto díxome que partiesse yo con

su dueña, que él quería quedar a negociar cierto contrato que le faltaba, y que le fuésemos aguardando por el camino, que a la segunda xornada nos alcanzaría. Dios sabe cuánta pena me dio oír aquel mandado, y me pesaba no haber huido antes, pensando que fuese urdimbre de Sathanás para me traer por fuerza a la ocasión de ofender; y por el contrario fue muy contenta Beatriz, pensando que se le aparejaba la oportunidad forzosa que yo no podría huir. Y así disponiéndonos Arnao todo lo necesario, tomando la mañana comenzamos nuestro camino; iba Beatriz muy alegre y regocijada llevándome en su conversación, decía muchos donaires y gentilezas que el amor le enseñaba, debajo de los cuales quería que yo entendiese lo que tenía en su voluntad, no se atreviendo a descubrirse del todo hasta verse en lugar oportuno que no la corriese peligro de afrenta, porque le parecía a ella que yo no respondía a su intención como ella quisiera, aunque algunas vezes juzgaba mi cobardía ser por que temía descubrir mi traición; y así ella se desenvolvía algunas vezes demasiado por me hazer perder el temor, y sufríasse pensando que aquella noche no se podría excusar sin que a ojos cerrados se efectuasse la prueba de nuestra voluntad; y así aquella xornada se cumplió con llegar ya casi la noche a una villa buena que se llama Bruxelas, que es en el mesmo ducado de Bravante; donde llegados mandé que los moços diessen buen recado a las cabalgaduras, y al huésped previne que tuviesse bien de cenar; y parecióme ciertamente estar acorralado, y que en ninguna manera podía huir aquella oportunidad y ocasión, porque cierto sentí de la dama que estaba determinada de me acometer, de lo cual yo demandé socorro a Dios; y como fue aparejada la cena venimos a cenar, lo cual se hizo con mucho regocijo, abundancia y plazer; y como fue acabada la cena quedamos sobre la tabla hablando con el huésped y huéspeda su muger en diversas cosas que se ofrecieron de nuestra conversación; y como fue pasada alguna parte de la noche dixé al huésped : «Señor, gran merced recibiré que porque esta señora que conmigo traigo es muger de un grande amigo mío que me la fío, duerma con vuestra muger, que yo dormiré con vos.» Beatriz mostró recibir esto con gran pena, pero calló esforzándose a la disimular; y el huésped respondió: «Señor, en esta tierra no osamos fiar nuestras mugeres de ninguna otra persona que de nosotros, cuanto quiera que venga en hábito de muger, porque en esta tierra sucedió un admirable caso en el cual un hijo del señor deste ducado de Bravante en hábito de muger gozó de la hija del rey de Inglaterra y la truxo por suya aquí.» Y como Beatriz vio que se le aparejaba bien su negocio, aunque se le dilatasse algo, importunó al huésped le contasse aquella historia como aconteció. Lo cual no me pesó a mí pensando si en el entretanto pudiesse amanecer; y importunado el huésped así comenzó: «Sabréis, señores, que en este ducado de Bravante fue en un tiempo un bienaventurado señor, el cual tuvo una virtuosa y agraciada dueña por muger, los cuales siendo algún tiempo casados y conformes en amor y voluntad sin haber generación; y después en oraciones y ruegos que hizieron a Dios sucedió que vino la buena dueña a se empreñar y de un parto parió dos hijos, el uno varón y el otro hembra, los cuales ambos en hermosura no tenían en el mundo par; y así fueron los niños criados de sus padres con tanto regalo como era el amor que los tenían; y como fueron de un parto fueron los más semejantes que nunca criaturas nacieron, en tanta manera que no había hombre en el mundo que pudiese

poner diferencia entre ellos, ni los mismos padres lo sabían discernir, mas en todo el tiempo se engañaron mientras los criaban, que por solas las amas los venían a conocer; y así acordaron de los llamar de un nombre por ser tan semejantes en el aspecto, rostro, cuerpo, aire y disposición: llamaron al varón Julio y a la hija Julieta. Fueron estremadamente amados de los padres por ser tan lindos y tan deseados y no tener más; y así yendo ya creciendo en edad razonable, conociendo ya ellos mismos su similitud usaban para su pasatiempo de donaires y graciosos ejercicios por dar placer a sus padres; y así muchas veces se mudaban los vestidos, tomando Julio el hábito de Julieta, y Julieta el de Julio, y representándose ante sus padres con un donaire gracioso recibían placer como con tanta gracia se sentían burlados por sus amados hijos; y así Julieta en el hábito que más le plazía se iba muchas veces a solazar, agora por la ciudad, agora por el mar, tomando la compañía que más le plazía. Y un día entre otros salió de su aposento ataviada de los vestidos de su hermano Julio a toda gallardía y con su espada ceñida, y pasando por la sala tomó dos escuderos que allí halló y lanzóse por el mar en un bergantín que para su solaz estaba a la continua aparejado; y sucedió que, esforzándose el viento, a su pesar fueron llevados por el mar adelante sin poder resistir; y como a los que Dios quiere guardar ningún peligro les daña, aunque con gran temor y tristeza fueron llegados una pieza de la noche a la costa de Inglaterra y lanzados por un seguro puerto sin saber dónde estaban; y como sintieron la bonanza y el seguro del puerto, aunque no conocían la tierra, llegándose lo más que pudieron a la ribera determinaron esperar allí el día; y así, como Julieta venía triste y desgraciada y desvelada por causa de la desusada tempestad se echó luego debajo del tapete a dormir, y lo mismo hicieron por la plaza del bergantín los escuderos, y fue tan grande y de tanta gravedad su sueño que siendo venida gran pieza del día aún no despertaron. Y sucedió aquella mañana salir la infanta Melisa, hija del rey de Inglaterra, a caza con sus monteros por la ribera del mar, y como mirando acaso vio dentro del agua el bergantín ricamente entoldado y que no parecía persona que viniese en él, mandó que saltasen de su gente y viessen quién venía allí, y luego fue avisada por los que dentro saltaron que en la plaza del bergantín estaban dos escuderos dormiendo, y que dentro en el tapete estaba el más lindo y agraciado mançebo de edad de catorce años que en el mundo se podía hallar. Y cobdiciosa la infanta de lo ver mandó echar la puerta en tierra y apeándose de su palafren saltó dentro del bergantín, y como vio a Julieta dormiendo con su espada ceñida juzgóla por varón, y así como la vio tan linda y tan hermosa en tan conveniente edad, fue luego presa de sus amores; y aguardando a que despertase, por no la enojar, estuvo por gran pieza contemplando su belleza y hermosura, y como despertó la saludó con gran dulçura preguntándola por su estado y viaje. Julieta le dixo ser un caballero andante que la fortuna del mar le había echado allí, y que se tenía por bien acertado y venturoso si la pudiese en algo servir. Melisa ofreciéndosele mucho para su consuelo la rogó saliese a tierra convidándola a la caza, diciendo que por aquellas partes la había mucha y muy buena de diversos animales; y así como reconoció Julieta el valor de la dama, y por verse en su tierra, holgó de la complazer; y así le fue dado un muy hermoso palafren, en el cual cabalgando Julieta, y Melisa en

el suyo, se metieron con su compañía por la gran espesura de la montaña a buscar alguna caça; y como no se podía sufrir la infanta Melisa por la herida de su llaga que la atormentaba sin poderla sufrir, procuró cuanto pudo alongarse de su gente y monteros por probar su ventura, y cuando con Julieta se vio sola entre unos muy cerrados matorrales la importunó se apeasen a solazar junto a una muy graciosa fuente que corría allí; y cuando fueron apeadas las dos graciosas damas comenzó Melisa a hablar a Julieta con gran piedad, y aunque con mucha vergüenza y empacho le fue descubriendo poco a poco su herida, y teniendo los ojos lançados en el suelo, suspirando de lo íntimo del corazón, yéndosele un color y viniéndosele otro le muestra perderséle la vida si no la socorre; y así como ya tiene por el gran fuego que la abrasa descubierta la mayor parte de su dolor, queriéndose aprovechar de la oportunidad, se arriscó a tanto que abraçando a Julieta la besa en la boca con mucho dulçor y suavidad». Yendo pues el huésped muy puesto en el proceso de su historia estaba Beatriz toda trasladada en él pareciéndole que todo aquel cuento era profecía de lo que a ella le había de suceder, y así como el huésped aquí llegó, Beatriz con un gran suspiro me miró con ojos de piedad, y el huésped procedió sin echarlo de ver, diziendo: «Pues como Julieta por el suceso tiene entendido que Melisa la tiene por varón, y viendo que a su pasión no la puede dar remedio, estando confusa y pensativa qué camino tomaría, acordó ser muy mejor descubrirle ser muger como ella, antes que ser tomada por caballero neçio y cobarde para semejantes casos de amor, y dixo la verdad, porque çierto era cosa de caballero afeminado rehusar una dama de tanta gentileza que se ofrece con tanta dulçura y buena oportunidad; y así con un gentil y agraciado modo la avisa ser donzella como ella, contándola toda su ventura y viaje, padres y naturaleza. Pero como ya la saeta de amor había hecho en ella su cruel efecto, estaba ya tan enseñoreado en su corazón el fuego que la abrasaba que le vino tarde el socorro y aviso que de su naturaleza le dio Julieta, y por esta causa no le pareció menos hermoso el rostro de su amada, mas antes a más amarla se ençiende, y entre sí pensaba su gran dolor por estar desesperada de remedio; y así reventando toda en lágrimas bañada, por consolar algo su pena, decía palabras que movían a Julieta a gran lástima y piedad: maldecía su mal hado y ventura, pues cualquiera otro amor santo o deshonesto podría tener alguna esperanza de buen fin, y éste no tiene sino suspiros y llorar con inmensa fatiga, decía llorando: «Si te parecía Amor, que por estar yo libre de tu saeta estaba muy ufana, y querías con algún martirio sujetarme a tu bandera y señorío, bastara que fuera por la común manera de penar, que es la dama por varón, porque entonces yo empleara mi corazón por te servir. Pero hasme herido de llaga muy contra natural, pues nunca una dama de otra se enamoró, ni entre los animales, qué pueda esperar una hembra de otra en este caso de amor. Esto parece, Amor, que has hecho porque en mi penar sea a todos manifiesto tu imperio, porque aunque Semiramis se enamoró de su hijo y Mirrha de su padre y Pasiphe del toro, ninguno destes amores es tan loco como el mío, pues aún se sufriera si tuviera alguna esperanza de efectuarse mi deshonestidad y deseo, pero para mi locura no habría Dédalo que injeniase dar algún remedio contra lo que naturaleza tan firmemente apartó». Con estas lamentaciones se aflige la gentil dama mesando sus dorados cabellos y amortiguando su bello

rostro, buscando vengança de sí mesma por haber emprendido empresa sin esperança de algún fin; y Julieta lo mejor que podía se la consolaba habiendo gran piedad de su cuita y lágrimas que afligían su belleza. Ya se ponía el sol y se llegaba la noche, y como las damas no hayan usado dormir en la montaña ruega Melisa a Julieta se vaya con ella a su çiudad que estaba çerca, lo cual Julieta açetó por su consolación; y ansí se fueron juntas a la çiudad y entraron en el gran palaçio, donde muchas damas y caballeros la salieron a reçibir; y considerando Melisa que ningún provecho reçibe de tener a su Julieta en hábito de varón la vistió de muy ricos briales suyos; porque gran yerro fuera no reçibiendo provecho aventurarse al peligro de infamia que de allí se pudiera seguir; y también lo hizo, porque como en el vestido de varón la dañó, quiere ver si en el de muger se puede remediar y curar su dolencia. Y ansí recogíendose ambas en su retrete lo más presto que pudo la vistió muy ricos recamados y joyeles con que ella se solía adornar, y ansí la sacó a su padre a la gran sala diziendo ser hija del duque de Bravante, que la fortuna del mar la había traído allí saliéndose por él a solazar; y ansí el rey encomendó mucho a su hija Melisa la festejasse por la consolar y luego despacharon mensajeros para avisar al duque su padre; los duques fueron muy consolados porque habían estado en gran cuita por la pérdida de su hija Julieta, y enviaron a dezir al rey que en todo hiziesse a su voluntad. Aquella noche fue Julieta muy festejada de damas y caballeros con un solene serao, donde Julieta dançó a contento del rey, damas y caballeros, que todos la juzgaban por dama de gran gallardía, hermosura y valor, y sobre todas contentó a la infanta Melisa; y siendo llegada la hora de la çena fueron servidos con gran solenidad de manjar, música y aparato, la cual acababa, Melisa convidó a Julieta a dormir; y recogidas en su cámara se acostaron juntas en una cama, pero con gran diferencia en el reposo de la noche, porque Julieta duerme y Melisa suspira con el deseo que tiene de satisfazer su apetito, y si acaso un momento la vençe el sueño es breve y con turbadas imaginaciones, y luego sueña que el çielo la ha conçedido que Julieta sea vuelta varón, y como aconteçe a algún enfermo si de una gran calentura cobdiçioso de agua se ha dormido con gran sed, en aquel poquito de sueño se le parecen cuantas fuentes en su vida vido, ansí estando el espíritu de Melisa deseoso pareçiale que vía lo que sueña; y ansí despertando no se confía hasta que tienta con la mano y ve ser vanidad su sueño; y con esta pasión comiença la desdichada a hazer votos de romería a todas las partes de devoçión porque el çielo hubiesse della piedad; pero en vano se aflige, que poco le aprovechan sus promesas y oraçiones por semejantes fines. Y ansí passó en esta congojosa contienda algunos días hasta que Julieta la importunaba que quiere volver para sus padres, prometiéndola que tomando su liçençia dellos volverá a la visitar lo más breve que ella pueda, lo cual por no la desgraçiar se lo conçedió la infanta, aunque con gran dificultad y pasión, confiando que Julieta cumplirá su palabra que le da de volver.

Pues como fue aparejado todo lo neçesario para la partida, la mesma Melisa le entoldó el bergantín de sus colores y devisas lo más ricamente que pudo, y le dio muchas donas de briales y joyeles de gran estima y valor; y como Julieta se despidió del rey y reina la acompañó Melisa hasta el mar, la cual como allí fueron llegadas, llorando muy amargamente la

abraça y bessa suplicándola con gran cuita vuelva si la desea que viva, y así Julieta haziéndola nuevas juras y promesas se lançó en el bergantín, y levantadas velas continuando sus remos se cometió al mar, el cual en próspero y breve tiempo se passó. Quedaba Melisa a la orilla del mar puestos los ojos y el alma en las velas del navío hasta que de vista se le perdieron, y muy triste y sospirando se volvió a su palacio. Como Julieta llegó a sus riberas los padres la salieron a reçebir con grande alegría como si de muerta resuçitara, haziéndose muchas fiestas y alegrías en toda su tierra; muchas vezes contaba a sus padres la tempestad y peligro en que el mar se vio conmoviéndolos a muchas lágrimas, y otras vezes les encarecía el buen tratamiento que de la infanta Melisa había reçebido: su grande hermosura, graçia, donaire y gran valor, dando a entender ser digna entre todas las donzellas del mundo a ser amada y servida del caballero de más alteza ; y como Julio la oía tantos loores de la infanta ençendió su coraçón a emprender el serviçio de dama de tan alta guisa; dezía en su pecho: «¿En qué me podía yo mejor emplear que estar en su acatamiento todos los días de mi vida, aunque yo no merezca colocarme en su coraçón? Pero a lo menos gloriarme he haber emprendido cosa que me haga entre caballeros de valor afamar.» Y así con esta intinçión muchas vezes estando solo con su hermana Julieta la importunaba le contasse muy por estenso y particular todo lo que había passado con Melisa, y por le complazer le contó cómo dormiendo ella en el bergantín aquella mañana que a Londres llegó la salteó la infanta Melisa, y cómo teniéndola por varón por llevar el vestido y espada ceñida se enamoró della, y tanto que junto a la fuente la abraçó y bessó dulçemente demandándola sus amores, y cómo le fue forçado descubrirle ser muger, por lo cual no podía satisfazer a su deseo, y cómo no se satisfizo hasta que la tuvo consigo en su cama muchas noches; y la pena y lágrimas con que della se despidió prometiéndole con muchas juras de la volver a visitar. Y luego como su hermana Julieta contó a Julio su historia resuçitó en su coraçón una viva y çierta esperança de gozar los amores de Melisa por esta vía, teniendo por imposible haberla por otra manera; y así industriado por Amor tomó aviso, que con el vestido y joyas de su hermana sería por el rostro tomado por ella. En fin, sin más pensar aventurándose a cualquier suceso se determinó tentar donde alcançaba su ventura, y así un día demandó a Julieta le diesse el tapete que le dio Melisa para el bergantín con la devisa, porque se quería salir a solazar; y vestido de un rico brial que Melisa dio a Julieta, y cogidos los cabellos con un graçioso garbín, adornado su rostro y cuello de muy ricas y hermosas joyas y perlas de gran valor, se lançó a manera de solazar por el mar; y cuando se vio dentro en él, mandó a los que gobernaban guiassen para Londres, y en breve y con próspero tiempo llegó al puerto, y por las señas conoçió el lugar donde su señora Melisa cada día venía por esperar a su hermana Julieta; y como la compañía de la infanta reconoçió la devisa y orla del tapete que llevaba el bergantín corrián a Melisa por demandar las albriçias; y como Melisa le vio, engañada por el rostro, le juzgó por Julieta reçibiéndole con la posible alegría, porque çierto se le representó Julio lo que más amaba su coraçón; y así luego le aprieta entre sus braços, y mil vezes le bessa en la boca con mucha dulçura, nunca pensando de se satisfazer. Agora pues, podéis vosotros señores, pensar si fue Julio passado con la misma saeta con que

amor hirió a Melisa, y pensad en cuánta beatitud estaba su ánima cuando en este estado se vio. Metióle en una cámara secreta donde estando solos con besos y abraços muy dulçes se tornó de nuevo a satisfazer, y luego le haze traer un vestido suyo muy rico a maravilla que le había labrado para se le dar si viniessse a visitarla, o enviársele, y vistióle de nuevo cogiéndole los cabellos con una redeçilla de oro; y así todo lo demás del vestido, y atavío le dispuso en toda gentileza y hermosura como más agraçiado la pareçiesse; y la voz que en alguna manera le podía diferençiar trabajó Julio por excusarla todo lo que pudo. Y luego le llevó a la gran sala, donde estaban sus padre y muchas damas y caballería, los cuales todos la reçibieron con gran alegría, y todos le miraban a Julio contentos de su belleza, pensando que fuesse muger, y así con semblante amoroso le hazían señas mostrándole desear servir y agradar. Pues siendo ya passada alguna parte de la noche en grandes fiestas, y después de ser acabada la sunptuosa çena y graçioso serao, llevó la infanta Melisa consigo a Julio a dormir; y así siendo despojados de todos sus paños, despidiendo su compañía, quedaron solos en una cama ambos dos y sin luz. Y como Julio se vio solo y en aquel estado con su señora, y que de su habla no tenía testigo le començó así a dezir: «No os maravilléis, señora mía, si tan presto vuelvo a os visitar, aunque bien creo que pensastes nunca más me ver. Si este día que por mi buenaventura os vi yo pensara poder de vos gozar con plazer de ambos a dos, yo me tuviera por el más bienandante caballero del mundo residir para siempre en vuestra presençia. Pero por sentir en vos pena y no os poder satisfazer ni bastar a os consolar determiné de me partir de vos, porque gran pena da al muy sediento la fuente que tiene delante si de ella por ninguna vía puede beber; y podéis, señora, ser muy çierta que no faltaba dolor en mi coraçón, porque menos podía yo estar sin vos un hora que vos sin mí, porque de la mesma saeta nos hirió Amor a ambos a dos; y así procuré de me partir de vos con deseo de buscar remedio que satisfiziesse a nuestra llaga y contento, por lo cual, señora, vos sabréis que yo tengo una abuela, la muger más hadada y más sabia que nunca en el mundo jamás se vio, que la tienen los hombres en nuestra tierra por diosa, o ninfa, tanto es su poder y saber: haze que el sol, estrellas, çielos y luna la obedezcan como yo os obedezco a vos; en conclusión, en la tierra, aire y mar haze lo que sólo Dios puede hazer. A ésta me fue con lágrimas que movían a gran compasión demandándola piedad, porque çierto si no me remediara fáçilmente pensara morir; y ella comovida a lástima de su Julieta díxome que demandasse cualquiera don, y yo contándole la causa de mi afliçión la demandé que me convirtiesse varón por solo gozar de vos y os complazer, y ella con aquella liberalidad que a una nieta tan çercana a la muerte se debía tener, me llevó a un lago donde ella se baña cuando sus artes quiere exerçitar, y allí començando a invocar se zapuzó en el lago tres vezes y ruçiándome el rostro con el agua encantada me vi vuelta en varón, y como tal me conoçí quedé muy contento y muy maravillado que criatura tuviesse tan soberano poder. Agora pues, señora mía, pues por vuestro contento yo impetré este don veisme aquí sujeto a vuestro mandar: haced de mí lo que os plugiere, pues yo no vine aquí a otra cosa sino por os servir y complazer.» Y así acabando Julio de la dezir esto hizo que con su mano toque, vea y tiente; y como aconçeçe a alguno que deseando

mucho una cosa, cuanto más la desea más desespera de la alcanzar, y si después la halla dubda si la posee, y mirándola y palpándola aún no cree que la tiene, así acontece a Melisa: que aunque ve, toca y tienta lo que tanto desea, no lo cree hasta que lo prueba; y así decía: «Si éste es sueño haga Dios que nunca yo despierte». Y así se abraçaron con besos de gran dulçura y amor, y gozándose en gran suavidad, con apazibles juegos pasaron la noche hasta que amaneciò. Esta su gloria estuvo secreta más de un mes, y como entre poderosos no se sufre haber secreto entendieron que se les comenzaba a descubrir, por lo cual acordaron de se salir secretamente y venirse en Bravante, por no caer en las manos del rey que con cruel muerte castigara ambos a dos. El cual con mano armada vino a esta tierra por los haber, y porque el duque los defendió hizo tanto daño y mal en esta tierra que...». Como el huésped llegaba aquí dieron a las puertas del mesón golpes con gran furia, y como yo estaba tan deseoso que viniese Arnao arremetí a las puertas por las abrir, y vile que se quería appear. Regoçijósseme el alma sin comparación y di graçias a Dios por hazerme tan gran merçed. Sentí en Beatriz una tristeza mortal, porque çierto aquella noche esperaba ella hazer anatomía de mi coraçón, por ver qué tenía en él. Luego dimos de çenar a Arnao y se acostó con su muger. Otro día de mañana partimos de allí con mucho regoçijo, aunque no mostraba Beatriz tanto contento, pareçiéndole a ella que no se le había hecho a su voluntad. En esta manera fuemos continuando nuestras xornadas hasta llegar a París, donde llegados procuró Beatriz proseguir su intençión, y así en todos los lugares donde había oportunidad y se podía ofreçer mostraba con todos los sentidos de su cuerpo lo que sentía su coraçón; y un día que se ofreçió entrar en casa y hallarla sola, como ya no podía disimular la llaga que la atormentaba, ençendido su rostro de un vergonçoso color, se determinó descubrir su pecho diziendo padeçer por mi amor, que la hiziesse tanta graçia que no la dexasse más penar, porque no tenía ya fuerças para más lo encubrir; y yo le respondí: «Señora, Arnao ha sido conmigo tan liberal, que después de haber arriscado en el mar su vida por mí me ha puesto toda su hazienda y casa en poder, y más dispongo yo della que él, y sola tu persona reservó para sí. ¿Cómo podría yo hazer cosa tan nefanda y atroz faltando a mi lealtad?» Y así a muchas vezes que me dixo lo mesmo le respondí estas palabras. Y una mañana suçedió que vistiéndose Arnao para ir a negoçiar la dexó en la cama, y sin que ella lo sintiesse se entró Arnao en un retrete junto a la cama, a un servidor que estaba a la continua allí, y luego suçedió que entré yo preguntando por Arnao, y como ella me oyó pensando que Arnao era ya salido de casa me mandó con gran importunidad llegar a sí, y como junto a su cama me tuvo apañóme de la capa fuertemente y dixo: «Alberto, échate aquí, no me hagas penar», y yo dexándole la capa en las manos me retiré fuera no lo queriendo hazer; y luego me salí de casa por no esperar mayor mal; y ella como se sintió menospreçiada començó a llamar a sus criados a grandes voces diziendo que la defendiessen de Alberto que la había querido forçar, y que por muestra de la verdad tenía la capa que le había yo dexado en las manos y que a las voces había yo echado a huir», y añadió: «Llamadme aquí a Arnao porque vea de quién fía su hazienda y muger.» Y a estas sus voces salió Arnao del retrete donde estaba y díxole: «Calla Beatriz, que ya tengo visto que corre él más peligro contigo que tú con él.» Y fue tanta la afrenta y

confusión que ella recibió de ver que todo lo había visto Arnao que luego allí delante de todos sus criados y gente de su casa súbitamente murió; y como el buen Arnao vio su desdicha, haber perdido tan afrontosamente el amigo y la muger, acordó lo más disimuladamente que pudo enterrar a ella y irme a mí a buscar; y así de mi peregrinaje y del suyo sabrás en el canto que se seguirá.

Fin del nono canto del gallo.

Argumento del décimo canto

En el décimo canto que se sigue el auctor prosigue lo mucho que Arnao hizo por cobrar a Alberto después que su mujer se murió, en lo cual mostró bien el valor de su amistad, y cuales todos los amigos deben ser.

GALLO. Despierta, o Miçilo, yo te ruego, porque quiero hoy entre los otros días admirar con mi facundia tu humana capacidad, cuando veas por un gallo admirablemente mostrada la grande y incomparable fuerza de la santa y divina amistad. Verás con cuanta razón dixeron los antiguos que en éste solo don y virtud os quiso Dios hazer semejantes a sí; exemplo admirable nos dio, pues por ésta se hizo él semejante a vos, vistiendo vuestra naturaleza y miserable ser.

MIÇILO. Prosigue, o generoso gallo, que no tengo yo menos voluntad de te oír que tú de dezir, y llámote generoso y bienaventurado, pues en algún tiempo mereçiste tener un amigo de tanto valor.

GALLO. Pues sabrás que luego como Arnao enterró su Beatriz se salió de su patria y casa con intención de no volver hasta me hallar; y así le pareçió que yo habría ido para los amigos que teníamos en Londres y Ingalaterra para nuestras mercaderías; y así partió derecho para allá, donde me buscó con gran diligencia. Y dexemos a él que con todo el estudio y trabajo posible me sale a buscar, y quiero te dezir de lo que sucedió en mi peregrinación: yo luego que de casa de Arnao salí me fue sin parar momento en la çiudad el más solo, el más miserable y aflito que nunca en el mundo se vio; y acordándome de lo mucho que yo debía a Arnao habiendo puesto la vida por mí, cómo fuesse llamado de su mujer y le dixesse lo que ella fingió, que yo la había querido forçar, y como ella le muestre la capa que en las manos le dexé, tan bastante indicio de mi culpa, ¿qué dirá?, ¿qué pensará?, ¿qué juzgará?, ¿qué será razón de dezir?, dirá luego: «¡o malvado!, ¡o sin fe! esto te mereçí yo, o ¿este pago te mereçió el peligro en que yo me puse por ti?, ¿en qué entrañas si no fueran de un tigre cupiera tan gran ingratitud? Pareçe que buscaste la especie de injuria en que más me pudiste lastimar, por mostrar más tu perversa condición»; pues si su nobleza y su gran valor instigado del buen destino que anda siempre unido con el estímulo de la verdad, si esta lumbre de Dios que nunca al virtuoso desamparó que quissiese en ausencia favorecer, ¿qué alegrará por mi parte?, ¿qué dirá para me desculpar?; o si yo estuviesse presente y por tenerme tan gran affición deseara oír de mí alguna razón, aunque fuesse fingida, ¿qué color le podría yo dar cuanto quiera que fuesse verdadera?, ¿o qué fuerza ternía afirmando el contrario su mujer?, ¿qué podrá concluir, sino «vete infiel, ingrato, vilíssimo, no

parezcas más ante mí»? Y así yo le digo agora que no presuma de mí ser yo de corazón tan de piedra que en mi vida parezca ante él. Y así acabadas estas razones enxugando algún tanto los ojos que iban llenos de lágrimas, que en ninguna manera las podía contener ni agotar, me apresuré al camino. Determiné en mi intinçión ofreçerme a los peçes del mar si me quisiessen comer, o rendirme de mi propia voluntad a cosarios turcos infieles que acabassen mi vida en perpetua mazmorra, o prisióñ; y así yo me fue con la mayor furia que pude hasta Marsella, donde estaban a punto çiertas galeras, que hacía el rey de Francia de armada para ir por el mar, en las cuales me asenté por sueldo; y como estuvo todo a punto y nos dimos a la vela, no hubimos salido del puerto ocho leguas cuando vimos asomar una grande armada de la cual, aunque luego no alcançamos a ver más de seis fustas, yéndonos juntando más, vimos hasta diez, y después muchas más, y cuando venimos a reconoçer la devisa de la naçión hallamos que eran turcos; y como nos vimos tan çercados de nuestros enemigos y que ni podíamos, ni era seguro, ni honroso huir, aunque vimos que era su flota doblada que la nuestra nos determinamos defender; y así estando la una flota a rostro de la otra y en distançia que a un golpe de los remos se podían juntar, levantamos por el aire de ambas las partes tan grande alarido que el tropel de los remos no sonaban con la grita, ni las trompetas podíamos oír ninguno de la pelea; y a este tiempo como los remos hirieron a una las aguas con todas sus fuerças, ambas las flotas se encontraron con gran furia rostro con rostro, y todos acudimos a la popa por herir cada cual a su enemigo; y así començó tan cruda la batalla que los tiros cubrían el aire, y los que caían fuera de las galeras cubrían el agua. Estaban unas con otras tan trabadas que no pareçían las aguas, por estar fuertemente aferradas con fuertes gavilanes de hierro y cadenas, de manera que todos podíamos ya pelear a pie quedo como en campo llano. Estábamos tan apretados unos con otros que ni los remos podían aprovechar, estaba el mar cubierto de galeras que ningún tiro hería de lexos; pero cada cual estaba en su galera ahinojado alcançando a herir al enemigo aun con el espada. Era tanta la mortandad de los unos y de los otros que ya la sangre en el mar hacía espuma y las olas andaban cubiertas de sangre cuaxada, y caían tantos cuerpos entre las galeras por el agua que nos hazían apartar, aunque estaban fuertemente afferradas, de manera que nos hazían perder muchos tiros, y muchos cuerpos que caían al agua medio muertos tornaban a sorber su sangre, y apañados entre dos galeras los hazían pedaços, y los tiros que desmentían en vaçío de las galeras cuando llegaban al agua herían cuerpos que aún no eran muertos, que con su herida los acababan de matar, porque todo el mar estaba lleno de entrañas de hombres que los reçibiessen. Aconteçieron allí cosas dignas de oír y de notar, en las cuales se mostraba la fortuna a partes donde quería espantosa y arriscada. Acaeció a una fusta francesa que ençendidos en la pelea todos los que estaban en ella se pusieron a un borde dexando del todo vaçío el otro lado por donde no había enemigos, y cargando allí el peso se trastornó la fusta tomando debajo todos los que iban dentro, que no tuvieron poder para estender sus braços para nadar, y así todos pereçieron en el mar acorralados en agua çerrada. Suçedió también que yendo nadando un mançebo francés por el mar, que habíamos formado amistad poco había él y yo, se encontraron dos fustas de rostro que cogiéndole en

medio no bastaron sus miembros ni huesos, tan molidos fueron, a que no sonassen las fustas ambas una con otra, por quedar él hecho todo menuzos y molido como sal. En otra parte de la batalla se hundi6 una galera francesa, y vini6ndose los della todos nadando a socorrer a otra compa1era, con el agonía de escapar de la muerte alçaban los braços asi6ndome a ella para subir, y los de dentro temiendo no se hundiessen todos si aqu6llos entraban, los estorbaban que no llegassen, y los miserables con el temor de las aguas, echando mano de lo m6s alto que podían de la nao, cort6banles desde ençima los braços por medio, y dex6ndolos ellos colgados de la fusta que habían elegido para socorro caían de sus propias manos, y como iban sin braços a manera de troncos no se podían m6s sufrir sobre las aguas, que luego eran sorbidos. Ya toda nuestra gente estaba sin armas, que todos nuestros tiros habíamos arrojado, y como el furor que traíamos nos daba armas, uno toma el remo y revuelve con él a su contrario, y otro toma un pedaço de la galera y no le faltan fuerças para tirarlo, el otro trastorna los remadores para sacar un banco que poder arrojar. En fin, las fustas que nos sostenían deshazíamos para tener con qué pelear, o con qué nos defender. Aun hasta aquí te he contado el peligro sufridero; pero aun el da1o que nos hazía el fuego con ninguna defensa se podía evadir ni huir, porque nos tiraban los turcos hachos empegados con sofre, pez, çera y resina, que arrojaban de si gran fuego vivo, y como llegaban a nuestras fustas luego ellas los reçebían y los alimentaban de su mesma pez de que estaban nuestros navíos labrados y calafateados; y así las llamas eran tan fuertes y tan vivas que no bastaban las aguas del mar a las vençer y apagar, mas antes iba en pedaços ardiendo la fusta por el mar adelante con todo furor. De manera que los que iban nadando ya no se podían socorrer de las tablas que iban por el mar, porque visto que el fuego vivo que en ellas estaba ençendido los abrasaba, escogían antes ahogarse en las crueles hondas, o a lo menos gozar lo que pudiessen de aquella miserable vida con esperança de poder de alguna manera ser salvos, antes que favorecerse del fuego que luego en llegando a la tabla los abrasaba y consumía. Ya inclinaba a la clara la vitoria y nos llevaban a todos de corrida sin poderlos resistir, de manera que nos fue forçado rendirnos, porque ya aún no había quien nos quisiese dar la muerte, porque eran tantos nuestros enemigos que todo su ardid era prendernos sin poder ellos peligrar; y así como nos entraron fuemos todos puestos en prisi6n. Y dexado lo que de los otros fue, de mí quiero dezir que fue puesto en una cadena por el pescueço con otros diez, y puestas unas esposas a las manos, nos metieron en la susota debajo de cubierta. Estábamos tan juntos unos con otros, y tan apretados que ningún género de exerçio, humano había lugar de poner en efecto sin nos ofender. En fin, en esta manera volvieron para su tierra con esta presa, y llegados a una gran fuerça de Grecia en la Morea fuemos todos sacados de las galeras y metidos en prisi6n allí. Con aquella mesma disposiçión de hierros y miseria fuemos lançados en una honda y horrible mazmorra y cárcel de una húmida y obscura torre, donde cuando entramos fuemos reçebidos con gran alarido de otra gran multitud de pressos cristianos que de gran tiempo estaban allí. Era aquel lugar de toda miseria, que en breve tiempo se acababan los hombres por la disposiçión del lugar, porque dem6s de otros da1os grandes que tenía era grande su humedad, porque estaban en dos o

tres lugares dél manaderos de agua para el serviçio de la fuerça. Teníamos el cuerpo echado en la tierra, los pies metidos en una viga que cabían çinquenta personas, y el cuello en la cadena, y ningún exerçiçio humano se había de hazer sino en el mesmo lugar, de manera que sólo el infiçionado olor que en aquella cárçel salía era de tanta corrupçion que no había juizio que en breve tiempo no le bastasse corromper, sino al mí, que huía la muerte de mí. Ni yo nunca padeçí en ningún tiempo muerte que no fuesse de mejor suerte que aquella vil y miserable vida que allí passé. No teníamos otra recreaçion, sino sacarnos en algunos tiempos alguna cantidad de nosotros a trabajar en los edifiçios y reparos de los muros y fuerças de la çiuudad, y ansí salíamos cargados de hierros; siendo nuestro más prinçipal mantenimiento sólo pan de çebada o çenteno; y aun plugiera a Dios que dello alguna vez nos pudiéramos remediar. Esto quiero que notes: que a la continua los maestros de las obras escogían los mejores y más dispuestos trabajadores, de manera que convenía esforçarnos en la mayor flaqueza nuestra a trabajar más que lo sufrían nuestras fuerças, por gozar de aquella miserable recreaçion. En fin, comprábamos con nuestros serviles trabajos aquella captiva libertad de algún día que al trabajo nos querían elegir. En esta vida, o por mejor dezir muerte, passé dos años, que del infierno no había otra diferencia sino la perpetuidad. Aquí había una sola esperança de salud, y era que cuando se aparejaba armada, escogía el capitán entre nosotros los de mejor disposiçion para el remo, y aquéllos salían que él señalaba; desnudos y aherrojados a un banco los ponían un remo en la mano y los avisaban que remassen con cuidado, si no con un pulpo o anguilla que traía en la mano el capitán de la galera los çeñía por todo el cuerpo que los hazía despertar al trabajo. Ésta era la más cierta ventura en que nos podíamos libertar, porque yendo aquí el sucesso de la batalla era de nuestro bien o mal ocasiòn; y ansí suçedió que por mandado del gran turco aparejó una gran flota Barbarroja para correr la Calabria y el reino de Siçilia, y quisieron los mis hados que fuesse yo elegido con otros cristianos captivos para un remo, donde fue puesto en aquella disposiçion que los otros; y ansí pasando el mar Adriático salió de Génova Andrea Doria, capitán de las galeras del Emperador, con gran pujança de armada, y dio en la flota turca con tan gran ardid que en breve tiempo la desbarató echando a lo hondo cuatro galeras, y prendió dos, en la una de las cuales venía yo; y el cosario Barbarroja se acogió con algunas que le pudieron seguir. Pues suçedió que luego nos metieron con la presa en el puerto de Génova, y como se publicó la vitoria por la çiuudad todos cuantos en la çiuudad había acudieron al agua a nos ver. Agora oye, Miçilo, y verás cómo a lo que Dios ordena no podemos huir.

MIÇILO. Dichoso gallo, di, que muy atento te estoy.

GALLO. Pues como ya te dixé, Arnao había corrido a Londres y toda Ingalaterra, Brabante, Flandes, Florençia, Sena, Venecia, Roma, Milán y todo el reino de Nápoles, y Lombardía, buscándome con la diligencia y trabajo posible; y no me habiendo hallado en dos años passados vino a Génova por ver si podría haber alguna nueva de mí, y ansí suçedió llegar al puerto por ver desembarcar la gente del armada, donde entre la otra gente alcançó a me ver y conoçer de lo cual no reçibió poca alegría su coraçon, y habiendo conçevido que por causa del temor y empacho que dél yo ternía por ningunos regalos ni palabras se podría apoderar de mí, ni yo me

confiaría dél, mas que en viéndole echaría yo a huir, por tanto pensó lo que debía de hazer para cobrar el amigo tan deseado; y ansí con este aviso lo más diligentemente que pudo se fue al gobernador y justiçia de la çuidad, haziéndole saber que en aquella gente que venía en las galeras tomadas a Barbarroja había conoçido a un hombre que había adulterado con su muger; y demandóle que le pusiesse en prisiones hasta que del hecho y verdad diesse bastante información, y fuesse castigado el adulterio conforme a justiçia y satisfecha su honra; y estando ansí, que el capitán me quería libertar, llegó la justiçia muy acompañada de gente armada por me prender, y como llegó con aquel tropel, ruido y armas que se suele acompañar, apañaron con gran furia de mí diziendo: «Sed preso», y yo respondí: «¿Por qué?» Ellos me respondieron: «Allá os lo dirá el juez.» Entonçes me pareçió que no estaba cansada mi triste ventura de me tentar, pero que començaba desde aquí de nuevo a me perseguir. Començóse a murmurar de entre la gente que acompañaba a la justiçia que yo iba preso por adúltero. Dezían todos cuantos lo sabían movidos de piedad: «¡O cuánto te fuera mejor que hubieras muerto a manos de turcos, antes que ser traído a poder de tus enemigos! ¡O soberano Dios, que no queda pecado sin castigo!» Y cuando yo esto oía Dios sabe lo que mi ánima sentía, pero quiérote dezir que aunque siempre tuve confiança que la verdad no podía faltar, yo quisiera ser mil vezes muerto antes que venir a los ojos de Arnao. Ni sabía cómo me defender, antes determiné dexarme condenar porque él satisfaziessse su honra, teniendo por bien empleada la vida, pues por él la tenía yo; y ansí dezía yo hablando conmigo: «¡O si condenado por el juez fuesse yo depositado en manos del burrea que me cortasse la cabeça sin yo ver a Arnao!» Con esto me pusieron en una muy horrible cárcel que tenía la çuidad, en un lugar muy fuerte y muy escondido que había para los malhechores que por inormes delitos eran condenados a muerte, y allí me cargaron de hierros teniéndolo yo todo por consolaçión. Todos me miraban con los ojos y me señalaban con el dedo habiendo de mí piedad, y aunque ellos tenían neçesidad della, mi miseria les hazía olvidarse de sí. En esto passé aquella noche con lo que había passado del día hasta que vino la mañana siguiente, y llegó la hora que el gobernador y justiçia vino a visitar y proveer en los delitos de la cárcel, y ansí en una gran sala sentado en un soberbio estrado y teatro de gran magestad, delante de gran multitud de gente que a demandar justiçia allí se juntó, el gobernador por la importunidad de Arnao mandó que me truxiessen delante de sí; y luego fueron dos porteros en cuyas manos me depositó el alcaide por mandado del juez, y con una gruesa cadena me presentaron en la gran sala. Tenía yo de empacho hincados los ojos en tierra que no los osaba alçar por no mirar a Arnao, de lo cual todos cuantos presentes estaban juzgaban estar culpado del delito que mi contrario y acusador me imponía. Y ansí mandando el gobernador a Arnao que propusiesse la acusaçión, ansí començó: «¡O bienaventurado monarca por cuya rectitud y equidad es mantenida de justiçia y paz esta tan illustre y resplandeciente república, y no sin gran conoçimiento y agradeçimiento de todos los súbditos!, por lo cual sabiendo yo esto en dos años passados que busco en Ingalaterra, Brabante, Flandes y por toda la Italia a este mi delincuente, me tengo por dichoso por hallarle debajo de tu señoría y jurisdicçión, confiando por solo tu prudentíssimo juizio ser restituido en mi honra y satisfecho de mi

justiça y voluntad. Y porque no es razón que te dé pessadumbre con muchas palabras, ni impida a otros el juizio, te hago saber que éste que aquí ves que se llama Alberto de Cleph.» Y hablando conmigo el juez me dixo: «¿Vos hermano, llamáis os así?»; y yo respondí: «El mesmo soy yo.» Volvió Arnao y dixo: «Él es, / o justíssimo monarca!, él es, y ninguna cosa de las que yo dixere puede negar. Pues éste es un hombre el más ingrato y olvidado del bien que nunca en el mundo nació, por lo qual solamente le pongo demanda de ser ingrato por acusación, y pido le des el castigo que mereçe su ingratitud, y por más le conveçer pasa así, que aunque las buenas obras no se deben referir del ánimo liberal, porque sepas que no encarezco su deuda sin gran razón, digo que yo le amé del más firme y constante amor que jamás un hombre a otro amó; y porque veas que digo la verdad sabrás que un día por çierto negoçio que nos convenía partimos ambos de França para ir en Ingalaterra, y entrando en el mar nos sobrevino una tempestad, la más horrenda y atroz que a navegantes suçedió en el mar. En fin, con la alteración de las olas y soberbia de los çielos nos pareçió a todos que era vuelto el diluvio de Noé; cayó él en el agua por desgraçia y indispuçión, y procurando cada qual por su propria salud y remedio, en la más obscura y espantosa noche que nunca se vio, me eché al agua, y peleando con las invençibles olas le truxe al puerto de salud. Suçede después desto que tengo yo una muger moça y hermosa que nunca la hubiera de tener, porque no me fuera tan mala ocasión, y está enamorada de Alberto como yo lo soy, que della no es de maravillar, pues yo le amo más que a mí; y ella persiguiéndole por sus amores la responde él que en ninguna manera puede ofender en la fe a Arnao, y siendo por ella muchas vezes requerido vino a las manos con él queriéndole forçar; y passa así que una mañana yo me levanté dexándola a ella en la cama, y por limpiar mi cuerpo me lançé a un retrete sin me ver ella. De manera que ella pensó que yo era salido de casa a negoçiar, y suçedió entrar por allí Alberto por saber de mí, y ella asegurada que no la viera yo le hizo con importunidad llegar a la cama donde estaba, y tomándole fuertemente por la capa le dixo: «Duerme conmigo que muero por ti»; y Alberto respondió: «Todas las cosas de su casa y hazienda fío de mí Arnao, y sola a ti reservó para sí, por tanto señora, no puedo hazer esa tu voluntad», y él luego se fue que hasta hoy no pareçió; y como ella se sintió menospreçiada y que se iba Alberto huyendo dexando la capa en las manos, començó a dar grandes voces llamándome a mí porque viesse yo de quién solía yo confiar, y como del retrete salí, y conoçió que de todo había sido yo testigo, de empacho y afrenta enmudeçió, y súbitamente de ahí a pequeño rato murió; y como tengo hecha bastante esperiençia de quién me tengo de fiar, pues mucho más le debo yo a él que él a mí sin comparación, pues si yo le guardé a él la vida, él a mí la honra que es mucho más, agora, justíssimo monarca, yo te demando que me condenes por su deudor y obligado a que perpetuamente le haya yo a él de servir, que yo me constituyo por su perpetuo deudor; y si dixere que por haberle yo dado la vida en la tempestad me haze graçia de la libertad, a lo menos neçesítale a que por ese mesmo respeto me tenga en la vida compañía, pues por su causa perdí la de mi muger.» Y diziendo esto Arnao calló esperando la sentençia del juez. Pues como yo entendí por la proposición de Arnao que había estado presente a lo que con su Beatriz passé, y que no tenía neçesidad de me desculpar, porque esto era lo que

más lastimado y encogido tenía mi corazón hasta aquí, luego alcé mi cabeza y lancé mis ojos en Arnao, y con ellos le agradecí el reconocimiento que tenía de mi fidelidad, y aguardé con mucha humildad y mansedumbre la sentencia del juez, esperando que sobre el seguro que yo tenía de Arnao, y con el que él había mostrado de mí, ningún daño me podía suceder; y así todos cuantos al rededor estaban se alegraron mucho cuando oyeron a Arnao y entendieron dél su buena intención, y que no pretendía en su acusación sino asegurarme para nuestra amistad y que fuese confirmada y corroborada por sentencia de juez; y así todos con gran rumor encarecían unos con otros la amistad y fe de Arnao y se ofrecían por mí que no apelaría de ningún mandado del juez, pues me era notorio el seguro de mi amigo Arnao; y haciendo callar el gobernador la gente se volvió, para mí y me dixo: «Di tú, Alberto, ¿qué dizes a esto que contra ti se propone?, ¿es verdad?»; respondí yo: «Señor, todo cuanto Arnao ha dicho todo es conforme a verdad, y no había otra cosa que yo pudiesse alegar para en defensa de mi persona si alguna culpa se me pudiera imponer, sino lo que Arnao ha propuesto, porque hasta agora no padece yo otra confusión sino no saber cómo le pudiera yo persuadir la verdad, lo cual de hoy más no tengo por qué trabajar, pues Arnao estuvo presente a lo que passé con su muger. Por lo cual tú, señor, puedes agora mandar, que a mí no me resta sino obedecer.» Luego dixo el juez: «Por cierto yo estoy maravillado de tan admirable amistad, en tanta manera que me parece que podéis quedar por exemplo de buenos amigos para los siglos venideros; y así, pues estáis conformes y ciertos ser en vosotros una sola y firme voluntad, justa cosa es según mi parecer que sea puesto Alberto en su libertad, y mando por mi sentencia que le sea dado por compañero perpetuo de Arnao en premio de su sancto y único amor.» Y así me fueron luego quitados los hierros y me vino Arnao a abrazar dando gracias a Dios, pues me había podido haber, con protesta de nunca me desamparar, y así nos fuemos juntos a París perseverando siempre en nuestra amistad mientras la vida nos duró.

MIÇILO. Por cierto, gallo, admirable amigo te fue Arnao cuando te libró del mar pospuesto el gran peligro a que las soberbias hondas amenazaban, pero mucho mayor sin comparación me parece haberlo tú sido a él, cuando ofrecida la oportunidad de gozar de su graciosa muger, por guardarle su honra con tanto peligro de tu vida la huiste, porque no hay animal tan indignado y arriscado como la muger si es menospreciada cuando de su voluntad ofrece al varón su apetito y deleite, y así convierte todo su amor en verdadero odio deseando mil muertes al que antes amó como a sí, como hizo la muger de Putifar a Joseph.

GALLO. Ciertamente no tenéis agora entre vosotros semejantes amigos en el mundo, porque agora no hay quien tenga fe ni lealtad con otro sino por grande interese proprio y aun con éste se esfuerça hasta el peligro, el cual como se ofrece vuelve las espaldas; ya no hay de quién se pueda fiar la vida, muger, honra, hacienda ni cosa que importe mucho menos.

MIÇILO. No hay amigos sino para los placeres, convites, juegos, burlas, donaires y vicios. Pero si se os ofrece una neçesidad antes burlarán de vos, y os injuriarán que os sacarán della. Como me contaban este día passado de un Durango hombre muy agudo y industrioso, que en la universidad de Alcalá había hecho una burla a un Hierónimo su compañero de cámara, que se fió dél ofreciéndose de le sacar de una afrenta y

metióle en mayor; y fue que siendo ambos compañeros de cámara y letras, sucedió que un día vinieron a visitar a Hierónimo unos parientes suyos de su tierra, y fue a tiempo que el pobre mançebo no tenía dineros como acontece muchas vezes a los estudiantes, principalmente si son passados algunos días que no les vino el recuero que les suele traer la provisión; y porque los quisiera convidar en su posada estaba el más afrontado y triste hombre del mundo. Y como Durango su compañero le preguntó la causa de su aflicción como doliéndose della, él comenzó a consolar y a esforçar prometiéndole el remedio, y así le dixo: no te aflixas, Hierónimo, por eso, antes ve esta noche al mesón y convídalos que vengan mañana a comer contigo, que yo proveeré de los dineros neçesarios entre mis amigos; y el buen Hierónimo confiándose de la palabra de su compañero hizo lo que le mandó; y así los huéspedes aceptaron, y el día siguiente se levantó Durango sin algún cuidado de lo prometido a Hierónimo y se fue a su liçión y no volvió a la posada hasta mediodía, donde halló renegando a Hierónimo por el descuido que había tenido; y el otro no respondió otra cosa sino que no había podido hallar dineros entre todos sus amigos, que él había hecho todo su poder; y estando ellos en esta porfía llamaron a la puerta los convidados, de lo cual recibió Hierónimo gran turbación buscando dónde poder huir aquella afrenta; y luego acudió Durango por dar conclusión a la burla por entero, diziéndole que se lançasse debajo de una cama que estaba allí, y que él los despediría lo mejor que pudiesse cumpliendo con su honra; y así con la turbación que Hierónimo tenía le obedeció; y los huéspedes subieron preguntando por Hierónimo, a los cuales Durango respondió: «Señores, él deseó mucho convidaros a comer, aunque no tenía dineros, pensando hallarlos en sus amigos, y habiéndolos buscado, como no los halló, de pura vergüença se ha lançado debajo de esta cama por no os ver.» Y así diziendo esto se llegó para la cama alçando la ropa que colgaba y le comenzó a importunar con grandes voces a Hierónimo que saliesse, y el pobre salió con la mayor afrenta que nunca hombre recibió, lleno de pajas, flueco, heno y pluma y tierra, y como fuesse la risa de todos tan grande, quiso de afrenta matar a Durango si no le huyera; por lo cual los huéspedes le llevaron consigo a su mesón y enviaron luego por de comer para todos, y trabajaron por le sosegar cuanto pudieron.

GALLO. Desos amigos hay el día de hoy, que antes mofarán y burlarán de vos en vuestra neçesidad que procurarán remediarla.

MIÇILO. Por çierto, tú dices verdad, que en estos tiempos no hay mejores amigos entre nosotros que éstos, mas antes muy peores. Agora te ruego me digas, ¿en qué sucediste después?

GALLO. Después te hago saber que vine a naçer en la ciudad de México de una india natural de la tierra, en la cual me engendró un soldado de la compañía de Cortés, marqués del Valle, y luego en naciendo me sucedió morir.

MIÇILO. Desdichado fueste en luego padeçer la muerte; y también por no gozar de los tesoros y riquezas que vienen de allá.

GALLO. O Miçilo, ¡cuán engañado estás! De contraria opinión fueron los griegos, que fueron tenidos por los más sabios de aquellos tiempos que dezían que era mucho mejor, o nunca naçer, o en naçiendo morir; yo no sé porque te aplaze más el vivir, principalmente una vida tan miserable como la que tienes tú.

MIÇILO. Yo no digo que es miseria el morir sino por el dolor y pena grande que la muerte da; y ansí tengo lástima de ti porque tantas vezes padeçiste este terrible dolor; y ansí deseaba mucho saber de ti por ser tan experimentado en el morir en qué está su terribilidad; querría que me dixesses: ¿qué hay en la muerte que temer?, ¿qué cosa es?, ¿en qué está?, ¿quién la siente?, ¿qué es en ella lo que da dolor?

GALLO. Mira, Miçilo, que en muchas cosas te engañas, y en ésta mucho más.

MIÇILO. Pues, ¿qué dices?, ¿que la muerte no da dolor?

GALLO. Eso mesmo digo: lo cual si atento estás fácilmente te lo probaré; y porque es venido el día déxalo para el canto que se seguirá. Fin del décimo canto del gallo.

Argumento del onzeno canto del gallo

En el onzeno canto que se sigue el auctor, imitando a Luçiano en el libro que intituló De luctu, habla de la superfluidad y vanidad que entre los cristianos se usa en la muerte, entierro y sepultura. Descríbesse el entierro del marqués del Gasto, capitán general del Emperador en la Italia; cosa de muy de notar.

MIÇILO. Ya estoy, gallo, a punto aguardando para te oír lo que me prometiste en el canto passado, por tanto comienza tú a dezir, y yo a trabajar, y confía de mi atención.

GALLO. Por çierto no tengo yo, Miçilo, menos voluntad de te complazer que tú de oír; y ansí, porque tengamos tiempo para todo, vengamos a lo que me demandaste ayer, que me pediste te dixesse como hombre experimentado algo de la muerte, pues por experiència tanto puedo yo dezir; y ansí ante todas cosas quiero que tengas por averiguado esta conclusión: que en la muerte no hay qué temer.

MIÇILO. Pues, ¿por qué la huyen todos?

GALLO. Porque toda cosa criada se desea conservar, y ansí procura resistir su corrucción.

MIÇILO. ¿Qué no hay dolor en la muerte?

GALLO. No en verdad. Quiero que lo veas claro, y para esto quiero que sepas que no es otra cosa muerte sino apartamiento del ánima y cuerpo, el cual se haze en un breve punto, que es como solemos dezir, en un abrir y çerrar de ojo. Aún es mucho menos lo que los philósophos llaman instante, lo cual tú no puedes entender. Esto presupuesto quiero te preguntar: ¿cuándo piensas que la muerte puede dar dolor?, no dirás que le da antes que el alma se aparte del cuerpo, porque entonçes la muerte no es, y lo que no es no puede dar dolor; pues tampoco creo que dirás que la muerte da dolor después de apartada el alma del cuerpo, porque entonçes no hay sujeto que pueda el dolor sentir, porque entonçes el cuerpo muerto no puede sentir dolor, ni el alma apartada tiene ya por qué se doler; pues muy menos dirás que en aquel punto que se aparta el alma del cuerpo se causa el gran dolor, porque en un breve punto no se puede causar tan terrible dolor, ni se puede mucho sentir, ni mucho puede penar; quanto más que esto que digo que es muerte no es otra cosa sino careçer del alma que es la vida, y careçer que los philósophos llaman privación no es cosa

que tiene ser, es nada: pues lo que nada es y no tiene ser, ¿cómo puede causar dolor? Así que claro está si bien quieres mirar, que la muerte no tiene qué temer, pues sólo se había de temer el dolor, el cual ves que no hay quien le pueda entonces causar; y así de mí te se dezir, como aquel que habla bien por esperiencia, que nunca la muerte me dio dolor, ni nunca la sentí. Pero con todo esto quiero que notes que hay dos maneras de muerte: una es violenta, que estando sano y bueno el hombre, por fuerça o caso, o por violencia se la dan, como si por justicia degollassen, o ahorcassen un hombre; desta tal muerte bien se podrá dezir que el que la padeçe sienta algún dolor, porque como el paçiente está sano y tenga todos los sentidos sanos y enteros es así que al passar del cuchillo por la garganta, o al apretar la soga en aquel punto que sale el alma por causa de la herida se le dé pena, y no cualquiera pena, pero la mayor que en esta vida un hombre pueda padeçer y sentir, pues es tan grande que le basta matar. Pero hay otra manera de muerte que llamamos natural, la cual viene al hombre por alguna larga enfermedad y indisposiçió, o por la última vejez; ésta tal çiertamente no da dolor, porque como el enfermo se va llegando a la muerte váansele sucesivamente entorpeçiendo los sentidos y mortificándosele todos, de manera que cuando viene a salirse el alma ya no hay sentido que pueda sentir la partida si algún dolor pudiesse causar, que de otra manera, ¿quién dubda sino que el hombre haría al tiempo del morir gestos, meneos y visajes en que mostrasse naturaleza que le dicesse alguna pena y dolor la muerte? Mas antes has de creer por verdad, que así como en las cosas que os perteneçen y convienen de parte de vuestra naturaleza no se reçibe ninguna pena ni trabajo al tiempo que las effectuáis, mas antes todos los animales nos holgarnos y nos plaze ponerlas en obra y exerçiçio, porque naturaleza nos dio potencias y órganos y instrumentos con que sin pesadumbre alguna las pudiésemos exerçitar, pues desta mesma manera como la muerte nos sea a todos natural, quiero dezir, que nos conviene de parte de nuestra naturaleza porque todos los hombres y animales nacieron con naturaleza obligada a morir, no se les puede excusar, así debes de presumir, y aun creer, que la muerte natural no solamente no causa dolor, pero aun consuela y reçibe el alma gran plazer en se libertar y salir desta cárcel del cuerpo y ir a vivir mejor vida; porque en la verdad este morir no es acabar sino passar desta vida a otra mejor, y de aquí viene a los hombres todo su mal y dolor al tiempo del morir, por careçer de fe con que deben creer que esto es verdad; porque aquellos verdaderos mártires bienaventurados que en tanto regoçijo se ofreçían a la muerte, de dónde piensas que les venía sino que tenían por más çierto lo que creían por fe de los bienes que Dios les promete, que los tormentos y muerte que vían presentes aparejados para padeçer, que no hay cosa más fáçil que el morir, ni cosa de más risa que veros hazer de la muerte caudal, prinçipalmente siendo cristianos que habíades de demandarla, y venida, tomarla con gran plazer.

MIÇILO. Por çierto mucho me has consolado, gallo, con las verdades que me has persuadido; y tanto que estoy muy esforçado para quando a Dios plugiere de me llevar desta vida, pues voy a vivir para siempre jamás.

GALLO. Pues si esto es así, ¿qué cosa es que vosotros siendo cristianos, hagáis tanta cuenta al tiempo de vuestra muerte, de acumular y juntar todas vuestras honras para allí? Aún ya quando estáis sanos y con

salud, que os procuréis honrar no es gran maravilla, porque estáis en el mundo y hacéis lo que de presente se goza dél, pero al tiempo de la muerte, la rica sepultura y la pompa funeral, tanto luto, tanta cera, tanto clérigo, tanta cruz, tanto tañer de campanas con tanta solemnidad; tanto acompañamiento de tanto noble, guardado el tiempo y lugar que cada cual ha de llevar, con aquella pausa, orden, passo y gravedad como si os llevassen a bodas, pues todo esto, ¿qué es sino memoria y honra mundana?: que vean grandes aparatos, y lean grandes rótulos: «Aquí yaze sepultado, etc.», que si vos sois más rico que otro y teníades mejor casa, bien consiento que tengáis mejor sepultura, pero que gastéis en vuestra muerte grandes aparatos y hagáis rica sepultura diciendo que es obra muy sancta y muy cristiana, desengañaos, que mentís, que antes es cosa de gentilidad, que con sus estatuas querían dexar memoria eterna; hazéis gran honra a vuestro cuerpo en la muerte viendo que pelagra el alma de vuestro próximo por pobreza en la vida. Por Dios, Miçilo, que estoy espantado de ver las neçedades y bobedades que los hombres tenéis y usáis en este caso, que no puedo sino haberos lástima, porque he yo visto muchas vezes reírse destas cosas mucho los ángeles y Dios. ¡O si vieras en el año de mil y quinientos y cuarenta y seis cuando enterraron al marqués del Gasto, capitán general del Emperador de la Italia! porque un lunes, onze días del mes de abril que murió, me hallé yo en Milán, ¡cuán de veras te rieras allí!, estaban los sanctos del çielo que de risa querían reventar.

MIÇILO. Hazme agora tanto plazer que pues te hallaste allí me cuentes algo de lo que passó.

GALLO. Ténome Miçilo, que no acabaremos hoy, porque dexada la braveza de lo que en el testamento de su exçelencia se podía dezir de reír, menos te podrás contener en lo que toca a la pompa funeral, que no cabrá en diez pliegos de papel.

MIÇILO. Ruégote mucho que me digas algo de lo que passó en entierro, porque en lo del testamento no te quiero fatigar.

GALLO. Yo te quiero complazer. En el nombre de Dios murió su exçelencia el domingo ya casi a la noche, y luego con la diligencia posible se dispuso lo neçesario que tocaba al aparato y lutos, que no quedó en toda la çiudad offiçial, ni en gran parte de la comarca, que supiesse de sastrería, o de labrar çera, o carpentería que no tuviesse mucho en qué entender toda aquella noche del domingo y el lunes adelante hasta la hora de las dos que el cuerpo de su exçelencia salió del palacio para la iglesia mayor. Primeramente iban delante la clereçía, quinientos niños de dos en dos, vestidos de luto con capirotos en las cabeças, cada uno con una hacha ençendida en la mano, de çera blanca, con las armas de su exçelencia cosidas en los pechos.

MIÇILO. ¡Cuánto mejor fuera que aquella limosna de vestido y hacha fuera secreta y cosida entre Dios y el coraçón de su exçelencia, y el mochacho se quedara en casa, tuviera en aquella hacha aquel día y otros cuatro que comer!

GALLO. Después destes iban çiento y diez cruces grandes de madera, con çinco velas en cada una hincadas en unos clavos que estaban en las cruces como se acostumbra en Milán en semejantes pompas funerales.

MIÇILO. Debían de llevar tantas cruces porque el diablo si viene por el muerto más huye de muchas que de una.

GALLO. Seguía luego a las cruces el reverendo cabildo de la iglesia mayor y toda la clerecía con cruces de plata, y todas las parrochias con todos sus capellanes, clérigos, frailes y monjes de todas órdenes y religiones, cada uno en su grado, con hachas de cera blanca en las manos, encendidas, de dos en dos que eran mil y seisçientos. A la clerecía seguía la guarda de caballos ligeros de su exçelencia, a pie, con lobs de luto y capirotos en las cabeças, cada uno con su lança negra y una veleta de tafetán negro en cada una, con el hierro en la mano, arrastrando las lanças por tierra, con dos trompetas que iban delante con lobs de luto y capirotos en las cabeças. Estos trompetas iban a pie con las trompetas echadas en las espaldas, con banderas negras con las armas de su exçelencia.

MIÇILO. Éstos bastarán defenderle el cuerpo si todos los diablos del infierno vinieran.

GALLO. Bastaran si todos fueran españoles. Después iba la casa de su exçelencia con hasta quatroçientas personas con lobs y capirotos en las cabeças, cada uno en su grado; después iba la guarda de soldados alemanes, llevaba cada uno un manto hasta tierra de luto, con collares encrespados, y las alabardas negras echadas al hombro, y con gorras grandes negras a la alemana.

MIÇILO. Agora digo más de veras que le bastaran defender, aunque viniera Luzifer por capitán.

GALLO. Tras éstos venían seis atambores con los mesmos mantos como los alemanes, y caperuças a la española, de luto: cubiertos los atambores de velos negros puestos a las espaldas; después destes iban dos pajes a pie, vestidos de terçiopelo negro, con las gorras caídas sobre las espaldas: el de la mano derecha llevaba una zelada cubierta de brocado rico de tres altos en la mano, y el otro llevaba una pica negra al hombro, caída sobre las espaldas. Çerca destes venían dos capitanes a pie con lobs de luto con faldas muy largas rastrando y capirotos en las cabeças: el de la mano derecha llevaba una bandera de infantería, de tafetán amarillo con las armas imperiales; y el otro llevaba un estandarte negro con las armas de su exçelencia doradas: y en el campo una cruz colorada a la borgoñona; éstos llevaban arrastrándolos por tierra, que significaba el cargo que primero había tenido de su magestad de general de infantería. Çerca destes iba una persona muy honrada con una gran loba de luto y capirote en la cabeza, en una mula guarneçida de luto hasta tierra, llevaba una vara negra en la mano, como mayordomo mayor de su exçelencia. Después deste venían seis trompetas a caballo vestidos de negro, con sus trompetas a las espaldas y banderas de tafetán negro con las armas de su exçelencia. Tras éstos iba un rey de armas borgoñón a caballo con loba y capirote, y ençima una sobre vista dorada con las armas imperiales, el cual había sido enviado de su magestad el mesmo día que falleció su exçelencia, con cartas, a darle cuenta de los nuevos caballeros del Tusón. A éste seguían çinco caballeros honrados con lobs de luto y capirotos en las cabeças a caballo, cubiertos los caballos de paño negro hasta tierra, que no se veían sino los ojos, los cuales llevaban los estandartes siguientes caídos sobre las espaldas rastrando por tierra: el primero era un estandarte colorado con las armas de su exçelencia, puestas en una asta negra; el segundo era de la mesma color,

pintada nuestra Señora con el Niño en los brazos, y la luna debajo de sus pies éste era señal de guión de gente de armas; el terçero estandarte era blanco pintado dentro el escudo de las armas del duque de Milán, con un águila que abrazaba el escudo, en señal del gobierno del estado de Milán; el cuarto llevaba una bandera cuadrada pequeña, que es el guión que su exçelencia llevaba delante como general; y en el campo blanco della pintado un mundo con los elementos apartados, y de la una parte nuestra Señora pintada con su Hijo en los brazos, y de la otra parte el ángel San Raphael y Tobías con un letrado que dezía: «Sit sita vigent»; el quinto llevaba un estandarte amarillo con el águila y armas imperiales, echado sobre las espaldas, que es la insinia de capitán general del exército de su magestad. Después destes iban ocho pajes vestidos de terçiopelo negro hasta tierra que no se veían sino los ojos: el primero llevaba una espada dorada con vaina de brocado rico de tres altos sobre el hombro, por señal que cuando el Emperador entró en Nápoles venía delante dél el Marqués como gran camarlengo a quien toca aquella çiremonia y preminencia; el segundo llevaba un escudo en el brazo izquierdo con las armas de su exçelencia de relieves dorados en campo negro; el terçero llevaba una lança negra en la mano derecha caída sobre la espalda con su yerro muy polido; el cuarto llevaba un almete puesto en un bastón negro cubierto de brocado rico de tres altos en la mano derecha; el quinto llevaba un estoque dorado con su vaina de brocado rico de tres altos caído sobre la espalda derecha, y unas espuelas doradas vestidas en el brazo derecho guarnecidas del mesmo brocado; el sexto llevaba un bastón dorado en la mano caído sobre el hombro, pintadas las armas imperiales en señal del cargo primero de general de la infantería; el séptimo llevaba otro bastón dorado con las armas del ducado de Milán abraçados con el águila imperial, en señal del gobierno del estado de Milán; el octavo y último llevaba un bastón cubierto de brocado rico de tres altos, en señal de capitán general de Italia. Seguía luego un moço de espuelas con una loba de luto hasta tierra con capirote en la cabeza, el cual llevaba de diestro un caballo guarnido de terçiopelo negro con estribos, freno y clavazón plateada, y sobre la silla una reata de terçiopelo negro, y junto al caballo doce moços de espuelas con lobas de luto rastrando y capirotos en las cabeças, y el caballero detrás. Venía después el cuerpo de su exçelencia puesto sobre unas grandes andas, hechas a manera de una gran cama cubierta de brocado de plata de dos altos que colgaba çerca de un brazo de cada lado de las andas; del brocado estaba pendiente una gran banda de terçiopelo carmesí de la que colgaba un friso, o guarnición de tafetán doble carmesí con las armas de su exçelencia doradas. Esta cama, o andas, llevaban doze caballeros vestidos con lobas de luto y capirotos en las cabeças, y porque el trecho es casi de una milla del monesterio a la iglesia mayor se iban mudando. El cuerpo de su exçelencia iba vestido con una túnica o veste de raso blanco hasta en pies, çeñida, y ençima de la túnica un manto de grana colorada con unas vueltas afforradas de veros alçado sobre los brazos; en la cabeza llevaba una barreta ducal afforrada en los mesmos veros, con un friso y corona de príncipe; llevaba al cuello el collar rico del Tusón, y al lado una espada dorada con su vaina de brocado rico de tres altos. Este hábito es según la orden del offiçio del gran camarlengo del reino de Nápoles que su exçelencia tenía y ha gran

tiempo que está en su ilustrísima casa. Llevaba por cabeçera una almohada de terciopelo carmesí guarneçida de plata, y a la mano derecha sobre la cama o andas llevaba la rosa sagrada de oro que la sanctidad del papa Paulo le envió el año de mil y quinientos y treinta y nueve por gran don y público favor, que es un árbol de oro con veinte y dos rosas.

MIÇILO. ¿Supiste qué virtud tenía esa rosa sagrada?, ¿por qué la llevaba al lado en el entierro?, ¿si era alguna indulgençia que su Santidad le envió para que no pudiesse ir al infierno aunque muriese en pecado mortal?

GALLO. Eso se me olvidó de preguntar. Cerca de las dichas andas iban veinte y çinco gentiles hombres muy honrados de su casa con lobas y capirotos en la cabeça, y unas hachas grandes de çera negra en las manos con las armas de su exçelencia. Después iba el señor marqués de Pescara, primogénito de su exçelencia, con los señores don Íñigo y don Çesáreo de Ávalos sus hermanos, y el señor príncipe de Salmona, y el señor don Álvaro de Luna, hijo del señor castellano de Milán, a quien el señor marqués substituyó en los cargos que en este estado de Italia tenía, por ser la persona más príncipal que aquí se halla; él, por estar enfermo, envió al señor don Álvaro su hijo en su lugar; iban allí los comisarios generales de su magestad, y los gobernadores y alcaldes del estado, y los embajadores de los potentados de Italia que aquí se hallaron, y otros príncipes y señores que vinieron a honrar en enterramiento; iban allí los señores del senado y magistrado, y los feudatarios del estado, marqueses, condes y caballeros, capitanes y gentiles hombres, todos con sus lobas de luto rastrando y capirotos en las espaldas. Toda la iglesia mayor estaba entoldada alrededor de paño negro con las armas de su exçelencia, y sobre los paños hachas blancas de çera muy juntas. Después, en medio del çimborrio de la iglesia, antes de entrar en el coro, estaba hecho un grandíssimo cadahalso o monumento, mayor y más hermoso y de mayor artificio que jamás se hizo a ningún príncipe en estas partes, todo pintado de negro, el cual tenía ençima una pirámide llena de velones y hachas de çera blanca, y ençima de cada lado o haz del cadahalso había ocho escudos grandes con las armas de su exçelencia, donde fue puesto su cuerpo como venía en las andas o lecho en que fue traído. Sobre el cual había un dosel muy grande de terciopelo negro. Alrededor del cadahalso había infinitas hachas, y en medio de la iglesia había ocho grandes candeleros, que en España llaman blandones, hechos a manera de vasos antiguos, eran de madera, negros, llenos de hachas pendientes de lo alto de la iglesia iguales; estos candeleros con las otras hachas estaban en rededor de toda la iglesia. Delante del cadahalso estaba hecho un tálamo alto de tierra dos braços, y en ancho setenta braços; de todas partes desde el cadahalso hasta el altar mayor estaban asentados en derredor todos los señores príncipales que acompañaron el funeral hasta ser acabados los officios; y todo el tálamo era cubierto de paño negro, así lo alto como lo bajo, donde estaban asentados todos aquellos señores. El retablo del altar mayor estaba todo cubierto de terciopelo negro con su frontal, con doze hachas muy grandes, y así mesmo los otros altares privados que son muchos, con su çera conveniente. Dime, Miçilo, qué juzgas desta honra.

MIÇILO. Paréceme que el mundo le dio toda la honra que le pudo dar, y

que aunque en la vida le honró bien, en la muerte le acumuló juntas todas las honras , ansí por los blasones de sus ditados y insignias que allí iban, como por la compañía y gasto que en su muerte se le hizo.

GALLO. El día siguiente se celebró misa solene en el altar mayor y los offiçios por el ánima, y en medio de la misa se dixo una muy elegante oraçión en loor de su exçelencia, a la cual estuvieron presentes todos los señores sobredichos que fueron para este auto convidados, hasta que se acabaron todos los offiçios; y en los altares y capillas que había en la iglesia se dixerón hasta quatroçientas missas rezadas.

MIÇILO. ¿No hubo ahí alguna missa del altar de San Sebastián de la Caridad de Valladolid que le sacara del purgatorio?

GALLO. Un sacerdote envió allí el pontífice con todo su poder para le sacar.

MIÇILO. ¿Pues esa no bastó?

GALLO. Sí bastó; pero todas las otras missas se dixerón por magestad, las cuales aprovecharon a todas las ánimas del purgatorio por limosna de su exçelencia. Las hachas que se gastaron en acompañar el cuerpo y en las honras del día siguiente llegaron a çinco mil.

MIÇILO. Por çierto, con tantas hachas bien açertara un hombre a media noche a ir al çielo si las obras le ayudaron.

GALLO. En verdad te digo que sin perjudicar a ningún príncipe y capitán general y gobernador de los passados, no se acuerda ninguno de los que viven, ni se halla en ningún libro, haberse hecho en Milán ni en el mundo obsequias más honradas, conçertadas y sumptuosas.

MIÇILO. Mucho deseo tengo de saber si con esto fue al çielo su exçelencia.

GALLO. Pues, ¡cuerpo de mi vida!, ¿no había de ir al çielo? Buena honra le habían hecho todas las glorias del mundo si le hubieran sólo pagado con las de acá. Allá le vi yo en el çielo cuando allá subí. La gente que de la çiudad y comarca vino y pareçió por las calles a la entrada del cuerpo, y que esperaba en la iglesia passaron de dos çientas mil personas, las cuales mostraban infinito sentimiento y dolor.

MIÇILO. Bien se puede eso presumir, aunque era común opinión ser hombre cruel, y que ansí mató muchos capitanes, alférez y gentiles hombres haziéndoles degollar.

GALLO. Todo esto y quanto en ese caso hizo fue con justiçia y por razón, porque muchas vezes por el cargo que tenía convenía que se hiziesse ansí por excusar motines en el campo de su magestad. Todo esto ha venido a propósito de tratar al príncipio de vuestra vanidad de que usáis en vuestros entierros, que por ninguna cosa queréis caer en la cuenta, y çesar de tan gran yerro, quanto quiera que os lo dizen cuantos cuerdos han escrito en la antigüedad y modernos. No vi mayor desvarío que por llevar vuestro cuerpo en las andas honrado hasta la sepultura dexéis a vuestro hijo desheredado y neçesitado y a los pobres desnudos y hambrientos en las camas. Gran locura es estar el cuerpo hediendo en la sepultura un estado debajo de tierra, hecho manjar de gusanos, y estar muy ufano por tener acuestas una lancha que pessa çinquenta quintales dorada por ençima; o estar ençerrados en ricas capillas con rejas muy fuertes, como locos atados aun en la muerte. Gran confusión es de los cristianos aquella palabra de verdadera religión que dixo Sócrates

philósopho gentil; siendo preguntado de sus amigos cuando bebía el veneno en la cárcel dónde quería que le enterrasen, respondió: «Echad este cuerpo en el campo», y diziéndole que le comerían las aves, respondió: «Ponedle un palo en la mano para oxearlas», y diziéndole que siendo muerto no podría oxearlas respondió: «Pues menos sentiré si me comieren; donde quiere que quiséredes me podéis enterrar, que no hay cosa más fácil ni en que menos vaya que en el sepulcro.»

MIÇILO. Por çierto, gallo, tú tienes mucha razón en cuanto dizes, porque en este caso demasiadamente son dados los hombres a la vana aparença y ambiçión y pompa de fuera sin hazer cuenta de lo del alma, que es de lo que se debe hazer más caudal.

GALLO. Pues cuán de veras dirías eso, Miçilo, si hubiesses subido al çielo y desçendido al infierno como yo, y hubiesses visto la mofa y risa que passan los santos allá viendo el engaño en que están los mundanos acá açerca desta pompa de su morir y enterrar, y si viesses el pessar que tienen los condenados en el infierno por la vanidad de que se arrean en su morir. ¡O qué te podría en este caso contar!

MIÇILO. O mi çelestial gallo, si pudiesse yo tanto açerca de ti que me quisiesse por narración comunicar esa tu bienaventurança de que gozaste siendo Ícaro Menipo, y contarme lo mucho que viste allá; si esto impetrasse de ti, profiérome de quedar yo hoy sin comer por darte doblada ración.

GALLO. No puedo, Miçilo, dexar de te complazer en cuanto me quisieres mandar, y ansí te quiero dezir cosas que los hombres nunca vieron ni oyeron hasta hoy. Tienes neçesidad de nueva atençión, porque hasta agora has oído cosas de mí que tú las puedes haber visto y experimentado como yo, pero hablar del çielo, y de los ángeles, y del mesmo Dios no es capaz hombre mortal para le comprehender mientras está aquí, sin muy particular previllegio de Dios. Y porque la xornada es grande y tengo flaca memoria déxame recoger, que si tu gusto está dispuesto como requiere la materia de que hemos de tratar, yo me profiero de hazerte bienaventurado hoy, de aquella bienaventurança de que se goza por el oír. Y pues el día parece ser venido aparéjate en tu tienda que mañana oirás lo demás.
Fin del onzeno canto del gallo.

Argumento del duodécimo canto del gallo

En el duodécimo canto que sigue el auctor imitando a Luçiano en el diálogo que intituló Ícaro Menipo, finge subir al cielo y describe lo mucho que vio allá.

GALLO. Ayer te prometí, Miçilo, de tratar hoy materia no cualquiera ni vulgar, pero la más alta y más incumbrada que humano ingenio puede conçeibir, no de la tierra ni de las cosas bajas y suezes de por acá, mas de aquellas que por su estrañeza el juizio humano no las basta comprehender. Tengo de cantar hoy cómo siendo Ícaro Menipo subí al çielo morada y habitación propria de Dios; hoy tienes neçesidad de nuevo entendimiento y nueva atençión, porque te tengo hoy de dezir cosas que ni nunca las vieron ojos, ni orejas las oyeron, ni entendimiento humano pudo nunca caber lo que tiene allá Dios aparejado para los que le desean

servir. Despierta bien: rompe esos ojos del alma y mírame acá, que quiero dezir las cosas maravillosas que en el çielo vi, oí, hablé y miré; la estancia, asiento, lugar de los santos y de Dios. Dezirte he la disposición, movimiento, camino, distancia que tienen los çielos, estrellas, nubes, luna y sol entre sí allá, las cuales si oídas no creyeres, esto sólo me será gloria a mí, y señal de mi mayor felicidad, pues por mis ojos vi, y con todos mis sentidos gusté cosas tan altas que a todos los hombres causan admiración, y passan a lo que pueden creer.

MIÇILO. Yo te ruego, mi gallo, que hoy con íntimo affecto te esfuerçes a me complazer, porque me tienes suspenso de lo que has de hablar, que aun si te plaze dexaré el offiçio por mostrarte la atención que te tengo, pues con los ojos ternía los sentidos y entendimiento todo en ti. Speçie me parecería ser de infidelidad si un hombre tan bajo y tan suez como yo no creyesse a un hombre çelestial y divino como tú.

GALLO. No quiero, Miçilo, que dexes de trabajar, no demos ocasión a morir de hambre, pues todo se puede hazer, prinçipalmente cuando de ti tengo entendido que cuelgas con tus orejas de mi lengua, como hizieron los françeses de la lengua de Hércules Ogomio admirable orador. Agora, pues, óyeme y sabrás que como yo considerasse en el mundo con gran cuidado todas las cosas que hay entre los mortales, y hallasse ser todas dignas de risa, bajas y pereçederas: las riquezas, los imperios, los offiçios de república y mandos; menospreçiando todo esto, con gran deseo me esfuerçé a emplear mi entendimiento y affiçión en aquellas cosas que de su cogeta son buenas a la verdad; y ansí cobdiçié passar destas cosas tenebrosas y obscuras, y volar hasta la naturaleza y criador de todas, y a este desseo me movió y ençendió más la consideración deste que los philósophos llaman mundo, porque nunca pude en esta vida hallar de qué manera fuesse hecho, ni quién le hizo, dónde tuvo principio y fin. Después desto cuando en particular le deçendía a le contemplar mucho más me causaba admiración y dubda, cuando vía las estrellas ser arroxadas con gran furia por el çielo ir huyendo. También deseaba saber qué cosa fuesse el sol, y sobre todo deseaba conocer los açidentes de la luna, porque me parecían cosas increíbles y maravillosas, y pensaba que algún gran secreto que no se podía declarar causaba en ella tanta mudança de speçies, formas y figuras: aquella braveza con que el rayo sale con aquel resplandor, tronido espantoso y rompimiento de nube, y el agua, la nieve, el graniço enviado de lo alto. Pareçíanme ser todas estas cosas difiçiles al entendimiento, en tanta manera que por ninguna fuerça de nuestra naturaleza se podían por algún hombre comprehender acá. Pero con todo esto quise saber qué era lo que destas cosas los nuestros philósophos sentían, porque oía dezir a todos que ellos enseñaban toda la verdad. También reçebía gran confusión considerando aquella sublimidad y alteza de los çielos, prinçipalmente del empíreo y de su perpetuidad, el trono de Dios, el asiento de los santos, y la manera de su premiar y beatificación, el orden que hay en la muchedumbre de todos los coros angelicales. Pues primero quise sujetarme a la disçiplina destes nuestros maestros, los cuales no poco están hinchados y presumptuosos con estos títulos, diziendo que enhastados de las cosas de la tierra volan a alcançar la alteza de las cosas çelestiales, lo cual no sería en ellos poco de estimar si ello fuesse ansí. Pero cuando en aquellas comunes academias entré y miré todos los que

en la manera de disputa y liçión mostraban enseñar, entre todos vi el hábito y rostro muy particular en algunos, que sin preguntar lo conoçieras haberse levantado con el título de çelestiales, porque todos los otros, aunque platicaban profesión de saber, debajo de un universal baptismo y fe traían un vestido no differente del común; pero estos otros mostraban ser de una particular religión, por estar vestidos de un hábito y traxe particular, y aun entre ellos differían en el color, y aunque en su presunçión, arrogancia, obstentaçión, desdén y sobreçejo mostrassen ser los que yo buscaba, quise preguntar por me satisfazer, y ansí me llegué a uno de aquellos que a aprender concurrían allí, y a lo que le pregunté me respondió señalándomelos con el dedo: «Éstos son maestros de la philosophía y theología natural y çelestial.» Y ansí con el deseo que llevaba de saber, con gran obediencia me deposité a su disciplina, proponiendo de no salir de su escuela hasta que hubiesse satisfecho a mi dubda y confusión. ¡O Dios inmortal qué martirio passé allí!, que començando por uno de aquellos maestros según el orden que ellos tenían entre sí, a cabo de un año que me tenía quebrada la cabeça con sólo difinir términos cathegoremáticos y sincathegoremáticos, análogos, absolutos y conotativos, solo me hallé en un laberinto de confusión. Quise adelante ver si en el otro habría algo más que gustar, y en todo un año nunca se acabó de enseñar una demostraçión, ni nunca colegí cosa que pudiesse entender. Consolábame pensando que el tiempo, aunque no el arte, me traería a estado y preçetor que sin pérdida de más edad me llegaría a mi fin; y ansí entré ya a oír los prinçipios de la philosophía natural; y esto sólo te quiero hazer saber, que a cabo de muchos días sólo me faltaba ser libre de aquella neçedad y ignorancia con que vine allí, porque fueron tantas las opiniones y diversidad de no sé qué prinçipios de naturaleza: insecables átomos, innumerables formas, diversidad de materias, ideas primeras y segundas intenciones, tantas cuestiones de vacuo y infinito, que cuando más allí estaba más me enboscaba en el laberinto de confusión; y esto sólo entre todas las otras cosas no podía sufrir, que como en ninguna cosa entre sí ellos conveniessen, mas antes en todo se contradizían, y contra todo quanto affirmaban argüían; pero con todo esto me mandaban que los creyese dezir la verdad, y cada uno dellos me forçaba persuadir y atraer con su razón.

MIÇILO. Cosa maravillosa me cuentas, que siendo esos hombres tan santos y religiosos y de conçiençia no sacassen en breve la suma de sus sçiençias, y sólo aquello enseñassen que no se pudiesse contradezir; o a lo menos que se enseñasse lo que en suma tuviesse más verdad, dexados aparte tantos argumentos y cuestiones tan impertinentes al propósito de lo que se pretende saber.

GALLO. Pues en verdad mucho más te reirías, Miçilo, si los viesses con la arrogancia y confianza que hablan, no tratando cosa de verdad, ni que aun tenga en sí sustancia ni ser; porque como quiera que ellos huellan esta tierra que nosotros hollamos, que en esto ninguna ventaja nos llevan, ni en el sentido del viso son más perspicaçes que nosotros, mas antes hay muchos dellos que casi están çiegos y torpes por la vejez, y con todo esto afirman ver y conoçer los términos del çielo, y se atreven a medir el sol, y determinar la naturaleza de la luna y todo lo que sobre ella está, y como si hubieran deçendido de las mesmas estrellas señalan su figura y

grandeza de cada cual; y ellos, que puede ser que no sepan cuántas leguas hay de Valladolid a Cabezón, determinan la distancia que hay de cielo a cielo, y cuántos cobdos hay del cielo de la luna al del sol, y así difinen la altura del aire, y la redondez de la tierra, y la profundidad del mar; y para estas sus vanidades pintan no sé qué círculos, triángulos y cuadrángulos, y hazen unas figuras de spheras con las cuales sueñan medir el ámbito y magnitud del cielo; y lo que es peor y mayor señal de presunción y arrogancia, que hablando de cosas tan inciertas como éstas, y que tan lejos están de la averiguación, no hablan palabra ni la proponen debajo de conjeturas, ni de maneras de dezir que muestren dubdar, pero con tanta certidumbre lo afirman y vozean que no dan lugar a que otro alguno lo pueda disputar ni contradizeir. Pues si tratamos de lo alto del cielo tanto se atreven los theólogos desde tiempo a difinir las cosas reservadas al pecho de Dios como si cada día sobre el gobierno del mundo universal comunicassen con él; pues de la disposición y orden de allá ninguna cosa dizen que no quieren que sea averiguada conclusión, o oráculo que de su mano escribió Dios como las tablas que dio a Moisés. Pues como yo no pudiesse de la doctrina destes colegir algo que me sacasse de mi ignorancia, mas antes sus opiniones y variedades más me confundían, dime a pensar qué medio habría para satisfacer a mi deseo, porque cierto de cada día más me atormentaban. Como suele acontecer al natural del hombre, que si alguna cosa se le antoja y en el alma le encaxa, cuanto más le privan della más el apetito le solicita, principalmente porque se me encaxó en el alma que no podía alcanzar satisfacción de mi deseo acá en el mundo si no subía al cielo y a la comunicación de los bienaventurados, y aunque en este pensamiento me reía de mí, el gran cuidado me mostró la vía como me sucedió, porque viéndome mi genio digo el ángel de mi guarda en tanto aflito, comovido por piedad y también por se gloriarse entre todos los otros genios haber impetrado de Dios este privilegio para su clientulo, así se fue a los pies de su Magestad con gran importunidad diziendo que no se levantaría de allí hasta que le otorgase un don; le pidió licencia para me poder subir a los cielos y pudiesse gozar de todo lo que hay allá, y como el mi genio era muy privado suyo se lo concedió, con tal que fuese en un breve término que no me quedasse allá; y así venido a mí, como me halló en aquella agonía casi fuera de mi juicio, sin exercitar ningún sentido su officio me arrebató y voló conmigo por los aires arriba. ¡O soberano Dios!, ¿por dónde comenzaré, Miçilo, lo mucho que se me ofrece que dezir? Quiero que ante todas cosas sepas que desde el punto que mi buen genio de la tierra me desaparegó y comenzamos por los aires a subir, fue dotado de una agilidad, de una ligereza con que fácilmente y sin sentir pesadumbre volaba por donde quería sin que alguna cosa, ni elemento, ni cielo me lo estorbasse; fue con esto dotado de una perspicacia y agudeza de entendimiento y habilidad de sentidos que juzgaba estar todos en su perfección, porque cuanto quiera que muy alto subíamos no dexaba de ver y oír todas las cosas tan en particular como si estuviera en aquella distancia que acá en el mundo estos sentidos acostumbran a sentir.

MIÇILO. Pues yo te ruego agora, gallo, porque más bienaventurada y apazible me sea tu narración, me cuentes en particular lo que espero de ti saber, y es que no sientas molestia en me notar aquellos secretos que procediendo en tu peregrinación de la tierra, del mar, de los aires,

çielos, luna y sol y de los otros elementos, pudiste entender y de lo alto especular.

GALLO. Por çierto, Miçilo, bien me dizes, por lo qual tú yendo conmigo con atençión, si de algo me descuidare despertarme has, porque ninguna cosa reservaré para mí por te complazer. Penetramos todos los aires y esphera del fuego sin alguna lisió, y no paramos hasta el çielo de la luna que es el çielo primero y más inferior, donde me asenté y comencé de allí a mirar y contemplar todas las cosas; y lo primero que miré fue la tierra que me pareçió muy pequeña y muy menor sin comparaçión que la luna. Miréla muy en particular y holgué mucho en ver sus tres partes prinçipales: Europa, Assia y África. La braveza del mar, los deleitosos xardines, huertas, florestas, y las fuentes y caudalosos ríos que la riegan, con sus apaçibles riberas, aquellas altas y bravas montañas y graçiosos valles que la dan tanto deleite.

MIÇILO. Dime, gallo, ¿cómo llaman los philósophos a la tierra redonda, pues vemos por la esperiençia ser gibosa y por muchas partes prolongada por la muchedumbre de montañas que en ella hay?

GALLO. No dubdes, Miçilo, ser redonda la tierra considerada según su total y natural condiçión, puesto caso que en algunas partes esté alterada con montañas y bagíos de valles, porque esto no la quita su redondez natural; y así considera el proveimiento del sumo Hazedor que la fundó para el provecho de los hombres, que viendo haber en diversas partes diversos naturales y disposiçiones de yerbas, raíces y árboles neçesarios para la conservaçión de los hombres para cuyo fin los crió, dispuso las montañas altas para que allí con el demasiado calor y sequedad se críe un género de árboles y frutas que no naçerían en los valles hondos y sombríos; y hizo los valles porque nasçiessen allí otros géneros de frutas, mieses y pastos por causa de la humedad, los cuales no naçerían en lo alto de la montaña. Arriba en la montaña, en unas hay grandes mineros de metales, maderas preçiosas y espeçias odoríferas; yerbas saludables; y en otras fortíssimas bestias y otros animales de admirable fiereza. Abajo en el valle naçen los panes, pastos abundantes y graçiosos para los ganados, y los vinos muy preçiados, y otras muy graçiosas, frutas y arboledas. Ves aquí cómo todo lo dispuso Dios conforme a la utilidad del universo, como quien Él es. Ésta quiso que fuesse inmóvil como çentro y medio del universal mundo que crió; y hizo que elementos y çielos revoluyessen en torno della para la disponer mejor. Y después que en estas sus partes contemplé la tierra, deçendí más en particular a mirar la vida de los mortales, y no sólo en común, pero de particulares naçiones y çiudades, scithas, árabes, persas, indos, medos, partos, griegos, germanos, italos y hispanos; y después desçendí a sus costumbres, leyes y viviendas. Miré las ocupaçiones de todos, de los que navegan, de los que van a la guerra, de los que labran los campos, de los que litigan en las audiencias forales, de las mugeres, y de todas las fieras y animales, y finalmente de todo lo que está sobre la tierra; y no solamente alcancé a ver lo que hazen en público, pero aun vía muy claro lo que cada cual haría en secreto: vía los muy vedados y peligrosos adulterios que se hazían en cámaras y retretes de prinçipes y señores del mundo; los hurtos, homiçidios, sacrilegios, inçendios, traiciones, robos y engaños que entre hermanos y amigos passaban, de los cuales si te hubiesse dezir en

particular no habría lugar para los que tengo en intinçión; las ligas, los monipodios, passiones por propios intereses; las usuras, cambios y < > tráfragos de mercaderes y merchanes trapazos de ferias y mercados.

MIÇILO. Gran plazer me harías, gallo, si me dixeses algo de lo mucho que viéndolo te deleitó.

GALLO. Es imposible que tantas cosas te cuente, porque aun en mirar tanta variedad y muchedumbre causaba confusión. Pareçía aquello que cuenta Homero del escudo encantado de Achilles, en el cual pareçía la diversidad de las cosas del mundo, en una parte pareçía hazerse bodas, en otra pleitos y juizios, en otra los templos y los que sacrifican, en otra las batallas, y en otra plazer y fiestas, y en otra los lloros de los defuntos. Pues piensa agora si de presente viésemos passar todo lo que aquí digo qué cosa habría semejante a esta confusión, no pareçía otra cosa, sino como si juntasses agora aquí con poderoso mando todos cuantos músicos de cuantos instrumentos y voces hay en el mundo, juntamente con cuantos saben de bailar y dançar; y en un punto mandasses que juntos todos començassen su exerçio, y cada cual trabajasse por tañer y cantar aquella cançión que más en su juizio estimasse, procurando con su voz, y instrumento sobrepujar al que tiene más çerca de sí. Piensa agora por mi amor, Miçilo, qué donosa sería esta bailía y música si también los dançantes començassen hazer su bailía.

MIÇILO. Por çierto, en todo extremo sería confusa y digna de risa.

GALLO. Pues tal es la vida de los hombres sin orden ni conçierto entre sí. Cada uno piensa, trata, habla y se exerçita según su condiçión particular y pareçer, mientras en el teatro deste mundo dura la representaçión desta farsa; y después de acabada que se acaba con la muerte todas las cosas vuelven en silençio y quietud; y todos desnudos de sus disfraces que se vistieron para esta representaçión quedan iguales y semejantes entre sí, porque acabó la comedia, que mientras estuvieron en el teatro todo cuanto representaron era burla y risa; y lo que más me movía a escarnio era ver los grandes ánimos de príncipes y reyes contender entre sí y poner en campo grandes exércitos, y aventurar al peligro de muerte gran multitud de gentes por una pequeña provinçia, o por un reino, o por una çiudad; que hay diez y seis estrellas en el çielo, sin otras muchas que hay de admirable cantidad, que cada una dellas es çiento y siete veces mayor que toda la tierra; y toda junta la tierra es tan pequeña que si la mirassen de acá abajo fixa en el çielo no la verían, y escarneçerían de sí mesmos viendo por tan poca cosa cómo entre sí contienden; y lo que más de llorar es, el poco cuidado y arrisco que ponen por ganar aquel reino celestial, un reino tan grande que a un solo punto del çielo corresponden diez mil leguas de la tierra. No me pareçía todo el reino de Navarra un paso de un hombre pequeño, Alemaña no un pie, pues en toda la isla de Ingalaterra y en toda Françia no pareçía que había que arar un par de bueyes un día entero; ansí miraba qué era lo que tanto haze ensoberbeçer a estos ricos del mundo, y maravillábame porque ninguno posee tanta tierra como un pequeño átomo de los que los philósophos epicúreos imaginan, que es la cosa más pequeña que el hombre puede ver. Pues cuando volví los ojos a la Italia y eché de ver la çiudad de Milán, que no es tan grande como una lenteja, consideré con lágrimas por cuán poca cosa tanto príncipe y tanto cristiano cómo en un día se puso a riesgo. ¿Pues qué diré de Túnez y

de Argel?, ¿pues qué aún de toda la Turquía?, pues toda la India de la Nueva España y Perú, y lo que nuevamente hasta salir al mar del Sur se navega no parece ser de dos dedos. ¿Pues qué si trato de las minas del oro y plata y metales que hay en el universo?, por cierto todas ellas desde el cielo no tienen cuerpo de una hormiga.

MIÇILO. O bienaventurado tú, gallo, que de tan dichosa vista gozaste. Pero dime, ¿qué te parecía desde lo alto la muchedumbre de los hombres que andaban en las ciudades?

GALLO. Parecían una gran multitud de hormigas que tienen la cueva junto a unos campos de mieses, que todas andan en revuelta y círculo, salir y entrar en la cueva, y las que más se fatigan con toda su diligencia traen un grano de mixo, o cada una medio grano de trigo, y con esta pobreza está cada cual muy ufana, soberbia y contenta. Semejantes son los trabajos de los hombres puestos en común revuelta y círculo en audiencias, en ferias, en debates y pleitos: nunca tener sosiego, y en fin todo es por un pobre y miserable mantenimiento. Como todo esto hube bien considerado dixé a mi genio que me llevase adelante, porque ya no me sufría más, anhelaba por entrar en el cielo empíreo y ver a Dios; y así mi guía me tomó y subimos pasando por el cielo de Mercurio al de Venus, y de allí pasamos la casa del sol hasta la de Mars, y de allí subimos al cielo de Júpiter, y después fuimos al de Saturno, y al firmamento y cielo cristalino, y luego entramos en el cielo empíreo, casa real de Dios.

MIÇILO. Antes que pasemos adelante, gallo, querría que me dixesses: estos elementos, cielos, estrellas, luna y sol ¿de qué naturaleza, de qué masa son?, ¿de qué materia son aquellos cuerpos en sí, que lo deseo mucho saber?

GALLO. Esa es la mayor bobedad que vuestros filósofos tienen acá, que dicen que todos esos cuerpos celestiales son compuestos de materia y forma, como es cada uno de nos, y dicen muchos dellos que son animados, lo cual es desvariar, por que no tienen materia ni composición. En suma, sabrás que todos ellos, los elementos puros, cielos, estrellas, luna y sol, no son otra cosa sino unos cuerpos simples que Dios tiene formados con su infinito saber, por instrumentos de la administración y gobierno deste mundo inferior para el cumplimiento de su necesidad. Éstos no tienen composición ni admisión en sí, ni hay materia que se revuelva con ellos estando en su perfección; y así te hago saber que los elementos simples y puros no los podéis los hombres usar, tratar, ni comunicar si no os los dan con alguna admisión: el agua simple y pura no la podríades beber si no os la mezclas naturaleza con otro elemento para que la podáis palpar y gustar, y así se ha de entender del fuego, aire y tierra, que si no estuviessen mezclados entre sí no los podríamos comunicar. Pues así como el puro elemento no tiene materia ni composición en sí, menos la tienen los cielos, estrellas, planetas, luna y sol. Tuvo necesidad el mundo de luz en el día, y para esto formó Dios el sol; tuvo necesidad de luz en la noche, y para esto formó luna y estrellas; tuvo necesidad de ayuda para la común creación y generación de las cosas y conservación, y para esto dio Dios a los planetas, luna y sol y otras estrellas y cielos virtud que en lo inferior puedan influir para esta necesidad. Y pasando por la región de Eolo, rey de los vientos, vimos una gran multitud de almas colgadas por

los cabellos en el aire atadas las manos atrás, y muchos cuervos, grajos y milanos que vivas las comían los coraçones; y entre todas estaba con muy notable dolor una que con gran furia y crueldad la comían el coraçón y entrañas dos muy poderosos y hambrientos buitres, y pregunté a mi genio qué gente era aquélla, el cual me respondió que eran los ingratos que habían cumplido con sus amigos con el viento de palabras, pagándoles con engaño y muerte al tiempo de la neçesidad; y yo le importuné me dicesse quién fuesse aquella desdichada de alma que con tanto afán padeçía entre todas las otras, y él me respondió que era Andrónico, hijo del rey de Hungría, el cual entre todos los hombres del mundo fue más ingrato a la belleza de Drusila, hija del rey de Maçedonia; y yo rogándole mucho que me dicesse en qué espeçie de ingratitud ofendió, se sentó por me complazer y así començó: «Tú sabrás que el rey de Albania y Morea hizo gran exército contra el rey de Lidia por çierta differençia que entre ellos había sobre unas islas, que habían juntos conquistado en el mar Egeo; y por tener el rey de Hungría antigua liga y debida amistad con el rey de Albania, le envió su hijo Andrónico con algún exército que le favoreçiesse, que tenía ya su real asentado en la Lidia; y un día, casi al puesto del sol, saliendo Andrónico del puerto de Maçedonia en una galera ligera para hazer su xornada, porque ya adelante había enviado al rey su gente, yendo ya a salir del puerto casi a mar alta vio que andaba por el mar un bergantín, ricamente entoldado con la cubierta de un requemado sembrado de mucha pedrería que daba gran resplandor a los que andaban por el mar; y como Andrónico fue avisado del bergantín mandó a los que iban al remo que se açercassen a él, y yéndose más açercando reconoçieron más su riqueza, y ir damas de alta guisa allí; y así Andrónico como al bergantín llegó, por gozar de la presa mandó afferrar, y luego saltó en él, y con muy gallardo y cortés semblante se representó ante las damas, y cuando entre ellas vio a la linda Drusila que en el mundo no tenía par, que por fama tenía ya notiçia della, y supo que se era salida por allí a solazar con sus damas sin caballero alguno, se le humilló con gran reverençia ofreçiéndosele por su prisionero; y como él era mançebo y gentil hombre, y supo ser hijo del rey de Hungría, que por las armas era caballero de gran nombradía, ella se le rendió quedando conçertados ambos que acabada aquella batalla donde iba volvería a su serviçio, y se trataría con su padre el matrimonio que agora por palabras y muestra de voluntad delante de aquellas damas otorgaron entre sí, confiando la donzella que su padre holgaría de lo que ella hubiese hecho, porque en el extremo la deseaba complazer; y así dándose paz con algún sentimiento de sus coraçones se apartaron, y siguiendo Andrónico su xornada, ella se volvió a su çiudad. Luego el día siguiente vinieron a Maçedonia los más valerosos y prinçipales del reino de Traçia, enviados por su rey, que estaban en un confín y comarcanos, los cuales venían a demandar al rey de Maçedonia su hija Drusila por muger para el hijo de su rey y señor; y lo que suçedió, porque ya creo que estás cansado de me oír, y es venido el día, en el canto que se sigue te lo diré. Por agora abre la tienda y comiença a vender.

Fin del duodécimo canto del gallo .

Argumento del deçimoterçio canto del gallo

En el deçimoterçio canto que se sigue el auctor prosiguiendo la subida del çielo describe la pena que se da a los ingratos.

GALLO. O malaventurados ingratos, aborreçidos de Dios que es suma gratitud, ved el pago que Dios y el mundo os da. Pues ayer te dezía, Miçilo, cómo Drusila no había acabado de dar su fe y palabra de matrimonio a Andrónico, quando la demandó Raimundo, hijo del rey de Traçia, por muger; pues agora sabrás que ni cobdiçia de más señorío y reinos, ni de más riquezas, ni de más poder, la pervertió a que negasse lo prometido a su amante, mas antes de cada día penaba más por él y le parecía haber mucho más errado y ser digna de tan gran pena por haberle dexado ir; y con esta firmeza y intinçión respondió a su padre descubriéndole el matrimonio hecho, al cual no podía faltar, y como el padre la amaba tanto despidió los embajadores diziendo que al presente no había oportunidad para el effecto de su petiçión; y como el soberbio rey de Traçia se vio así menospreçiado, por ser el más poderoso rey que había en toda la Europa y por ser su hijo Raimundo muy agraçiado príncipe y único heredero, y de todas las prinçesas deseado por marido, pero por la gran ventaja y valor de la hermosura de Drusila la demandó a su padre por muger, y quanto más se la negaron más él se affiçionó a ella; y así propuso con gran ira de la conquistar por armas, de tal suerte que quando ella no pudiesse ser vençida a lo menos perdiessse el reino y neçesarla hazerlo por fuerça, aunque no con intinçión de afrontar ni injuriar su valerosa persona; y así luego se lançó en el reino de Maçedonia con grande exérçito quemando, talando y destruyendo todo el estado; y la desdichada Drusila quando vio a su padre y hermanos con tanta afliçión, llorando maldezía su triste hado que a tal estado la había traído, y no saber con qué más cumplir con ellos que con rogarles la quitassen la vida, pues ella era la ocasión y causa de aquella tempestad, y por muchas vezes se determinó a se la quitar ella a sí mesma, sino que temía el estado miserable de la desesperaçión, y hazer pessar a su querido y amado Andrónico, porque confiaba dél que la amaba; y así suçedió que en una batalla campal que les dio Raimundo, por la gran pujança de esfuerço y exérçito los vençió y mató al rey de Maçedonia y dos hijos suyos, de lo cual la desdichada Drusila se sintió muy afligida y le fue forçado huir del enemigo y su furia y recogerse en un castillo que era en el fin de su reino en los confines de Albania, que no tenía ya más que perder; y allí muy cubierta de luto y miseria esperaba lo que della Raimundo quisiesse hazer, teniendo por mejor y más fáçil perder su vida, pues ya le estimaba por muerte, antes que perder al su Andrónico la fe; y estando así desconsolada, huérfana y sola sin algún socorro, vino nueva al reino de Albania que el rey de Lidia había vençido en batalla a su rey, y tenía preso a Andrónico, hijo del rey de Hungría; y como Drusila tenía toda su esperança en el fin de aquella batalla, pensando que como della saliesse vitorioso el rey de Albania vernía con Andrónico en su favor y que ambos bastarían para la restituir en su reino, como ya se vio la mísera sin alguna esperança de remedio no hazía sino llorar, fatigándose amargamente, maldiziendo su suerte desdichada, no sabiendo a quién se acorrer. No tuvo la cuitada otra cosa de qué asir para el entretenimiento de su consolaçión sino considerar la causa tan bastante que tenía porque llorar, que le sería ocasión de morir, y así de acabar su dolor; y como

Raimundo la importunaba acortándola de cada día más los términos de su determinación, ya como muger aborrida, teniendo por cierto que ningún suceso podría venir que peor fuese que venir en manos de Raimundo siendo vivo su Andrónico, determinó ir por el mundo a buscar alguna manera como le libentar o morir en prisión con él; y así se vistió de los vestidos de uno de sus hermanos, y cortándose los cabellos redondos al uso de los varones de la tierra, se armó del arnés y sobre veste de su hermano sin ser sentida, ni comunicándolo con alguna persona, y un día antes que amaneciese se salió del castillo sin ser sentida de las guardas de fuera, porque a las de dentro ella las ocupó aquella noche como no la pudiesen sentir; y así con la mayor furia que pudo caminó para el puerto, donde halló una galera ligera que estaba de partida para la Lidia, en la cual se fletó pagando el conveniente salario al piloto, y con mucha bonanza y buen temporal, hizo su viaje hasta llegar al puerto de su deseado fin. Consolábase la desdichada en hollar la tierra que tenía en prisión todo su bien; y cuando llegó a la gran ciudad donde residía el rey tenía por muy contenta cuando vía aquellas torres altas en que pensaba estar secrestado su amor, y así a la más alta y más fuerte le decía: «O la más bienaventurada estancia que en la tierra hay, ¿quién te hizo tan dichosa que merecieses ser caxa y buxeta en que estuvieses guardado el precioso joyel que adorna y conserva mi corazón?, ¿quién te hizo bote en que encerrase conserva tan cordial?, ¡o si los hados me convirtiesen agora en piedra de tan feliz edificación, porque a mi contento gozasse de mi deseado bien!» Y diciendo estas y semejantes lástimas, llorando de sus ojos se entró en la ciudad y fuese derecha al palacio y casa del rey; y apeada de su caballo se entró a la sala real, donde hallando al rey, puesta de rodillas ante él, le habló así: «Muy alto y muy poderoso señor, a la vuestra alteza plega saber cómo yo soy hijo del rey de Polonia; y deseo exercitarme en las armas para merecer ser colocado en la nombradía de caballero me ha hecho salir de mi tierra, y teniendo noticia que tan aventajadamente se platican las armas en vuestra corte soy venido a os servir, de manera que si mis obras fueren de caballero, ofrezida la oportunidad, terneme por dichoso tomar la orden de caballería de tan valeroso príncipe como vos; y si en vuestro servicio me recibís me haréis, señor, muy gran merced.» Estaban delante la reina y su hija Sophrosina que era dama de gran beldad, y el hijo del rey, y como vieron a Drusila tan hermoso y apuesto donzel a todos contentó en extremo, y les plazió su ofrecimiento, y a Sophrosina mucho más; y después que el rey su padre le agradeció su venida y buena voluntad, le ofreció todo aquel aprovechamiento que en su casa y reino se le pudiese dar, Sophrosina le demandó a su padre por su donzel y caballero, y su padre se le dio, y Drusila le fue a berrar las manos por tan gran merced. Sophrosina estaba muy ufana de tener en su servicio un tan apuesto y hermoso donzel, porque ciertamente así como en su hábito natural de muger era la más hermosa donzella que había en el mundo, y con su beldad no había caballero que la viesse que no la deseasse, así por la misma manera en el hábito de varón tenía aquella ventaja que toda lengua puede encarecer, en tanta manera que no había dueña ni donzella que no deseasse gozar de su amor; y así Sophrosina decía muchas vezes entre sí que si fuese a ella cierto que el su donzel era hijo del rey de Polonia, como él lo había dicho, que se

ternía por muy contenta casar con él, tan contenta estaba de su postura y beldad; y así en ninguna cosa podía Sophrosina agradar a Drusila que no lo hiziesse de corazón. Y un día hablando delante de algunos caballeros y reina su madre, de la batalla y de la muerte del rey de Albania, vinieron a hablar de la prisión de Andrónico hijo del rey de Hungría, y la reina dixo que çiertamente sería justiçiado muy presto, porque mató en la batalla un sobrino suyo hijo de su hermana, y que su madre no se podía consolar por la muerte de su hijo sino con haber Andrónico de morir, y que para esto tenía ya la palabra del rey; y como Drusila esto oyó, pensó perder la vida de pessar, y con mucha disimulación se puso a pensar cómo podría libertar a su amante aunque ella muriesse por él; y así como Sophrosina se recogió a su aposento pússosse Drusila de rodillas ante ella suplicando la hiziese una merçed, haziéndole saber en cómo ella había conçebido gran piedad de Andrónico, por çertificarle la reina su señora que había de morir, que le suplicaba le diesse liçençia para le visitar y consolar porque en ninguna manera se podría sufrir a estar presente en la çiudad a le ver morir. Sophrosina como entendió que en esto haría a Drusila gran plazer, le dio luego un anillo muy preçiado que ella traía en su dedo, y le dixo que se fuesse con él al alcaide del castillo y le dicesse que se le dexasse ver y hablar. No te puedo encareçer el goço que Drusila con el anillo llevó; y como llegó al castillo y le mostró al alcaide y reconoçió el anillo muy preçiado de su señora Sophrosina, y por lo que conoçía de los favores que daba al su donzel, luego le hizo franco el castillo y le dio las llaves, y sin más compañía ni guarda le dixo que entrasse en la torre de la prisión. Como Andrónico sintió abrir las puertas temióse si era llegada la hora en que le habían de justiçiar, porque le pareçió desusada aquella visita, y estaba confusso pensando qué podía ser, y aunque no tenía más prisiones que la fuerça de aquella torre afligíale mucho la soledad y el pensar la hora en que había de morir; y como Drusila entró en la prisión y reconoçió al su amado Andrónico, aunque flaco y demudado todo, se le fue a abrazar y bessar en la boca, que no se podía contener; y como Andrónico se sintió así acariçiar de un mançebo en un estado tan miserable como aquel, estaba confusso y turbado, sospechoso que le lloraban el punto de su muerte; y cuando ya su Drusila se le dio a conoçer y volvió en sí no hay lengua que pueda contar el plazer que tuvieron los dos. Luego le contó por estenso cómo había venido allí, y cómo perdió sus padres, hermanos y reino, y el estado en que estaba en el favor de Sophrosina, y la confiança y crédito que se le daba en toda la çiudad, y cómo sabía çiertamente que había de morir y muy breve, sin poderlo ella remediar por ser muger; y que por tanto convenía que luego tomando los hábitos que ella traía, que se los dio Sophrosina, la dexasse en la prisión con los que él tenía vestidos, y que él se fuesse a buscar cómo la libertar; en fin, pareçiendo bien a ambos aquel consejo, y siendo avisado por Drusila de muchas cosas que convenía hazer antes que saliesse de la çiudad cómo se había de despedir de Sophrosina y cómo había de haber su arnés, vestiéndose las ropas que ella llevaba y tomando el anillo, y çerrando las puertas de la torre se salió, y dadas las llaves al alcaide con mucha disimulación se fue al palaçio sin que alguno le echasse de ver por ser ya casi a la noche, y entrando a la gran sala halló a Sophrosina con sus padres y corte de caballeros en gran conversaçión; y

puesto de rodillas ante ella le dio el anillo, y por no dar Sophrosina cuenta al rey ni reina de ninguna cosa no le habló en ello más, pensando que estando solos sabría lo que con Andrónico passó; y Andrónico sin más detenimiento se fue al aposento de Drusila conforme al aviso que le dio, y vestido su arnés y subiéndolo en su caballo se salió la puerta de la ciudad. Esperó Sophrosina aquella noche si parecía ante ella el su donzel, y como no le vio, venida la mañana le envió a buscar, y como le dixeron que la noche antes se había ausentado de la ciudad pensó haberlo hecho por piedad que tuvo de Andrónico por no le ver morir; y así trabajaba Sophrosina por que se executase la muerte en Andrónico diciendo que luego volvería su donzel como supiese haberse hecho justicia; y así se sufrió, y respondía al rey y reina cuando preguntaban por él, diciendo que ella le envió una xornada de allí con un recado. Andrónico con la mayor priesa que pudo caminando toda la noche se entró en el reino de Armenia, porque supo que tenía gran enemistad con el rey de Lidia, y le dixo ser un caballero de Traçia, que había recibido un gran agravio del rey de Lidia, que le suplicaba le diese su ejército, y que él le quería ser su capitán, que él le prometía darle el reino de Lidia en su poder, y que sólo quería en pago el despojo del palacio real y prisioneros del castillo; y así concertados caminó Andrónico para Lidia con el rey de Armenia y su ejército, y salido el rey de Lidia al campo con su ejército le mató Andrónico en una batalla y le entró la ciudad, y tomó en su guarda el palacio del rey, y se fue al castillo, y abierta la prisión sacó de allí a su Drusila con gran alegría y placer de ambos y gran gozo de besos y abrazos; y descubriendo su estado y ventura a todos, vistió a Drusila de hábitos de dama, que admiraba a todos su hermosura y belleza; y poniendo en poder del rey de Armenia a la reina de Lidia y todo el reino, y diciendo que quería a Sophrosina para dársela por muger a un hermano suyo, la embarcó juntamente con todo el tesoro del rey. Luego como entraron en el mar les vino una tormenta muy furiosa, por la cual después de dos días, aportaron a una isla sola y desierta y sin habitación que estaba en el mar Egeo; iba Sophrosina muy miserable y cuitada llena de luto, y Andrónico se la iba consolando, y como era donzella y linda que no había cumplido catorce años bastó entre aquellos regalos y lágrimas mover el corazón de Andrónico con su hermosura y belleza; y así como enhastado de la su Drusila pasó todo su amor en Sophrosina, que ya si a Drusila hablaba y comunicaba era con simulación pero no por voluntad; y así fingiendo regalar a Sophrosina de piedad, disimulaba su malicia encubierta, porque so color que la llevaba para su hermano la acariciaba para sí, pareciéndole no ser aquella joya para desechar; y así ardiendo su corazón con la llama que Sophrosina le causaba, sospiraba y lloraba disimulando su pena. Pues llegados al puerto de la isla, como Drusila llegó cansada de las malas noches y días del mar, saltó luego en tierra ya casi a la noche, y no queriendo Sophrosina salir del navío por su desgracia, habiendo cenado, Drusila mandó sacar al prado verde un rico pabellón con una cama, la cual recibió aquella noche los desiguales corazones de Andrónico y Drusila en uno; y como la engañada Drusila con el cansancio se adormió, y el infiel de Andrónico la sintió dormida, poco a poco sin que le sintiese delezándose por la cama se levantó junto a la media noche, y tomándola todos sus vestidos la dexó sola y desnuda en el lecho y se

lançó en el navío; y así mandó a los marineros y gente que sin más detenimiento levantassen vela y partiessen de allí, y con tiempo de bonança y próspero viento vinieron en breve a tomar puerto en el reino de Maçedonia a algunas villas que aún estaban por Drusila, porque Reimundo era ido a conquistar a Siçilia. La desdichada de Drusila como de su sueño despertó començó a buscar por la cama su amante, estendiendo por la una parte las piernas, y por la otra echando los brazos; y como no le halló, como furiosa y fuera de seso, saltó del lecho desnuda en carnes y sin sosiego alguno se fue a la ribera buscando el navío, y como no le vio, presumiendo aún dormir y ser sueño lo que vía se començó cruelmente a herir por despertar; y así rasgando su hermoso rostro, que el sol obscureçía con su resplandor, y mesando sus dorados cabellos corría a una parte y a otra por la ribera como adivinando su mala fortuna. Daba grandes voces llamando su Andrónico, pero no hay quien la responda por allí, sino de pura piedad el echo que habita y resuena por aquellas concavidades. En grandes alaridos y miseria passó la desdichada aquel rato hasta que la mañana aclaró, y así como el alba començó a romper, ronca de llorar, todo su rostro y delicados miembros despedaçados con las uñas, tornó de nuevo a correr la ribera, y vio que a una parte subía un peñasco muy alto sobre el mar, en que con gran ímpetu batían las olas, y allí sin algún temor se subió, y mirando lexos, agora porque viesse ir las velas hinchadas, o porque al deseo y ansia se le antojó, començó a dar voces llamando a su Andrónico, hiriendo con furia las palmas; y así cansada, llena de dolor, cayó en el suelo amortecida, y después que de gran pieza volvió en sí començó a dezir: «Di, infiel traidor, ¿por qué huyes de mí, que ya me tenías vencida? Pues tanto te amaba esta desdichada ¿en qué podía dañar tus deleites? Pues llevas contigo el alma, ¿por qué no llevaste este cuerpo que tanta fe te ha tenido? O pérfido Andrónico, ¿este pago te mereció este mi corazón que tanto se empleó en ti, que huyendo de mí con tus nuevos amores me dexas aquí hecha pasto de fieras? O amor, ¿quién será aquella desventurada que sabiendo el premio que me das a mi fe, no quiera antes que amar ser comida de sierpes? ¿De quién me quejaré?: ¿de mí, porque tan presto a ti, Andrónico, me rendí desobedeciendo a mi padre y recusando a Raimundo?, ¿o quejarme he de ti, traidor fementido, que en pago desto me das este galardón? Júzguelo Dios; y pues mis obras fueron por la fe del matrimonio que no se debe violar, pues la tuya es verdadera traición, arrastrado seas en campo por mano de tus enemigos.» ¿Quién contará el angustia, llanto, duelo, querella y desventura de tanta belleza y mujer desdichada?, yo me maravillo cómo el çielo no se abrió de piedad viendo desnudos aquellos tan delicados miembros gloria de naturaleza, desamparada de su amante, hecha manjar y presa de fieras, esperando su muerte futura. No puedo dezir más; porque me siento tal, que de pena y dolor reviento. Pues así con la gran ansia que la atormentaba se tornó a desmayar en el medio de un prado teniendo por cabezera una piedra; y porque Dios nunca desampara a los que con buena intinçión son fieles, suçedió que habiendo Raimundo conquistado el reino de Siçilia volvía vitorioso por el mar, y aportando a aquella isla, aunque desierta, se apeó por gozar del agua fresca, y andando con su arco y saetas por la ribera solo, por se solazar, vio de lexos a Drusila desnuda, tendida en el suelo, y como la vio, aunque luego le pareció ser fiera, cuando

reconoció ser muger vino para ella, y como cerca llegó y halló ser Drusila enmudeció sin poder hablar, pensando si por huir dél se había desterrado aquí cuando a su padre le mató. De lástima della comenzó a llorar, y ella volviendo en sí, se levantó del suelo y muy llena de vergüenza se sentó en la piedra. Parecía allí sentada como solían los antiguos pintar a Diana cuando junto a la fuente está echando agua a Antheón en el rostro, o como pintan las tres deesas ante Paris en el juicio de la manzana; y cuando trabaja encogiéndose cubrir el pecho y el vientre descúbresele más el costado: era su blancura que a la nieve venía. Los ojos, pechos, mejillas, nariz, boca, hombros, garganta que Drusila mostraba se podía anteponer a cuantas naturaleza tiene formadas hasta agora, y después descendiendo más abajo por aquellos miembros secretos que por su honestidad trabajaba en cubrir, en el mundo no tenían en belleza par; y como acababa de llorar parecía su rostro como suele ser de primavera alguna vez el cielo, y como queda el sol acabando de llover habiendo descombrado todo el nublado de sobre la tierra; y así Raimundo captivo de su belleza le dixo: «¿Vos no sois, mi señora Drusila?» Al cual ella respondió: «Yo soy la desdichada hija del rey de Macedonia.» Y luego allí le contó por estenso todo lo que por Andrónico su esposo pasó, y cómo viniéndose para su tierra la había dexado sola allí como ve. Él se maravilló a tanta fe haber hombre que diesse tan mal galardón, y le dixo: «Pues yo, señora, soy vuestro fiel amante Raimundo de Traçia, y porque me menospreciastes me atreví a os enojar; yo tengo el vuestro reino de Macedonia guardado para vos, juntamente con mi corazón, y cuanto yo tengo está a vuestro mandar; yo quiero tomar la empresa de vuestra satisfacción.» Y diciendo esto saltó al navío y tomó unas preciosas vestiduras, y solo sin alguna compañía se las volvió a vestir y truxola al navío, donde dándola a comer algunas conservas la consoló; y dados a la vela la llevó a la ciudad de Constantinopla donde estaba su padre, el cual como supo que traía a Drusila y mucho a su voluntad recibió gran placer, y luego Raimundo se dispuso ir a tomar la satisfacción de Andrónico que se había lançado en algunas villas del reino de Macedonia, por ser marido de Drusila. Y como no era aún conocido no se pudo defender, que en breve Raimundo le venció, y como le hubo a las manos le hizo atar los pies a la cola de su caballo, y heriéndole fuertemente de las espuelas le truxo por el campo hasta que le despedaçó todo el cuerpo, y así le pusieron por la justicia de Dios aquí al aire como le ves, en pena de su ingratitud. Y Raimundo en placer y contento de aquellos reinos se casó con Drusila, los cuales dos se gozaron por muchos años en su amor, y enviaron a Sophrosina para su madre a Lidia con mucho placer, y después el rey de Armenia, por ruegos del rey de Traçia, casó su hijo con Sophrosina y vivieron todos en prosperidad.

MIÇILO. Por cierto, gallo, el cuento me ha sido de gran piedad, y la pena es cual mereçe ese traidor. Agora proçede en tu peregrinación.

GALLO. Luego como subimos al cielo empíreo, que es el cielo superior, nos alumbró una admirable luz que alegró todo el espíritu con un nuevo y particular placer, que no hay lengua ni entendimiento que sepa declarar. Era este cielo firme, que en ningún tiempo se mueve, ni puede mover, porque fue criado para eternal morada y palacio real de Dios; y con él en el principio de su creación fueron allí criados una innumerable muchedumbre

de inteligências, spíritus angélicos como en lugar proprio y deputado para su estancia y a ellos natural. Como es lugar natural el agua para los pescados, y el aire para las aves y la tierra para los animales, hombres y fieras, este çielo es de inmensa y inestimable luz, y de una divina claridad resplandeciente sobre humano entendimiento y capacaçion, por lo qual se llama Empíreo, que quiere dezir fuego; y no porque sea de naturaleza y sustaçion de fuego, sino por el admirable resplandor y glorioso alumbramiento que de sí emana y proçede. Aquí está el lugar destinado ante la constituçion del mundo para silla y trono de Dios, y para todos los que han de reinar en su divino acatamiento, la qual luz quanto quiera que en sí sea claríssima y acutíssima no la pueden sufrir los ojos de nuestra mortalidad, como los ojos de la lechuza que no pueden sufrir la luz y claridad del sol; ni tampoco esta luz bienaventurada alumbrava fuera de aquel lugar. En conclusion, es tan admirable esta luz y claridad que tiene a la luz del sol y luna, çielos y planetas ventaja sin comparaçion. Es tanta y tan inestimable la ocupaçion en que se arrebatava el alma allí, que de ninguna cosa que acá tenga, ni dexa, se acuerda allá; ni más se acuerda de padre, ni madre, parientes, amigos, hijos, ni muger más que si nunca los hubiera visto, ni piensa, ni mira, ni considera mal ni infortunio que les pueda acá venir, sino solo tiene cuenta y ocupaçion en aquel gozo inestimable que no puede encareçer.

MIÇILO. O gallo, qué bienaventurada cosa es oírte, no me parece sino que lo veo todo ante mí. Pues primero que llegues a Dios a dezirme el estado de su magestad, te ruego me digas la disposiçion del lugar.

GALLO. Eran unos campos, una llanura que los ojos del alma no los puede alcanzar el fin, eran campos y estaban cubiertos porque era casa real donde el rey tiene todos sus cortesanos de sí. Y mira bien agora, Miçilo, que en aquel lugar había todas aquellas cosas que en el mundo son de estima, y que en el mundo pueden causar magestad, deleite, hermosura, alegría y plazer, y otras muchas más sin cuento ni fin. Pero sólo esto querría que con sola el alma entendiesses; que todo aquello que allá hay es de mucho más virtud, exçelencia, fuerça, elegancia y resplandor que las que en el mundo hay, sin ninguna comparaçion; porque en fin has de considerar que aquellas están en el çielo, naçieron en el çielo, adornan el çielo y aun son de la çelestial condiçion para el serviçio y acatamiento de Dios, y ansí has de considerar con cuánta ventaja deben a éstas exceder, en tanta manera que puedes creer, o presumir que aquello es lo verdadero y lo que tiene vivo ser, y que es sombra lo de acá, o fiçion, o que lo del çielo es natural, y lo del mundo es artiçiçal y contrahecho y sin algùn valor, como la ventaja que hay de un rubí, o de un diamante hecho en los hornos del vidrio de Venecia, o Cadahalso, que no hay cosa de menos estima; y mira aun cuánta ventaja le haze un natural diamante que fue naçido en las minas de acá, que puesto en las manos de un príncipe no se puede apreciar ni estimar. Había por comunes piedras por el suelo de aquellos palaçios y praderías esmeraldas, jaçintos, rubies, carbuncos, topaçios, perlas, çafires, crisotoles y diamantes, y por entre éstas corrían muy graçiosas y perenales fuentes, que con su meneo hazían spiritual contento que el alma sólo puede sentir. Había demás destas piedras y gemas que conoçemos acá otras infinitas de admirable perfeçion, y aún debes creer que por ser naçida allá cualquiera piedra que por allí

estaba çien mundos no la podrían pagar, ¡tanta y tan admirable era su virtud! Así con este mismo presupuesto puedes entender y considerar qué era el oro de allí y todo lo demás, porque no es razón que me detenga en te encareçer la infinidad de cosas preçiosas y admirables que había allí; la multitud de árboles que a la continua están con sus flores y frutas; y cuanto más sabrosas, dulçes y suaves que nunca humana garganta gustó. Aquella muchedumbre de yerbas y flores, que jazmines, olivetas, alelís, albahacas, rosas, azuzenas, clavellinas, ni otras flores de por acá daban allí olor; porque las privaban otras muchas más que había sin número por allí. En un gran espaçio que por entendimiento humano no se puede comprender estaba hecho un admirable teatro preçisamente entoldado, del medio del cual salía un trono de divina magestad. Había tanto que ver y entender en Dios, que al juicio y entendimiento no le sobró punto ni momento de tiempo para poder contemplar la manera del edifiçio y su valor. Basta que así como quien en sueños se le representa un innumerable cuento de cosas que en confuso las ve en particular, así mientras razonábamos los miradores açerca del divino poder, eché los ojos y alcancé a juzgar ser aquel trono de una obra, de una entalladura, de un mosaico, moçárave y tareçe que la lengua humana le haze gran baja, ultraje y injuria presumirlo comparar, tasar o juzgar, que aun presumo que a los bienaventurados spíritus les está secreto, reservado sólo a Dios, porque no hace a su bienaventurança haberlo de saber. En este trono estaba sentado Dios, de cuyo rostro salía un divino resplandor, una deidad que hazía aquel lugar de tanta grandeza, magestad y admirable poder que a todos engendraba un terrible espanto, reverençia y pavor.

MIÇILO. O gallo, aquí me espanta donde estoy en oírtelo representar. Pero dime, ¿a qué parte tenía el rostro Dios?

GALLO. Mira, Miçilo, que en esto se muestra su gran poder, magestad y valor, que en el çielo no tiene espaldas Dios, porque a todas partes tiene su rostro entero, y en ninguna parte del çielo el bienaventurado está que no vea rostro a rostro la cara a su magestad, porque en este punto está toda su bienaventurança que se resume en sólo ver a Dios; y es este privilegio de tan alto primor que donde quiera que está el bienaventurado, aunque estuviese acaso en el infierno, o en purgatorio se le comunicaba en su visión Dios, y en ninguna parte estaría que entero no le tuviese ante sí.

MIÇILO. Dime, ¿allá en el çielo víades y oíades todo lo que se hazía y dezía en el mundo?

GALLO. Después que los bienaventurados están en el acatamiento de Dios ni ven ni oyen lo que se dize y haze acá, sino en el mismo Dios, mirando a su divina magestad reluzen las cosas a los santos en él.

MIÇILO. Pues dime, ¿comunicales Dios todo cuanto passa acá?, ¿ve mi padre y mi madre lo que yo hago agora aquí si están delante Dios?

GALLO. Mira, Miçilo, que aunque te he dicho que todo lo que los bienaventurados ven mirando a Dios es no por eso has de entender que les comunica Dios todas las cosas que passan acá, porque no les comunica sino aquellas cosas de más alegría y plazer y aumento de su gloria, y no las cosas impertinentes que no les causasse gozo su comunicaçión, porque no es razonable cosa que comunique Dios a tu padre que tú adulteras acá, o reniegas o blasfemas de su poder y majestad; pero alguna vez podrá ser que

le comunique ser tú bueno, limosnero, devoto y trabajador. Quiero te dar un exemplo porque mejor me puedas entender: pongamos por caso que estamos agora en un gran templo, y que en el altar mayor en el lugar que está el retablo estuviesse un poderoso y grande espejo de un sutil y fino azero, el cual por su limpieza y polidez y perfección mostrasse a quien estuviesse junto a él todo cuanto passa y entra en la iglesia, tan en particular que aun los affectos del alma mostrasse de cuantos entrassen allí; entonçes sin mirar a los que están en el templo, con mirar al espejo verías todas cuantas cosas allí passan, aunque se hiziessen en los rincones muy ascondido; pero con esto pongamos que este espejo tuviesse tal virtud que no te comunicasse otra cosa de todas cuantas allí passan sino las que te conveniessen saber, como si dixéssemos que te mostrasse los que entrassen allí a rezar, a llorar sus pecados, a dar limosna y adorar a Dios, pero no te mostrasse ni viesses en él al que entra a hurtar los frontales, ni los que entran a murmurar de su próximo, ni aun los que entran allí a tratar cambios y contratos ilícitos y profanos, porque los tales no aprovechan haberlos tú de saber; pues desta manera debes entender que es Dios un divino espejo a los bienaventurados, que todo lo que passa en el mundo reluze en su magestad, pero solo aquello ve el bienaventurado que haze a su mayor bien, y no lo demás. Pero alguna vez aconteçe que es tanta la vanidad de las petiçiones que suben a Dios de acá que muestra Dios reírse en las oír, por ver a los mundanos tan neçios en su oraçión: unos le piden que les dé un reino, otros que se muera su padre para heredarle; otros suplican a Dios que su muger le dexé por heredero, otros que le dé vengança de su hermano. Y algunas vezes permite Dios que redunde en su daño la neçia petiçión, como un día que notablemente vimos que se reía Dios, y mirando hallamos que era porque había un mes que le importunaba una mugerzilla casada que le truxiesse un amigo suyo de la guerra, y la noche que llegó los mató el marido juntos a ella y a él. De aquí se puede colegir a quién se debe hazer la oraçión, y qué se debe en ella pedir, porque no mueva en ella a risa a Dios; que pues las cosas van por vía de Dios a los santos, y en él ven los santos lo que passa acá, será cordura hazer la oraçión a Dios.

MIÇILO. ¿No es lícito hazer oraçión a los santos, y pedirles merçed?

GALLO. Si, lícito es, porque me hallo muy pecador con mil fealdades que no oso parecer ante Dios; o como haze oraçión la iglesia diziendo: «Dios, por los méritos de tu santo N. nos haz dignos de su graçia, y después merezcamos tu gloria.» ¿Y vosotros pensáis que os quiere más algún santo que Dios?, no por çierto; ¿ni que es más misericordioso, ni que ha más compasiòn de vos que Dios?, no por çierto. Pero pedislo a los santos porque nunca estáis para hablar con Dios, y porque son tales las cosas que pedís que habéis vergüença de pedir las a Dios, ni parecer con tales demandas ante él, y por eso pedislas a ellos. Pues mirad que sólo debéis de pedir el fin y los medios para él: el fin es la bienaventurança, ésta sin tasa se ha de pedir. Pero aun muchos se engañan en esto, que no saben cómo la piden: es un hombre usurero, amañebado, homiliano, envidioso y < > otros mil viçios, y pide: «Señor dadme la gloria.» Por çierto, que es mucha razón que se ría Dios de vos, porque pedís cosa que siendo vos tal no se os dará.

MIÇILO. Pues, ¿cómo la tengo de pedir?

GALLO. Mejorando primero la vida, y después deid a Dios: «Señor, suplicos yo que resplandezca en mí vuestra gloria»; porque en el bueno resplandeçe la gloria de Dios; y siéndolo vos darse os ha; y pues en los bienes eternos hay que saber cómo se han de pedir, cuánto más en los medios, que son los bienes temporales, que no ansí atreguadamente los habéis de pedir para que se ría Dios de vos, sino con medida, si cumplen como medios para vuestra salvaçión: ¿qué sabéis si os salvaréis mejor con riqueza que con pobreza?, ¿o mejor con salud que con enfermedad?

MIÇILO. Pues es ansí, gallo, como tú dices, que ninguna cosa, ni petiçión va a los santos sino por vía de Dios, y él se la representa a ellos, ¿por qué dize la iglesia en la letanía: Sancte Petre, ora pro nobis, Sancte Paule, ora pro nobis?, porque si yo deseasse mucho alcançar una merçed de un señor, superflua cosa me pareçería escrebir a un su criado una carta para que me fuesse buen terçero, si supiesse yo çierto que la carta había de ir primero a las manos del señor que de su privado, porque me ponía en peligro, que no teniendo gana el señor de me la otorgar rasgase la carta, y se me dexasse de hazer la merçed por sólo no haber interçesor.

GALLO. Pues mira que esta ventaja tiene este príncipe çelestial a todos los de la tierra, que por sólo ver que hazéis tanto caudal de su criado y privado, y os estimáis por indignos de hablar con su magestad, tiene por bien otorgar la petiçión, aun muchas vezes reteniendo la carta en sí; porque a Dios bástale entender de vos que sois devoto y amigo de su santo que ama él, y ansí por veros a vos en esta devoçión os otorga la merçed; y poco va que comunique con el santo que os la otorgó por amor dél, o por sola su voluntad.

MIÇILO. Por çierto, gallo, mucho me has satisfecho a muchas cosas que deseaba saber hasta aquí, y aún me queda mucho más. Deseo agora saber el asiento y orden que los ángeles y bienaventurados tienen en el çielo, y en qué se conoce entre ellos la ventaja de su bienaventurança. Ruégote mucho que no rehúses ni huyas de complazer a mí, que tan ofreçido y obligado me tienes a tu amistad, pues de hoy más no señor, sino amigo y compañero, y aun discípulo me puedes llamar.

GALLO. No deseo, Miçilo, cosa más que haberte de complacer. Pero pues el día es venido, quédese lo que me pides para el canto que se seguirá.
Fin del deçimoterçio canto del gallo

Argumento del deçimocuarto canto del gallo

En el déçimo cuarto canto que se sigue el auctor concluye con la subida del çielo y propone tratar la bajada del infierno declarando muchas cosas que açerca dél tuvieron los gentiles historiadores y poetas antiguos.

MIÇILO. Ya estoy esperando, o graçioso gallo y celestial Menipo, que con tu dulce y elocuente canto satisfagas mi spíritu tan deseoso de saber las cosas del çielo como de estar allá, por lo cual te ruego no te sea pesadumbre haber de satisfacer mi alma que tanto cuelga de lo que la has hoy de dezir.

GALLO. No puedo, Miçilo, negar hoy tu petiçión, y ansí digo que si bien me acuerdo me pediste ayer te dixesse el asiento y orden que los ángeles y bienaventurados tienen en el çielo, y en qué se conoçe allá entre ellos la ventaja de su bienaventurança, para lo cual debes entender que todo aquel lugar en que están ángeles y santos ante Dios está relumbrado de oro muy maravilloso, que excede sin comparación al de acá, juntamente con el resplandor inestimable que de su cogeta da el çielo en que está, como te dixee en el canto passado; y este lugar está todo adornado de muy preciosas margaritas convenientes a semejante estancia. Están, pues, todos aquellos moradores ocupados en ver a Dios, del cual como de una fuente perenal proçede y emana sumo goço y alegría la cual nunca los da hastío, pero mientras más della gozan más la desean. En esto está su bienaventurança, y la ventaja conóçela en sí cada cual en la más o menos comunicación en que se les da Dios: cada uno está contento con ver a Dios, y ninguno tiene cuenta con la ventaja que otro le puede tener, porque allí ni hay delantera, ni lugar en que la preeminencia se pueda conoçer: no hay asientos ni sillas, porque el espíritu no reçibe cansancio sentado ni en pie, ni ocupa lugar, y do quiera que el bienaventurado está tiene delante y a su lado y junto a sí a Dios, y ninguno está tan cerca de sí mesmo como está Dios dél. De manera que sillas y lugares y orden y preeminencia del çielo no está en otra cosa sino en el pecho de Dios, cuanto a su mayor o menor comunicación. Y todo lo demás que vosotros en este caso por acá dezís es por vía de metáphora, o manera de dezir, porque lo podáis mejor entender en vuestra manera de hablar. En esta presencia universal de Dios que te he dado a entender están en coros los santos ante su magestad, a los cuales todos mi ángel me guió por los ver: estaba en lo más çercano a lo que me pareçió al trono y acatamiento de Dios la madre benditíssima del Salvador, rodeada de aquella compañía de los viejos padres de la religión cristiana, doze apóstoles y discípulos de Cristo y evangelistas, rodeados de ángeles que con gran música y melodía de diversos instrumentos y admirables voces, continúan sin nunca çesar gloria a Dios; siguen a éstos grandes compañías de mártires con palmas en las manos y unas guiraldas de roble çelestial en las cabeças, que denotaba su fortaleza con que sufrieron los martirios por Cristo; por el semejante éstos estaban acompañados de la mesma abundancia de música, y embelesados y arrebatados en la visión divina; estaba luego una innumerable multitud de confesores, pontífices, perlados, saçerdotes y religiosos que en vidas honestas y recogidas acabaron y se fueron a gozar de Dios. En un muy florido y ameno prado de flores muy graçiosas y de toda hermosura y deleite estaba una gran compañía de damas, de las cuales, demás de su beldad, echaban de sí un admirable resplandor que privara todo juicio humano si de beatitud no comunicara; éstas, sentadas en torno en aquella çelestial verdura, hazían gran cuenta de una prinçipal guía que las entonaba y ponía en una música que con altíssimo orden loaba a Dios; tenían todas muy graçiosas guiraldas en sus cabeças, entretexidas rosas, violetas, jazmines, alhelíes y de otro infinito género de flores naçidas allá que no se podían marchitar ni corromper. Dellas tañían órganos, dellas clavicordios, monacordios, claviçimbanos y otras diversas sonaxas acompañadas con voces de gran suavidad; éstas, me dixo mi ángel, que era la bienaventurada Santa Úrsula con su compañía de vírgenes, porque demás

de sus onze mil había allí otro innumerable cuento dellas. Aquí conoçí las almas de mis padres y parientes y de otras muchas personas señaladas que yo acá conoçí, que dexo yo agora de nombrar por no te ser importuno, a las cuales conoçí por una çierta manera de alumbramiento que por su bondad Dios me comunicó; la cual es una manera de conoçerse los bienaventurados entre sí para su mayor gozo y gloriosa comuniçación. En esta alta y soberana conversaçión que tengo contado estuve ocho días por preuilegio y don soberano de Dios.

MIÇILO. Por çierto, gallo, mucho me has dicho, y tanto que humano pensamiento nunca tal conçibió; bien parece que has estado allá, por lo cual bien te podremos llamar çelestial. Dime agora que deseo saber, ¿allá en el cielo hay noches y días diferentes entre sí?

GALLO. No, pero después venido acá me saludaban mis amigos como ausente tanto tiempo, y por la cuenta que hallé que contaban en el mes, que allá todo es luz, claridad, alegría y plazer; no hay tinieblas, obscuridad ni noche donde está Dios que es luz y lumbre eterna a los que viven allá. En estos ocho días vi, hablé y comuniqué con todos mis parientes, amigos y conocidos, y a todos los abraçé con mucho plazer y alegría; y me preguntaron por los parientes y amigos que tenían acá, y yo les dezía todo el bien dellos con que más los podía complazer y deleitar, y no era en mi mano dezirles cosas que los pudiesse entristecer, aunque de ninguna cosa reçibieran ellos turbaçión ya que se la dixera, porque allá están tan conformes con la voluntad de Dios que ninguna cosa que acá suçeda los puede turbar, porque tienen entendido que proçede todo de Dios, porque en Dios y ellos sola hay una voluntad y querer.

MIÇILO. Dime agora, gallo, ¿qué manera de habla y lenguaje usan allá?

GALLO. Mira, Miçilo, que los bienaventurados que no tienen sus cuerpos allá no hablan lenguaje ni por voz exterior, porque ésta sólo se puede hazer y formar por miembros que como instrumentos dio naturaleza al cuerpo para se dar a entender como lengua, dientes y paladar. Pero las almas que no tienen cuerpo, cada cual queriendo puede comunicar y manifestar sus conçibimientos sin lengua a quien le plaze, tan claros como cada uno se puede a sí mesmo entender; y ansí Cristo y la Virgen María y San Juan Evangelista que tienen sus cuerpos allá, hablan con voces como nosotros hablamos aquí, y ansí será después del juizio universal de todos los buenos que tiene consigo Dios, que hablarán como agora nosotros cuando después del juizio tuvieren sus cuerpos allá. Pero en el entretanto con sola su alma se pueden entender.

MIÇILO. Dime más, que deseo saber si esas almas desos bienaventurados, si algún tiempo vienen acá.

GALLO. Cuando yo subí allá muchas almas de buenos subieron a gozar en cuya compañía entramos en el çielo, pero al volver ninguna vi que volviese acá, porque creo que no sería cordura que siendo el alma del defunto libertada de tan cruel cárçel y mazmorra como es la del mundo, poseyendo tanto deleite y libertad allá, desee ni quiera volver acá. Bien es de presumir que el demonio muchas vezes viene al mundo y haze ilusiones y apariçiones diziendo que es algún defunto por infamarle, o por engañar a sus parientes.

MIÇILO. Pues dime, gallo: ¿qué dezían allá en el çielo de las bulas y indulgençias?, que casi quieren dezir los theólogos deste tiempo que el

Papa puede robar el purgatorio absolutamente.

GALLO. Dexemos esas cosas, Miçilo, que no conviene que se diga todo a ti; y sabe que otro lenguaje es el que se trata acá diferente del que passa allá, que muchas cosas tiene en el çielo Dios y haze cuya verdad y fin reserva para sí, porque quiere él, y porque debe ansí de convenir para el suçeso, orden y disposiçión del mundo y a la grandeza de su magestad, y nuestra salvaçión; por lo qual no deben los hombres escudriñar en las cosas la causa, fin y voluntad de Dios, pero débense en todo remitir a su infinito y eterno saber; y prinçipalmente en las cosas que determina y tiene la iglesia y ley que profesas, no inquietas más porque es ocasión de errar. Y volviendo al proçeso de mi peregrinaçión, sabrás que como hubimos andado todas las estanças y choros de ángeles y sanctos, me tomó el ángel de mi guía por la mano y me dixo: «Un gran don te otorga Dios como señalado amigo suyo, el qual debes estimar con las gracias que te ha hecho hasta aquí; y es que te quiere comunicar una visiòn de grandes y admirables cosas que están por venir.» Y diziendo esto llegamos a un templo de admirable magestad, el qual sobre la puerta prinçipal tenía una letra que a cuantos la leían mostraba dezir: «Este es el templo de propheçia y divinaçión.» Era por defuera adornado de toda hermosura, edificado de jaspes muy claros, de ámbar y beril transparente más que vidrio muy preçioso; era tan admirable su resplandor que turbaba la vista. Y como entramos dentro y vi tanta magestad no me pude contener sin me derrocar a los pies de mi ángel queriéndole adorar, y él me levantó diziéndome: «No hagas tal cosa, que soy criatura como tú. Levántate y adora al Criador y Hazedor de todo esto, que tan gran merçed te conçedió». Era fundado y adornado por dentro este divino templo de muchas piedras preçiosas: de zafires, calçedonias, esmeraldas, jaçintos, rubíes, carbuncos, topacios, perlas, crisotoles, diamantes, sardo y beril. Y luego se me representó en divina visiòn todo el poder de la tierra quanto del oriente al poniente, medio día y septentrion se puede imaginar; y estando ansí atento por ver lo que se me mostraba, vi deçendir de lo alto de los montes Ripheos a las llanuras de Traçia una grande y disforme bestia llena de cuernos y cabeças, con cuyo silvo y veneno tenía corrompida y contaminada la mayor parte del mundo: árabes, egipçios, siros y persas, hasta Trasilvania y Bohemia, teutónicos, anglos y gálicos pueblos; ésta trae cabalgando sobre sí un monstruoso serpiente que la guía y ampara, adornado de mil colores y nombres de gran soberbia, y éstos juntos son criados para examen, prueba y toque de los verdaderos fieles y seçaçes de Dios; y será el estado y señorío desta fiera más estendido por causa de las cobdiçias y disensiones y intereses de los prinçipes de la tierra, porque ocupados en ellos, tiene más lugar sin haber quien le haya de resistir. Llevaba este serpiente en su cabeça una gran corona adornada de muchas piedras preçiosas, y vestido de púrpura y de muy ricos jaezes, y en la mano un çeptro imperial con el qual amenaza subjeter todo el universo; llevaba en una divisa y estandarte una letra de gran soberbia que dize: «Ego regno a Gange et Indo usque in omnes fines terre», que quiere dezir «Yo reino de los ríos Ganges y Indus hasta los fines de la tierra»; llevaba las manos y ropas teñidas de sangre de fieles, y dábale a beber en vasos de oro y de plata a sus gentes por más las encrueleçer. Entonçes sonaron truenos, grandes terremotos y relámpagos que ponían gran temor y

espanto, que parecía desolarse el trono y templo y venir todo al suelo, y tan grande que nunca los hombres vieron cosas de tan grande admiración, y fue tanta que yo caí atónito y espantado a los pies de mi ángel, el cual levantándose por la mano me dixo: «¿De qué te espantas y te maravillas?, pues mira con gran atención, que aunque este monstruo y bestia tiene agora gran soberbia agora, muy presto caerá»; y no lo acabó de dezir cuando mirando vi salir de las montañas hespéricas un gran león coronado y de gran magestad, que con su bramido juntó gran muchedumbre de fieras generosas y bravas que están sobre la tierra, las cuales juntas vinieron contra el fiero serpiente resistiendo su furia; y a otro bramido que el fuerte león dio, juntó en los valles teutónicos todos los viejos fieles que había en la tierra; por cuya sentencia aunque con alguna dilación fue condenada la bestia y sus secaças a muerte cruel; y ansí vi que a deshora dio un terrible trueno que toda la tierra tembló, y deçendiendo de la gran montaña un espantoso y admirable fuego los abrasa todos convirtiéndolos en zeniza y pavesa, en tanta manera que en breve tiempo ni pareció bestia ni secaç, ni aun rastro de haber sido allí; y ansí todo cumplido vi deçendir de la alta montaña gran compañía de ángeles que cantando con gran melodía subieron a los çielos al león, donde le coronó Dios, y le asentó para siempre jamás junto a sí. Y acabada la visión me mandó Dios llamar ante su tribunal y que propussiese la causa porque había subido allá, porque cualquiera cosa que yo pidiesse se me haría la razonable satisfazió.

MIÇILO. Querría que antes que pasasses adelante me declarasses esa tu visión o propheçía: ¿quién se entiende por la bestia que deçendió de aquellas montañas, monstruo y león?

GALLO. La interpretazió deste enigma no es para ti, a los que toca se les dará. Vamos adelante que me queda mucho por dezir. Como ante Dios fue puesto me humillé de rodillas ante su tribunal y luego propuse ansí: «Sacra y divina magestad, omnipotente Dios, porque no hay quien no enmudezca viendo vuestra incomparable çelsitud, querría, señor, demandaros de merçed, que de alguno de vuestros cortesanos más acostumbrados a hablar ante vuestra grandeza mandássedes leer esta petizió; la cual estendiendo la mano mostré; y luego salió allí delante el Evangelista San Juan, que creo que lo tenía por offiçio, y ansí en alta voz començó:

«Sacra y divina magestad, omnipotente Dios. Vuestro Icaromenipo, griego de naçión, la más humilde criatura que en el mundo tenéis, beso vuestro sacro tribunal, y suplico a vuestra divina magestad tenga por bien de saber en cómo el vuestro mundo está en necesidad que le remedies, mientras no tuviéredes por bien de le destruir llegado el Juizio Universal; el tiempo del cual está según nuestra fe reservado a vuestro divino saber. Soy venido de parte de todos aquellos que en el mundo tenemos deseo de alcanzar la vuestra alta sabiduría y especular con nuestro miserable injenio los secretos incumbrados de nuestra naturaleza, para lo cual sabrá Vuestra Magestad, que aunque de noche y de día por grandes cuentos de años no hagamos sino trabajar estudiando, no se puede por ningún injenio, quanto quiera que sea perspicaçísimo, alcançar alguna parte por pequeña que sea en estas buenas letras, artes y çiençias, porque han salido agora en el mundo un género de hombres somnoliento, dormilón, imaginativo, rixoso, vanaglorioso, lleno de ambiçión y soberbia, y éstos con gran

presunção de sí mesmos hanse dotado de grandes títulos de maestros philosophos y theólogos, diciendo que ellos solos saben y entienden en todas las sçiençias y artes la suma verdad; riéndose a la contina de todo quanto hablan, dizen, comunican, tratan, visten la otra gente del común, diciendo que todos devanean y están locos, sino ellos sólos que tienen y alcançan la regla y verdad del vivir ; y venidos al enseñar de sus sçiençias muestran antes nos trabajan confundir que enseñar, porque han inventado unos no sé qué géneros de setas y opiniones que nos lançan en toda confusión. Unos se llaman reales y otros nominales, que dexado aparte las niñerías y arguçias de sophismas, actos sinchategoremáticos, reglas de instar , absolutamente debéis, señor, mandar destruir, y que ellos y sus auctores no salgan más a luz. En la philosophía es vergüença de dezir la diversidad de prinçipios naturales que ponen: insecables átomos, innumerables formas, diversidad de materias, ideas, tantas cuestiones de vacuo y infinito que no están debajo de número con que se puedan contar. En la theología ya no hay sino relaciones, segundas intinçiones, entia rationis, verdaderas imaginaçiones, en fin, cosas que no tienen ser. Es venido el negoçio a tal estado que ya se glosan y declaran vuestra Esçriptura y Ley según dos opiniones nominal y real y según parece esta multiplicaçión de cosas todo redundan en confusión de los injenios que a estas buenas sçiençias se dan. En lo cual creo que entiende Sathanás por la perdiçión y daño del común. En esto pues suplicamos a vuestra Sagrada Magestad proveáis que Luçifer mande a Sathanás que sobresea y no se entremeta en causar tan gran mal, y los auctores destas setas se prendan, y se les mande tener perpetuo silençio, y que sus libros y scripturas en que están sus bárbaras opiniones las mandéis quemar y destruir, que no parezcan más; y pedimos en todo se nos sea hecha entera justiçia, para la cual imploramos el soberano poder de vuestra Divina Magestad.»

Luego como la petiçión fue leída proveyó Dios que yo y el mi ángel fuésemos por el infierno y notificássemos a Luzifer lo hiziesse así como se pedía por mí, y mandó que se llevasse luego de allí al mundo al consejo de la Inquisiçión y que lo cumpliessen y hiziessen cumplir conforme como yo lo demandé; el cual aucto luego escribió San Juan en las espaldas de la petiçión, y la refrendó y rubricó de su mano como por Dios omnipotente fue proveído. Y luego abraçando a todos nuestros amigos, parientes y conocidos, despidiéndome de todos ellos nos salimos del çielo para nos bajar; y quando nos fueron abiertas las puertas de los çielos para salir, hallamos junto a ellas infinita multitud de almas que con grandes fuerças y importunidad nos estorbaban, que ellas por entrar no nos dexaban salir; hasta que un ángel con gran poder, furia y magestad las apartó de allí; y yo pregunté a mi ángel qué gente era aquella que con tanto deseo y importunidad hazían por entrar y no las abrían; y él me respondió que eran las almas de los que en el mundo tienen toda la vida buenos deseos de hazer bien, hazer obras de virtud, hazer penitençia y recogerse en lugares santos y buenos con deseo de se salvar, y en toda su vida no passan de allí, ni hazen más que prometer y mostrar que desean hazer mucho bien sin nunca començar, ni aun se aparejar a padeçer. A éstos tales danles la gloria en la mesma forma, porque los ponen a la puerta del paraíso con el mesmo deseo de entrar, y aquí tienen la mayor pena que se puede imaginar, porque tanto quanto mucho desearon hazer bien sin nunca lo començar, tanto

mucho más en infinito sin comparación les atormenta el deseo de entrar sin nunca los querer abrir; y en el tormento deste deseo provee Dios de su gran justicia y poder, porque en esta manera los quiere castigar para siempre jamás abrasándoles con el fuego de la justicia divina. Pues como del cielo salimos llevóme mi ángel y guía por un camino sin huella ni sendero, y aun sin señal de haber pisado ni caminado por él alguno, de que me maravillé, y preguntéle cuál fuese la causa de aquella esterilidad, y respondióme que no se continuaba mucho después que Cristo pasó por allí cuando resucitó, y la compañía de los santos padres que entonces sacó del limbo, aunque también le pasan los ángeles que se vuelven al cielo dexando después de la muerte sus cliéntulos y encomendados allá. Repliquéle yo: «¿dime, ángel, el purgatorio no está a esta parte?» Respondióme: «Sí está, pero aún los que de ahí pasan son tan pocos que no le bastan trillar ni asenderar.» Por cierto, mucho deseo he tenido, Miçilo, de llegar hasta aquí.

MIÇILO. En verdad yo lo deseaba mucho más, porque espero que con tu ingeniosa elocuencia me has de hazer presente a cosas espantosas y de grande admiración que deseamos acá los hombres saber. Espero de ti que harás verdadera narración como de cierta esperiencia, y no de cosas fabulosas y mentirosas que los poetas y hombres prestigiosos acostumbran fingir por nos lo más encarecer.

GALLO. Mucho me obligas, o Miçilo, a te complazer cuando veo en ti la confianza que tienes dezirte yo verdad; y ansí protesto por la deidad angélica que en esta xornada me acompañó de no te contar cosa que salga de lo que realmente vi y mi guía me mostró, porque no me atreveré a hazer tan alto espíritu testigo de falsedad y ficción. Contarte he el sitio y disposición del lugar, penas, tormentos, furias, cárceles, mazmorras, fuego y atormentadores que a la continua atormentan allí. En conclusión, describirte he la suma y puesto del estado infernal, con aquellas mismas sombras, espantos, miedos, tristezas, gritos, lloros, llantos y miserias que los condenados padeçen allí, y trabajaré por te lo pintar y proponer con tanta esaxeración y orden de palabras que te haré las cosas tan presentes aquí como las tuve yo estando allá. Pero primero quiero que sepas que no hay allá aquel Plutón, Proserpina, Aeaco y Cançerbero, ni Minos, ni Rhodamante, juezes infernales; ni las lagunas ni ríos que los poetas antiguos fingieron con su infidelidad: Flegeton, Coçiton, Sthigie y Letheo; no los campos Elíseos de deleite diferentes de los de miseria, ni la barca de Acheron que passa las almas a la otra ribera. Ni hay para qué vestir los muertos acá porque no parezcan allá las almas desnudas ante los juezes, como lo hazían aquellos antiguos, pues siempre que fueran a los sepulcros hallaran sus defuntos vestidos como los enterraron; ni tampoco es menester poner a los muertos en la boca aquella moneda que otros usaban poner porque luego los passasse Acheron en su barca, pues era mejor que no llevando moneda no los passara en ningún tiempo y se volvieran para siempre acá, o que si las monedas que algunos defuntos llevaban no corrían ni las conoçían allá por ser de lexos provinçias, como aconteçe las monedas de unos reinos no valer en otros, neçesario sería entonces no los passar, lo cual sería aventajado partido a muchas que allí en el infierno vi. Todo esto, Miçilo, cree que es mentira y ficción de fabulosos poetas y historiadores de la falsa gentilidad, los cuales con sus dulçes y

apazibles versos han hecho creer a sus vanos secaces y lectores; aunque quiero que sepas que esto que estos poetas fingieron no carece del todo de misterio algo dello, porque aunque todo fue ficción, dieron debajo de aquellas fábulas y poesías a entender gran parte de la verdad, grandes y muy admirables secretos y misterios que en el meollo y en interior querían sentir. Con esto procuraban introducir las virtudes y desterrar los vicios encareciendo y pintando los tormentos, penas, temores, espantos que los malos y perversos padecen en el infierno por su maldad; y así dixeron ser el infierno en aquellas partes de Sicilia, por causa de aquel monte ardiente que está allí llamado Ethena, que por ser el fuego tan espantoso y la sima tan horrenda les dio ocasión a fingir que fuese aquella una puerta del infierno, y también porque junto a este monte y sima dizen los historiadores que Plutón, rey de aquella tierra, hurtó a Proserpina hija de Ceres, que siendo niña donzella andaba por aquellos deleitosos prados a coxer flores. Así con estos sus nombres y vocablos de lugares, ríos y lagunas que fingían haber en el infierno, significaban y daban a entender las penas, dolores y tormentos que se dan a las almas por su culpas allá. Así fingían que Acheron que significa privación de gozo passa las almas por aquella laguna llamada Stigie, que significa tristeza perpetua; en esto dan a entender que desde el punto que las almas de los condenados entran en el infierno son privadas de gozo y consolaçión spiritual y puestos en tristeza perpetua, éste es el primero y principal atormentador de aquel lugar, en contrario del estado felicíssimo de la gloria que es continua alegría y plazer. También fingen que está adelante el río Flegeton que significa ardor y fuego, dando a entender el fuego perpetuo con que entrando en el infierno son atormentadas las almas por instrumento y execuçión de la justicia divina. Fingen más, que adelante está el río Letheo, que significa olvido, al cual llegan a beber todas las almas que entran allá, diziendo que luego son privadas de la memoria de todas las cosas que le pueda dar consolaçión. Y dizen que todos estos ríos van a parar en la gran laguna Coçiton, que significa derribamiento perpetuo, dando a entender la suma de la miseria de los malaventurados que son perpetuamente derribados y atormentados, aunque principalmente significa el derribamiento de los soberbios. También dizen que este barquero Acheron hubo tres hijas en su muger la noche obscura y ciega, las cuales se llaman Aletho, que significa inquietud, y Thesifone, que significa vengadora de muerte, y Megera, que significa odio cruel; las cuales tres hijas dizen que son tres furias, o demonios infernales, atormentadores de los condenados. En esto quisieron dezir y dar a entender la guerra que cada alma consigo tiene entrando allí, y en estas tres hermanas se describen los males que trae consigo la guerra que son odio, vengança de muerte y inquietud; que son tres cosas que a la continua residen en el alma que está en el infierno, y aun acá en el mundo es la cosa de más daño y mal, porque demás de aquellos trabajos y miserias que consigo trae la guerra, que por ser todos los hombres que la siguen y en ella entienden el más perverso y bajo género de hombres que en el mundo hay, por tanto a la continua la siguen robos, inçendios, latroçinios, adulterios, inçestos, sacrilegios, juegos y continuas blasfemias; y demás del espanto que causa en el soltar de las lombardas y artillería, el relinchar de los caballos, la fiereza con que se acometen los hombres con enemiga sed y deseo de se

matar, de manera que si en aquel encuentro mueren van perdidos con Luzifer. Demás de todos estos males que siguen la guerra hay otro mayor que es anexo a su natural, que es el desasosiego común, que toda aquella provincia, donde al presente está la guerra, tiene alterado los espíritus: que ni se usan los oficios, ni se exercitan los sacrificios, cesan las labranças del campo, y los tratos de la república, piérdese la honestidad y vergüença, acométense infinitas injurias y desafueros y no es tiempo de hazer a ninguno justicia. En conclusión, es la guerra una furia infernal que se lança en los coraçones humanos, que los priva de razón, porque con razón y sin furia no se puede pelear. Esto quisieron entender y significar algunos de aquellos antiguos en aquellas sus fiçiones, y todo lo demás es poético y fabuloso, y fingido para cumplir sus metros y poesías. Y otros ritos gentílicos como vestir los muertos y ponerles monedas en la boca y ofreçerles viandas diziendo que las comen allá en el infierno, todo esto es mentira y vanidad de gentiles errados por el demonio que los engañaba; y así todo tiene lo reprobado la cristiana religión conforme a la verdad que te contaré y oirás cómo yo lo vi, si me tienes atención; y porque el día es venido dexémoslo para el canto que se seguirá. Fin del décimo cuarto canto del gallo.

Argumento del décimo quinto canto del gallo

En el décimo quinto canto que se sigue el auctor, imitando a Luçiano en el libro que intituló Necromançia, finge deçendir al infierno donde describe las estanças y lugares y penas de los condenados.

GALLO. Despierta, Miçilo, y tenme atención, y contarte he hoy cosas que a toda oreja pongan espanto. No cosas que oí fingidas por hombres que con arte lo acostumbran hazer, pero dezirte he aquellas que vi, comuniqué y con mis pies hollé, y vi a hombres padeçer con grave dolor.

MIÇILO. Di gallo, que atento me ternás.

GALLO. Favorézcame hoy Dios la memoria que no me falte, para dezir lo mucho que su magestad tiene allí para muestra de su justicia y gran poder, porque siquiera los malos por temor çesen de ofender. Pues viniendo al principio, por no dexar cosa por dezir, sabrás que desde lo alto del çielo ya deçendiendo a la tierra vimos unas bravas y espantosas montañas en muy grandes y ásperos desiertos que, según tuve cuenta con las disposiçiones del sol, çielo y tierra, era la seca Libia en tierra de los garamantas, donde estaba aquel antiguo oráculo de Júpiter Amón, la mesa del sol y fuente de Tántalo; donde viven los sátiros, aegipanes, himatopodes, y psillos, monstruosas figuras de hombres y animales. Pues como aquí llegamos sin se nos abrir puerta ni ver abertura, sin que sierra ni montaña nos hiziesse estorbo, nos fuemos lançando por aquellas alturas y aspereças, lugares oscuros y sombríos. Como aconçeçe si alguna vez vamos por una montuosa deesa çerrada de altos y espesos castaños, robles y ençinas, si aconçeçe caminar al puesto de una nublosa luna, cuando la obscura noche quita los colores a las cosas, en este tiempo que a cada passo y sonido de los mismos pies resuena y retumba el solitario monte y se espeluzan y enerican los cabellos, començé a caminar en seguimiento de mi guía. Estaban por aquí a las entradas gran multitud de estanças y

apuestos de furias y miserias, y porque el mi ángel se me iba muy adelante sin parar, a gran corrida le rogué se parase y me mostrase en particular todas aquellas moradas. Luego entramos en unos palacios hechos en la concavidad de aquella áspera peña, lúgubres y de gran obscuridad. En lo más hondo y retraído desta casa habiendo pasado por muchas y muy desbaratadas cámaras y apuestos, asomamos la cabeça a un retrete, y a la parte de un rincón, a la muy quebrada y casi no visible luz, como a claridad de una candela que desde que comenzó a arder no se despabiló, y se quería ya apagar, aquí vimos estar sentada a un rincón una muy rota y desarrapada muger. Ésta era el lloro y tristeza miserable, estaba sentada en el suelo puesto el cobdo sobre sus rodillas, la mano debajo de la barba y mexilla. Vímosla muy pensativa y miserable por gran pieza sin se menear, y como al meneo de nuestros pies miró, alcançé a la ver un rostro amarillo, flaco y desgraciado: los ojos hundidos y mexillas que hazían más larga la nariz, y de rato en rato daba un suspiro de lo hondo del corazón, con tanta fuerça y aflicción que parecía ser hecho artificial para sólo atormentar almas con las entristeçer. Es este gemido de tanta effiçia que traspassa y hiere el alma entrando allí, y con tanta fuerça que le trae cada momento a punto de desesperación; y ésta es la primera miseria que atormenta y hiere las almas de los condenados y es tan gran mal que sin otro alguno bastaba vengar la justiçia de Dios. Tiene tanta fuerça esta miserable muger en los que entran allí que aun contra nuestro preuilegio comenzaba con nosotros a obrar y empeçer. Pero el mi ángel lo remedió con su deidad, y pasando adelante vimos en otro retrete donde estaban los miserables cuidados crueles verdugos de sus dueños, que nunca hazen sino comer del alma donde están hasta la consumir, como gusano que roe al madero el corazón. Aquí moran las tristes enfermedades y la miserable y trabajosa vejez toda arrugada, flaca, fea y de todos aborreçida. Aquí habita el miedo enemigo de la sangre vital, que luego la acorralla y de su presençia la haze huir. Aquí reside la hambre que fuerça los hombres al mal, y la torpe pobreza, de crueles y espantosos aspectos ambas a dos. Aquí se nos mostró el trabajo quebrantado molido sin poderse tener. Vimos luego aquí al sueño, primo hermano de Atropos, aquella cruel dueña; y la muerte mesma se nos mostró luego allí con una guadaña en la mano, cobdiçiosa de segar. Estaban luego adelante las dos hermanas del desasosiego: guerra y mortal discordia. Por aquí nos salieron a reçibir infinitos monstruos y chimeras; gorgones, harpías, sombras y lernas. Y estando así mirando todas estas miserables furias, que eran ciertamente cosa espantosa de ver sus puestos y figuras monstruosas, sentimos venir un gran tropel y ruido como que se había soltado una gran presa que estuuiesse hecha de muchos días de algún caudaloso braço de mar; sonaba una gran huella de pies, murmuración de lenguas de diversas naçiones, y como más se nos iban çercando entendíamos grandes blasfemias de españoles, alemanes, françeses, ingleses y italianos; y como sentimos que se nos iban más llegando y que comenzaban ya a entrar por donde nosotros estábamos, me apañó mi ángel por el braço y me apartó a un rincón por darles lugar a passar, que venía tan gran multitud de almas que no se podían contar, y quanto topaban lo llevaban de tropel; y preguntando qué gente era aquella nos dixeron que el Emperador Carlos había dado una batalla campal al Duque de Güeldres, en la cual le había desvaratado el

exército y preso al Duque, y que en ella había muerto de ambas las partes toda aquella gente que iba allí.

MIÇILO. Pues, ¿cómo, gallo, todos fueron al infierno cuantos murieron en aquella batalla? Pues lícita era aquella guerra, a lo menos de parte del Emperador.

GALLO. Mira, Miçilo, que ya esa guerra no fuesse lícita según ley evangélica, basta serlo de auctoridad eclesiástica para que se pueda entre príncipes cristianos proseguir; porque con este título ayuda para ellas con indulgencias su sanctidad. Pero mira que no todos los que mueren en la guerra van al infierno por causa de ser injusta la guerra, porque saber la verdad de su justicia no está a cuenta de los soldados, sino de los príncipes que la mueven; los unos por la dar y los otros por se defender, y principalmente si la mueve el supremo príncipe siempre se presume ser justa. Pero sabe que los soldados que mueren en la guerra van principalmente al infierno porque en universal los toma la muerte en pecados que los llevan allá: en juegos, blasfemias, hurtos, ninguna guarda en los preceptos de la iglesia, ni religión, enemistades, iras, enojos, pasiones, luxurias, robos, sacrilegios y adulterios. Y así duró este tropel de gente más de seis meses continos que no hazían a toda furia sino entrar porque dezían que entonces el Emperador prosiguió la guerra entrando por Françia con gran mortandad y rigor hasta llegar a una çiudad que llaman Troya muy principal en aquel reino; y por otra parte entraba el rey de Inglaterra con grande ejército desolando a Françia sin haber piedad de ninguna criatura que en su poder pudiesse haber. Maravillado estaba yo pensando dónde podía haber tanta gente, y entrando adelante vimos una entrada a manera de puerta que parecía differenciar el lugar. Oíamos dentro gran ruido de cadenas, voces, lágrimas, sospiros y sollozcos, que mostraban gran miseria. Pregunté a mi ángel qué lugar era aquél, respondióme ser el purgatorio, donde se acaban de purgar los buenos para subir después a gozar de Dios; y también yo alcé la cabeça y leí ser aquello verdad en una letra que estaba sobre la puerta; y por no nos detener determinamos pasar adelante, y en esto sucedió que llegaron donde estábamos un demonio y un ángel que traían un alma, que según parece el ángel era su guarda y el demonio era su acusador, como cada uno de vosotros tiene en este mundo mientras vivís; y como llegaron donde estábamos paróse un poco el su ángel con el mío como a preguntarle dónde venía, el cual nos respondió que a traer este su cliéntulo al purgatorio, que había sesenta años que le guardaba en el mundo; y en el entretanto arrebató el demonio de aquella ánima y corriendo por un campo adelante la llevaba camino del infierno, y como el alma conoció por la letra que la passaba del purgatorio començó a dar voces a su ángel que la defendiesse; y así fue presto su ángel y alcançándolos tuvo reçio della, y convenieron ante nosotros como en juicio. Dezía el demonio que la había de llevar al infierno porque no había razón para la dexar en el purgatorio, principalmente porque la probó que la mayor parte de la vida había sido viçiosa, comedor glotón y dissipador de hazienda y tiempo, y distraído de la ley de Dios; y a esto la convençió a consentir. Pero por el contrario alegaron el alma y su ángel por su parte que, aunque todo esto fuesse verdad, pero que a la continua tuvo cuenta con Dios y con su conçiençia, confessando a los tiempos debidos sus pecados y haciendo penitencia

dellos, y que así lo había hecho en el diçeso y salida de la vida, reçibiendo todos los sacramentos de la Iglesia, teniendo gran confiança en la passión de Cristo con gran arrepentimiento de sus culpas; y así fue concluido por mi ángel serle perdonadas por Dios, y que sólo quedaba obligada a alguna pena temporal del purgatorio; y así la dexó allí, y nosotros luego començamos a caminar por unos campos llanos muy grandes cuanto nuestros ojos y vista se podía estender.

MIÇILO. Pues dime, gallo, ¿no dizes que estaba todo obscuro y en tinieblas?, ¿de dónde teníades luz para ver?

GALLO. Obscuro es todo aquel lugar a solos los condenados por la justiçia de Dios, pero para los otros todos provee Dios allí de luz, porque do quiera que esté el justo tiene bastante claridad para perspicaçísimamente ver; y desde lexos començamos a oír la grito y miseria de las almas, el ruido de los hierros y cadenas, los golpes y furia de los atormentadores, el sonido y tascar del fuego, humo y çentellas que de aquellos lugares de miseria salían. Era tan grande y tan temerosa la desventura de aquel lugar que mil vezes me arrepentí de venir allí, y quisiera dexar de presentar la petiçión, sino que el ángel me esforçó y no me quiso volver. Ya se desparçían por aquellos campos aunque aún estábamos lexos del lugar de las penas tantas cuadrillas de demonios, tan feos y de tanto espanto que aun del previllegio que llevábamos no me osaba fiar, temiendo si había yo de quedar allí; y una vez se llegó un demonio a me travar, ¡o Dios inmortal en cuánta confusión me vi que casi perdí el ser! Es tan suçia, tan contagiosa, tan hidionda su conversaçión, y alança de si tanta confusión y mal, que me parece que una de las principales penas y males de aquel lugar es su compañía y conversaçión. Porque así como en el çielo aquellas almas benditas de su naturaleza hasta el mesmo suelo que hollamos, y el aire que corre por allí consuela, alegre, aplaze, y os anima y esfuerça para vivir en toda suavidad, así por el contrario en el infierno los demonios de su natural, el lugar, y el todo lo que allí veis tiene toda tristeza y desconsolaçión, y tanta que no la podéis sufrir, porque todo está allí criado, endereçado y puesto para tormento y castigo, para satisfazer la justiçia de Dios después que passó el pecador su ley.

MIÇILO. ¿No hay puerta que guarde estas almas aquí?

GALLO. No tiene neçesidad de puerta porque para cada alma hay veinte mil demonios que no se les puede ir, ni nunca momento están sin las atormentar: el uno las dexa y el otro las toma, de manera que nunca çesan para siempre jamás, ni ellos se pueden cansar, ni ellas morir, sino siempre padecer. Así llegamos a un río admirable, espantoso y de gran caudal, que corría con gran furia un licor negro que a parecer y juicio nuestro era pez y çufre, y éste ardía un fuego el más fuerte y efficaz que nunca se vio, o que Dios crió. Calentaba a gran distançia y aun a infinita a los condenados a él sin le poder resistir ni sufrir sin mortal passión. Corría de oriente a poniente sin çesar, en éste había innumerable cuento de almas que nunca faltan allí; y pregunté al mi ángel qué río era aquél tan espantoso, y él me respondió que era el que los antiguos llamaron Flegeton, en el cual entran todas las almas que entran en el infierno, porque éste es el fuego que tiene fuerça en las almas, por ser instrumento de la justiçia de Dios. Este fuego las abrasa y quema do quiera que están

para siempre jamás. Ninguna alma puede passar adelante sin entrar por él, porque no tiene puente ni barca, y si el alma quisiese volar la quemaría aquel fuego las alas y caería en él. Por las riberas deste río están infinitos coxixos, sierpes, culebras, cocodrilos, áspides, escorpiones, alacranes, hemorrois, chersidros, chelidros, cencris, amodites, çerastas, scithalas, y la seca dipsas, amphisebena sierpe de dos cabeças y natix, y jaculos que con las alas volan gran distançia; están aquí las sierpes phareas, porphiro, pester, seps y el basilisco. También están aquí dragones y otros ponçoñosos animales, porque si acaso aconteçe salirse alguna alma del río pensando respirar por la ribera con algún alivio y consolación, luego son heridas destas venenosas serpientes y coxixos que las hazen padeçer doblado tormento y mal; y ansí de algunos que salieron te quiero contar su arrepentimiento. Aconteçió salir a la ribera delante de nosotros un viejo capitán español que conoçimos tú y yo, el cual acertó a pisar una dipsas, sierpe cruel, y ella vuelta la cabeça le picó, y luego en un momento se estendió por todo él la ponçoña de un fuego que le roía los tuétanos y un calor que le corrompía las entrañas, y aquella pestelencia le chupaba el rededor del corazón y partes vitales, y le quemaba el paladar y lengua con un sed imensa y sin comparación, que todo su ser no había dexado punto de humor que sudar, ni lágrima con que llorasse, que todo se lo había ya la ponçoña resoldido; y ansí como furioso corría por los campos a buscar las lagunas que en las entrañas le pedía el ardiente veneno. Pero aunque se fuera al río Tanais, Ródano, y al Po, y al Nilo, Indus, Eúfrates, Danubio y Xordán no le mataran todos estos ríos un punto insensible de su ardiente sed; y ansí desesperado de hallar aguas se volvió a zapuzar en su río de donde salió. Pregunté qué pecado había causado tal género de tormento y respondiome mi ángel que éste había sido en el mundo el más insaçiable y viçioso bebedor de vino que nunca en el universo se vio, y que por tanto se atormentaba ansí. Dende a poco açertó a salir a la ribera otra alma, y una sierpe pequeña llamada seps le picó en la pantorrilla, y aunque en picando saltó afuera, luego se abrió en torno de la picadura una boca que mostraba el hueso por donde había sido la mordedura, todo nadando en podre, y ansí se le resolvió y derritió la pantorrilla, morçillos y muslos destilando del vientre una podre negra, y reventóle la tela en que el vientre y entestinos están y cayeron con las entrañas. En fin, las ataduras de los nervios y contextura de los huesos y el arca del pecho, y todo lo que está escondido en derredor de las vitales partes, y toda la compostura del hombre fue abierta de aquella peste; y todo lo que hay natural en el hombre se dexaba bien ver, que no parecía sino una muerte pintada, sino que miramos que con estar todo deshecho y convertido en podre nunca acabó de morir, pero ansí fue tomado ante nosotros por un demonio y fue arrojado por los aires en Flegeton. Ésta me dixo mi ángel que era el alma de una dueña muy delicada y regalada que con unturas curiosas y odoríferas curaba su cuerpo y adelgaçaba sus cueros, y que con semejantes tormentos son fatigados los que en tales exerçijos se ocupan en el mundo para satisfazer la laçivia de su carne. Desde ahí a poco salió del río otra alma que como escapada de una prisión o tormento muy bravo iba por el campo huyendo pensando poderse librar, y acaso le picó una sierpe llamada pester y al momento paró, y se le ençendió el rostro como fuego, y se

comenzó toda a hinchar que en breve tiempo vino a estar tan redonda que ningún miembro mostraba su forma ni façión, sino toda ella se hizo redonda como una pelota y mucho mayor de estatura que ella vino allí, y por cima desta hinchaçón por todos partes le salían unas gotas de sudor de una espuma dañada que la ponzoña le hacía votar, y ella estaba allá dentro zbullida en su cuerpo que le tenía dentro del pellejo abscondida como a caracol, y estaba dentro en sí herviendo como una olla de agua puesta a un gran fuego; ansí la hervía aquella ençendida ponçoña dentro en las entrañas, hasta que subiendo en demasía la creçiente de la hinchaçón, dando un gran sonido a manera de trueno, reventó, saliéndole aquella pestelencial podre por muchas partes con tan fuerte hidiondez que por ninguna vía se podía sufrir; y luego llegó un demonio atormentador que la cogió por una pierna y la volvió por el aire arrojar en el medio del río. Ésta nos dixo aquel demonio ser el alma de un muy hinchado y soberbio juez que con tiranía trabajaba tropellar a todos en el mundo sin hazer justizia, pero a todos atropellaba haziéndoles agravio y sinrazón. A otra alma que iba huyendo del fuego y prisión mordió una serpiente llamada hemorrois en un braço y luego súbitamente saltó dél al suelo y quedó toda el alma acrebillada de agujeros pequeños y muy juntos, por los cuales la ponçoña les salía envuelta en sangre, de manera que por todos los poros le manaba con gran continuaçión, y las lágrimas que por los ojos le salía era de aquella emponçoñada de sangre; y por las narizes y boca le salía un grande arroyo sin nunca çesar; todas las venas se abrieron y súbitamente se desangró, y con gemidos muy doloridos pareçía morir sin poder acabar; y ansí tomándola un demonio sobre sus espaldas se lançó al fuego con él. Ésta era un alma de un médico que en el mundo con gran descuido sin estudio ni consideraçión usaba de la mediçina por sólo adquirir honra y riquezas, principalmente usaba de la sangría con peligro de los paçientes sin miramiento alguno. Luego fue mordida por una serpiente llamada áspide una alma de un solícito cambiador despierto y vivo para atesorar, la cual en siendo mordida se adormeció de un sueño y luego cayó en el suelo; aún le pareçía a la desventurada alma haber açertado en alguna suerte que la pudiesse dar algún momento de descanso, pues el punto que dormiesse podría no sentir, y ansí no padeçer, y aún juzgamos que le era buen trueque, pues no habiendo dormido con sosiego en el mundo por adquirir riquezas venía a dormir aquí, pero engañoçe, porque llegó a ella un demonio atormentador que a su pesar la despertó, porque tanto cuanto más el veneno del áspide la adormeciía el demonio la despertaba con un cruel aguijón de tres puntas de azero; en esto padeçió la desventurada alma por gran pieza el más cruel y desgraciado tormento que con ninguna lengua humana se puede encareçer; porque con ningún género de muerte ni tormento se puede comparar. Estando pues mirando esta tragedia cruel, llegó al río una gran multitud de almas que querían pasar, las cuales todas venían hermosas, agraçiadas y bien dispuestas al pareçer, y miré que cada una dellas llevaba un ramillete en la mano, cuál de enzina, cuál de castaño, roble y çiprés; yo pregunté a mi ángel qué compañía era aquélla de almas que estaban allí, porque me pareçió ser para el infierno de demasiado solaz. Él me respondió, que todas eran almas de mançebas de clérigos, yo le pregunté: «Pues, ¿qué significan aquellos ramilletes que llevan en las manos, pues en ellas no denotan la

virginidad?»; y él me respondió que desde la primitiva Iglesia habían sido las mançebas de los abbades mulas del diablo para acarrear leña para atizar el fuego del infierno, y que por ser entonces pocas, aunque traían grandes cargas, no lo podían abastar, y agora les mandaban que llevase cada una un solo ramillete con el cual por ser tantas bastaban proveer con gran ventaja lo que antes no se podía con mucho basteçer; y ansí las arrebataron sus demonios atormentadores y las metieron en el río Flegeton. En fin, mi ángel me tomó por un braço y fáçilmente me pasó de la otra parte de la ribera, y plugo a Dios que, aunque era gran distançia, fue sin alguna lisió; y çierto el mi ángel acertó a me passar sin me lo dezir, porque presumo de mí que no quisiera passar allá, porque según lo que vimos antes que passássemos pareçióme que no me atreviera a passar; pero el mi ángel lo hizo bien. Púsome en un gran campo. ¡O Dios inmortal!, ¿qué te diré?, ¿por dónde començaré?, ¿qué vi?, ¿qué sentí?, mi ángel, ¿qué me mostró? ¿Duermes acaso, Miçilo? Agora te ruego me prestes tu atençión.

MIÇILO. O gallo, cuán engañado estás conmigo, pues me preguntas si duermo. Cosas me cuentas que aun con ser picado del áspide un puro flemático no podría dormir. Despierto estoy y con gran atençión, porque es tan grande el espanto y miedo que me han metido en el cuerpo esas visiones, sierpes, demonios, penas, tormentos que viste allí, que si me viesses habrías de mí piedad: eneriçados los cabellos, fría la sangre, sin pulso y sin pestañear. En fin, estoy tal que de temor he cesado del trabajo, por tanto di, que ansí te quiero oír.

GALLO. Porque ya casi viene la mañana oye, que sólo proporne lo que adelante oirás. Pareçióme como en aquel gran campo me apeé un poderoso y estendido real, cual me acuerdo haberle visto por Xerxes, rey de persas, en la segunda expedición que hizo contra atenienses después de muerto su padre Darío; en el cual exérçito juntó un millón y çien mil hombres. En aquel día que Xerxes se subió en una alta montaña por ver su exérçito que estaba por un gran llano tendido por chozas, ramadas, tiendas y pabellones, que a una parte había fuegos, a otra humos, a otra comían y bebían los hombres, y a otra se mataban; en fin, espantado el mesmo Xerxes de ver tanta multitud lloró considerando que dentro de çien años ninguno había de quedar de aquella multitud. Ansí me pareçió, Miçilo, ser aquel campo del infierno, donde había una inimaginable distançia, en la cual vagaba innumerable cantidad de demonios y almas. Había un ruido, una grito, una confusión que no sé a qué te la pueda comparar, porque en el mundo nunca tal se vio. Había llamas, fuegos, humos, golpes de espada, de segures y hachas; sonido de grillos y cadenas, lágrimas, lloros y voces, ¡O Dios inmortal!, cuando aquí me vi no sé con qué palabras te lo pueda encareçer, ¡tanta era la confusión y espanto!; en fin, no me osaba soltar un momento de la mano del mi ángel, porque del mesmo suelo que hollaba tenía temor. Había horcas de diversas maneras en que estaban almas, unas colgadas por los pies, otras por la cabeça, otras por medio del cuerpo, otras por los cabellos. Había hoyas muy hondas llenas de culebras, sierpes, lagartos, sapos, alacranes, áspides y otros animales ponzoñosos, donde los demonios echaban grandes cantidades de almas. Otros nadaban por ríos y lagunas de pez, azufre y resina, ardiendo sin se hundir ni nunca poder llegar a la orilla; y en otras lagunas de fuego eran echadas otras que en cayendo se hundían sin más las poder ver, lo cual provenía de la

gravedad de los pecados de parte de sus circunstancias. En otros lugares se daban tormentos muy crueles de agua de toca, de garrote y de cordel, y a otras atormentaban levantándolas atadas por las muñecas atrás y subidas con fuertes cordeles por carrillos y poleas en lo alto, colgadas unas grandes pessas de hierro de los pies, y soltándolas con furia venían a caer sin llegar al suelo. De manera que aquel gran pesso las descoyuntaba todos los miembros con grandísimo dolor. A otras hacían cabalgar en caballos de arambre, que en lo huero del cuerpo estaban llenos de fuego que los abrasaba hasta las entrañas, que los hacían renegar de sus padres maldiciéndolos juntamente con el día en que fueron engendrados y nacidos. Estaban infinitas almas de mugeres vagabundas luxuriosas y viciosas, atadas a unos palos y troços de árboles y açotadas por demonios con pulpos, anguillas y culebras, hasta abrirles las entrañas, gimiendo miserablemente. Almas de rufianes, ladrones y soldados atados por los pies a fieros caballos, potros y yeguas sin rienda ninguna eran llevadas arrastrando con gran furia por montañas y sierras de grandes pedregales y aspereças. A las almas de los blasfemos renegadores sacaban las lenguas por el colodrillo, y luego allí delante dellos se las picaban en unos taxones con unas agudas segures, y así se las hacían comer y que las maxcassen, moliéndolas entre sus dientes con grave dolor. Las almas de los vanos lisonjeros de príncipes y señores, y de truhanes y chocarreros las traían los demonios gran pieza por el aire jugando con ellos a la pelota sin dexarlas sosegar un momento, y después las arrojaban en lo más hondo de aquellas ardientes lagunas. Estaba tan admirado de ver tan espantosa tragedia y miseria infernal que casi andaba fuera de mí, y así con un descuido notable, que de mí mismo no tenía acuerdo ni atención, me senté en un trozo de un árbol seco y chamuscado que estaba allí; y así como descargué mis miembros como hombre algo cansado, gimió el madero mostrando que por mi causa había recibido aflicción y dixo: «Tente sobre ti, que harta miseria tengo yo». Y como lo oí espeluzáronseme los cabellos quedando robado del calor natural, temiendo que algún demonio súbitamente me quería sorber; y así apartándome afuera por me purgar de alguna culpa si en mí hubiese le dixe: «Diosa, o deidad infernal, quien quiera que tú seas perdona mi ignorancia, que por poco aviso he faltado a tu debida veneración. Dime, yo te suplico, quien seas, que con digna penitencia te satisfaré, y si eres alma miserable háblame con seguridad, que yo no soy furia que a tu miseria deseo añadir.» Y ella dando un gemido de lo íntimo del corazón dixo: «Yo soy el alma de Rosicler de Siria, la más infeliz y malhadada donzella que nunca en el mundo fue, pues por amor a quien me engendró me fue a mí mesma tan cruel que peno aquí con açérrimo dolor para siempre jamás.» Mi ángel la importunó nos dixesse la pena que padeçía allí, y ella con gran fatiga prosiguió. Y porque el día es ya venido, en el canto y mañana que se sigue oirás lo demás.

Fin del deçimoquinto canto del gallo.

Argumento del deçimosexto canto del gallo

En el deçimosexto canto que se sigue el auctor, en Rosicler hija del rey de Siria, describe la feroçidad con que una muger acomete cualquiera

cosa que le venga al pensamiento si es lisiada de un lascivo interés, y concluye con el descendimiento del infierno imitando a Luçiano en los libros que de Varios diálogos intituló.

GALLO. ¿Qué has, Miçilo, que tales voces das? Despierta y sosiega tu coraçón que parece que estás alterado.

MIÇILO. O gallo, en cuánta congoja y aflicción me vi, y de cuánta miseria has usado conmigo en me despertar, porque soñaba que era llevado por todos esos lugares espantosos de penas y tormentos que propusiste en el canto de ayer, y soñaba que por la gran actividad y fuerça que tiene aquel açérrimo y espantoso calor con que abrasa el fuego infernal era imposible entrar allí alguno sin se contaminar, ahumar, chamuscar o quemar; y ansí en sueño me vi en un gran campo tan rodeado de llama que el resuelgo me faltaba, que por un momento que tardaras se me acabara el vivir.

GALLO. Pues oye agora y verás cuánta differença hay de verlo a soñarlo, como de lo fingido, sombra a lo verdadero y real; verás con cuanta façilidad se ofende Dios mientras viven los malos aquí, y con cuánto rigor se satisfaze la suma justiçia después; verás la maliçia humana cuán en el extremo se colocó en el sexo femeníl, y los homiçianos y inçestuosos en el rigor que van a pagar. Y venidos, pues, donde dexamos el canto de ayer, si bien me acuerdo, te dixé que por importunidad de mi ángel proponía Rosicler la pena que padeçía allí, y ansí la desdichada nos dixo: «Sabréis que éste es el lugar donde son atormentadas las almas miserables de los avarientos usureros, cambiadores, renoveros, negoçidores, que a tuerto y a derecho no hazen sino llegar gran suma de dineros para satisfazer su insaçiable cobdiçia; y cada día son traídas aquí éstas y otras muchas almas de otros diversos géneros de pecadores, las cuales con gran tormento son aquí picadas tan menudas como sal con unas hachas y segures sobre mi cuerpo, como sobre un taxón. Bien podéis pensar el dolor que me hazen cada vez que hieren sobre mí.» «Dinos agora la causa de tanto mal», dixé yo, «porque según he oído dezir descansan los afligidos dando parte a otros de su passión, prinçipalmente si presumen que en alguna manera los que se le oyeren sienten su mal.» Respondióme la desventurada alma: «¡Ay! que a las infernales almas es al revés, porque después que entramos aquí, cada momento se nos ofreçe a la memoria la culpa y causa de nuestra infelicità con que nos atormenta más Dios. Pero por os complazer yo os lo quiero dezir aunque aumenta las llagas y renuévasse el dolor recontando la causa del mal; pero el mal no se puede aumentar a quien tiene el supremo que se puede padeçer, como yo. Pues sabed que yo fue hija de Narçiso, rey de Damasco y de toda la Siria, prinçipalmente de aquella próspera y deleitosa provinçia decapolitana, que ansí se llama por las diez ricas çiudades y antiquíssimas que en ella hay: Damasco, Philadelphæa, Scitoplis, Gadara, Hipodron, Pella, Galasa, Gamala y Jope; yo era por maravilla en el extremo hermosa donzella y deseada de todos los poderosos prinçipes del mundo y a todos los menospreçié porque mis tristes hados lo permitiendo y mi infeliz suerte lo ayudando fue presa de amores de Narçiso mi padre, que en hermosura y dispusiçión no había en el mundo varón de su par, y por serle yo única hija y heredera me amaba más que a sí de amor paterno. Pero por mi desventurada suerte todos cuantos placeres y regalos me hazía era para en daño y miseria mía, porque todos redundaban

en aumento de mi malicia. Agora os quiero contar hasta dónde llegó mi desventura. Sabréis que por tener yo fama de tan graciosa donzella vino a la corte de mi padre un gracioso y valiente caballero, hijo del rey de Scoçia, con voluntad de se casar conmigo si lo tuviesse yo por bien, y trabajar por su esfuerço y buenos hechos mereçerme la voluntad; el cual como me vio fue de fuertes cadenas preso, y ençendido de nuevo amor de mí, por lo cual procuró con todas sus fuerças por me servir y agradar exerçitándose en señalados hechos en las armas; y así mi padre por ennoblecer su corte y exerçitar su caballería, a la contina tenía justas y torneos echando bando por todas las tierras del mundo que viniessen los caballeros andantes y de nombradía, a verse en las armas lo que valía cada cual, y como Dares que así se llamaba el príncipe de Scoçia me servía, y pretendía ganarme por sus señalados hechos, a la contina se aventaja a todos cuantos a la corte y fiestas venían, dando mucha honra a mi padre y enobleçiéndole y afamándole su casa por el mucho valor de su persona. De manera que demás de estar contento mi padre de Dares, demás de ser hijo del rey de Scoçia, por sus grandes hechos y ardid en las armas deseaba que yo le quisiesse por marido y que fuesse conmigo su suçesor. Pero como yo tenía puesto mi coraçón tan asentado en Narçiso mi padre, los hechos de Dares y su gentileza, ni ser hijo de rey no me movía la voluntad a le estimar, antes me era ocasión de aborreçerle con coraje, deseando que en las justas y torneos le suçediesse peor; y así muchas vezes le eché cuadrillas de caballeros y puestos doblados que le acometiessen con furia para le haber de matar, y buenaventurada, ardid y esfuerço hazía sobrepujar a todos en armas y valentía, de manera que a la contina salía de la contienda vitorioso y vençedor; y en todo esto reçebía mi padre infinito pessar por verme tan desgraciada y tan desabrida con Dares, trabajando con palabras de me le encomendar cada y cuando se ofreçía la oportunidad, en sala ante caballeros cuando se razonaba del suçeso del torneo, o justa de aquel día; y yo tenía tan situado mi amor en mi padre en tanta manera que cuando me persuadía con palabras que favoreçiesse a Dares me atormentaba cruelmente con mortal rabia, pensando que procuraba echarme a otro por aborreçerme él, y tenía por desdichada y indigna de su amor, pues a quien tanto le amaba mostraba tan cruel extremo de ingratitud; y así un día entre otros muchos conçebí en mi pecho tanta desesperaçión que suspirando con gran ansia de lo profundo del ama me salí de la sala de la presencia de mi padre determinada de me matar, y çiertamente lo hiziera sino que mi padre sintiéndome alterada se fue tras mí a mi aposento, y mostrando de mi gran pessar me mandó echar en una cama donde con bessos muy dulçes por entonçes me dexó algo sosegado el coraçón. Y Dares con liçencia de mi padre y favor suyo mostraba cuanto podía amarme y tenerme en lo íntimo de sus entrañas soliçitándome a la contina con los ojos, suspiros, alma y muestras que él más podía; y con sus cartas y criados manifestaba lo que dentro el alma sentía; y cuanto más él lo publicaba tanto yo más le daba a entender el aborreçimiento y odio que le tenía; y él por me convençer trabajaba a la contina mucho más, haziendo a mi padre muchos serviçios de gran afrenta y peligro, porque con el exérçito de mi padre dentro de un año ganó a Siliçia y a Caria y a Pamphilia, Tarso y Comagena, y me lo dio todo a mí añadiendo lo al estado y señorío de mi padre. Pero todo esto le aprovechó poco, porque

pidiéndome a mi padre que me diese por su muger, le respondió que sabría mi voluntad, y como mi padre me hablasse le respondía con muchas lágrimas que no me quería casar, y que si él me forçaba como padre le asseguraba que otro día vería el fin de mi vida; y como mi padre le declaró mi voluntad a Dares se le encajó en el pensamiento que mi padre no tenía voluntad de dármele por su muger, porque tenía por çierto serle yo tan obediente hija que si él me lo mandasse lo haría; y así sin más esperar, se despidió jurando con gran solemnidad de se satisfazer con gran pessar y vergüença de mi padre; y así se fue en Scoçia y dentro de breve tiempo truxo gran exército sobre la çiudad de Damasco y región decapolitana, y en tanta manera nos conquistó que dexándole todo el reino nos fue forçado recogernos en la çiudad de Jope que sola nos había de todo el señorío dexado. Aquí nos puso en tanto aprieto y neçesidad que no teníamos ya qué comer, ni esperança de salud, y yo siempre pertinaz en el odio y aborreçimiento que dél había conçebido, y mi padre llorando a la continua mi obstinación y mal destino; como el amor paterno le constreñía padeçía por no me contradzir, y por verle tan amargamente llorar su miseria y abatimiento me derroqué en una perversa y obstinada determinación, asegurar a Dares en su real y cortarle la cabeça. Y así trabajé sosegar a mi padre con palabras diziendo que yo le quería hazer plazer y salir a Dares al real y dármele por muger, y si me menospreçiasse ofreçérmele por su sierva, o mançeba . Y así venida la noche adorné mi cuerpo y rostro de los más preçiosos paños y joyas que tenía, y con una sola criada de quien me confié, me fue al real de Dares y como llegué a las guardas y me conoçieron me reçibieron con gran reverençia, y con presteça lo hizieron saber a su señor teniendo por muy çierto que sería muy alegre con tales nuevas, porque desta conquista no pretendía alcançar otra empresa ni interés más que haberme por muger a mí; y como Dares supo que yo estaba en su real se levantó muy presto de una silla donde estaba razonando con sus capitanes y prinçipales de su exército, y me salió a reçibir a la puerta de su tienda y pabellón, acompañado de todos aquellos varones que estaban con él, y como a mí llegó me dixo: «¿De manera señora que forçada has de tener piedad?, ya yo no te la debo», y yo le respondí: «Pues yo te la vengo a demandar contra la dureça y obstinación de mi padre, porque sabiendo que ya no tenemos en quién esperar, ya que él por ser viejo tiene aborreçida la vida quiérola gozar yo, que esto por mi voluntad ya fuera muchos días ha hecho, sino que las donzellas tenemos obligación de obedecer.» Entonçes todos aquellos caballeros y prinçipes que allí estaban como me vieron se espantaron de mi hermosura, juzgando por dichoso a Dares si de tal donzella era poseedor, y dezían entre sí que a cualquiera peligro se podían los hombres arriscar por me haber, y con esto se volvían a mí diziendo: «Cuerdamente has hecho, señora, pues así has comprado la vida con tu venida, porque agora no te puede negar su favor el nuestro prinçipe»; y con esto rendido Dares de mi beldad me lançó en sus retretes y secretas estancias donde se confirmó en su fe con palabras que descubrían su afición. Pues con esperança que tenía que esta noche tomara possession y gozo de su tan deseado bien, mandó aparejar sus preçiados estrados y mandó disponer con mucha abundançia el comer y beber, y hizo un sumptuoso convite aquella noche a todos aquellos sus prinçipes y capitanes; de manera que con aquel regoçijo que todos tenían bebieron

demasiado, y también por cierta confección que yo llevaba, que con la bebida mezclé se desbarató, que se dormía en tanta manera que de sueño no se podía contener; y así mandó que se fuesen todos a su sosiego y nos dexasen solos sin pensamiento de más guerra, pues ya se le había rendido la fuerza y homenaje; y así como yo le sentí tan dormido y tan vencido y fuera de juicio por el efecto del vino, y tan confiado de mí, ayudada de mi donçella que solas habíamos quedado con él le tomé su espada de la çinta y le corté con ella la cabeça; y como era el primer sueño en todos los del real, todas las guardas estaban dormidas y sin cuidado por haber todos comunicado aquella noche el vino en abundancia. Así lançando la cabeça de Dares en una caxa que allí hallamos, dexando el vaso que dentro tenía, que era el en que agoraba Dares, nos salimos por medio del real sin que de ninguno fuésemos sentidas y nos fuimos para la nuestra çiuudad de Jope, donde siendo reçebida de mi padre y haziéndole saber mi atrevimiento le pessó, y por ser ya hecho se proveyó a lo que se debía hazer, que luego se mandó poner a punto toda la gente de la çiuudad, y fue puesta al muro la cabeça de Dares en una lança; y luego como amaneció se dio con furia en el real, que todos dormían sin cuidado pensando que por mí estaban hechas pazes perpetuas; y así en breve tiempo fueron todos los capitanes y prinçipales del exército puestos a cuchillo, y a la otra gente que despertó procuró con huida ponerse en salvo. Pues como mi padre tuvo destruidos sus enemigos y cobrado su reino quiso se aconsejar conmigo qué debería de hazer; y como yo desdichada tenía determinada mi malicia, y a la continua creçia en mi perversa obstinación sacábale de cualquiera determinación que conçibiese de me casar, teniendo esperanza de effectuar con él mi inçestuosa voluntad, y ya no dando lugar a más dilación me determiné una noche en el mayor silencio, estando mi padre en su lecho sosegado y dormido, aseguradas las guardas de su persona que le entraba a visitar como hija, entré a su lecho pensando lançarle en él, confiada que cuando despertando me hallasse con él abraçada holgaría con mi conversación; y así como junto a su cama me despojë de todos mis paños, como començé a andar con la ropa de la cama para me lançar, despertó con furia y sospechando estar en poder de sus enemigos tomó su espada, y antes que yo tuviesse lugar de manifestármele me hirió tan fieramente que me sacó la vida; y así en pena del effectuado homiçidio y del deseado inçesto fue traída aquí donde padezco la pena que habéis oído para siempre jamás.» Cuando acabó Rosicler su tragedia yo quedé maravillado de ver tan hazañosos acometimientos en pecho feminil; y luego vimos llegar gran compañía de demonios que traían muchas almas atormentar en aquel taxón, y preguntando qué almas eran respondieron ser Luthero, Zuinglio, Osiander, Regio, Butzero, Rotenacker, Oecolampadio, Phelipe Melampto, heresiarcas en Alemania, con otra gran compañía de sus seçaçes; los cuales fueron tomados por los demonios y puestos sobre Rosicler, y con unas hachas y segures los picaron allí tan menudos como sal, y ellos siempre doliéndose y gimiento entre sí; y después de muy picados y molidos los echaban en unas gran calderas de pez, azufre y resina que con gran furia hervían en grandes fuegos, y allí se tornaban a juntar con aquel coçimiento y asomaban por çima las cabeças con gran dolor forçando a salir, y los demonios tenían en las manos unas ballestas de garrucho, y asestando a los herir al soltar se zapuzaban en la pez ferviente, y algunos heridos con grave dolor se

quexaban y tornaban a salir con las saetas lançadas por el rostro, y los demonios los tornaban otra vez y otra vez a herir, y algunos salían que de nuevo volvían al tormento en diversas otras maneras; y así se procedía con ellos para siempre sin fin.

MIÇILO. Agora, gallo, muy maravillado estoy de ver cómo se despedaçaban estas almas, pues los cuerpos que podían ser despedaçados estaban sepultados en Alemaña y las almas solas allí.

GALLO. Pues ese es mayor género de tormento, que el alma en el infierno padezca sola los mismos tormentos que el cuerpo pueda padeçer, lo cual ordena y haze la justiçia de Dios para su mayor puniçión. Pasando adelante por estos espantosos y sombríos campos vimos infinitas estancias de diversos tormentos de pontífiçes, cardenales, patriarcas, arçobispos, obispos, perladados, curas y rectores eclesiásticos que habían passado en el mundo las vidas en error y deleite. En otros miserables y apartados lugares había gemidos y lloros de reyes, príncipes y señores injustos y tiranos: unos asados en parrillas, otros en asadores y otros cruelmente despedaçados. Aquí vimos a aquel desasosegado Francisco françés, enemigo de la paz en contina guerra y contienda, y llegueme a él y díxele por que allá en el infierno no se tiene respecto a ninguno, «O cristianíssimo, ¿acá estás?». Él me respondió con un gran suspiro: «Como lo ves, Menipo». «Yo me maravillo, porque cristiano quiere dezir el que sigue a Cristo, y cristianíssimo el que más le sigue de todos, pues si el que más sigue a Cristo está acá, ¿cuánto más el que no le siguiere?» Y él me respondió: «O Menipo, que allá en el mundo cómpranse los títulos, buenos nombres por dinero, y después poséense con gran falsedad; plugiera a Dios que yo fuera el más pobre hombre del mundo, y que por algún infortunio yo perdiera todo mi reino, y forçado viniera a mendigar, antes que venir aquí.» Luego adelante vi aquel mi grande amigo Calidemes griego, al cual como llegué le dixi: «¿Acá está tú también, Calidemes?», y él me respondió: «Sí, Menipo, como ves.» Yo le dixi: «Dime, por mi amor, cuál fue la causa de tu muerte»; y él luego me començó a dezir: «Ya sabes, Menipo, que yo tenía gran amistad y conversaçión con aquel gran rico Theodoro natural de Corinto, al cual serví y obedecí porque como él era viejo y rico, y sin heredero, había prometido dexarme por suçesor, y como en una enfermedad hizo testamento deseaba que se muriesse; pero vino a convaleçer, de lo que me pessó, y así conçertéme con el paje que nos daba a beber que le echasse en el vaso de su bebida un veneno que le dí, y mandéle que se le dicesse a beber cuando lo demandasse, prometiéndole hazerle heredero juntamente conmigo; y un día que comimos de banquete y festividad como demandó a beber Theodoro y dixo que me diessen luego a mí, suçedió que tomó el paje por yerro el vaso mío con que yo había de beber y diósele al viejo, y a mí diome que bebiesse el que estaba aparejado con veneno para el viejo; y luego como yo le bebí, porque con la sed bebí las hezes del suelo no pensando que el moço se podía engañar, y yo luego caí en el suelo muerto, y el viejo vive agora muy alegre.» Y como yo le oía este aconteçimiento reíme del suçeso como hazes agora tú, de lo cual Calidemes se afrontó y me dixo: «¿Ansí ríes y burlas del amigo, Menipo?»; yo le respondí: «O Calidemes, ¿y ese aconteçimiento es para no reír?, ¿púdose nunca a hombre dar pago tan justo como se dio a ti? Pero dime, el viejo Theodoro, ¿qué dixo cuanto te vio caer?» Él me respondió:

«Maravillóse cuando así súbito me vio morir, pero cuando del paje supo el caso del yerro del vaso, también él se rió.» Yo le dixé: «Por cierto bien hizo, porque si aguardaras un poco, ello se viniera a hazer conforme a tu deseo, y así pensando aventajarte atajaste el vivir y heredar.» Y estando en esto luego llegó a hablarme Chyron, mi grande amigo, aquel que fue tenido por medio dios por su gran saber, al cual en llegando le abraçé maravillándome, porque pensé que le dexaba vivo acá, y él me dixo: «¿De qué te maravillas, Menipo?»; yo le dixé: «De verte tan presto acá, que no pensé que eras muerto. Dime Chiron, cómo fue tan súbita tu muerte»; y él me respondió: «Yo me maté porque tenía aborrecida la vida.» Díxele: «Mucho deseo tengo de saber qué mal hallaste en la vida, pues sólo tú aborreces lo que todos aman y grangean»; y él me respondió: «Pues esto has de saber, Menipo, que aunque todo el popular vulgo tenga la vida del mundo por muy buena yo no la tengo simplemente por tal, mas antes la tengo por variable y de mucha miseria, porque como yo tanto viviesse en el mundo usando tanto tiempo de las mesmas cosas, del sol, de la noche, del comer, del beber, del dormir, del desnudar, del vestir, oír cada día las mesmas horas del reloj por orden reçíproco, importunaban mis orejas en tanta manera que ya la aborrecía, y enhaziado de tanta frecuencia, por hallarme cansado me quise acabar pensando venirme acá a descansar de tan incomportable trabajo, porque en la verdad yo hallo que el deleite ni descanso no consiste en gozar perpetuamente de las mesmas cosas, pero conveniente en tiempos usar de la diversidad y mudança dellas»; yo le respondí: «Pues dime, o sabio Chiron, ¿sientes te mejorado en esta vida que tienes en el infierno?» Él me respondió: «Aunque no mejorado, no me tengo por muy agraviado, Menipo, porque si acá reçibe tomento y pena el alma no me era menor tormento la importunidad que me daba el cuerpo por la neçesidad que tenía de regalarle y sobrellevarle allá, y esta ventaja hay acá, la igualdad en que vivimos todos, porque no hay pena a que se iguale la obligación que se tiene en el mundo a tenerse respecto entre sí los hombres: a los parientes, a los amigos, a los vezinos, a los perlados, a los príncipes, reyes y señores; en conclusión, universalmente unos a otros; acá siempre estamos en un ser, libertados de aquellas pesadumbres de allá.» Y yo le dixé: «Mira, Chiron, pues eres sabio no te contradigas en lo que una vez dixeres, porque es gran descuido; porque si tú dizes que dexaste el mundo porque te daba hastío usar a la continua de las mesmas cosas, mucho más te enhastiarás aquí, pues en las mesmas has de estar para siempre jamás.» Respondióme: «Así lo veo yo agora por experiencia que me engañé, Menipo, pero ya, ¿qué quieres que haga?» Y como le vi vencido por no le dar más miseria con mi importunidad le dixé: «Sólo esto quiero, Chyron, que vivas contento con la suerte que posees, y en aquello prestes paciencia que sin mayor mal evitar no se puede.» Y así desapareció de ante mí aquella alma. Estaban por allí religiosos apóstatas, falsos prophetas y divinadores, zarlos, cuestores, y otra gran trulla de gente perdida. Estaban letrados, abogados, juezes, escribanos y offiçiales de audiencias y chançellerías. Vimos tanto que no hay juicio que te lo baste describir en particular, basta que quanto yo puedo te sé dezir que va tanta diferencia de lo oír a lo ver, como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real. En fin, quiero dezir, que con todas las fuerças humanas no se puede pintar

con la lengua, ni encarescer tanto el dolor y miseria que padeçen allí los condenados que en cantidad de una muy pequeña hormiga, o grano de mixo se pueda sentir por ningún entendimiento cuanto quiera que tenga la posible atención. Se dezir que cuando me hubiere mucho fatigado por dezir más, no habré dicho una mínima parte de lo infinito que allí hay. Y ansí vimos a deshora en una alta roca un alto y muy fuerte castillo de doblado muro que con gran continaçión ahumaba, donde nos dixeron habitar Luzifer; y ansí guiamos para allá. Frecuentaban mucho los demonios entrar y salir, que no parecía sino casa de una chançillería, o de universal contratación, porque era tanta la multitud y concurso de demonios y almas que con gran dificultad podimos romper. Entramos unas puertas de fino diamante a un gran patio, donde en el fin de una gran distançia estaba un gran trono que me pareçió ser edificado del fuerte y inviolable mármol, donde estaba sentado Luzifer. Era un gran demonio que en cantidad era muy mayor, más terrible, más feo y más espantoso que todos los otros sin comparaçión; tenía un gran ceptro de oro en la mano, y en la cabeça una poderosa corona imperial, y todos le tenían gran obediencia. Pero tenía muy gruesas cadenas que con muy fuertes candados le ataban y amarraban en la fuerça de aquel mármol del teatro donde estaba sentado, que mostraba en ningún tiempo se poder mover de allí. Dizen que estos candados le echó Cristo cuando entró allí por los sanctos padres al tiempo de su resurrección, y que entonçes le limitó el poder, porque antes de la muerte de Cristo todo el universo tenía usurpado Luzifer, y a todos los hombres llevaba al infierno para siempre jamás. Puestos allí ante el juez infernal había tanta grita, tantas quejas, tantas demandas que no sabía cuál oír, porque es aquel lugar natural vivienda de la confusión. Pero el Luzifer los mandó callar y dixeron unos demonios ançianos: «Señor, ya sabéis cómo está este vuestro infierno muy cargado de presos que ya en él no pueden caber, y la mayor fatiga que tenemos es con la gran muchedumbre de ricos cambiadores, usureros, mercaderes, merchanes y renoveros, trapazeros que acá están, que cada día hemos de atormentar tanto que ya no lo podemos cumplir; porque no hay género de pecadores de que más vengan acá después que crio Dios el mundo, que ya sabéis que éstos no se pueden salvar como Cristo lo auctorizó diziendo ser tan posible su salvaçión como es posible entrar un camello por el ojo de un aguja, que es harta imposibilidad. De manera que por esta sentençia desde que Dios crió el mundo hasta ahora no viene otra gente más común acá, y principalmente como en este caso de los ricos el mundo va de peor en peor, de cada día vernán más, porque agora vernos por experiencia que la cobdiçia de los hombres es en el mundo de cada día mayor y mayor sed por enriquezer; porque agora se casa un mançebo çiudadano con mil ducados de dote, y viste y adorna a su muger con todos ellos, y luego toma las mejores casas que hay en su pueblo con la meitad de çenso por se acreditar, y haziendo entender que es rico con aquellas casas y familia, moços y mulas luego se haze cambiador de ferias, y con esto come y juega mejor, y luego no se ha de hallar la mercadería sino en su casa, porque fiado, o mohatrado, o cohechado, o relançado, él lo ha de tener por tener con todos que entender, dar y tomar. El ruán, la holanda, el angeo, la tapizería y otras cosas cuantas de mercadería son, todas las ha de tener como quiera que a su casa puedan venir. En fin, por negoçiar, por trapazar, por trampear todo lo ha de tener con cobdiçia que tiene de

ser rico y ser estimado ante todos los otros; de manera que hallaréis un hombre solo que no hay mercadería que no trate con esta sola intincción, y así ninguno se escapa que no venga acá, y por ir el negoçio en esta manera puede venir tiempo que no podamos caber en el infierno, ni haya demonios que los basten atormentar, porque cada cual quanto quiera que sea vilíssimo xornalero se presume adelantarse a otros enobleçiéndose con negoçios, porque de cada día se augmentan las usuras, los cambios, las merchanerías, trampas, y engaños, trapazando ferias y alargándolas. En fin, señor, es grande su cobdiçia, en tanta manera que han hallado y inventado maneras para se condenar que nosotros no las podemos entender. Por lo qual, señor, debéis suplicar a Dios os ensanche el infierno, o enviadlos al mundo a purgar.» Como Luzifer hobo bien oído este caso açerca del negoçio de los desventurados ricos, considerando bien el hecho como convenía, publicó una sentençia por la qual, en effecto, mandó que todas las almas de los ricos que de quatro mil años a esta parte estaban en el infierno fuessen lançadas en cuerpos de asnos y saliessen al mundo a servir a hombres pobres; y luego por esta sentençia fueron tomadas por los demonios infinito número de almas y llevadas por diversas provinçias del mundo: en la Asia a los indos, hybernios, hyrcanos, batrianos, parthos, carmanios, persas, medos, babilones, armenios, sauromatas, masagetas, capadoçes, frigios, lydos, syros y árabes; en África fueron llevadas a los egipçios, trogloditas, garamantas, ethiopes, carthaginenses, numidas y masilienses; y después en toda Europa fueron llevadas a los scithas, traçes, getas, maçedones, corinthos, albanos, sclavones, rosios, daçes, húngaros, tudescos, germanos, anglos, italos, galos y hispanos. Y todas aquellas almas fueron lançadas en cuerpos de asnos y dadas en possession de pauperrísimos aguaderos, azacares, recueros, tragineros y xornaleros miserables, los cuales todos con muchos palos y poco mantenimiento los atormentaban con grave carga, miseria y dolor. Y luego como Luzifer hubo despachado este negoçio mirando por nosotros nos quiso proveer en nuestra petiçión; la qual leída la bessó y puso sobre su cabeça, y mandó a Sathanás así la obedeciessse como le era mandado por Dios; y como hubimos negoçiado despedímonos del Luzifer, y él mandó a Asmodel, que era un demonio ançiano y muy gran su privado y familiar, que nos sacasse del infierno sin rodeo alguno y nos pusiesse en el mundo donde residía entonçes el Consejo real, lo qual hizo con gran diligençia, que al presente residía en Valladolid. Y un día de mañana procuramos presentar la petiçión en el Consejo de la Inquisiçión de su magestad, y vista por los del Consejo nos respondieron que se vería y proveería lo neçesario y que conveniesse; y andando por alguno de aquellos señores, por hablarlos en sus casas, nos dezían que era escusado esperar provisión, porque hallaban que si quitassen estas superfluidades de las sçiençias no se podría el mundo conservar, porque los sabios y maestros no ternían que enseñar, y por el consiguiente no podrían ganar de comer.

MIÇILO. Espantado estoy de ver cuánto mejor obedecen los diablos que los hombres.

GALLO. Pues como vimos que iba la cosa tan a la larga lo dexamos de seguir, y el mi ángel como me hubo guiado en toda esta xornada me dixo: «Mira, Menipo, yo he hecho este camino por tu contemplación, por quitarte de pena, que bien sabía yo en lo que había de parar. Agora te quiero dezir

la suma de mi intinçión: sabe que el mejor y más seguro estado de los hombres en el mundo es de los idiotas, simples populares que passan la vida con prudencia; por lo cual déxate de hoy más de gastar tiempo en la vana consideración de las cosas altas y que suben de tu entendimiento, y dexa de inquirir con especulación los fines y prinçipios y causas de las cosas. Menospreçia y aborreçe estos vanos y cautelosos silogismos que no son otra cosa sino burla y vanidad sin provecho alguno, como lo has visto por esperiençia en esta xornada y peregrinaje, y de aquí adelante solamente sigue aquel género de vida que te tenga en las cosas que de presente posees lo mejor ordenado que a las leyes de virtud puedas, y como sin demasiada curiosidad ni soliçitud en alegría y plazer puedas vivir más sosegado y contento». Y así el mi ángel me dexó, y yo desperté como de un grave sueño muy profundo, espantado de lo mucho que había visto como te lo he narrado por el orden que has oído y yo mejor he podido.

MIÇILO. O gallo, Dios te agradezca el plazer y honra que me has hecho con tu felicíssima narración. De hoy más no quiero otro maestro, otro philósopho, ni más sabio consejero que a ti, para passar el discurso de la vida que me queda, y ruégote que no me dexes, que juntos passaremos aquí nuestra vida; que según tengo entendido por tu esperimentada narración es la mejor y más segura.

GALLO. Ya te he contado, Miçilo, hasta agora mi dichosa y admirable peregrinación, en la cual por su espanto y terribilidad te he tenido suspenso y algo desasosegado, según me ha parecido, por lo cual de hoy más te quiero contar cosas graçiosas y suaves, con que en donaire y plazer passes mejor el trabajo del día. Ofréçeseme, quiero te contar, agora un suave y graçioso convite, una opulenta y admirable copiosidad de una missa nueva, en que siendo clérigo en un tiempo me hallé. Dezirte he tanto regocijo de aquellos clérigos, tanto canto, tanto baile, tanta alegría que no se puede encareçer más; y después dezirte he una fragosa y arriscada tragedia que calentando el vino las orejas de los abbades suçedió. Confío que con esto saldarás el espanto en que te he puesto hasta aquí. Agora abre la tienda, que en el canto que se sigue lo proseguiré.
Fin del décimo sexto canto del gallo.

Argumento del décimo séptimo canto

En el décimo séptimo canto que se sigue el auctor sueña haberse hallado en una misa nueva en la cual describe grandes aconteçimientos que comúnmente en semejantes lugares suelen passar.

MIÇILO. Despierta, gallo, que pareçe ser hora para que con tu promesa me restituyas en mi prístina alegría, porque el peregrino y nuevo proçeso y manera de dezir de tu prodigiosa narración infernal me tiene tan espantado que por ninguna contraria manera de dezir pienso volver en mí para oír y hablar con mi primera libertad; y es así que, aunque por su admiración el cuento mueve a atención continua, házesse más estimar quando se considera el crédito que se debe a tu ser por haber sido çelestial, porque no pareçe ni se puede dezir que sólo me le has contado por darme deletación, como hazen los fabulosos inventores de mentiras en las monstruosas y prodigiosas narraciones que escriben sólo por agradar y dar

a los lectores ociosos con que puedan entretener el tiempo aunque sea con vana ocupación; porque me dicen que han sido muchos philosophos auctores de semejantes obras, como Cthesias y Jamblico, de los cuales el uno ha escrito cosas admirables de las Indias, y el otro del mar oceano, sin que ninguno dellos hubiesse visto, ni en algún auctor leído cosa de las que cada cual dellos escribió, pero fue tan grande su elocuencia y admirable manera de dezir que quanto quiera que manifestamente escriban ficción, por escrebir en aquel estilo hizieron graciosa y estimada su obra. Dizen que ha habido otros que con ingenio espantoso han contado de sí grandes viajes y peregrinaciones, fiereza de bestias y diversidad de tierras y costumbres de hombres, sin haber ninguna cosa de las que describen en el mundo, y por la dulçura del dezir los han tenido en veneración; como aquel ingenioso poeta Homero escribió de su Ulixes haber visto animales, y monstruosos gigantes Poliphemos con solo un ojo en la frente, que se tragaban los hombres enteros y vivos, y esto sin los haber engendrado hasta hoy naturaleza. Desto estoy bien seguro, que tu no imitas a éstos en tu passada historia, porque no es de presumir que infames los çelícolas como tú con mentirosa narración, por tanto despierta y prosigue que yo te oiré. Cuéntame aquella sangrienta batalla, aquel suceso campal que ayer me prometiste dezir, pues de tu promesa no te puedes excusar.

GALLO. Por çierto, Miçilo, mucho estoy arrepentido en haberte propuesto esa sacrilega tragedia, pues en ella hago ser público el desorden y poca templança con que esta gente consagrada toma semejantes ayuntamientos; los cuales les habían de ser vedados por sus perlados y juezes, y a éstos querría yo ser destos relactor, porque lo podrían remediar, antes que no a ti; porque en contártelo sólo doy ocasión con mi lengua a que habiendo tú plazer, te rías y mofes de aquella consagrada caterva que está en la tierra en lugar de la divina magestad. De manera que si yo me hubiere flaca y fría en el persuadir y demostrar este aconteçimiento, corro peligro en mi persona de tibio orador; y cuando por el contrario en el encareçer y esaxerar me mostrare elocuente será para < > aumentar tu risa y mofa, haziendo en infamia de aquella religiosa gente. Por tanto, mira Miçilo si es más conveniente a hombre bien acostumbrado como tú importunarme que te cuente semejantes aconteçimientos; porque a mí me parece ser obligado a los callar.

MIÇILO. O gallo, quiero que sepas que quanto más niegas mi petición tanto más aumentas en mí el deseo de te lo oír, por lo qual proçediendo en la costumbre de nuestra buena conversaçión y tu gracioso dezir, podrás començando luego ganar el tiempo que se podría con la dilación perder.

GALLO. Agora, pues ansí quieres y tanto me importunas, yo te quiero obedecer; pero con una condiçión que jures de no lo publicar fuera de aquí.

MIÇILO. Agora comiença, que yo lo prometo, que no será más público por mí, ni será causa que otro lo sepa. Dime por orden todas las cosas: qué fue el fundamento de la fiesta, y qué personas fueron allí en el convite, y qué passó en el suceso.

GALLO. Pues començando por el prinçipio sabrás que la causa fue una misa nueva; porque Aristeneto cambiador, hombre rico, tenía un hijo que se llamaba Zenón, hombre estudioso y sabio, que no sé si lo conoçiste. Este

mancebo por tener ya edad conveniente para elegir estado vino a cantar missa y para esto el padre de su parte convidó todos sus parientes, vezinos y amigos, juntamente con sus mugeres, y el misacantano, de su parte, llamó a todos sus preceptores que habían sido de las sciencias, gramática, lógica, philosophía y theología, y después con éstos convidó a todos los curas y beneficiados casi desta çiudad que eran muchos, y con éstos había dos religiosos de cada orden.

MIÇILO. Yo nunca vi compañía de tanta santidad.

GALLO. Pues viniendo al proçeso de la historia sabrás que el día señalado, que fue un domingo primero de mayo, que es el más apacible y graçioso del año, convenimos luego por la mañana todos los convidados a casa de Aristeneto para acompañar a Zenón hasta el templo; fuemos con gran solenidad de cançión de clérigos, y gran música de instrumentos, rabel, vihuela, salterio, y otras agraçiadadas sonajas que tañían hombres que para semejantes autos se suelen alquilar. Cuando fue acabada aquella divina celebraçión de la missa, con el orador que con ingenio discantó el mérito y grandeça de la dignidad, ofreçimos todos al misacantano, volvímonos juntos con la mesma música a casa de Aristeneto, donde despedidos aquellos que sólo fueron convidados para el acompañamiento, se llegó Aristeneto a la oreja y me dixo que me quedasse a comer allí con él. Dios sabe cuánto me holgué, porque çierto no sobraba en mi casa la raçión, prinçipalmente porque después que en el templo ofreçí no fue mucho lo que en la bolsa me quedó. Fuemos lançados todos a un gran palaçio muy adornado y dispuesto para el convite, en el cual había dos mesas a la larga de la sala: la una que iba a la una pared, y otra por otra; en la frontera de la sala había otra messa como cabeçera de las otras dos, en la cual se sentó en el medio el misacantano tomando a su mano derecha a su padre Aristeneto, y a la otra mano estaba su padrino que era aquel Cleodemo, antiguo y honrado varón que fue cura de San Julián.

MIÇILO. ¡O qué monarcha y prinçipe de saçerdotes me has contado!

GALLO. A los lados ocupaban esta mesa de la cabeçera, a la una mano el guardián de San Francisco y su compañero, y a la otra el prior de Sancto Domingo con su compañero de gran auctoridad. En la mesa de la mano derecha se sentaron por orden los maestros y clereçía, que fueron muchos en número; y a la otra mano se sentaron los casados, cada cual con su muger; y cuando fuemos todos sentados luego se començaron las mesas a servir con grande abundançia de frutas del tiempo.

MIÇILO. ¿Pues entre los dos perlados de San Françisco y Sancto Domingo no hubo differençia sobre la mano a que cada cual se había de sentar?

GALLO. Mucho antes con ellos se consultó y diffinió. Entre los dos curas de Sanctesidro y San Miguel hubo un poco de contienda, porque preferiendo Aristeneto en el asiento el de Sanctesidro al de San Miguel por ser más viejo, se levantó en pie el de San Miguel porque presumía de philósopho y dixo: «si a ti, Aristeneto, te parece que el cura de Sanctesidro se ha de preferir a mí, engañaste; y por no lo consentir me voy y os dexo libre el convite, porque aunque él sea viejo, por dos razones se me debe a mí la ventaja, pues dize Salomón que la sciencia son canas en el hombre quanto quiera que sea moco».

Y así tomó por la mano su mochacho y començó a fingir querer caminar

y luego el cura de Sanctesidro dixo: «Nunca plega a Dios que por mí dexes de te holgar»; y apartándose afuera le hizo lugar en la delantera y él se asentó atrás.

MIÇILO. Presto convenieron esos dos por gozar.

GALLO. Y luego dixo Zenothemo como maestro de gramática ser aquello exemplo de la figura histeron proteron, de lo cual tomaron ocasión para reír.

MIÇILO. Pues entre los casados, ¿no se ofreció cosa que pudieses notar?

GALLO. Los casados solamente tenían ojo y atención en aquellos hombres sabios y religiosos notándolos de ambiciosos, glotones y de poco sosiego, fingiéndose todos tener cuenta con el plato, pero más la tenían con lo que entre los clérigos pasaba, porque como todos al principio comenzamos a comer de aquellos sabrosos y bien aparejados manjares, todos mirábamos al cura de San Miguel que todo cuanto delante le servían lo daba al mochacho que tenía tras sí, pensando que ninguno lo vía, y el mochacho lo echaba en una talega. Él comía con insaciable agonía y lançaba en los pechos y fatriguera medias limas y naranjas, y algunas guindas que rodaban por la messa. Daba a mochacho piernas de perdiz y de pato, pedaços de vaca y de carnero, y algunos suelos de pastel y pedaços de pan y torta; dióle el pañizuelo, la copa en que bebía, hasta el cuchillo y el salero le dio. Desto reían todos los casados y sus mugeres, que les era muy gran pasatiempo. Estando, pues, todos ocupados en esto con gran solaz y deleite, porque ya había llegado de mano en mano hasta la mesa de Aristeneto y missacantano que mucho se reían dello, sucedió que entró por la puerta de la sala Alçidamas, cura de San Nicolás, sin ser llamado, y puesto en medio de la sala el rostro a Zenón y a Aristeneto dixo: «Señores, perdonadme que no vengo más temprano a vuestro plazer porque agora como salí a ofrecer en mi iglesia me dixo un feligrés mío que hazíades esta fiesta, y así luego me apresuré por acabar presto la misa, que aun no me sufría a desnudarme la casulia por venir a honraros por ser tan vuestro amigo, que los tales no hemos de aguardar a ser convidados, pero sin ser llamados ser de los primeros.»

MIÇILO. Por çierto, cosa digna de risa me cuentas.

GALLO. Cada cual le comenzó a dezir su donaire dando a entender su desvergüença, pero él lo disimuló por gozar del convite, porque luego acudió Aristeneto encareciendo su buena amistad y acusando su descuido y el de su hijo, pues de convidarle se habían olvidado; y así le mandó dar una silla y que se sentasse en aquellas mesas entre aquellos hombres reverendos y honrados. Alçidamas era un mançebo grande, membrudo, robusto y de grandes fuerças, y así como le pusieron delante la silla la arrojó lexos de sí que casi la quebró, y diera con ella al cura de Santispiritus, y dixo que las dueñas y hombres regalados se habían de sentar a comer en silla y no un hombre moço y robusto como él, que por allí quería comer passeándose, y que si acaso se cansasse, que él se sentaría en aquella tierra sobre su capa. Respondióle Aristeneto: «Ansí sea pues te plaze.» Todo esto hazía Alçidamas mostrando querer regoçijar la fiesta y dar plazer a los convidados pensando él de sí mesmo ser graçioso fingiéndose loco y beodo; y así rodeaba en pie por todas las mesas mirando por los mejores manjares, como lo hazen los músicos chocarreros en

los convites de fiesta; así comía Alçidamas donde más le plazía si vía cosa que bien le pareçiesse mezclándose con aquellos que servían las copas y manjares, y como a las vezes se aprovechasse de las copas que estaban llenas en la messa, y las vezes de las que passaban, hallábase beber doblado; y así con el vino demasiado començó a más salir de sí, dezía maliçias y atrevimientos en todos los que en el convite estaban, mofaba de aquellas copas de plata, mesas, sillas, tapiçes y grande aparato llamando a Aristeneto el grande usurero, engrandeçía con maliçia su grande ingenio y industria, pues por su buena soliçitud prestando y cambiando, había adquerido tan grande hazienda. Y Aristeneto ya mohíno y afrontado que lastimaban los donaires mandó a dos criados suyos que le tomassen y echassen fuera de casa y çerrassen las puertas porque no los afrontasse más. Pero como Alçidamas lo sintió apartóse a un lado, y con un banco que estaba vaçío juró que le quebraría en la cabeça del que llegasse; y así de consejo de todos fue que agora le dexassen, esperando tiempo más oportuno para hazer la pressa neçesaria. Pero de cada momento se fue empeorando, diziendo injurias a los frailes, y después passando a los casados los afrontaba y vituperaba en sus mugeres. Y así pensándolo remediar Aristeneto dándole muy bien a beber y que con esto le haría su amigo, así mandó a un criado suyo que tomasse una gran copa de vino añejo y muy puro y se la diesse, no pensando que fuera ocasión de mayor mal, como fue. Pero tomando Alçidamas el vaso con ambas manos, porque era grande, se volvió con él a la mesa de los casados y en alta voz, que todos en silençio le oyeron, hablando con la muger de Aristeneto, madre de misacantano: «Señora Magençia que así se llamaba yo bebo a ti, y mira que has de beber otro tanto del vaso como yo bebiere, so pena que no lo bebiendo se arroxe lo que quedare sobre ti»; y alçando la copa bebió della casi un azumbre y luego la mandó tornar a encher, y estendiendo el braço la dio a Magençia, diziéndola que si no bebía incurrería en la pena puesta y que la habrá de executar; y Magençia encogiéndose con gran vergüença, diziendo que no acostumbraba beber, reusó el vaso con miedo que Alçidamas no la afrontasse; y temiendo lo mesmo los convidados trabajaron por le apartar fuera, pero él juró por sus órdenes que si no daba un fiador que bebiesse por ella que se lo había de derramar acuestas; y el cura de San Miguel, que alcançaba buena parte deste menester se levantó, y dando a entender que lo hazía por defender a la señora huésped y impedir que no la afrontasse Alçidamas, pues éste se levantó de su lugar y saliendo en el medio de la sala dixo a Alçidamas: «Dame acá la copa que yo quiero cumplir por la señora Magençia», y así tomando el vaso en sus manos bebió un terrible golpe, que a juicio de todos igualó. Pero Alçidamas que estaba ya sentado en el suelo, recostada la cabeça sobre el braço derecho dixo a grandes voces: «Mostradme el vaso, que quiero ver si cumplió conforme a su obligaçión.» Y levantándose en pies todos los pechos desabrochados, y perdido el bonete de la cabeça, tomó el vaso en sus manos, y afirmando con juramento que no había cumplido el fiador amagó determinado de arrojar sobre Magençia lo que en el vaso quedó, pero el cura de San Miguel pareçiéndole que estaba obligado a responder saltó por çima las mesas, dexadas las lobs y pantufos, y tomó por los cabellos a Alçidamas y hízole por fuerça volver para sí, y Alçidamas hirió de un tan fiero golpe con el vaso al cura de San Miguel que, dándole en la frente,

hizo un arroyo de sangre y de vino mezclado que todos nos pensamos anegar. Luego viérades las hazes de ambas partes revueltas, porque los unos favoreciendo a Alçidamas, y los otros al cura de San Miguel que no había quien los pudiesse apartar, porque contra Alçidamas se levantaron Hermón, cura de Sancto Thomé, y Eucrito, cura de San Dionisio , y Eustochio, cura de San Martín, porque a todos había injuriado con sus donaires; y por el contrario, en favor de Alçidamas, por ser sus vezinos y amigos viejos se levantaron el sacristán de San Miguel y el cura de San Juan y el cura de San Pedro y el cura de Santa Marina.

MIÇILO. ¿Que allí vino el cura de San Pedro?, no faltarían gargajos y importunidad con su vejez.

GALLO. Allí vino con asco y desgracia de todos; que en una silla le truxieron porque estaba muy enfermo. Revolviéronse todos trabados por los cabellos que no parecía sino la pelea de los Andabatas, digo que aquellos que entran en el palenque a se matar sin poderse unos a otros ver. Andaban los xarros, los saleros, las sillas y bancos arroxadas de la una parte a la otra tan espesos como graniço. En fin, se levantaron Aristeneto y el padrino Cleodemo, y el prior y guardián, y en conclusión todos aquellos maestros y sabios, y de la otra parte los casados, aunque estaban confusos de ver lo que passaba; los cuales todos metiéndose en el medio los apartaron y pusieron en paz, y llevaron luego a curar al cura de San Miguel, porque Alçidamas le descalabró mal cuando con la copa le dio. Luego Alçidamas se tendió en el suelo que parecía a Hércules como le pintan los antiguos en el monte Pholo acabando de pelear con aquella bravosa hydria, sierpe famosa; y muy sosegados, igualadas las mesas se tornaron todos a sentar, y luego Zenotemo, maestro de la gramática, comenzó a cantar una ensalada en romance y latín que neçesitaba a que las damas cerrassen las orejas y aun los ojos por no ver pervertida la gravedad de tanto maestro. Pero como es costumbre en los tales lugares en el proçeso de la comida cantar los clérigos semejantes donaires a su misacantano, no parece que les hazía asco aquel lenguaje a sus paladares; y así a este tono si uno lo començaba suçio, el otro lo ensuçiaba más, y así acabando Zenothemo su cançión prosiguió el cura de Sanctisidro, con toda su vejez, un cantar que no hay lengua tan desvergonçada que fuera de allí le pueda referir.

MIÇILO. Maldita sea costumbre tan mala y tan corrupta y deshonesta, y tan indigna de bocas y lenguas de hombres que han de mostrar la regla del bien hablar y vivir. No se debrían en esto los perlados descuidar.

GALLO. En este tiempo había en la sala mucha paz, porque ya Alçidamas se començó a dormir, y por las partes inferiores y superiores començó a roncar con gran furor. Entonçes dixo el prior: «salva res est», y de consejo de todos fue que le atassen pies y manos por poder passar su fiesta más en paz; y así se levantó Dionico, maestro de capilla de la iglesia mayor, con otros seis cantores que estaban allí, los cuales todos puestos en calças y jubón le ataron con una cuerda fuertemente las manos y pies .

MIÇILO. Nunca de cantores se pudo tan buen consejo esperar.

GALLO. Ni por esto Alçidamas despertó. Dionico con sus seis compañeros quedando así en medio de la sala començaron a cantar y bailar: cantaban cantares del mismo jaez y peor, y después çelebraron la fiesta <

> de los matachines, hazían puestos y visajes tan desvergonçados y suçios que aun acordándome agora estoy por vomitar, porque vinieron los compañeros a poner sus bocas, rostros y manos en partes y lugares que por reverençia del saçerdoçio de que eran todos señalados no lo quiero dezir, y aun no me querría acordar. Pues como éstos acabaron su suçia y desautorizada fiesta se fueron a sentar cada cual en su lugar, y procedió el comer y beber, que aun no se había dado fin.

MIÇILO. Dime por tu amor, gallo, desto todo que estos clérigos hazían, ¿qué sentían y hazían los casados?

GALLO. Todos dexaban de comer y miraban en los clérigos con gran atençión. Las dueñas con sus pañizuelos fingiendo limpiarse el sudor cubrían sus rostros no queriendo de empacho ver aquellas suçias maneras de festejar, porque aun viles joglares se desdeñarían tratarlas, por no perder crédito con el auditorio. Estando en esto que todos callaban, entró un mochacho en medio de la sala, y saludando con el bonete en la mano a Aristeneto en alta voz le dixo: «Señor Aristeneto, mi amo Etemocles, cura de Sancto Eugenio, me mandó que delante de todos quantos están en este convite te leyese este carta que te envía; por tanto, mira si me das liçençia.» Aunque Aristineto, pensó si sería bueno tomar la carta al mochacho y después leerla, en fin de consejo de todos aquellos varones graves que estaban a los lados se le dio liçençia para la leer, y prinçipalmente porque todos la deseábamos oír; y ansí el mochacho en alta voz, callando todos, començó:

«Muy noble Aristeneto. Este tu Etemocles, antiguo capellán y padre de confesión, como a hijo muy querido te envía a saludar, y no quiero que tengas presunçión que por esto que te escribo, y a tal tiempo, sea yo muy cobdiçioso de convites, porque mi vida pasada, y de otras vezes que ya me has convidado ternás entendida mi templada condiçión, y también lo tienen mucho antes bien conoçido de mí otros muy más ricos que tú, que de cada día me convidan a sus çenas y comidas, y las rehúso porque sé bien los desmanes y desbarates que en semejantes congregaçiones y lugares se suelen ofreçer. Pero agora muévome a te escrebir porque como la afrenta me has hecho pública y en ese lugar donde estás, es mucha razón que públicamente y en ese lugar donde estás me hayas de satisfacer. A todos es notorio, señor Aristeneto, ser yo tu confesor desde que agora diez años te quisiste morir, que público fue en esta çiudad que yo solo hallándote usurero público cambiador, porque no te negassen la sepoltura sagrada como a tal, te hize prestar cauçión, y pregonar públicamente que porque estabas en el artículo de morir viniessen a tu casa todos quantos a tu hazienda por cambios, o intereses usurarios, tuviessen haziòn y derecho, que tú se lo querías restituir; y como éste fuesse tan famoso consejo y único para tu salud fue por todos devulgado por consejo mío, que era tu confesor; y después que tú tornaste a convaleçer fue infamado con peligro y jatura de mi honra por verte todos a volver a cambiar, diziendo que tenía la culpa yo; y todo esto sufrí y passé por conservar tu buena amistad, y es público que yo solo contra todo el común sustenté, que en nombre y como criado de otro, podías usurar no usurando por ti; y agora sobre todas estas mis injurias y pública amistad has procurado en tu convite nuevos amigos, de hombres que aunque mil vezes los des de comer no aventurarán por ti sus conçiencias como yo, si no pregunta al prior y

guardián y a los otros letrados y curas que tienes ahí cómo te sabrán sustentar, cómo se puede sufrir, sin ser usurero ser en ferias, ni aun en la çiudad cambiador. Pues bien, sabes que esto yo lo he defendido al perlado por ti, pues acuérdate que tienes tú publicado en esta çiudad que tienes veinte mil ducados por mí; diziendo tu a todos que confessándome tú que los habías ganado con çincuenta mil maravedís que tu suegro en dote te dio, los poseías tú por sólo no te los mandar yo restituir, lo cual todo era injuriarme a mí; pues, ¿paréçete que en todas estas cosas me das buen pago de nuestra pública amistad? Paréçeme a mí que no, porque, en fin, no han de pensar sino que en mí hay méritos de tu ingratitud, y por tanto te pido que pues públicamente me afrentas sin darte yo a ello causa, públicamente me hagas la satisfaçión, y ante todos cuantos ahí están en tu convite me vuelvas en mi honra; si no de aquí protesto que ni ante Dios ni ante los hombres en mi vida te lo perdonaré. Al moçacho mandé que aunque le des torta, o xarro de vino, o capón, o perdiz, o pernil de tozino no lo tome, so pena que le daré de cozes y se lo haré volver, porque no pienses satisfacer con tan pocas cosas tan grande injuria como me has hecho. Ni tampoco te puedes excusar diziendo que te olvidaste por haber hecho tiempo que no me viste, pues ayer te hablé dos veces, una a tu puerta pasando yo, y otra en el templo de Sanctiago donde yo dixé misa y tú la oíste. No alargo más por no ser molesto con larga carta a los que procuras ser graçioso con tu convite, del cual salgas tan próspero como yo satisfecho de mi injuria.-Vale.»

Como el moçacho hobo leído la carta se la demandó Aristeneto, y díxole: «Anda y dí a tu señor Etemocles que así lo haré como me lo envía a mandar.» Y así se fue el moçacho quedando la carta en Aristeneto, la cual le demandé, que la deseaba ver porque a mí pareçer es la más donosa que yo nunca vi. Comenzaron todos a murmurar sobre la carta cada cual según su ingenio, los unos dezían que era muy aguda, a lo menos los amigos de Etemocles, y dezían que era muy sabiamente escripta, que bien pareçía ser de letrado; los contrarios dezían que no era muy cuerda y que era maliçiosa y acusaban a Etemocles de hombre glotón, y dezían que la había escripto como afrontado por no le haber convidado a la fiesta y comida. Estando todos ocupados en esta diversidad de juizios entró en la sala uno de aquellos chocarreros que para semejantes cenas y convites se suelen alquilar, disfrazado de xoglar, y con un laúd en la mano entró con un puesto tan graçioso que a todos hizo reír, y con graçiosa industria començó a dar a todos plazer. Representó ingeniosamente la proçesión que hacen los portugueses el día de Corpus Cristi, y predicó el sermón que ellos suelen predicar el día que celebran la batalla del Aljubarrota. Después, tañendo con su laúd, començó en copla de repente a motejar a todos cuantos estaban en la mesa, sin perjudicar ni afrontar a ninguno. Y reyendo donaires se començaron entre sí a alborotar en tanta manera que dieron ocasión a que despertase Alçidamas de su profundo sueño, y como despertó y él se echó de ver atado, y vio que el xoglar se reía con todos y todos con él, dixo con una voz muy horrenda lo que dixo aquel Syleno: «Solvite me», y así el xoglar dexando el laúd procuró por le desatar; y como Alçidamas se vio desatado tomó del laúd antes que el xoglar le pudiese tomar y dale tan gran golpe con él sobre la cabeça que volándole en infinitas pieças dio con el xoglar en el suelo sin juizio ni acuerdo de

sí, y con el mástil y trastes que le quedó en la mano, como vio que sus tres enemigos se reían, Hermón, Eucrito y Eustochio, curas antiguos y muy honrados, dio a cada uno su palo que a todos descalabró mal, y de aquí partió para la mesa principal y hirió al guardián y prior, y ya eran levantados los amigos de los tres heridos que se venían para Alçidamas a se vengar; y de la otra parte el xoglar que, volviendo en sí, tomó un palo que halló a un rincón y haziendo campo por entre todos viene rostro a rostro con Alçidamas tirándose muy fuertes golpes ambos a dos. Vieras un consagrado sacerdote cura dar y recibir palos de un xoglar, cosa por çierto dina de lágrimas; y porque todos estaban injuriados, no había quien entre ellos se quisiese meter, ni aun osasse, tanta era la furia con que se herían y andaban trabados. Vieras una batalla tan sangrienta y cruel como de la Pharsálica puedes imaginar: las mugeres y niños dando gritos echaron a huir a la calle, por lo cual alterado todo el pueblo acudió a los socorrer. Departidos todos hallamos que estando trabados Alçidamas con el xoglar le había rompido la boca y descalabrado con el laúd, y que el xoglar había dado a Alçidamas con el palo un gran golpe que le descalabró mal. De manera que todos aquellos curas fueron por el semejante heridos, cual en la cabeça, cual en el rostro; por lo cual fue necesario que todos los llevassen a sus posadas a los curar. Pues echada toda aquella gente arriscada fuera de la sala, se alçaron las mesas y se tornaron los que quedaron a sosegar. Pero como el diablo nunca sosiega de meter mal y de dar ocasión a que suçeda siempre peor, suçedió que Cleodemo, padrino, volviendo a la carta de Etemocles, porque sintió afrontado a Aristeneto y aun a aquellos religiosos que junto a sí tenía, dixo: «¿Qué os parece, señores, de las elegantes razones de Etemocles < >?, piensa que no entendemos su intinçión y dónde va a parar su elocuençia; por çierto, si Aristeneto le enviase agora una torta y un xarro de vino con que le matase la hambre yo le asegurasse la amistad.» En esto Zenothemides, que era cura de San Leandro, que tenía la perrocha junto a la de Santo Eugenio, respondió por su vezino Etemocles, y dixo: «Por çierto, Cleodemo, mal miras lo que dizes, pues sabes bien que a Etemocles no le falta muy bien de comer y beber, y que no tiene neçesidad de la ración de Aristeneto como tú.» Dixo Aristeneto: «Señores no riñáis, ni toméis passión, que la carta venía elegante y muy cuerdamente escripta y como de letrado, y yo me conozco culpado por lo cual protesto purgar mi pecado satisfaziendo a mi acreedor.» Dixo Cleodemo: «Por çierto, poca obligación tiene Zenothemides de responder por Etemocles, principalmente porque en lo que yo he dicho ninguna injuria le hize, pues de todos es conoçido Etemocles bien de cuantos aquí están, y no me maravillo que responda por él, pues ambos tienen hecho liga y monipodio en el trato de sus feligreses, y ansí han jurado ambos a dos de no enterrar a ninguno en su feligresía sin que primero le envíen prenda por el tañer y sacar la cruz.» Respondió Zenothemides: «Por çierto, peor es lo que tú hazes, Cleodemo, que los tienes en la cárcel hasta que te hayan de pagar quexándote al juez»; y diziendo esto se levantó de donde estaba sentado y se vino para él, y Cleodemo tenía la copa en la mano que quería beber, y díxole Zenothemides: «En esa arte es más çierto, Cleodemo, que morirás tú que no piloto en el mar.» Y como Cleodemo tuvo a Zenothemides junto a sí le dio con la copa de vino en el rostro,

que le envistió todo dél, y luego Zenothemides tomó a Cleodemo por la sobrepelliz y le truxo al suelo y hízole dar con el rostro y cabeça en un banco, de que mal le descalabró. En fin, los frailes y misacantano y los demás los apartaron, y fue neçesario que Cleodemo se fuesse luego a su casa a curar, y también Zenothemides se fue. Pues purgada la casa de todos aquellos arriscados y belicosos capitanes, porque todos fueron de tres recuentos heridos y sacados del campo, como te he contado...

MIÇILO. ¿No supiste si el perlado los castigó? Porque çierto en un tan desbaratado aconteçimiento había con grandes penas de proveer.

GALLO. Supe que ese otro día los había el vicario llevado a la cárcel a todos y que se sentençió que ninguno había incurrido en irregularidad, porque se averiguó ninguno estar en su juicio y libre poder. Pero, en fin, a cada uno dellos condenó cual en seis ducados, y a otros a diez para la cámara del obispo que la tenía necesidad de se trastejar.

MIÇILO. ¡O qué cosa tan justa fue!

GALLO. Pues quedando la otra gente ansí muy confusos y embobados de ver en gente de tanto exemplo tanto desmán, todos los seglares se salieron cada cual con su muger sin saludar al huésped ni ser sentidos de alguno. Luego Dionico, maestro de capilla, y todos sus compañeros pensaron qué hazer por volver la fiesta a su debido lugar, y como fue echada la bendiçión y oraçión de la messa, llegósse Dionico al misacantano con la mano llena de tizne de una sartén y entiznóle todo el rostro <> que no le quedó cosa blanca; y como no tenía padrino le tomaron por fuerça y lleváronle fuera de la casa, a la puerta donde estaba el medio pueblo, y vistiéronle un costal abierto por el suelo que se acababa de vaçiar del harina, y salió Dionico a la calle en alta voz diziendo: «Ecce homo.»

MIÇILO. Propriamente lo pudo dezir.

GALLO. Pues ansí le subieron en un asno y le llevaron con gran denuesto por todo el lugar.

MIÇILO. Dime, gallo, en el entretanto que estas cosas pasaban, ¿qué pensabas tú?

GALLO. En el entretanto que estas cosas se celebraban pensaba yo otras muchas: lo primero que consideraba era que aquel nuevo ungido por saçerdote representaba al verdadero Cristo, saçerdote eterno según el orden de Melchisedech, y allí en aquel mal tratamiento se me representó todo el que Cristo padeçió por mí en sus vituperios, injurias y tormentos, en tanta manera que no me pude contener sin llorar, y dolíame mucho porque era tanta la çeguedad de aquellos vanos saçerdotes que sin templança alguna proseguían en aquella vanidad con tanta disoluçión, perdida la magestad y reverençia debida a tan alta dignidad y representación de nuestro Dios; y para alguna consolaçión mía pensé ser aquello como vexamen de doctor, porque aquel nuevo saçerdote no se ensoberbezca por ser de nuevo admitido a tan alta dignidad; y después desto consideraba en todo lo que en la comida había preçedido entre aquellos que tenían el título y preeminençia en la auctoridad y letras, pensando que no hay cosa más preçiosa en ellas que procurar el que las estudia componer la vida con ellas .

MIÇILO. Por çierto que me has admirado, gallo, con tu tan horrenda historia, o por mejor dezir, atroz tragedia. ¡Cuán común cosa es faltar los hombres de su mayor obligaçión! Supliquemos a nuestro Señor los haga

tan buenos que no erremos en los imitar, y merezcan con su oficio impetrar gracia de nuestro Señor para sí, y para nos, y avivemos de hoy más a todos los perlados que, pues, en la iglesia son pastores deste ganado no permitan que en los tales auctos y çelebridades de misas nuevas haya estos ayuntamientos, porque no vengan a tanto desmán.

GALLO. Ya, Miçilo, quiero dexar guerras y contiendas, y heridas y muertes de hombres, con las cuales te he escandalizado hasta aquí, y quiero que agora oyas la más alta y más feliciçissima navegacion que nunca a hombres aconteçió . Oirás una admirable ventura que te quiero contar, la cual juntamente con el próspero suceso te dará tanto deleite que holgarás de lo oír . Y pues es ya venido el día abre la tienda, que en el canto que se sigue lo oirás.
Fin del décimo séptimo canto

Argumento del décimo octavo canto

En el décimo octavo canto o sueño que se sigue el auctor muestra los grandes daños que en el mundo se siguen por faltar la verdad del mundo de entre los hombres.

MIÇILO. Pues por tu buenaventura, gallo o Pithágoras, o como más te quisieres llamar, de todas las cosas tienes esperiençia que en el çielo y en la tierra pueden aconteçer, deseo agora mucho de ti saber me declares una admirable duda que gravemente atormenta mi espíritu sin poder hallar quién me satisfaga con bastante respuesta: ¿de dónde proviene en algunos una insaçiable cobdiçia de mentir en cuanto hablan, en tanta manera que a sí mesmos con sumo deleite se saborean, como sepan que todo es vanidad quanto dizen, y con suma effiçia tienen en atençion los ánimos de los oyentes?

GALLO. Muchas cosas son, o Miçilo, las que fuerçan algunas vezes los hombres a mentir. Como es en los belicosos y hombres de guerra se tiene por ardid saber con mentira engañar al enemigo, como en esta arte fue muy sagaz y industrioso Ulises; y también lo usan los cobdiçiosos de riquezas y honras mundanas por vender sus mercaderías y aventajarse en sus contrataçiones. Pero aunque todo esto sea así te ruego me digas la ocasion que a saberlo te mueve.

MIÇILO. Todo eso se sufre que me has dicho por ofreçerse en esos casos intereses que a mentir les mueve. Pero donde no se les ofreçe interés de más que saber su apetito, ¿de dónde les viene la inclinacion a tan nefando y odioso viçio? Que hay hombres que en ninguna cosa ponen más arte, cuidado y industria que en mentir sin algún interés como al presente te quiero contar. Bien conoçes a Demophón nuestro vezino.

GALLO. ¿Es este rico que está en nuestra vezindad?

MIÇILO. Ese mesmo. Ya sabes que habrá ocho días que se le murió su muger, pues a esta causa por ser mi vezino y amigo que siempre me convidó a sus çenas y çelebridades, quísele ir la noche passada a visitar y consolar en su viudez.

GALLO. Más propriamente dixeras dar la buena pro haga.

MIÇILO. Pues habíame dicho que con el gran pessar que tenía de la muerte de su muger estaba enfermo, y así le hallé en la cama muy afligido y llorando, y como yo entré y le saludé me reçibió con alguna liberalidad

mandándome sentar en una silla que tenía cerca de sí, y después que le hube dicho aquellas palabras que se suelen dezir en el común: «señor, péssame de la muerte de vuestra muger y de vuestro mal», començéle a importunar me dicesse qué era la causa que de nuevo le hazía verter lágrimas, habiendo ya algunos días que se le había muerto la muger. A lo cual me respondió que no se le ofreçía cosa que más nueva le fuesse que habérsele muerto la muger, su compañera, la que él tanto amaba en esta vida y de que perpetuamente se debía acordar della; y díxome que estando allí en su cama solo la noche passada en consideración de su soledad y miseria y de su amada Felícia, que así se llamaba su muger, pessándole mucho por una desgraçia que le había hecho poco antes que murió, y es que rogándole que le renovasse çiertas joyas de oro que tenía y faldrillas hechas otro tiempo, no lo había hecho, y que estando muy apesarado por no le haber complazido, le apareçió increpándole porque habiéndole sido en todo muy cumplido y liberal, había sido muy corto en lo que tocaba a su honra, porque en su entierro y obsequias no la había acompañado el cabildo mayor y cantores con música, y porque no la habían tañido las campanas con solenidad, que llaman empino, y que la llevaron al templo en unas comunes andas habiéndola de llevar en ataúd; y otras cosas dixo del paño que las andas cubría, si era de brocado, luto o seda; lo cual todo pareçiéndole muy grande disparates y liviandades me reí diziendo que se consolasse mucho, que buen remedio tenía tornando de nuevo a hazer las obsequias. Y por parecerle que yo no lo creía lo trabajó apoyar con grandes juramentos, y porque vía que mientras él más juraba menos le creía yo, se levantó en camisa de la cama y se abajó inclinado de rodillas en el suelo, señalándome con el dedo las señales de sus pies que allí había dexado y imprimido; y estaba todo el suelo tan llano y tan igual que no se hallara un cabello de diferencia aunque tuviérades ojos de linçe; y así por me persuadir su sueño se tornó a la cama donde sentado y mandándome incorporar con almohadas que le tuviessen, proçedió en cosas tan monstruosas y tan sin orden acerca de su sueño y visión, y en loor de su muger que no habrá en el mundo tan vano juicio que las crea, hasta que quebrada la cabeça de sus vanidades me despedí dél y me vine acostar.

GALLO. Verdad es, Miçilo, que esas cosas que Demophón ahí te contó no son de creer de razonable juicio, porque ya te dixé lo que hay en la verdad açerca de las ánimas de los defuntos. Pero mira bien no incurras tú en un género de incredulidad que tienen algunos hombres, que ninguna cosa les dizen por fáçil y común que sea que la quieran creer, pero maravillándose de todo, se espantan y santiguan, y todo dizen que es mentira y monstruosidad; lo cual todo es argumento de poca esperiençia y saber, porque como no han visto nada, ni han leído nada, cualquiera cosa que de nuevo vean les parece ser hecha por arte de encantamiento o embaimiento, y por el semejante, cualquiera cosa que de nuevo oyan que les digan se encogen, espantan y admiran, y tienen por averiguado que la fingén siendo mentira por burlar dellos y los engañar. Los sabios, los que todo lo han visto, los que todo lo han leído, todo lo menospreçian, todo lo tienen en poco, y así passando adelante lo ríen y mofan y tachan y reprehenden, mostrando haber ellos visto mucho más sin comparación. Así agora tú considera que no es peor extremo, no creer nada, que creerlo todo, y piensa que ninguna cosa puede imaginar el entendimiento humano que

no pueda ser, y que maravilla es que todo lo que puede ser, sea de hecho < > y acontezca. Pues así agora yo, Miçilo, me temo si no quieres creer cosa de cuantas hasta agora te he dicho, y pienses y sospeches que todo ha sido mentira y fingido por te dar passamiento; y así creo que menos creerás un admirable aconteçimiento que agora te quería contar, porque junto con lo que hasta aquí te he contado exçede en admiración sin comparación alguna a lo que Demophón tu vezino te persuadió haber visto.

MIÇILO. Mira, gallo, que entendido tengo que todas las cosas verdaderas que se dizen, si bien se quieren mirar, muestran en sí una verosimilitud que fuerçan al entendimiento humano a las creer; porque luego rehize en ellas aquella deidad de la verdad que tienen en sí, y después desto tiene gran fuerça la auctoridad del que las dize, en tanta manera que aun la misma mentira es tenida por verdad. Así que por todas estas razones soy forçado a que lo que tú dixeres te haya yo de creer; por lo cual, di, yo te ruego, con seguridad y confiança que ninguna cosa que tú dixeres dubdaré, prinçipalmente que no hay maravilla alguna que me maraville después que vi a ti siendo gallo hablar nuestra lengua; por lo cual me persuades a creer que tengas alguna deidad de beatitud, y que por ésta no podrás mentir.

GALLO. Por çierto yo querría çesar, o Miçilo, de mi narración por haberla interrumpido con alguna señal de dubda; dexaras en verdad de gozar de la más alta y más felixísima historia que nunca hasta agora ingeniosísimos historiadores han escrito, y prinçipalmente por narrártela yo que soy el que la passé. Pero por la seguridad que al crédito y fe me tienes dada quiero proçeder, porque no quiero privarte del gusto y deleite admirable que en oírla gozarás, y verás después que la hayas oído de cuánto sabor te privaras si por ignorar antes lo que era menospreçiaras de lo oír; y conoçerás cuánto amigo te soy y buen apaniguado, pues no estimando la injuria que me hazías con tu dubdar te comunico tan gran beatitud. Por tanto préstame atención, que hoy verás cuán elegante retórico soy. Tú sabrás que en un tiempo siendo mançebo y cobdiçioso de ver, vino nueva en Castilla que se habían ganado en las partes oçidentales aquellas tierras de las Indias, México, Nueva España y Perú, que nuevamente ganó aquel animoso Marqués del Valle, Cortés; y por satisfacer en alguna manera el insaçiable ánimo de mi deseo que tenía de ver tierras y cosas nuevas, determinéme de embarcar, y aventurarme a esta navegación; y así en este mismo deseo me fue para la çiudad y isla de Cáliz donde se hazía el flete más conveniente y natural. Donde llegando hallé diez compañeros que con el mismo affecto y voluntad eran venidos allí, y como en aquella çiudad venían muchos de aquella nueva tierra y nos dezían cosas de admiración, creçíanos más el apetito de caminar. Deziannos el natural de las gentes, las costumbres, atavío y dispusiçión, la diversidad de los animales, aves, frutas y mantenimientos y tierra. Era tan admirable lo que nos dezían, juntamente con lo que nos mostraban los que de allá venían, que no nos podíamos sufrir; y así juntándonos veinte compañeros todos mançebos y de una edad, hecho pato entre nosotros inviolable de nunca nos faltar, y çelebradas las çerimonias de nuestra amistad con juramento solene, fletamos un navío vizcaíno velero y ligero, todos de bolsa común; y con próspero tiempo partimos un día del puerto, encomendados a Dios. Y así nos continuó siete días siguientes hasta que

se nos descubrieron las islas fortunadas que llaman de Canaria, donde tomado nuestro fresco, después de vista la tierra, con próspero viento tornamos a salir de allí; y caminando por el mar al terçero día de nuestro camino, dos horas salido el sol, haziendo claro y sereno el çielo, dixeron los pilotos ver una isla de la qual no tenían notiçia ni la podían conoçer, de que estaban admirados y confusos por no se saber determinar, poniéndonos en gran temor; y ansí a deshora admirábanse más turbados de ver que la isla caminaba más viniendo ella hazia nosotros, que caminábamos nosotros para ella. En fin, en breve tiempo nos venimos tanto juntando, que venimos a conoçer que aquella que antes nos pareçia isla era un fiero y terrible animal: conoçimos una ballena de grandeza increíble, que en sola la frente con un pedaço de çerro que se nos descubría sobre las aguas del mar juzgábamos haber quatro millas. Venía contra nosotros abierta la boca soplando muy fiera y espantosamente, que a diez millas hazía retener el navío con la furia de la ola que ella arroxaba de sí; de manera que viniendo ella de la parte del poniente, y caminando nosotros con próspero levante nos forçaba calmar, y aun volver atrás el camino. Venía desde lexos espumando y turbando el mar con gran alteraçión. Ya que estuvimos más çerca, que alcançamos a verla más en particular, pareçíansele los dientes de terrible grandeza, de hechura de grandes palas, blancos como el fino marfil. Venimos adelante a juzgar por la grandeza que se nos mostró sobre las aguas, ser de longura de dos mil leguas. Pues como nos vimos ya en sus manos y que no le podíamos evadir, començámonos a abraçar entre los compañeros y a darnos las manos con grandes lágrimas y alarido, porque víamos el fin de nuestra vida y compañía sin remedio alguno estar en aquel punto; y ansí dando ella un terrible empujón y abriendo la boca nos tragó, tan sin embaraço ni estorbo de dientes ni paladar que sin tocar en parte alguna, con gavia, velas y xarçia, y munición y obras muertas, fuemos colados y sorbidos por la garganta de aquel monstruoso pez sin lisióñ alguna del navío hasta llegar a lo muy espaçioso del estómago, donde había unos campos en que cupieran otras veinte mil. Y como el navío encalló quedamos espantados de tan admirable suçeso, sin pensar qué podía ser, y aunque luego estuvimos algo obscuros porque cerré el paladar para nos tragar, pero después que nos tuvo dentro y se sosegó traía abierta la boca, de manera que por allí nos entraba bastante luz, y con el aire de su contino resolgar nos entretenía el vivir a mucho descanso y plazer. Pareçióme que ya que no quiso mi ventura que yo fuesse a las Indias por ver allá, que era ésta conveniente comutaçión, pues fortuna nos forçaba en aquella cárçel a ver y gustar de admirables cosas que te contaré; y mirando alrededor vimos muy grandes y espaciosos campos de frescas fuentes y arboledas de diversas y muy suaves flores y frutas; y ansí todos saltamos en tierra por gustar y ver aquellas estañcias tan admirables. Començamos a comer de aquellas frutas y a beber de aquellas sabrosas y delicadas aguas, que nos fue muy suave refeçión. Estaban por allí infinitos pedaços de hombres, espinas y huesos de pescados, y otros enteros que nos empidían el andar; tablas y maderos de navíos, áncoras, gavias, másteles, xarçia, munición y artillería, hombres y otros muchos animales que tragaba por se mantener. Pero salidos adelante de aquella entrada a un grande espaçio que alcançamos a ver más de quinientas leguas, desde un alto monte vimos

grandes llanos y campos muy fértiles, abundantes y hermosos: había muchas aves de diversos colores adornadas en sus plumas que eran de gracioso parecer; había águilas, garças papagayos, ruiseñores, sirgueros y otras especies, diferencias de graciosas aves de mucha hermosura. Pues proveyendo que algunos compañeros se quedasen a la guarda del navío, y dexándoles la necesaria provisión, la mayor cantidad de nosotros fuimos de acuerdo que fuésemos a descubrir la tierra por la reconocer.

Discurriendo, pues, por aquella deleitosa y fertilíssima tierra, al fin de dos días, casi al puesto del sol, descendiendo de una alta montaña a un valle de mucha arboleda, llegamos a un río que con mucha abundancia y frecuencia corría vino muy suave, tan hondo y tan caudaloso que por muchas partes podían navegar navíos muy gruesos, del cual comenzamos a beber y a gustar, y algunos de nuestros compañeros se comenzaron de la bebida a vencer, y se nos quedaban dormidos por allí que no los podíamos llevar. Todas las riberas de aquel suave y gracioso río estaban llenas de muy grandes y fertilísimas cepas cargadas de muy copiosas vides, con sus pámpanos y racimos muy sabrosos y de gran gusto; de los cuales comenzamos a cortar y comer, y tenían algunas de aquellas cepas figura y imagen de mugeres que hablando en nuestra lengua natural nos convidaban con agraciadas palabras a comer dellas, prometiéndonos mucho dulzor. Pero a todos aquellos que convencidos de sus ruegos y halagos llegaban a gustar de su fruto los dormían y prendían allí, que no eran libres para se mover y las dexar, ni los podíamos arrancar de allí. Destas, de su frecuente manar, destilada un continuo licor que hacía ir al río muy caudaloso; aquí en esta ribera hallamos un padrón de piedra de dos estados alto sobre la tierra, en el cual estaban unas letras griegas escritas que mostraban ser de gran antigüedad, que dezían haber sido éste el peregrinaje de Bacho.

Passado este gracioso río por algunas partes que se podía vadear, y subida una pequeña cuesta que ponía diferencia entre este valle de Bacho, descendimos a otro no menos deleitoso y de gran sabor, de cuyo gusto y dulzor nos parecía beber aquella bebida que dezían los hombres antiguos ser de los dioses por su grande y admirable gusto, a la cual llamaron el néctar y ambrosía. Éste tenía una prodigiosa virtud de su naturaleza, que si alguno escapado del río de Bacho pudiesse llegar a beber deste licor era maravillosamente consolado y sano de su embriaguez, y era restituido en su entero y primero juicio, y aun mejorado sin comparación. Aquí bebimos hasta hartar, y volvimos por los compañeros y cual a brazo, cual acuestas y cual por su pie, los truximos allí, y sanos caminamos con mucho placer. No lexos desta suave y salutífera ribera vimos salir humo, y mirando más con atención vimos que se descubrían unas caserías pobres y pajizas, de lo cual nos alegramos mucho por ver si habitaba por allí alguna gente como nosotros, con que en aquella prisión y mazmorra nos pudiésemos entender y consolar; porque en la verdad nos parecía ser aquello una cosa fantaseada, o de sueño, o que por el rasgo nos la describía algún ingenioso pintor. Pues con esta agonía que por muchos días nos hacía andar sin comer ni beber, sin nos defatigar, llegamos cerca de aquellas casas, y luego en la entrada hallamos una vieja de edad increíble, porque en rostro, meneo y color lo monstró ser así. Estaba sentada entre dos muy perenales fuentes, de la una de las cuales manaba un muy abundante caño de miel, y de la otra corría otro caño muy fértil y

grueso de leche muy cristalino, las cuales dos fuentes bajadas a un vallico que estaba junto allí se mezclaban y hazían ambas un río caudal. Estaba la dueña añçiana con una vara en la mano, con la cual con gran descuido hería en la fuente que tenía a su mano derecha que corría leche, y a cada golpe hazía unas campanillas, las cuales corriendo por el arroyo adelante se hazían muy hermosos requesones, nazulas, natas y quesos como ruedas de molino, los cuales todos cuando llegaban por el arroyo abajo, donde se mezclaba la fuente del miel, se hazían de tanto gusto y sabor que no se puede encareçer. Había en este río peçes de diversas formas que tenían sabor del miel y leche. Y como nosotros la vimos espantámonos por pareçernos una prodigiosa visión, y ella por el semejante en vernos como vista súbita y no acostumbrada se paró. Pues cuando volvimos en nosotros, y con esfuerço cobramos el huelgo que con el espanto habíamos perdido, la saludamos con mucha humildad, dubdosos si nos entendiese nuestra lengua, y ella luego con apazible semblante dando a entender que nos conoçía por de una naturaleza nos correspondió con la mesma salutaçión, y luego nos preguntó: «Dezid hijos, ¿cuál ventura os ha traído en esta tierra, o cuál hado o suerte os cençerró en esta cárçel y mazmorra?» A la cual yo respondí: «Señora, no sabemos hasta agora dezir si nuestra buena o mala fortuna nos ha traído aquí, que aún no hemos bien reconoçido el bien o mal que en esta tierra hay; sólo sabemos ser tragados en el mar por un fiero y espantoso pez, donde lançados creemos que somos muertos, y para esperiençia o más çertidumbre desto, nos salimos por estos campos por ver quién habitaba por aquí; y ha querido Dios que os encontrássemos, y esperamos que será para nuestra consolaçión, pues vemos no ser nosotros solos los encarçelados aquí. Agora queríamos de ti, señora, saber quién eres, qué hazes aquí, si eres naçida del mar o si eres natural de la tierra como nosotros; y si de alguna parte de divinidad eres comunicada prophetízanos nuestra buena, o mala ventura, porque prevenidos nos haga menor mal.» Respondió la buena dueña: «Ninguna cosa os diré hasta que en mi casa entréis, porque veo que venís fatigados. Sentaros heis y comeréis, que una hija mía donzella hermosa que aquí tengo os lo guisará y aparejará». Y como éramos todos moços y nos habló de hija donzella y de comer, todos nos regoçijamos en el coraçón, y ansí entrando la buena vieja en su casa dixo con una voz algo alta cuanto bastaba su natural: «Hija, sal acá, apareja a esta buena gente de comer.» Luego como entramos y nos sentamos en unos poyos que estaban por allí salió una donzella de la más bella hermosura y disposiçión que nunca naturaleza humana crió; la cual, aunque debajo de paños y vestidos pobres y desarrapados representaba çelestial dignidad, porque por los ojos, rostro, boca y frente echaba un resplandor que a mirarla no nos podíamos sufrir, porque nos hería con unos rayos de mayor fuerça que los del sol, que como tocaban el alma éramos ansí como pavesa abrasados, y rendidos nos postramos a la adorar. Pero ella haziéndonos muestra con la mano, con una divina magestad nos apartaba de sí, y mandándonos sentar con una presta diligençia nos puso uvas y otras frutas muchas y suaves, y de unos muy sabrosos peçes; de que perdiendo el miedo que por la reverençia teníamos a tan alta magestad comimos y bebimos de un preçioso vino cuanto nos fue menester; y después que se levantó la mesa, y la vieja nos vio sosegados, començó a regocijarnos y a demandarnos le contássemos nuestro camino y suçeso; y yo

como vi que todos mis compañeros callaban y me dexaban la mano en el hablar, la conté muy por estenso nuestro deseo y cobdiçia con que vivíamos muchos años en la tierra, y nuestra junta y conjuración, hasta el estado en que estábamos allí, y después le dixé: «Agora tú, madre bienaventurada, te suplicamos nos digas si es sueño esto que vemos, quién sois vosotras y cómo entrastes aquí.» Con una alhagüeña humildad que de contentarnos mostraba tener deseo dixo: «¡O hijos y huéspedes amados, todos parece que tenemos la misma fortuna, pues por juicio y voluntad de Dios somos laçados aquí aunque por diversas ocasiones como oiréis. Sabed que yo soy la Bondad si la habéis oído dezir por allá; que me crió Dios en la eternidad de su ser, y esta mi hija es la Verdad que yo engendré, hermosa, graçiosa, apazible y aorable, parienta muy cercana del mesmo Dios; de su cogeta a ninguno desagradó, ni desabrió si primero me quisiesse a mí. Enviónos Dios del çielo al mundo siendo naçidas allá, y todos los que me reçebían a mí no la podían a ella desechar, pero amada y querida la amaban como a sí; y así moramos entre los primeros hombres en las casas de los príncipes y reyes, que con nosotras gobernaban y regían sus repúblicas en paz, quietud y prosperidad; ni había maliçia, cobdiçia, ni poquedad que a engaño tuviesse muestra. Andábamos muy regaladas, sobrellevadas y tenidas de los hombres: el que más nos podía hospedar, y tenía en su casa, se tenía por más rico, más poderoso y más valeroso. Andábamos vestidas y adornadas de preciosas joyas y muy alto brocado. No entrábamos en casa donde no nos diessen abundantemente de comer y beber, y pessábales porque no reçibíamos más; tanto era su buen deseo de nos tener. Topábamos cada día a la riqueza y a la mentira por las calles por los lodos arrastradas, baldonadas y escarneçidas, que todos los hombres por nuestra devoción y amistad gritaban y corrían, y las echaban de su conversaçión y compañía como a enemigas de su contento y prosperidad. De lo qual estas dos falsarias y malas compañeras reçebían grande injuria y vituperio, y con rabia muy canina buscaban los medios posibles para se satisfacer; juntábanse cada día en consulta ambas y echábanse a pensar y tratar cualesquiera caminos, favoreçiéndose de muchos amigos que traían entre los hombres encubiertos y solapados que no osaban parecer de vergüença de nuestros amigos. Estas malditas bastaron en tiempo a juntar gran parte de gente que por industria de una dueña pariente suya que se llama cobdiçia los persuadieron ir a descubrir aquellas tierras de las Indias, donde vosotros dezís que íbades caminando, de donde tanto tesoro salió. Éstas se las enseñaron y guiaron, dándoles después industria, ayuda y favor como pudiessen en estas tierras traer grandes piezas y cargas de oro y de plata, y joyas preçiosas que de los de aquella tierra estaban menospreçiadas y holladas reconoçiendo su poco valor. Estas perversas dueñas los forçaron a aquel trabajo teniendo por averiguado que estos tesoros les serían bastante medio para entretener su opinión y desarraigarnos del común conçeimiento nuestra amistad con la qual estábamos nosotras enseñoreadas en la mayor parte de la gente hasta allí; y así fue que como fueron aquellos hombres que ellas enviaron en aquellas partes y començaran a enviar tesoros de grande admiración, luego començaron todos a gustar y a poseer grandes rentas y hazienda; y así andando estas dos falsas hermanas con aquella parienta casi de casa en casa les hizieron a todos entender que no había otra nobleza, ni otra

felicidad sino ser rico un hombre, y que el que no poseía en su casa a la riqueza era ruin y vil; y así se fueron todos corrompiendo y depravando en tanta manera que no se hablaba ni se trataba otra cosa en particular ni en común. Ya, desdichadas de nosotras, no teníamos dónde nos acoger, ni de quién nos favorecer; ninguno nos conoçía, ni amparaba, ni reçoçía, y así andábamos a sombra de texados aguardando a que fuese de noche para salir a reconoçer amigos, no osando salir de día, porque nos habían avisado algunos que andaban estas dos traidoras buscándonos con gran compañía para nos afrontar do quiera que nos topassen, principalmente si fuese en lugar solo y sin testigos; y así nosotras, madre y hija, nos fuemos a quejar a los señores del Consejo real, diciendo que estas falsarias se habían entremetido en la república muy en daño y corruptela della, y porque a la sazón estaban consultando açerca de remediar la gran carestía que había en todas las cosas del reino, les mostramos con argumentos muy claros y infalibles, ser la causa habernos echado todos de sí, la Bondad y Verdad, madre y hija, y haber estas perversas hermanas, Riqueza y Mentira, y la Cobdiçia; las cuales si se remediaban y se echaban fuera, nos ofreçíamos y obligábamos a volver todas las cosas a su primer valor y antiguo, y que en otra manera verían cómo neçesariamente irían las cosas de peor en peor; y nos quejamos que nos amenaçaban que nos habían de matar porque así éramos avisadas, que con sus amigos y aliados que eran ya muchos nos andaban buscando procurando de nos haber. Y los señores del Consejo nos oyeron muy bien y se apiadaron de nuestra fortuna y nos mandaron dar carta de amparo, y que diéssemos información cómo aquéllas nos andaban a buscar para nos afrontar, y que harían justizia. Y con esto nos salimos del Consejo, y yendo por una ronda pensado ir más seguras por no nos encontrar con nuestros enemigos, fuemos espiadas y salteadas en medio de aquella ronda, y saliendo a nosotras nos tomaron por los cabellos a ambas, y truxiéronnos por el polvo y lodo gran rato arrastrando, y diéronnos todos cuantos en compañía llevaban muchas coçes, puñadas y bofetadas, que por ruin se tenía el que por lo menos no llevaba en las manos un buen golpe de cabellos, o un pedaço de la ropa que vestíamos; en fin, nos dexaron con pensamiento que no podíamos mucho vivir. Y así como de sus manos nos vimos sueltas, cogiendo nuestros andrajos, cubriéndonos lo más honestamente que pudimos nos salimos de la çiudad, no curando de informar a justicias, temiéndonos que en el entretanto que informábamos nos tornarían a encontrar, y nos acabarían aquellas malvadas; y así pensando que en aquellas tierras de Indias nuevas quedaban sin aquellos tesoros, y las gentes eran simples y nuevas en la religión, que nos acogerían allá, embarcamos en una nao; y agora paréçenos que pues la tierra no nos quiere sufrir nos ha tomado en sí el mar, y ha echado esta bestia que tragándonos nos tenga presas aquí, rotas y despedaçadas como veis.» Y maravillándonos todos deste aconteçimiento, las pregunté cómo era posible ser en tan breve tiempo desamparadas de sus amigos, que en toda la çiudad ni en otros pueblos comarcanos no hallasen de quién se amparar y socorrer. A lo cual la hija sospirando, como acordándose de la fatiga y miseria en que en aquel tiempo se vio, dixo: «O huésped dichoso, si el coraçón me sufriese a te contar en particular la prueba que de nuestros amigos hize, admirarte has de ver las fuerças que tuvieron aquellas malvadas; témome que acordándome de tan

grande injuria fenezca yo hoy. Tú sabrás que entre todos mis amigos yo tenía un sabio y ançiano juez, el cual engañado por estas malvadas y aborreçiéndome a mí, por aumentar en gran cantidad su hacienda, torcía de cada día las leyes, pervertiendo todo el derecho canónico y çivil, y porque un día se lo dixen, dándome un empujón por me echar de sí, me metió la vara por un ojo que casi me lo sacó, y mi madre me le tornó a dereçar; y porque a un escribano que escribía ante él le dixen que passaba el arançel me respondió que si por la tassa del arançel en la paga de los derechos se hubiese de seguir no ganaría para çapatos, ni para pan; y porque le dixen que por qué interlineaba los contratos, enojándose me tiró con la pluma un tildón por el rostro, que me hizo esta señal que ves aquí que tardó un mes en se me sanar. Y de allí me fue a casa de un mercader y demandéle me dicesse un poco de paño de que me vestir, y él luego me lo puso en el mostrador, en el cual, aunque de mi naturaleza yo tenía ojos más perspicaces que de linçe, no le podía ver, y rogándole que me dicesse un poco de más luz se enojó; demandéle el preçio rogándole que tuviesse respecto a nuestra amistad, y luego me mostró un papel que con gran juramento afirmó ser aquél el verdadero valor y coste que le tenía, y que por nuestra amistad lo pagasse por allí; y yo afirmé ser aquéllos lexos de mí, y porque no me entendió esta palabra que le dixen me preguntó qué dezía, al cual yo repliqué que aquél creía yo ser el costo cargando cada vara de aquel paño cuantas gallinas y pasteles, vino, puterías y juegos y desórdenes habían hecho él y sus criados en la feria, y por el camino de ir y venir allá.

MIÇILO. Y lo mesmo es en todos cuantos offiçios hay en la república, que no hay quien supla las costas, comer y beber, juegos y puterías de los offiçiales en la feria y do quiera que están; y halo de pagar el que dellos va a comprar.

GALLO. De lo cual reçibió tanta injuria que tomando de una vara con que medir en la tienda me dio un palo en la cabeça que me hirió mal, y después tendida en el suelo me dio más de mil, que si no me socorrieran las gentes que pasaban, que me libraron de sus manos, me acabara la vida con su rabiosa furia; y quedó jurando que si me tomaba en algún lugar o volvía más allí, que me acabaría, y ansí yo nunca más volví allá. De allí me llevó mi madre a un çirujano, al cual rogó con gran piedad que me curasse, y él le dixo que mirasse que le había de pagar, porque la cura sería larga y tenía hijos y muger que mantener, y porque no teníamos qué le dar, me lo untó mi madre con un poco de açeite rosado, y en dos días se me sanó. Fueme por todos aquellos que hasta entonces yo había tenido en mi familiaridad, y hallélos tan mudados que ya casi no los conoçía sino por el nombre, porque había muchos que yo tenía en mi amistad que eran armeros, malleros, lançeros, espeçieros, y en otros géneros de offiçios llanos y humildes contentos con poco, que no se quería apartar del regaço de mi madre, unidos conmigo; los cuales agora aquellas falsarias los tenían encantados, locos, soberbios y muy fuera de sí, muy sublimados en grandes riquezas de cambios y mercaderías, puestos ya en grandes honras de regimientos con hidalguías fingidas y compuestas ocupados en exerçiçios de caballeros, en justas y juegos de cañas, gastando con gran prodigalidad la hazienda y sudor de los pobres miserables. Éstos en tanta manera se estrañaron de mí que no los osé hablar, porque acaso airados no

me hiriessen y vituperassen como habían hecho otros. Y porque parece que los eclesiásticos habían de permanecer en la verdadera religión y que me acogerían, me fue a la iglesia mayor, donde concurren los sacerdotes y cleriçía, donde solía yo tener muchos amigos; y andando por ella a buscar clérigos no hallé sino grandes cuadrillas de monas o ximios que me espantaron; los cuales con sus roquetes, sobrepelliçes y capas de coro andaban paseándose por allí, y otros cantando en el coro. Maravillábame que unos tan graçiosos animalejos criados en la montaña imitassen tan al natural todos los offiçios y exerçiõs de sacerdotes a lo menos en lo exterior; y viniendo a mirarlos debajo de aquellos vestidos y ornamentos benditos descubrían el vello, golosina; latroçinio, cocar y mofar, rustiçidad y fiereza que tienen en la montaña. Acordéme haber leído de aquel rey de Egipto, de quien escribe Luçiano que quiso enseñar a dançar una gran cuadrilla de ximios o monas, y para esto los vistió todos de grana, y andando un día metidos en el teatro en su dança con un maestro de aquel exerçiõ, al cual los encomendó, se allegó a lo ver un philósopho que conoçía bien el natural de aquel animalexo, y echóles unas nuezes en el medio del corro donde andaban dançando, y los ximios como conoçieron ser nuezes, fruta apropiada a su golosina, desamparando el teatro, corro y maestro se dieron a tomar de la fruta, y mordiendo y arañando a todos los que en el espectáculo estaban, rasgando sus vestidos echaron a huir a la montaña. Y aún yo no lo pude creer que aquéllos eran verdaderos ximios o monas, si no me llegara a uno que representó más sanctidad y dignidad, al cual tentándole con la tenta en lo interior, rogándole que pues era sacerdote y me pareçía más religioso, me dixesse una missa por mis defuntos, y púsele la pitança en la mano, y él muy hinchado me dio con el dinero en los ojos diciendo que él no dezía missa en todo el año, y que se mantenía él y una gran familia que tenía de la renta de su dignidad; y como yo le oí aquello no pude disimular tan bárbaro género de hipocresía y soberbia, viendo que siendo mona representaba una persona tan digna y tan reverenda en la iglesia de Dios, que dezían ser arçediano. Acordéme de aquel asno cumano, el cual viéndose un día vestido de una piel de león, quería parecer león asombrando con grandes roznidos a todos, hasta que vino uno de aquellos cumanos que con un gran leño nudoso le hirió tan fuertemente que le desengañó haziéndole entender que era asno y no león, y así le abajó su soberbia y locura; y así yo no me pude contener que no le dixesse: «Pues señor, ¿el arçedianazgo depone el sacerdoçio que no podáis dezir missa?»; y él se enojó tanto que me convino huir de la iglesia, porque ya miraba por sus criados que me hiriessen.» En estos y semejantes cuentos nos estuvimos gran parte del día hasta que su madre le mandó que no proçediesse adelante porque reçebía dello mucha pena; y yo enamorado della me ofreçía su perpetuo serviçio pareçiéndome que en el mundo no había cosa más perfeta que desear, y así pensé si querría, por vivir en aquella soledad y prisiõ, dárseme por muger; pero no me atreví hasta mirarlo mejor. Y así nos salimos todos en su compañía por aquellos campos, fuentes y praderías por tomar solaz, porque eran aquellas estançias llenas de gusto y deleite, no había por allí planta alguna que no fuesse de dulçura admirable por ser regadas por aquellas dos fuentes de leche y miel. En esta conversaçión y compañía nos tuvieron muchos días muy a nuestro contento, y acordándonos de nuestros compañeros que dexamos en

el navío pensamos que sería bueno irlos a buscar y traerlos a aquella deleitosa estancia, porque gozassen de tanta gloria, y así demandando licencia a la madre y hija, guiándonos como por señas al camino, volvimos por los visitar prometiendo volvernos luego a su compañía; y así comenzamos a caminar, y pasando aquellos dulces y sabrosos ríos venimos al de Bacho, el cual pasando por los vados, hallamos ya casi por moradores naturales a nuestros compañeros, casados con aquellas çepas que dixe estar por aquellas riberas, que tenían figura y natural de mugeres, de las cuales no los podimos desapegar sin gran dificultad y trabajo, porque los tenían ya cogidos con gran affición. Pero con gran cuidado trabajamos despegarlos de allí, y porque nos temimos no açertar a la casa de la Verdad, acordamos probar a salir de aquella prisión y cárcel, pensando que si saliésemos con ello sería una cosa admirable, y que terníamos más que contar que de las Indias, si allá fuéramos, ni de los siete milagros del mundo; y así pensé una industria que çierto nos valió, y fue que yo hize poner a punto de navegar todo el navío, y compañeros, y hize luego embarcar todo lo neçesario para caminar, y cuando todo estuvo a punto hezimos ingenios con que llegamos el navío hasta meterle por la garganta de la ballena, y como la juntamos al pecho que le ocupamos la entrada al paladar nos lançamos todos en el navío, y con fuertes arpones, lanças, picas y alabardas comenzamos a herirla en la garganta; y como aconçe a cualquiera de nosotros si tiene en la garganta alguna espina que acaso tragó de algún pez que le fatiga, que comienza de toser por la arrancar, así la ballena cuanto más la heríamos más se afligía con toser, y a cada tos nos echaba çinquenta leguas por la garganta adelante, porque çierto nosotros la dábamos gran congoja y fatiga que no podía sosegar, y tanto continuó su toser que nos lançó por la boca a fuera muy lexos de sí sin algún daño ni lisió; y como escarmentada y temerosa del pasado tormento y pena, huyó de nosotros pensando haber escapado de un gran mal; y así dando todos muchas graçias a Dios guiamos por volver a nuestra España deseosos de desengañar a todos que se ha ido la Verdad huyendo de la tierra; por lo cual no te maravilles, Miçilo, si no te la dixo tu vezino Demophón, y si no la vieres ni oyes en el mundo de hoy más.

MIÇILO. ¡O soberano Dios, qué me has contado hoy!, ¿que es posible, gallo, que está hoy el mundo sin la Verdad?

GALLO. Como oyes me aconteçió.

MIÇILO. Por cierto cosa es de admiración y me parece que si el mundo está algún tiempo así, en breve se destruirá y se acabará de perder. Por tanto, supliquemos con lágrimas de grande affecto a Dios nos quiera restituir en tan soberano bien de que somos privados hasta aquí. Y agora, pues es venido el día, dexa lo demás para el canto que se seguirá.

Fin del décimo octavo canto

Argumento del décimo nono canto del gallo

En el décimo nono canto que se sigue el auctor trata del trabajo y miseria que hay en el palacio y servicio de los príncipes y señores, y reprehende a todos aquellos que teniendo alguna habilidad para algún officio en que ocupar su vida, se privan de su bienaventurada libertad que

naturaleza les dio, y por vivir en vicios y profanidad se sujetan al servicio de algún señor.

GALLO. MIÇILO

GALLO. Muchas son las cosas, o Miçilo, que en breve te he narrado, en diversos estados de la vida acontecidas: caídas y levantamientos, yerros, engaños de todas las condiciones de los hombres, las cuales como hombre experimentado te lo he trabajado con palabras pintar, tanto que en algunos acontecimientos te ha parecido estar presente, por te complazer y agradar, y por hazer el trabajo de tu vida que con tu flaqueza se pudiesse compadeçer; y ya querría que me dixesses qué te parece de cuanto te he mostrado, cuanto sea verdad el thema de mi dezir que tomé por fundamento para te probar cuanto esté corrompida la regla y orden de vivir en los hombres y cuán torçido vaya todo el común. Deseo agora de ti saber cuál es el estado que en el mundo te parece más contento y más feliz, y de dónde se podría dezir que mi thema, fundamento y proposición tenga menos cabida y de que no se pueda de todo en todo verificar. Habla, yo te ruego, tu parece, porque si por falta de esperiençia te pareçiere a ti que de algún estado no se pueda con justa razón dezir, yo trabajaré como bien experimentado de te desengañar. Y quiero que hoy passemos en nuestra conversaçión mostrándote que ya en el mundo no haya estado ni lugar que no esté depravado, y en que el hombre pueda parar sin peligro y corrozo de su vivir.

MIÇILO. Por çierto, gallo, yo puedo con gran razón gloriarme de mi felicidad, pues entre todos los mortales alcançé tenerte a ti en mi familiar conversaçión, lo cual tengo por pronóstico de mi futura beatitud. No puedo sino engrandeçer tu gran liberalidad, de la cual has conmigo usado hasta aquí, y me admira tu esperiençia y gran saber, y prinçipalmente aquella elocuençia con que tantas y tan diversas cosas me has narrado; en tanta manera que a todas me has hecho tan presente como si passaran por mí. He visto muy bastantemente la verdad de tu thema y proposición, en que propusiste probar todos los hombres tener engaño y en ningún estado haber rectitud. Pregúntasme agora te diga qué dubda o perplegidad haya en mi espíritu de que me puedas satisfazer. Ciertamente te quiero confesar un pensamiento notable que tuve desde mi juventud, y agora no estoy libre dél, y es que siempre me admiró el estado de los ricos y poderosos prinçipes y señores del mundo; no solamente estimándolos en mi coraçón a ellos por bienaventurados como a poseedores y señores de aquellas riquezas, aparatos y familias que poseen, pero aun me tuviera por bienaventurado si como ministro y criado de alguno de aquellos mereçiera yo frecuentar su familiaridad, serviçio y conversaçión, porque aunque no estuviera yo en el punto de la bienaventurança que ellos tienen como poseedores y señores, a lo menos me contentara si por criado y apaniaguado yo pudiera gozar de aquella poca felicidad y contento que dan aquellos aparatos y riquezas a solo el que los ve; y lo mesmo tengo agora, en tanta manera, que si me faltasses a me entretener la vida miserable que padezco me iría para allá, prinçipalmente viéndome tan perseguido de pobreza que me parece muchas vezes, que vivir en ella no es vivir, pero muy miserable morir, y me ternía por muy contento si la muerte me quisiesse llevar antes que passar en pobreza acá.

GALLO. Admirado me has, o Miçilo, cuando habiéndote mostrado hasta

agora tanta diversidad de cosas y los grandes infortunios que estén anejos y como naturales a todos los estados de los hombres, a sólo el de los ricos tienes inclinada la afición, a los cuales el trabajo es tan natural. Y más me maravillo cuando quexándote de tu estado felicíssimo dizes que por huir de la pobreza ternías por bien trocar tu libertad y nobleza de señor en que agora estás por la servidumbre y captiverio a que se someten los que viven de salario y merçed de algún rico señor, yo condeno este tu deseo y pensamiento por el más errado y miserable que en el mundo hay, y así confío que tú mesmo te juzgarás por tal cuando me acabes de oír; porque en la verdad yo en otro tiempo fue desa tu opinión, y por experiencia lo gusté y me sujeté a esa miseria; y te hago saber, por el Criador, que acordarme agora de lo que en aquel estado padeçí se me vienen las lágrimas a los ojos, y de tristeza se me aflige el coraçón, como de acordársseme haberme visto en una muy triste y profunda cárçel, donde todos los días y noches aherrojado en grandes prisiones, en lo obscuro y muy hondo de una torre, amarrado de garganta, manos y pies passé en lágrimas y dolor; así aborrezco acordarme de aquel tiempo que como siervo sujeté a señor mi libertad; que se me espeluzan los cabellos, y me tiemblan los miembros como si me acordasse agora de una gran tempestad en que en el golfo de Ingalaterra, y otra que en el archipiélago de Greçia en otro tiempo passé, cuando me acuerdo de aquella contrariedad de los vientos que de todas partes nos herían el navío, el mástel y antena y las velas echadas al mar, ya sin remo ni gobernalle ni juicio que lo pudiesse regir. Vernos subir una vez por una ola que por una gran montaña de agua nos llevaba a las estrellas, y después desçendir a los abismos, y fácilmente volvernos a cubrir de agua otra ola que venía por sobre puente y plaza del navío como si ya sorbido del caxco nadáramos a pie por el mar. ¡Ay!, que no lo puedo dezir sin suspiro, cuando me acuerdo vernos ir con toda la furia que los vientos nos podían llevar a envestir con el navío en una muy alta roca que parecía fuera del agua, y por comiseración de Dios hincharse tanto el mar, que cubierta la roca de agua fuemos llevados por çima en gran cantidad sin alcançar a picar el navío en ella. Por lo cual, o Miçilo, porque no te puedas quexar en algún tiempo de mí, que te fue mal amigo y consejero, y que viéndote inclinado a ese yerro y opinión no aconsejé bien descubriéndote el daño que después de tragado el çebo en el anzuelo está, y teniendo la meluca en la boca para la tragar no te la hago echar fuera antes que prendiendo la punta en tu paladar, vomites la sangre y vida con dolor. Antes que vengas en este peligro te quiero amonestar como amigo, descubriéndote el veneno que en este miserable estado de siervo está escondido porque en ningún tiempo te puedas quexar de mí, y si lo que yo te dixere no fuere verdad, si lo probar quisieres, entonçes dirás con razón que soy el más fabuloso que en el mundo hay, y no te fíes otra vez de mí, y todo lo que en este propósito dixere quiero dezir prinçipalmente por ti, Miçilo, por satisfacer a tu perplegidad. Y después quiero que también entiendan por sí todos cuantos en el mundo son, los cuales son dotados de naturaleza de alguna habilidad para aprender, o que saben ya algún arte mecánica, la cual tomada por officio cotidiano, trabajando a la contina se pueden mantener; o aquellos que en alguna manera se les comunicó por su buen natural alguna sçiençia, gramática, rectórica, o philosophía, éstos tales mereçían ser escupidos y negados de

su naturaleza si, dexando el exerçio y ocupaçion destas sus sçiençias y artes que para la conservaçion de su bienaventurada libertad les dio, si repudiada y echada de sí, se lançan en las casas de los príncipes y ricos hombres a servir por salario, preçio, xornal y merçed. Con solos aquéllos no quiero al presente hablar que el vulgo llama truhanes, chocarreros, que tienen por offiçio lisonjear para sacar el preçio miserable, que éstos tales son locos, neçios, bobos; y porque sé que en los tales no ha de aprovechar mi amonestaçion dexarlos he, pues naturaleza los dexó privados del sumo bien, que es juicio y razón con que pudiesen diçernir la verdad; y así pues ella los dexó por la hez y escoria de hombres que crió, no la quiero con mi buen consejo al presente repugnar ni contradizeir, corrigiendo lo que ella a su propósito formó; y también porque éstos tales son tan inútiles y tan sin habilidad que si les quitássemos por alguna manera este su modo de vivir no restaba sino abrirles el sepulcro en que los enterrar; y así ellos por esta causa no les es alguna culpa ni injuria si afrontados y vituperados de sus señores sufren sin sentir con tal que les pagen su vilíssimo xornal y interés. Viniendo, pues, al propósito de nuestra intinçion, harto pienso que haré hoy, Miçilo, si con mi elocuençia destruyere aquellas fuertes razones que tienen a ti, y a los semejantes seçaçes, pervertida y convencida vuestra intinçion; porque neçesariamente han de ser de doblada efficaçia las mías, pues a las vuestras tengo de echar de la posession y fortaleza en que estaban señoreadas hasta aquí, y debo mostrar ser flacas y de ningún valor, y que de aquí adelante no tengáis los tales con que es escusar, encubrir y defender. Quanto a lo primero dizes tú, Miçilo, ser tan bravo enemigo la pobreza en el ánimo generoso, que por no le poder sufrir te quieres acoger a los palaçios y casas de los poderosos y ricos hombres, en cuya servidumbre te piensas enriquezer viviendo por merçed, preçio, y xornal. ¿Dizes esto, Miçilo?

MIÇILO. Eso digo, gallo, ser así; y no sólo yo, pero cuantos hombres en el mundo hay.

GALLO. Por çierto, Miçilo, ya que tienes aborreçida la pobreza en tanta manera que más querrías morir que vivir en ella, yo no hallo quanto remedio os sea para huir della lançaros a la servidumbre del palaçio, ni me fatigaría mucho en persuadir a los que esa vida seguís por remedio de vuestra neçesidad el valor y estima en que la propria libertad se debe tener. Pero si yo veo por experiençia que el palaçio no es a los tales menesterosos sino como un xarabe, o flaca mediçina, que algún médico da al enfermo por entretenerle en la vida quedando siempre el fuego y fuerça de la enfermedad en su vigor, así, ¿cómo podré yo aprobar vuestra opinion, si siempre con el palaçio queda la pobreza, siempre la neçesidad del reçeibir, siempre la ocasion del pedir y tomar? Si nada hay entonces que se guarde, ninguna que sobre, ninguna que se reserve, pero todo lo que se da y que se reçeibe, todo es menester para el ordinario gasto y aún siempre falta y nunca la neçesidad se suple, por mejor se debería tener, Miçilo, haberos quedado en vuestra pobreza con esperança que algún día os alegrara la próspera fortuna, que no haber venido a estado y causas en que la pobreza se conserva y cría, y aun aumenta como es en la vida que por remedio escogéis. En verdad que el que viviendo en servidumbre le parece huir la pobreza no puedo sino afirmar que grandemente a sí mesmo se

engaña, pues siempre veo al tal menesteroso y miserable y en neçesidad de pedir, y que le den.

MIÇILO. Yo quiero, gallo, responder por mí y por aquellos que la neçesidad los trae a este vivir, con los cuales comunicando muchas vezes, con mucho gusto y plazer, me solían dezir los fundamentos y razones con que se apoyaban y defendían su opinión, que a muchos oí dezir que seguían aquella vida del palacio porque a lo menos en ella no se temía la pobreza, pues que conforme a la costumbre de otros muchos hombres trabajaban haber su cotidiano mantenimiento de su industria y natural soliciitud, porque ya venidos a la vejez, cuando las fuerças faltan por flaqueza o enfermedad, esperan tener allí en qué se poder mantener.

GALLO. Pues veamos agora si éstos dizen la verdad; más antes me parece que con mucho mayor trabajo ganan esos tales el mantenimiento que cuantos en el mundo son, porque lo que allí se gana hase de alcançar con ruegos; lo cual es más caro que todo el trabajo, sudor y preçio con que en el mundo se pueda comprar. Quanto más que aún quieren los señores que se trabaje y se sude el salario, y de cada día se les aumentan dos mil negoçios y pleitos para el cumplimiento de los cuales no basta al hombre la natural salud y buena disposiçión para los poder solicitar, por lo cual es neçesario venir a enfermedad y flaqueza, y cuando los señores los sienten que por su indisposiçión no los pueden servir y abastar a sus negoçios, los despiden de su serviçio y casa . De manera que claramente ves ser engañados por esa razón, pues les acarreo el palacio más trabajo y por el consiguiente más miseria y enfermedad que llevan cuando a él fueron.

MIÇILO. Pues dime agora tú, gallo; pues, ¿no te parece que los míseros como yo deben desear aquella vida, por solo el deleite y contentamiento que da vivir en aquellas anchas y espaçiosas casas, habitaçión de dioses y de sola persona real y movidos y inçitados de aquellas grandes esperanças que prometen aquellos poderosos señores con su real y generosa conversaçión, someternos a su serviçio por gozar solamente de aquellos maravillosos terosos, aparadores de oro y de plata, vagillas y tapetes, y otras admirables riquezas que entretienen al hombre en deleite y contentamiento comiendo y bebiendo en ellos, casi en esperança de los comer y tragar?

GALLO. Esto es, Miçilo, lo verdadero que primero se había de dezir, que es causa prinçipal que mueve a los hombres semejantes a trocar su libertad por servidumbre, es la cobdiçia y ambiçión de solo gustar y ver las cosas profanas, demasiadas y superfluas; y no el ir a buscar como primero dezíades lo necesario y conveniente al cumplimiento de vuestra neçesidad, pues eso mejor se hallara en vuestras choças y propias casas aunque pobres de tesoros, pero ricas por libertad; y esas esperanzas que dezís que prometen los señores con la conversaçión de su generosidad, digo que son esperanças vanas, y de semejante condiçión que las promesas con que el amante mançebo entretiene a su amiga, que nunca le falta una esperança que la dar de algún suceso, o herençia que le ha de venir, porque no piensa poder conservar la vanidad de su amor, sino con la vana esperança de que algún día ha de tener grandes tesoros que la dar, y así ambos dos confiados de aquella vanidad llegan a la vejez mantenidos de solo el deleite que aquella vana esperança les dio, abiertas las bocas

hasta el morir, y se tienen éstos por muy satisfechos porque gozaron de un contentamiento que les entretuvo el vivir, aunque con trabajo y miseria. Desta manera se han los que viven en el palacio, y aún es de mejor condición la esperanza destes míseros amantes que la de que se sustentan los que viven de salario y merced, porque aquéllos permanecen en <> libertad, y éstos no. Son como los compañeros de Ulises, que transformados por Cyrçes en puercos, revolcándose en el sucio çieno, estimaban en más gozar de aquel presente deleite y miserable contentamiento que ser vueltos a su humano natural.

MIÇILO. ¿Y no te parece, gallo, que es gran felicidad y cosa de grande estima y valor tener a la continua comunicación y familiaridad con ilustres, generosos príncipes y señores, aunque del palacio no se sacasse otro bien ni otro provecho, ni otro interés?

GALLO. Ha, ha, ha.

MIÇILO. ¿Y de qué te ríes, gallo?

GALLO. Porque oí cosa más digna de reír. Porque yo no ternía por cosa más vana que comunicar y asistir al rey más principal que en el mundo hay, si otro interés no se sacasse de allí; ¿pues no me sería igual trabajo en la vida que haber de guardar tanto tiempo aquel respeto, aquel sosiego y asiento, miramiento y severidad que se debe tener ante la presencia y acatamiento de la gran magestad del rey? Agora, pues que hemos tratado de las causas que les traigan a éstos a vivir en tal vida, vengamos agora a tratar los trabajos, afrentas y injurias que padeçen para ser por los señores elegidos en su serviçio, y para ser preferidos a otros que están oppuestos con el mesmo deseo al mesmo salario; y también veremos lo que padeçen en el proçeso de aquella miserable vida, y a la fin en que acaben. Cuando a lo primero es neçesario que si has de entrar a vivir con algún señor, que un día y otro vayas y vengas con gran continuación su casa, y que nunca te apartes de sus umbrales y puerta, aunque te tengan por enojoso y importuno, y aunque con el rostro y con el dedo te lo den a entender, y aunque te den con la puerta en los ojos, no te has de enojar, mas antes has de disimular, y comprar con dineros al portero porque se acuerde de tu nombre, y que al llegar a la puerta no le seas importuno. Demás desto es neçesario que te vistas de nuevo con más sumptuosidad y costa que lo sufren tus fuerças conforme a la dignidad del señor que vas a servir; para lo cual conviene que, o vendas tu patrimonio, o te empeñes para delante pagar del serviçio si al presente no tienes qué vender, y con esto has de vestirte del color y corte que sepas que más usan o le aplaze a tu amo, porque en cosa ninguna no discrepes ni passes su voluntad; y también has de mirar que le acompañes con gran cordura do quiera que fuere, que mires si has de ir adelante, o detrás, en qué lugar, o mano; si has de ir entre los príncipales, o con la trulla y comunidad de familia por hazer pompa y aparato de gente. Y con todo esto has de sufrir con paçiençia, aunque passen muchos días sin que tu amo te quiera mirar a la cara, ni echarte de ver, y si alguna vez fueres tan dichoso que te quisiere mirar, si te llamare y te dixere cualquiera cosa que él quisiere, o se le viniere a la boca, entonçes verás te cubrir de un gran sudor, y tomarte una gran congoja, que se te çiegan los ojos de una súbita turbaçión, príncipalmente cuando ves los que están alrededor que se ríen viendo tu perplegidad y que mudo no sabes qué dezir. En tanta manera que

te aconteçe que preguntándote el señor qué hombre fue el rey Tholomeo, respondas tú que fue hermano y marido de Cleopatra, o otra cosa que va muy lexos de la intinçión de tu señor. Y a este embaraço de naturaleza llaman los virtuosos que delante están vergüença, y los desvergonçados dizen que es temor, y los maliçiosos dizen que es neçedad y poca esperiencia; y tú, miserable, cuando has salido tan mal desta primera conversaçión de tu señor quedas tan mohíno y acobardado que de descontento te aborreçes. Y después de haberte fatigado muchos días y sin sueño haber passado muchas noches con cuidado de asentar y salir con tu intinçión; y cuando ya has padeçido mil tormentos y afliçiones, injurias y afrentas, y no por alcançar un reino en posesión, o una çidad, sino solamente un pobre salario de çinco mil maravedís, ya que algùn buen hado te favoreçió, al cabo de muchos días vienen a informarse de tu habilidad, persona y linaje; y esta pesquisa que de ti se haze no pienses que le es poca ufaneza y presunçión a tu señor, porque le es gran gloria que digan que se sirve de hombres sabios y cuerdos; y aún te has de aparejar que has de hazer examen y informaçión de tu vida y costumbres . ¡O desventurado de ti!, qué congojas te toman cuando piensas si por maliçia de un ruin vezino que quiera informar de ti una ruin cosa, o que cuando moço passó por ti alguna liviana flaqueza, y por no te ver aventajado, por tener envidia de tus padres o linaje, informa mal, por lo qual está en ventura ser desechado y excluido; y también como acaso tengas algùn opositor que pretenda lo que tú y te contradiga, es neçesario que con toda su diligencia rodee todas las cabas y muros por donde pueda contraminar y abatir tu fortaleza. Este tal ha de examinarte la vida y descubrirte lo que esté muy oculto y sonoliento; y sabida alguna falta o miseria, ha de procurar con toda su industria porque el señor lo sepa, que tengo por mayor el daño que resulta en tu persona saber el señor tu falta verdadera, o impuesta, que no el provecho que podrá resultar de servirse de ti todos los días de su vida. Considera, o Miçilo, al pobre ya viejo y barbado traerle en examen su cordura, su linaje, costumbres y ser. Agora, pues, pongamos que todo te suçeda bien y conforme a tu voluntad: mostraste tu saber, cordura y discreçión; y tus amigos, vezinos, y parientes todos te favoreçieron y informaron de ti bien; el señor te reçibió; la muger te açeptó; y al mayordomo despensero y ofiçiales y a toda la casa plugó con tu venida; en fin, vençiste. ¡O bienaventurado triunfador de una gran vitoria!, mereçes no de roble o arrayán como los otros en la Olimpia, o que por ti se ganó el reino de Nápoles o pusiste sobre el muro la bandera en la Goleta. Razón es que reçibas el premio y corona igual a tus méritos, trabajos y fatigas: que de aquí adelante vivas descansado, comas y bebas sin trabajo de la abundançia del señor, y como suelen dezir de hoy más duermas a pierna tendida. Mas ante todo esto es al revés, porque de hoy más no has de sosegar a comer ni a beber; no te ha de vagar, dormir ni pensar un momento con oçio en tus proprias cosas y neçesidades; porque siempre has de asistir a tu señor, a tu señora, hijos y familia; siempre despierto, siempre con cuidado, siempre solíçito de agradar más a tu señor; y cuando todo esto hubieres hecho con gran cuidado, trabajo y solíçitud te podrá dezir tu señor que heziste lo que eras obligado, que para esto te cogió por su salario y merçed, porque si mal sirvieras te despidiera y no te pagara, porque él no te cogió para holgar. En fin, mil

cuidados, trabajos y pasiones, desgraçias y mohínas te suçecerán de cada día en esta vida de palacio; las cuales no solamente no podrá sufrir un libre y generoso coraçón exerçitado en alguna virtuosa ocupaçión, o estudio de buenas letras, pero aun no es de sufrir de alguno que por pereza, cobdiçia y ambiçión desee comunicar aquellas grandeças y sumptuosidades ajenas que de sí no le dan algùn interés más de verlas con admiraçión sin poderlas poseer. Agora quiero que consideres la manera que tienen estos señores para señalar el salario que te han de dar en cada un año por tu serviçio . Procura que sea a tiempo y a coyuntura y con palabras y maneras que sean tan poco que si puede casi le sirvas de valde : ya después de algunos días que te tiene asegurado y que a todos tus parientes y amigos y a todo el pueblo has dado a entender que le sirves ya, cuando ya siente que te tiene metido en la red y muestras estar contento y ufano, y que te preçias de le servir, un día señalado, después de comer házete llamar ante su muger y de algunos amigos iguales a él en edad, avariçia y condiçión, y estando sentado en una gran silla como en teatro, o tribunal, limpiándose con una paja los dientes, hablando con gran severidad y gravedad te comiença a dezir: «Bien has entendido, amigo mío, la buena voluntad que hemos tenido a tu persona, pues teniéndote respeto te preferimos en nuestra compaña y serviçio a otros muchos que se nos ofreçieron y pudiéramos reçibir. Desto, pues, has visto por esperiència la verdad, no es menester agora referirlo aquí, y ansí por el semejante tienes visto el tratamiento y ventajas que en estos días has tenido en nuestra casa y familiaridad. Agora, pues, resta que tengas cuenta con nuestra llaneza, poco fausto, que conforme a la pobreza de nuestra renta vivimos recogidos, humildes como çiudadanos en ordinario común; de la mesma manera querría que sujetasses el entendimiento a vivir con la mesma humildad, y te contentasses con aquello poco que por ti podemos hazer quanto a grandes salarios, teniendo antes respeto al contentamiento que tu persona terná de servirme a mí, con nuestra buena condiçión, trato y familiaridad, y también con las merçedes, provechos y favores que andando el tiempo te podemos hazer. Pero razón es que se te señale alguna cantidad de salario y merçed, y quiero que sea lo que te pareçiere a ti; di lo que te pareçerá, porque por poco no te querría desgraçiar. Esto todo que tu señor te ha dicho te pareçe tan gran llaneza y favor que de valde estás por le servir, y ansí enmudeçes vista su liberalidad; y porque no ve que no quieres dezir tu pareçer, sois conçertados que lo mande uno de aquellos que están allí viejos, avarientos, semejantes y criados de la moçedad con él. Luego el terçero te comiença a encareçer la buena fortuna que has habido en alcançar a servir tan valeroso señor, el cual por sus méritos y generosidad todos cuantos en la çiudad hay le desean servir; «y tú te puedes tener por glorioso, pues todos quedan envidiosos deseando tu mesmo bien. Y pues los favores y merçedes que te puede cada día hazer son bastantes para pagar cualquiera serviçio sin alguna comparaçión, porque parezca que so color del salario te puede mandar, reçibe agora çinco mil maravedís en cada un año con tu raçión, y no hagas caudal desto que en señal de açeptarte por criado te lo da para unas calças y un jubón, con protestaçión que no parará aquí, porque más te reçibe a título de merçed, debajo del cual te espera pagar». Y tú confuso, sin poder hablar, lo dexas ansí, arrepentido

mil vezes de haber venido a le servir, pues pensaste a trueque de tu libertad remediar con un razonable salario toda tu pobreza y neçesidades, con las cuales te quedas como hasta aquí, y aun te ves en peligro que te salgan más. Si dizes que te den más, no te aprovechará y dezirte han que tienes ojo a sólo el interés, y que no tienes confiança ni respeto al señor; y aunque ves claro tu daño no te osas despedir, porque todos dirán que no tienes sosiego ni eres para sufrir y servir un señor. Y si dixeras el poco salario que te daba, injuriaste, porque dirán que no tenías méritos para más. Mira batalla tan miserable y tan infeliz, ¿qué harás?: neçesitaste a mayor neçesidad; pues por fuerça has de servir confiado sólo de la vana esperança de merçed, y la mayor es la que piensa la que te haze en se servir de ti, porque todos estos señores tienen por el prinçipal artículo de su fe, que los hizo tan valerosos su naturaleza, tan altos, de tanta manifiçençia y generosidad que el soberano poder le tienen usurpado; es tanta su presunçión que les parece que para solos ellos y para sus hijos y desçendientes es poco lo que en el mundo hay, y que todos los otros hombres que en el mundo viven son estiércol, y que les basta sólo pan que tengan qué comer, y el sol que los quiera alumbrar, y la tierra que los quiera tener sobre sí; y teniendo ellos çinquenta cuentos de renta y más, no les parece un maravedí, y si hablan de un clérigo que tiene un benefiçio que la renta çien ducados, o mil, santíguanse con admiración, y preguntan a quien se lo dize si aquel benefiçio tiene pie de altar qué puede valer; y muy de veras tienen por opinión que para ellos solos hizo naturaleza el feisán, el francolín, el abutarda, gallina y perdiz, y todas las otras aves preçiadas; y tienen muy por çierto que todo hombre es indigno de lo comer. Es, en conclusión, tanta la soberbia y ambiçión destes, que tienen por muy averiguado que todo hombre les debe a ellos salario por quererse dellos servir. Ya que has visto cómo eligen los hombres a su propósito, oye agora cómo se han contigo en el discurso de tu serviçio. Todas sus promesas verás al revés, porque luego se van hartando y enhadando de ti, y te van mostrando con su desgracia y desabrimiento que no te quieren ver, y procuran dártelo a entender en el mirar, y en el hablar, y en todo el tratamiento de tu persona. Dizen que veniste tarde al palaçio y que no sabes servir, y que no hay otro hombre del palaçio sino el que vino a él de su niñez. Si tiene la mujer o hija moça y hermosa, y tú eres moço y gentil hombre tiene de ti zelos, y vive sobre aviso recatándose de ti: mírate a las manos, a los ojos, a los pies. Mandan al mayordomo que te diga un día que no entres en la sala y comunicaçión del señor, y otro día te dize que ya no comas en la mesa de arriba, que te bajes abajo, al tinelo, a comer, y si porfías por no te injuriar, mandan al paje que no te dé silla en que te asientes, y tú tragas destas injurias dos mil por no dar al vulgo mala opinión de ti. ¡Cuánta mohína y pesadumbre reçibes en verte así tratar!; y ves la nobleza de tu libertad trocada por un vil salario y merçed: verte llamar cada hora criado y siervo de tu señor. ¿Qué sentirá tu alma cuando te vieres tratar como a más vil sclavo que dineros costó?, que criado y siervo te han de llamar; y no te puedes consolar con otra cosa sino con que no naçiste sclavo, y que cada día te puedes libertar si quisieres, sino que no lo osas hazer porque ya elegiste por vida el servir. Y cuando ya el mundo y tu mal hado te ven ya desabrido y medio desesperado, o por

manera de piedad, o por te entretener y prendarte para mayor dolor, date un çebo muy delicado, una dieta cordial como a hombre que está para morir; y suçede que se van los señores un día a holgar a una huerta o romería, mandan aparejar la litera en que vaya la señora y avisan a toda la gente que está a punto, que han todos de cabalgar; y cuando está a caballo el señor y la señora está en la litera, mándate la señora a gran priesa llamar. ¿Qué sentirá tu alma cuando llega el paje con aquel favor?: estás en tu caballo enjaezado a toda gallardía y cortesanía, y luego partes con una brava furia por ver qué te manda tu señora. Y ella haziéndose toda pedaços de delicadeça y magestad te comienza a dezir: «Miçilo, ven acá; mira que me hagas una graçia, un soberano serviçio y plazer. Haslo de hazer con buena voluntad, porque tengo entendido de tu buena diligençia y buena inclinación que a ti sólo puedo encomendar una cosa que yo tanto amo, y de ti sólo se puede fiar. Bien has visto cuánto yo amo a la mi Arménica, perrica graçiosa; está la miserable preçiada y muy çercana al parto, por lo cual no podré sufrir que ella se quede acá; no la oso confiar destes mal comedidos criados que aun de mi persona no tienen cuidado, ¿cuánto menos se presume que ternán de la perrilla, aunque saben que la amo como a mí? Ruégote mucho que la traigas en tus manos delante de tí con el mayor sosiego que pudieres llevar, porque la cuitada no reçiba algún daño en su preñez.» Y luego el buen Miçilo reçibe la perrilla encomendada a su cargo de llevar, porque casi lloraba su señora por se la encomendar, que nunca a las tales se les ofreçe favor que suba de aquí. ¡Qué cosa tan de reír será ver un escudero gallardo, graçioso, o a un hombre honrado de barba larga y gravedad llevar por medio de la çiudad una perrica miserable delante de sí, que le ha de mear y ensuçiar sin echarlo él de ver!; y con todo esto cuando se apean y la señora demanda su Arménica no le faltará alguna liviana desgraçia que te poner por no te agradecer el trabajo y afrenta que por ella pasaste. Dime agora, Miçilo, ¿cuál hombre hay en el mundo por desventurado y miserable que sea, que por ningún interés de riqueza ni tesoro que se le prometa, ni por gozar de grandes deleites que a su imaginación se le antojen haber en la vida del palaçio, trueque la libertad, bien tan nunca bastantemente estimado de los sabios, que dizen que no hay tesoro con que se pueda comparar, y vivan en estos trabajos, vanidades, burlerías y verdaderas niñerías del mundo en servidumbre y captiverio miserable?; ¿cuál será, si de seso totalmente no está privado, y mira siempre con ojos de alinde las cosas, con que todas se le hazen muy mayores sin comparación?, ¿quién es aquel que teniendo algún offiçio, o arte mecánica, aunque sea de un pobre çapatero como tú, que no quiera más con su propria y natural libertad con que naçió, ser señor y quitar y poner en su casa conforme a su voluntad, dormir, comer, trabajar y holgar cuando querrá, antes que a voluntad agena vivir y obedecer?

MIÇILO. Por çierto, gallo, convençido me tienes a tu opinión por la efficaçia de tu persuadir, y ansí digo de hoy más que quiero más vivir en mi pobreza con libertad que en los trabajos y miserias del ageno serviçio vivir por merçed. Pero pareçe que aquéllos solos serán de escusar, a los cuales la naturaleza puso ya en edad razonable y no les dio offiçio en que se ocupar para se mantener. Estos tales no pareçe que serán dignos de reprehensión si por no padeçer pobreza y miseria quieren servir.

GALLO. Miçilo, engañaste; porque esos mucho más son dignos de reprehensión, pues naturaleza dio a los hombres muchas artes y offiçios < > para los poder aprender; y por su oçio, negligencia y vicio quedan torpes y neçios y indignos de gozar del tesoro inestimable de la libertad; del cual creo que naturaleza en pena de su negligencia los privó; y ansí mereçen ser con un garrote vilmente castigados como menospreçidores del soberano bien. Pues mira agora, Miçilo, sobre todo, el fin que los tales han, que cuando han consumido y empleado en esto, suez y vil trato, la flor de su edad, ya que están casi en la vejez, cuando se les ha de dar algún galardón, cuando parece que han de descansar, que tienen ya los miembros por el serviçio contino inhábiles para el trabajo, cuando tienen obligados a sus señores a alguna merçed, no los falta una brizna, una miserable ocasión para le despegar . Dize que por tener grande edad le perdió el respeto que le debía como a señor, o que le trata mal sus hijos, o que quiere mandar más que él; y si eres moço levántate que te quieres echar con la hija, o con la muger; o que te hallaron hablando con una donzella de casa en un rincón. De manera que nunca les falta con qué infame y miserablemente los echar, y aun sin el salario que sirvió, y donde pensé el desventurado del siervo que había proveído a la pobreza y neçesidad en que pudiera venir, se ofreçió de su voluntad a la causa y ocasión de muy mayor, pues echado de aquellas agenas casas viene forçado al hospital. Allí, viejos los tales y enfermos , los dan de comer y beber, y sepultura por limosna y amor de Dios. Resta agora, Miçilo, que quieras considerar como cuerdo y avisado ánimo todo lo que te he representado aquí, porque todo lo esperimenté y passó por mí. No çebes ni engañes tu entendimiento con la vanidad de las cosas desta vida, que fáçilmente suelen engañar, y mira bien que Dios y naturaleza a todos crían y produçen con habilidad y estado de poder gozar de lo bueno que ella crió, si por nuestro apetito, oçio y miseria no lo venimos a perder; y de aquí adelante conténtate con el estado que tienes, que no es çierto digno de menospreçiar.

MIÇILO. O gallo bienaventurado, que bienaventurado me has hecho hoy, pues me has avisado de tan gran bien; yo te prometo nunca serte ingrato a benefiçio de tanto valor. Sólo te ruego no me quieras desamparar, que no podré vivir sin ti; y porque es venido el día huelga, que quiero abrir la tienda por vender algún par de çapatos de que nos podamos mantener hoy. Fin del décimo nono canto del gallo.

Argumento del vigéssimo y último canto

En este vigéssimo canto el auctor representa a Demophón, el cual viniendo un día a casa de Miçilo su vezino a le visitar le halló triste y afligido por la muerte de su gallo, y procurando dexarle consolado se vuelve a su casa.

DEMOPHÓN. MIÇILO.

DEMOPHÓN. O Miçilo, vezino y amigo mío, ¿qué es la causa que ansí te tiene atormentado por cuidado y miserable aconteçimiento? Véote triste, flaco, amarillo con representaçión de philósopho, el rostro lançado en la tierra, pasearte por este lugar obscuro, dexado tu contino offiçio de

çapatería en que tan a la continua te solías ocupar con eterno trabajo, consumes agora el tiempo en sospiros. Nuestra igual edad, vezindad y amistad te obliga a fiar de mí tus tan miserables cuidados, porque ya que no esperes de mí que compliese tus faltas, ayudarte he con consejo; y si todo esto no estimares, bastarte ha saber que mitiga mucho el dolor comunicar la pena, prinçipalmente contándose a quien en alguna manera por propia la sienta. ¿Qué es de tu belleza y alegría, desenvoltura y comunicación con que a todos tus amigos y vezinos te solías dar de noche y de día en çenas y convites y fuera dellos? Ya son pasados muchos días que te veo recogido en soledad en tu casa, que ni me quieres ver ni hablar, ni visitar como solías.

MIÇILO. O mi Demophón, mi muy caro hermano y amigo. Sólo esto quiero que como tal sepas de mí, que no sin gran razón en mí hay tan gran muestra de mal. Prinçipalmente cuando tienes de mí bien entendido que no cualquiera cosa haze en mí tan notable mudança, pues ¿has visto en mí haber disimulado en varios tiempos notables toques de fortuna y infortunios tan graves que a muy esforçados varones hubieran puesto en ruina?, y yo con igual rostro los he sabido passar. Aunque comúnmente se suele dezir que al pobre no hay infortunio, que aunque esto sea así verdad no dexamos de sentir en nuestro estado humilde lo que al ánima le da a entender su natural. Así que tengo por çierto, Demophón, que no hay igual dolor de pérdida ni miseria que con gran distançia se compare con el mío.

DEMOPHÓN. Mientra más me le has encareçido, más me has augmentado la piedad y miseria que de tu mal tengo, de donde naçe en mí mayor deseo de lo saber. Por tanto, no reserves en tu pecho tesoro tan perjudiçial, que no hay peor espeçie de avariçia que de dolor. Por çierto, en poco cargo eres a naturaleza, pues, privándote del oro y riquezas, fue contigo tan liberal de pasiones y miserias que en abundançia te las comunicó. Dime, ¿por qué así te dueles?, que no podré consentir lo passes con silencio y disimulación.

MIÇILO. Quiero que ante todas las cosas sepas, o Demophón, que no es la que me fatiga falta de dineros para que con tus tesoros me hayas de remediar, ni de salud para que con médicos me la hayas de restituir. Ni tampoco me afligo por mengua que me hagan las tus vasixas, aparatos y arreos de tapetes y alhajas con que en abundançia te sueles servir. Pero fáltame de mi casa un amigo, un compañero de mis miserias y trabajos, y tan igual que era otro yo; con el cual poseía yo todos los tesoros y riquezas que en el mundo hay; fáltame, en conclusión, una cosa, Demophón, que con ningún poder ni fuerças tuyas la puedes suplir, por lo cual me escuso de te la dezir, y a ti de la saber.

DEMOPHÓN. No en vano suelen dezir, que al pobre es proprio el philosophar como agora tú; yo no creo que has aprendido esa retórica en las escuelas de Athenas, con que agora de nuevo me encareçes tu dolor, ni sé qué maestro has tenido della de poco acá.

MIÇILO. Ese maestro se me murió, cuya muerte es causa de mi dolor.

DEMOPHÓN. ¿Quién es?

MIÇILO. Sabrás, amigo, que yo tenía un gallo que por mi casa andaba estos días en compañía destas mis pocas gallinas que las albergaba y recogía y defendía como verdadero marido y varón. Suçedió que este día de

carne y tendidas que passó, unas mugeres desta nuestra vezindad con temeraria libertad, haziendo solamente cuenta, y pareçiéndoles que era el día previllegiado, me entraron mi casa estando yo ausente, que cautelosamente aguardaron que fuesse ansí, y tomaron mi gallo y lleváronle al campo, y con una gran grita y alarido le corrieron arrojándole las unas a las otras; y como suelen dezir «daca el gallo, toma el gallo», les quedaban las plumas en la mano. En fin, fue pelado y desnudo de su adornado y hermoso vestido, y no contentas con esto, rendiéndosele el desventurado sin poderles huir, confiándose de su inoçençia, pensando que no pasara adelante su tirana crueldad, sujetándoseles con humildad, pensando que por esta vía las pudiera convençer y se les pudiera escapar, sacaron de sus estuches cuchillos, y sin tener respecto alguno a su inoçençia le cortaron su dorada y hermosa çerviz, y de común acuerdo hiçieron çena epulenta dél.

DEMOPHÓN. Pues, ¿por faltarte un gallo te afliges tanto que estás por desesperar? Calla que yo lo quiero remediar con enviarte otro gallo criado en mi casa que creo que hará tanta ventaja al tuyo cuanta haze mi despensa a la tuya para le mantener.

MIÇILO. O Demophón, cuánto vives engañado en pensar que mi gallo perdido con cualquiera otro gallo se podría satisfazer.

DEMOPHÓN. ¿Pues qué tenía más?

MIÇILO. Óyeme, que te quiero hazer saber que no sin causa me has hallado philósopho rectórico hoy.

DEMOPHÓN. Dímelo.

MIÇILO. Sabrás que aquel gallo era Pithágoras el philósopho, elocuentíssimo varón, si le has oído dezir.

DEMOPHÓN. Pithágoras, muchas vezes le oí dezir. Pero dime, ¿cómo quieres que entienda que el gallo era Pithágoras, que me pones en confusión?

MIÇILO. Porque si oíste dezir de aquel sapientíssimo philósopho, también oirías dezir de su opinión.

DEMOPHÓN. ¿Cuál fue?

MIÇILO. Éste afirmó que las ánimas passaban de un cuerpo a otro; de manera que dixo que muriendo uno de nosotros luego desamparando nuestra alma este nuestro cuerpo en que vivió se passa a otro cuerpo de nuevo a vivir, y no siempre a cuerpo de hombre: pero aconteçe que el que agora fue rey passa a cuerpo de un puerco, vaca o león, como sus hados y susçeso lo permiten, sin el alma lo poder evitar; y ansí el alma de Pithágoras después que acá naçió había vivido en diversos cuerpos, y agora vivía en el cuerpo de aquel gallo que tenía yo aquí.

DEMOPHÓN. Esa manera de dezir ya la oí que la afirmaba él. Pero era un mentiroso, prestigioso y embaidor, y también como él era efficaz en el persuadir y aquella gente de su tiempo era simple y ruda, fácilmente les hazía creer cualquiera cosa que él quisiesse soñar.

MIÇILO. Cierto sé yo que ansí como lo dezía era verdad.

DEMOPHÓN. ¿Como ansí?

MIÇILO. Porque en aquel gallo me habló y me mostró en muchos días ser él.

DEMOPHÓN. ¿Qué te habló? Cosa me cuentas digna de admiración. En tanta manera me admira lo que dices por cosa nueva que si no hubiera

conoció tu bondad y sincera condición pensara yo agora que estabas fuera de seso y que como loco devaneas, o que teniéndome en poco pensabas con semejantes sueños burlar de mí. Pero por Dios te conjuro, o Miçilo, y por nuestra amistad, la cual por ser antigua entre nosotros tiene muestra de deidad, me digas en particular todo lo que en la verdad es.

MIÇILO. O Demophón, que sin lágrimas no te lo puedo dezir, porque sé yo solo lo mucho que perdí. Habíanme tanto favorecido los hados que creo que en el mundo no haya sido hombre tan feliz como yo. Pero paréçeme que este favor fue para escarneçer de mí, pues me comunicaron tan gran bien con tanta brevedad, que no parece sino que como anguila se me delezno. Solamente me parece que entendí mientras le tuve en le apretar en el puño para le poseer, y cuando pensé que le tenía con alguna seguridad se me fue. También sospecho que los hados me quisieron tentar si cabía en mí tanto bien, y por mi mala suerte no fue dél mereçedor. Y porque veas si tengo razón de lo encareçer, sabrás que en él tenía yo toda la consolación y bienaventurança que en el mundo se podía tener: con él pasaba yo mis trabajos de noche y de día, no había cosa que yo quisiesse saber o haber que no se me dicesse a medida de mi voluntad; él me mostró la vida de todos cuantos en el mundo hay, lo bueno y malo que tiene la vida del rey y del çiudadano, del caballero, del mercader y del labrador; él me mostró quanto en el çielo y el infierno hay, porque me mostró a Dios y todo lo que gozan los bienaventurados allá. En conclusión, o Demophón, yo perdí un tesoro que ningún poderoso señor en el mundo más no pudo poseer.

DEMOPHÓN. Por çierto tengo, o Miçilo, sentir con mucha razón el gran mal que te han hecho esas mugeres en privarte de tanto bien, cuando queriendo satisfacer a sus vanos apetitos, çelebrando sus lasçivas y adúlteras fiestas no perdonan cosa dedicada ni reservada por ningún varón, con tanto que executen su voluntad. No miraron que tú no eras hombre con quien tal día suelen festejar, y que por tu edad no entras en cuenta de los que çelebran semejantes fiestas, que los moços ricos sujetos al liviano amor, empleados en las contentar no les pueden negar cosa que haga a su querer; y así para los entretener les demandan en tales días cosas curiosas, en el cumplimiento de las cuales conoçen ellas su mayor enamorado y servidor; y así agora dándoles a entender que para su laçivia no los han menester por entrar el tiempo de Cuaresma, mostrando gran voluntad de se contener, pelan aquellos gallos en lugar de la juventud, mostrando menospreçiar su gallardía de hoy más; y también pelando aquellos gallos muestran a los mançebos tenerlos en poco, pues pelados de todas sus plumas y hazienda en el tiempo passado, agora fingiendo recogimiento y santidad, dizen que no los han menester, ¡o animal tirano y ingrato a todo bien!; que en todas sus obras se preçian mostrar su mala condición. ¿Y no vían que tú no estabas en edad para burlar de ti?.

MIÇILO. Y aun por conocer yo esa verdad ni me casé, ni las quise ver; y aún no me puedo escapar de su tiranía, que escripto me dizen que está que no hay hombre a quien no alcance siquiera la sombra de su veneno. Solamente me lastima pensar que ya me habían de herir no fue de llaga que se pudiesse remediar. Quitáronme mi consejero, mi consuelo y mi bien. Aun plugiesse a Dios que en este tiempo tan santo se recogiesen de veras y sin fingir nada tratassen de veras la virtud: ayunar, no beber, ni comer, no burlar, no se afeitar, ni vestirse tan profanamente, y vivir

con tanta disolución como en otro cualquier tiempo del año. Pero vemos que sin alguna rienda viven el día de Cuaresma como cualquiera otro. Son sus fiestas las que aborrece Dios, porque no son sino para le ofender.

DEMOPHÓN. Por cierto, Miçilo, espantado estoy de ver la burla destas vanas mugeres, con cuántas maneras de invención passan su tiempo, y cuántas astuçias usan para sacar dineros de sus amantes. Princiþalmente en estos pueblos grandes de villas y çiudades; porque estas cosas no las saben por los pueblos pequeños, ni ha llegado la maliçia humana por allá. Por cierto, cosas hay de gran donaire en estos pueblos grandes que se inventan de cada día, con las cuales los inventores dellas entretienen sus cosas, y hazen su hecho, por su proprio fin y interés de cada cual; por cierto que me tienen de cada día en más admiración. Princiþalmente en este pueblo donde hay tanta concurrencia de gentes, o por causa de corte o de çançellería, porque la diversidad de estrangeros haze dar en cosas, y inventar donaires que confunden el ingenio haberlas solamente de notar; cuantas maneras de santidades fingidas, romerías, bendiçiones y peregrinaçiones; tanto hospital, colejios de santos y santas; casas de niños y niñas o hospitales de viejos; tanta cofradía de disçiþlinantes de la cruz y de la pasión, y proçesiones; tanto pedigüenno de limosnas, que más son los que piden que son los pobres que la quieran reþibir.

MIÇILO. Por cierto, Demophón, tú tienes mucha razón y una de las cosas de que yo estoy más confuso es de ver que en este nuestro lugar, siendo tan noble y el más princiþal que hay en el reino, pues de contino reside en él la corte, y a esta causa hay en él más letrados y hombres más agudos en la conversaçión y cosas del mundo y cortesanía, y en estas cosas son todos en un común más fáçilmente arroxados, y aun engaþados que todos cuantos otros pueblos hay, que se atreva un hombre a entrar aquí en este pueblo donde está la flor de cordura y agudeça y discreçión, y que debajo de un hábito religioso engañe a todo estado eclesiástico y seglar, diziendo que hará volver los ríos atrás, y hará cuaxar el mar, y que forçará los demonios que en los infiernos están, y profieresse de hazer parir las mugeres quanto quiera que de su naturaleza sean estériles y que no puedan parir, y que en esto vengan a caer todos los más princiþales y generosos, y mandan a sus mujeres y parientas se vayan para el zarlo embaidor, para que haga dellas lo que querrá. Que se sufra vivir en este pueblo un hombre que debajo de nombre de Juan de Dios, no se le çierre puerta de ningún señor ni letrado ni se le niegue cosa alguna que quiera demandar, y después le quemem públicamente por somético engaþador. Pues, ¿no se ha disimulado también un clérigo que había sido primero fraile veinte años, al cual por tener muestra de gran santidad le fue encargado aquel colegio de niñas?, y tal sea su salud cual dellas cuenta dio. ¿En qué está esto, amigo?

DEMOPHÓN. A tu gallo quisiera yo, Miçilo, que lo hubieras preguntado antes que a mí porque él te supiera mejor satisfacer. Pero para mi bien creo que en alguna manera debo de açertar; que creo que de los grandes pecados que hay en este pueblo viene esta común confusión, o çeguedad, que como no hay en este pueblo más princiþal ni más común que pecados y ofensas de Dios: pleitos, hurtos, usuras, mohatras, juegos, blasfemias, simonías, trapazas y engaños, y después desto una putería general, la cual

ni tiene punto, suelo, ni fin; que ni se reserva día, ni fiesta, Cuaresma, ni aún Semana Santa, ni Pascua en que se dexa de exercitar como officio conveniente a la república, permitido y aprobado por necesario en la ley, en pena deste mal nos ciega Dios nuestros entendimientos, orejas y ojos, para que avisándonos no entendamos, y oyendo no oyamos, y viendo seamos como ciegos que palpamos la pared. En tanta manera somos traídos en ceguedad que estamos rendidos al engaño muy antes que se ofrezca el engañador. Hanos hecho Dios escarnio, mofa y risa a los muy pequeños niños de muy tierna edad. ¿En qué lugar por pequeño que sea se consintirá, o disimulará lo mucho, ni lo muy poco que se disimula y sufre aquí?, ¿dónde hay tanto juez sin justicia como aquí?, ¿dónde tanto letrado sin letras < >?, ¿dónde tanto executor sin que se execute la maldad?, ¿dónde tanto escribano, ni más común el borrón?, ¿que no hay hombre de gobierno en este pueblo que trate más que su proprio interés, y como más se aventajará? Por esto permite Dios que vengan unos zarlos, o falsos prophetas que con embaimientos, aparencias y falsas demostraciones nos hagan entender cualquiera cosa que nos quieran fingir. Y lo que peor es, que quiere Dios que después sintamos más la risa que el interés en que nos engañó.

MIÇILO. Pues aún no pienses, Demophón, que la vanidad y perdiçion destas livianas mugeres se le ha de passar a Dios sin castigo, que yo te oso afirmar por cosa muy çierta y que no faltará, que por ver Dios su disoluçion, desenvoltura, desvergüença y poco recogimiento que en ellas en este tiempo hay; visto que ansí vírgines como casadas, viudas y solteras, todas por un común viven muy sueltas y muy disolutas, y que por la calle van con un curioso passo en su andar, descubierta la cabeça y cabello con grandes y deshonestas crenchas, muy alto y estirado el cuello, guiñando con los ojos a todos cuantos encuentran en la calle, haziendo con su cuerpo lasçivos meneos. Por esta su común deshonestidad sey çierto que verná tiempo en el cual ha de hazer Dios un gran castigo, y será que hará que se pelen de todos sus cabellos y que se hagan todas calvas; y será tiempo en que les quitará Dios sus joyeles, sortixas, zarzillos, collares, medallas, axorcas y apretadores de cabeça; quitarles ha sus partidores de crenchas, tenaçicas, salsericas, redomillas y platelicos de colores, y todo género de afeites, sahumeros, guantes adobados, sebos y unturas de manos y otros olores, alfileres, agujas y prendederos; quitarles ha las camisas muy delgadas, y los manteos, basquiñas, briales, saboyanas, nazarenas y reboçinos; y en lugar de aquellos sus cabellos encrespados y enrifados les dará pelambre y calvez, y en lugar de aquellos apretadores y xoyeles que les cuelgan de la frente les dará dolor de cabeça, y por çinta de caderas de oro muy esmaltadas y labradas, les dará sogas de muy áspero esparto con que se çiñan y aprieten; y por aquellos sus muy curiosos y sumptuosos atavíos de su cuerpo les dará siliçio; y desta manera hará Dios que lloren su lasçivia y desorden, y que de su luxuria y deshonestidad hagan grave penitencia. Entonces no habrá quien las quiera por su hidiondez y miseria; y siete mugeres se encomendarán a un varón y él de todas huirá menospreçiéndolas y aborreçiéndolas como de gran mal.

DEMOPHÓN. Gran esperiençia tengo ser todo lo que dizes verdad, por lo cual verná este mal por justo pago de Dios. Y también tienen los varones su parte de culpa, y aun notable, por darles tanta libertad para usar

ellas mal destas cosas, y aun de sí mismas sin les ir a la mano, por lo cual permite Dios que ellos vivan injuriados y infames por ellas; que aun ellos no tienen modo ni rienda en su vivir, en su estado y fuerzas de cada cual siendo casados, que todos pasan y se quieren adelantar a la calidad de sus personas y dependencia de linaxe, en el traxe, comer y beber, y manera de familia y servicio, y porque nos entendamos quiero depender a particular: que se hallará un escribano vil de casta y jaez, que quiere justar, correr sortixa y jugar cañas, y otros ejercicios de caballeros en compañía de los más poderosos y generosos de toda la ciudad, y acerca de su officio en el cual indignamente subió no sabe más tratar, ni dar razón que el asno en el prado. Páreceme que una de las cosas que nuestro rey, príncipe y señor había en esta su república de proveer sería de un particular varón de gran severidad, el cual fuese censor general de todas las vidas y costumbres de los hombres de la república, como lo fue aquel Catón famoso censor en la república romana; y a la continua se procurasse informar de la vida, costumbres de cada uno y cuando supiesse de alguno por información de su desorden y mal vivir, hasta ser informado de su casa trato y conversación de su muger, familia, comer y beber, entonces le había de enviar a llamar y corregirle de palabras ásperas y vergonzosas, poniéndole tasa y orden y modo de vivir; y si no se quisiesse emendar fuese desterrado de la república como hombre que la infamaba y daba ocasión que por su mal vivir entre los extranjeros se tuviesse de nuestra república deprecada opinión; y así por el semejante el tal juez y censor fuese cada día pasando las calles de la ciudad mirando con gran atención el traxe del uno, y ocupación, el ocio del otro, la habla y conversación de todos en particular y general; y a la continua entendiesse en los arrendar, enmendar y corregir, porque ciertamente el hierro y falta del particular viene la infamia en todo el común; y así por el consiguiente viene a tenerse en el universo por infame y corrompida una nación. Todo está ya depravado y corrompido, Miçilo; y ya no lleva este mal otro remedio, sino que envíe Dios una general destrucción del mundo como hizo por el diluvio en el tiempo de Noé y renovando el hombre dársele ha de nuevo la manera y costumbres de vivir; porque los que agora están necesariamente han de ir de mal en peor. Y solamente te ruego, Miçilo, por nuestra buena y antigua amistad, que por este triste suceso tuyo, ni por otra cosa que de adversa fortuna te venga no llores, ni te afligas más, porque arguye y muestra poca cordura de un tan honrado hombre como tú; pues en morirte tú se aventura más, y la falta que el gallo hizo a tu buena compañía y consolación la procuraré yo suplir con mi hacienda, fuerzas y cotidiana conversación, de lo cual espero adquirir yo gran interés, pues un buen amigo y vezino con ningún tesoro del mundo se puede comparar.

MIÇILO. Por cierto, gran consuelo me ha sido al presente tu venida, o Demophón, de la cual si privado fuera por mi miserable suerte y fortuna pensara en breve feneçer. Pero ya lo que me queda de la vida quiero tomar a ti por patrón; al cual trabajaré regociar en cuanto podré, porque espero que la falta del gallo se me recompensará con tu buena conversación y aun confío que tus buenas obras se aventajarán en tanta manera que me forçarán de hoy más a le olvidar.

DEMOPHÓN. Mucho te agradezco, o Miçilo, el respeto que tienes a mi

persona, pues así concedes con agradecimiento mi petición. Y pues es hora ya de nos recoger, queda en paz.

MIÇILO. Y tú, Demophón, ve con Dios.

FIN DEL CRÓTALON DE CHRISTÓFORO GNOFOSO Y DE LOS
INGENIOSOS SUEÑOS DEL
GALLO DE LUÇIANO, FAMOSO ORADOR GRIEGO

1

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

